

APULEYO

Las Metamorfosis O El asno de oro

Edición de José María Royo
Traducción de José María Royo

DÉCIMA EDICIÓN

CÁTEDRA

LETRAS UNIVERSALES

LAS METAMORFOSIS
O
EL ASNO DE ORO

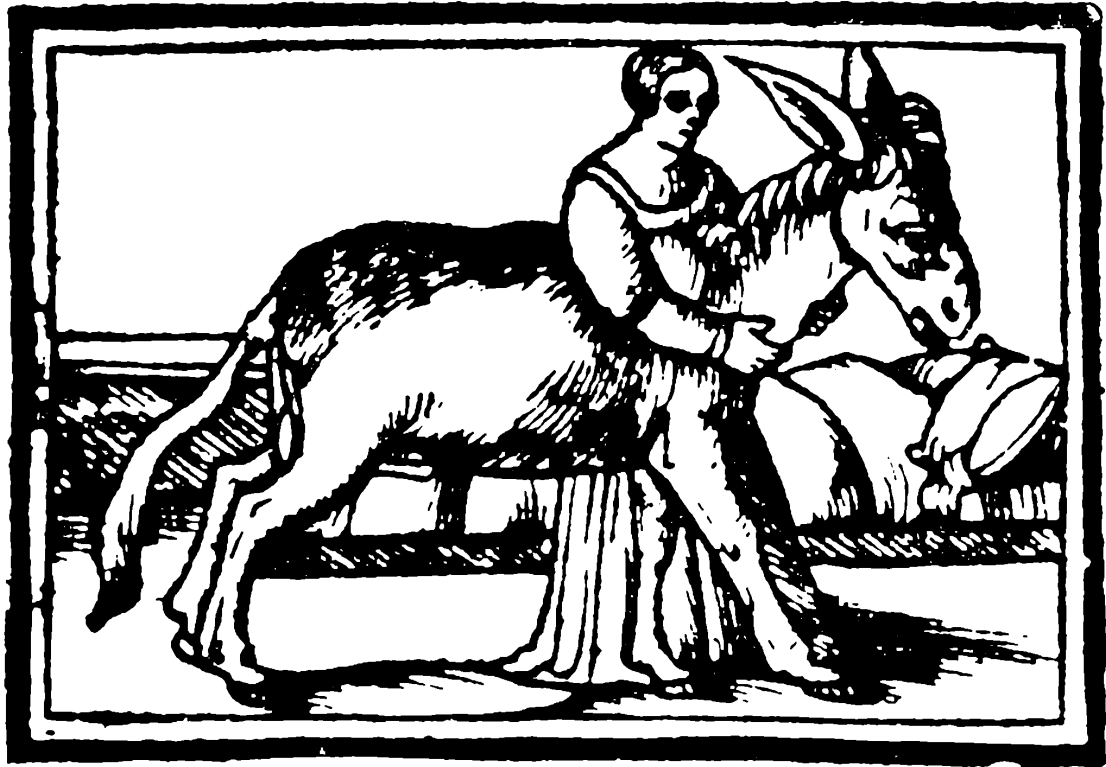
LETRAS UNIVERSALES

Título original de la obra:
Asinus aureus

Diseño de cubierta: Diego Lara
Ilustración de cubierta: Susana Narotzky

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2000
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 40.158-2000
ISBN: 84-376-0568-7
Printed in Spain
Impreso en Lavel, S. A.
Pol. Ind. Los Llanos, C/ Gran Canaria, 12
Humanes de Madrid (Madrid)



De una edición de *Las Metamorfosis*, Venecia 1567.

INTRODUCCIÓN

«**E**L período de casi dos siglos y medio» —dice Kunkel¹— «de paz interna, desde Augusto hasta la época de los Severos (234 d. C.), no había aportado al Imperio un fortalecimiento duradero. Después de un poderoso auge vino una situación de quietismo, para pasar a una palpable pérdida de vitalidad en todos los sectores de la vida. Una cómoda existencia de rentista, un vivir del trabajo de los esclavos y del pequeño colono se había convertido en un estilo de vida de círculos demasiado amplios. El desarrollo económico comenzó a estacionarse; se anquilosó la energía espiritual; la vida cultural revistió caracteres de una improductividad senil. Ya en el siglo segundo observamos cómo la capacidad tributaria del Imperio a duras penas puede sostener los gastos de la administración y del costoso ejército de mercenarios, de modo que los acontecimientos extraordinarios que se produjeron durante el gobierno de Marco Aurelio (161 d. C.) —guerras y catástrofes naturales—, supusieron un rudo golpe para la prosperidad del Imperio. *Las finanzas de innumerables comunidades provinciales y de la propia Italia estaban tan arruinadas en esa época, que los emperadores tuvieron que intervenir en su autonomía administrativa implantando comisarios especiales del Estado...*»

Si bien es cierto que la época que le tocó en suerte vivir

¹ Kunkel, *Römische Rechtsgeschichte*, Köln-Graz, 1964. (Versión española: *Historia del derecho romano*, Barcelona, Ariel, 1966. Traductor J. Miguel.)

a Apuleyo se la conoce con el nombre de Pax romana (desde finales del siglo I d. C.), la estabilidad y equilibrio que se le supone no era más que el preludio de la gran crisis que, con altibajos, daría al traste en un par largo de siglos con el Imperio en Occidente. Y es que, aunque en lo organizativo y en los criterios de valores era la romanidad la que extendía su amplio manto sobre toda la cuenca del Mediterráneo, fueron en última instancia las provincias (sobre todo las orientales) las que impusieron su peso específico en el Estado de forma definitiva, porque empezaban a fallar los mecanismos de control que podían mantener la unión superestructural de una tan vasta serie de pueblos (aunque romanizados) bajo un mismo criterio de funcionamiento; más, cuando las provincias eran las que, desde el principado, debían soportar el peso financiero del Imperio, sin recibir beneficios palpables a cambio.

La pobreza generalizada —y consecuentemente, la proliferación de grandes y rápidas fortunas— (el personaje de Trimalción de la novela *El Satiricón* de Petronio es buen ejemplo), el convencimiento de que se estaban manteniendo estructuras imperiales extrañas —lejanas—, que ahogaban la vida económica normalizada de las ciudades, y el sometimiento a un poder, el romano, cada vez más débil, pero más costoso, estaba poniendo tan en crisis el propio sistema, que cualquier desequilibrio podía desbaratarlo. El orden interno del Imperio se mantenía a duras penas, precisamente por la asimilación, *velis nolis*, del poder específico de las provincias por parte de lo que Roma era y significaba. Al respecto es característico el proceso acelerado de concesión de la ciudadanía romana a amplísimos sectores sociales, y a ciudades enteras, hasta la promulgación del edicto de Caracalla (212 d. C.), por el que se concedió la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio, lo que no dejó de ser la culminación, o el espaldarazo legal a la gran transformación que las circunstancias habían producido: del estado-ciudad Roma, dominadora de pueblos, se pasó al Estado territorial. Roma-Italia empezaba a dejar de ser el centro de decisiones, para ser una parte más de la organización imperial, organización que empezaba a asimi-

lar como propios los sistemas de valores de las provincias con un mayor peso en lo económico, en lo cultural, en lo religioso. Tal es, en la época de los siglos I y II d. C., el fenómeno de la ola y contraola de la romanización... Pero los costos del proceso son demasiado elevados: la milicia y la burocracia que la hacían posible, llevaban aparejado un gravamen tan pesado, que generaba el desinterés de las ciudades por la participación en la comunidad imperial. En este contexto adquiere todo su significado el reproche de Apolonio de Tiana²: «Vosotros que poseéis el poder absoluto y decís que sabéis gobernar, ¿cómo es que las ciudades, por vuestra causa, se ven abocadas a esta miseria que están padeciendo?»

NOTICIA BIOGRÁFICA

En esa situación de crisis estructural de fondo —que desde la perspectiva de nuestros días podemos catalogar como de principio de la decadencia—, transcurrió la vida del autor de *Las Metamorfosis*. Nació en Madaura, ciudad cercana a Cartago, en el norte de África, de una rica familia de cierto abolengo, e influyente. Hijo de familia, recibió una cuidada educación, de forma que, ya antes de marchar a Grecia, tenía asimilado el dominio del griego, el latín y la oratoria. Con el fin de completar su formación, viajó a Grecia, donde se instaló durante unos años, para adquirir conocimientos de filosofía de manos del platónico Gaius, y profundizar en los de poesía, astronomía, música, dialéctica... Él mismo llega a decir de sí³ que no le eran desconocidos ninguno de los distintos géneros, y que las nueve musas le rondaban con igual celo.

Los años que pasó en Grecia tuvieron gran trascendencia en la formación de la personalidad del madaurenses, y no sólo por lo que supusieron de iniciación en el conoci-

² Apolonio de Tiana, Epístola 30.

³ Apuleyo, *Florida*, XX, 4. «Apuleius vester haec omnia novemque musas pari studio colit.»

miento de la filosofía platónica y de las artes; voluntariamente se inició también en la mayoría de los ritos de las religiones de origen oriental, por entonces, en plena expansión en el mundo greco-romano. La iniciación en el orientalismo religioso dejó profunda huella en su obra, y sin ninguna duda, en la que nos ocupa ahora, *Las Metamorfosis*.

Cuando dio por terminada su época de formación, marchó a Roma, no sabemos si con la intención de instalarse allí; se sabe solamente que pasó una temporada larga, durante la que se dedicó esporádicamente al ejercicio de la abogacía.

De vuelta a su provincia africana, a sus treinta años, inició un viaje a Alejandría —que en la época era la ciudad compendio de lo que Grecia había sido durante los siglos IV y V a. C. Ese viaje tiene gran importancia en la vida de Apuleyo, porque fue la causa de que se viera envuelto en un proceso, acusado de practicar artes mágicas. El propio autor cuenta que al llegar a Ea se encontró con un condiscípulo de la época de Atenas, de nombre Licinio Ponciano, y a través de él conoció y casó con Emilia Pudentila, mujer ya madura, viuda de Licinio Amico, y madre de Ponciano y de Licinio Pudens. A causa de ese matrimonio, Ponciano se enemistó con Apuleyo. Poco después murió. Su suegro Herennio Rufino, y el tutor de Licinio Pudens acusaron entonces a Apuleyo de la muerte de su condiscípulo e hijastro. La acusación se centraba en lo licencioso de algunas de las obras poéticas de Apuleyo, y sobre todo, en el uso y la práctica de las artes mágicas⁴, de las que se había servido para contraer matrimonio con Pudentila —matrimonio ventajoso, que le reportara notable fortuna— y para provocar la muerte de su joven hijastro. El caso dio pie a un sonado proceso en el que el propio Apuleyo se hizo cargo de la defensa ante el procónsul Claudio Máximo, en Sábata, hacia el año 157 d. C., defensa que ha llegado hasta nosotros con el nombre de *Apología, de Magia*, o *Pro se de*

⁴ Ya desde las XII tablas la práctica de la magia estaba castigada.

Magia. Aunque desconocemos el resultado del proceso, muy bien cabe suponer que le fuera favorable.

Lo que sabemos de la vida de Apuleyo con posterioridad al proceso padecido es que se instaló definitivamente en Cartago, donde se dedicó a cultivar y profundizar en los conocimientos adquiridos, y a difundirlos. Pronunció numerosos discursos sobre todo tipo de materias, de manera que llegó a considerársele orador oficial de la ciudad. Incluso es probable que fuera elegido para algún cargo magistratural, por mucho que San Agustín afirme que no entraba entre sus aspiraciones el dedicarse a la política⁵.

Lo último que sabemos de su vida es que hacia el 170 d. C., en tiempos de Marco Aurelio, escribió la obra de *Las Metamorfosis* que ahora nos ocupa.

PRODUCCIÓN

Al margen las anécdotas de su vida, que sin duda tienen transfondo en su obra, de Apuleyo se puede decir que llegó a ser un intelectual de amplia formación —básicamente griega—, que escribió sobre una gran variedad de materias, como era frecuente, por otra parte, en la Antigüedad, y abundantes casos lo atestiguan⁶. Así, además de la *Apología* citada, tenemos noticia, o se le atribuyen otras obras que pasamos a relacionar:

Florida. Discursos escogidos, seleccionados entre sus cuatro libros de discursos por un autor desconocido, y recopilados en lo que hoy llamaríamos florilegio.

De Platone et ius dogmate, libri II, obra de vulgarización filosófica, posiblemente resumen de los cursos seguidos en Atenas con su maestro Gaius.

De mundo. Adaptación de un tratado peripatético.

Peri hermeneias. Tratado de lógica transpuesto al latín.

⁵ San Agustín, *Epístola* 138, 19.

⁶ Son frecuentes en la Antigüedad los polígrafos, o personas cultivadas que escribieron sobre materias muy diversas entre sí: Cicerón, Varón, Columela...

De deo Socratis: de la doctrina platónica sobre los demonios.

Además de las que él mismo cita como obras, o parte de obras suyas en *Apología* (epigramas, ludicra, cuentos...), otros muchos autores citan como de Apuleyo obras diversas que no han llegado hasta nosotros y de las que sólo tenemos la referencia de que existieron:

— *Hermágoras*; probablemente una novela corta o un cuento.

— *Epitome historiarum*⁷.

— *Medicinalia*⁸.

— *De Re Publica*⁹.

— *Erotikon*¹⁰.

— *Quaestiones coniunviales*¹¹.

— *Fedón*. Traducción¹².

— *De Arboribus*¹³.

— *De Re Rustica*¹⁴.

— *Astronomica*¹⁵.

— *Arithmetica*¹⁶.

— *De Musica*¹⁶.

— *De proverbiiis*¹⁷.

Recopilador, divulgador, estudioso... polígrafo, en definitiva, caso, por otra parte, no infrecuente en la Antigüedad. Su formación de base asimilada, y un talante de inquietud por el conocimiento, le llevan, en primer lugar, a una juventud de búsqueda del saber, de entender el mundo que vive, y en un segundo plano o momento, en el asentamiento de la madurez, a plasmar, decir, dejar constancia, en definitiva, de las conclusiones a que va llegando sobre

⁷ Prisciano, *Gramática Latina*, II, 85.

⁸ Prisciano, *Gramática Latina*, III, 482.

⁹ Fulgencio, Edición de Helm, Leipzig, Teubner, 1913, pág. 122, 17.

¹⁰ Lido, *De magistris*, III, 64.

¹¹ Sidonio Apolinar, IX, 13, 3.

¹² Sidonio Apolinar, Ep. II, 9, 5.

¹³ Servio, *Georgicas* II, 126.

¹⁴ Paladio, I, 35, 9.

¹⁵ Lido, *Mens*, 4, 73.

¹⁶ Casiodoro, *De Arithmetica*.

¹⁷ Carisio, *Gramática Latina*, I, 240.

la realidad que le rodea. Qué duda cabe que un polígrafo lo es en virtud de la aureola de autoridad que genera su propia actividad intelectual y del prestigio personal ganado con sus actitudes ante su sociedad. Al margen de cualquier especialización, el polígrafo es casi el compendio del saber, del bien decir, del conocimiento global de la época. Un personaje así se convierte con facilidad en referencia constante y segura, porque él mismo, y sus obras, se convierten en parte del cauce de los estudiosos (pensadores, historiadores, gramáticos, astrónomos, matemáticos...) precedentes. Llega a ser un valor seguro de referencia para sus coetáneos. El polígrafo, entre cuyos méritos no debe estar necesariamente el de la originalidad —como es el caso de Apuleyo—, por su propia actitud ante su actividad intelectual, es persona en principio preocupada por la realidad y comprometido en la mejora del mundo que vive, en tanto que pretende la difusión de los conocimientos asimilados.

La lucubración precedente sobre el polígrafo cuadra, a mi entender, perfectamente, con la vida y la obra del autor que nos ocupa ahora: juventud de viajes, de estudio, de asimilación de conocimientos, de observación de la realidad y de las experiencias de otros pueblos, seguida de una madurez dedicada a la difusión; aprendizaje en las fuentes del saber (Grecia, Alejandría) y del poder (Roma), para difundirlos más o menos críticamente entre los conciudadanos de su provincia.

Particularmente interesante para la comprensión de la obra de *Las Metamorfosis* es el viaje que el autor hizo a Grecia en su juventud, y a Alejandría en su plenitud. Hay que aclarar previamente que la Grecia que entró a formar parte del Imperio, como tal, ya no era la de la gran creación intelectual y artística, y del gran comercio. La polis griega hacía ya tiempo que había entrado en crisis, como consecuencia del efímero imperio lacedemonio, y la posterior aparición de las monarquías helénicas. La decadencia de las ciudades griegas fue salvada, quizás, por la existencia misma del Imperio Romano y su helenización cultural, por más que las bases culturales de la Hélade chocaron con la forma de vivir y sentir impuesta por Roma. En el sistema

imperial no tienen cabida ni sistemas éticos, ni formas de convivencia política propias, ni libertades individuales. En la vertiente de la creación artística los ideales griegos del héroe y del Destino fueron transformados por el pragmatismo romano, y casi llegaron a desaparecer.

El enfrentamiento de las dos concepciones de vida, la griega y la imperial, tuvo sus manifestaciones más claras, en la Grecia decaída, y sobre todo, donde lo griego estaba más en su ser: Alejandría. Musurillo, en su introducción a la edición de las *Acta Alexandrinorum*¹⁸ dice: «En las actas se celebraba la antigua gloria civil y las instituciones griegas, el amor a la patria, la vida y la educación griegas, tan opuestas a la depravación y a las corruptas "mores" de los romanos.» Las *Acta* atestiguan que los alejandrinos eran reacios al poder de Roma. Causa: su helenismo acendrado. Consecuencias: proliferación de los llamados «filósofos callejeros», que no olvidaban su formación de intelectuales comprometidos. La obra de Dion de Prusa nos confirma el neto carácter antirromano de los continuos tumultos contra las clases dominantes, y los intentos periódicos a favor de un cambio social, continuamente reanimados ambos por los filósofos callejeros y otros intelectuales que comentan estos movimientos en las ciudades del oriente griego¹⁹. Carlos Miralles, en su obra *La novela en la Antigüedad clásica*²⁰, tiene un párrafo revelador de la situación a la que me refiero:

Desde mediados del siglo I, neosofistas, oradores, filósofos populacheros, ocultistas, teurgos, devotos de su ciencia y oportunistas pululaban por las ciudades orientales del Imperio, buscaban los momentos de sosiego de aquellas masas cosificadas por la monotonía económica del Impe-

¹⁸ Musurillo. Introducción a la edición de *Acta Alexandrinorum*, Leipzig, Teubner, 1961, pa VIII.

¹⁹ Sobre el tema: A. Peretti, *Luciano, un intellettuale greco contro Roma*, Florencia, y Musurillo, *The acts of the pagan martyrs*, Oxford 1954, Ed. comentada.

²⁰ Miralles, *La novela en la Antigüedad clásica*, Barcelona, Labor, 1968, pág. 48.

rio; les hablaban; les conmovían; les adoctrinaban: intentaban en la medida de lo posible despertar al hombre brutalizado por el contacto mecanizado con los bienes de producción. El goce de un día y los bienes materiales eran la triste conclusión de la tan cacareada Pax romana. Y frente a esa concepción romana del Estado, los intelectuales, que buscaban una influencia popular, hablaban al hombre de la calle de él mismo, de su posible aislamiento —individualismo— en el seno de la comunidad.

En este contexto se puede entender con cierta claridad la actitud intelectual que adoptó Apuleyo de Madaura, provinciano formado en el espíritu y en la estética de la Grecia de su tiempo —extremadamente crítica y enfrentada a lo que significaba el Imperio—, y que por fin opta por instalarse en su provincia, después de renunciar al trampolín que todavía podía ser Roma para sus posibles aspiraciones, a diferencia de otros muchos provincianos que acudieron a Roma en seguimiento de una carrera político-militar (Adriano, Trajano...), burocrático-técnica (Salvio Juliano, Pomponio o Gayo) o intelectual (Columela, Varrón...). Aun sin saber la razón de su renuncia a instalarse en Roma, se puede intuir que la opción de volver a Cartago está relacionada con la decisión de difundir entre sus conciudadanos de provincia el saber asimilado en sus años de juventud, el conocimiento de la concepción helénica del mundo —en principio el más universal de su tiempo— que se mantenía en rescoldo sobre todo en Alejandría. Visto así no extraña la serie de títulos relacionados de sus obras, porque no son otra cosa que transposiciones al latín —la lengua culta y de intercambio más difundida en su provincia— de los conocimientos teóricos y prácticos, para que pudieran llegar a la sociedad que le entornaba. Llegó así a ser una autoridad provinciana, pero autoridad en definitiva, en dispares y distantes materias: de ahí los títulos de sus obras; de ahí su catalogación como «sabio oficial» entre sus conciudadanos.

Si las obras de Apuleyo, las conocidas directamente o a través de referencias, son generalmente de difusión, o si se quiere, de un gran contenido pedagógico, *Las Metamorfosis* es una obra estrictamente literaria. Habrá, pues, que tratarla aparte, aunque no por literaria deja de estar enraizada en las mismas circunstancias de la vida del autor; tampoco está alejada de la opción que Apuleyo tomó ante la realidad de su entorno. En primer lugar, porque *El asno de oro* está formalmente enraizada con la novela griega. Y no sólo porque lo diga el propio autor al principio de la obra, sino porque participa de la tradición de la narrativa helénica en dos vertientes: por una parte es una novela de aventuras; por otra participa, o contiene, narraciones de amor al estilo griego²²; aunque tampoco es exactamente una típica novela griega de amor y aventuras. Pero vayamos por partes.

Antecedentes

Primeramente hay que advertir que es una narración con un claro antecedente en otra, asimismo titulada *Metamorfosis* —quizás resumen de otra novela más larga²³— atribuida a Lucio de Patra, en la que se cuentan las aventuras de un tal Lucio, que quiso experimentar por sí mismo, y en sí, las artes mágicas, y que, pretendiendo convertirse en ave, se convirtió por error en asno. A partir de ese momento le ocurren las aventuras más aparatosas, expresadas

²¹ Según la tradición, testimoniada por San Agustín, a la obra titulada originalmente *Metamorfosis* se la conocía corrientemente por *Asinus Aureus*, o *Asno de Oro*. *De civitate Dei*. XVIII, 17.

²² Sobre el sentido de la novela griega, ver C. Miralles, *op. cit.*, páginas 51 a 64.

²³ Perry, B. E., «The Metamorphoses escribed to Lucius of Patrae, its content nature, and autorship», *Classical Philology*, 1923, págs. 229 y ss.

ciertamente en un estilo poco cuidado, pero muy expresivo, siempre en la onda de un acendrado realismo. La línea argumental más importante de la novela de Apuleyo es —y casi me atrevería a decir que no podía ser de otra manera—, original de otro autor griego, lo que ahonda en la idea de su formación y su conocimiento del mundo helénico.

Las Metamorfosis de Apuleyo es asimismo griega en la ambientación: por las ciudades de Grecia transcurren las peripecias de Lucio, el protagonista, por lo que va quedando patente el buen conocimiento de la Hélade por parte de nuestro autor, y no sólo geográfico, por haberlo visto por sí, sino también de las circunstancias que la rodeaban y caracterizaban en la época.

En cuanto a la forma, o mejor, a la estructura, la novela se acomoda a las milesias, prototipo de un género, asimismo de origen griego, y de gran difusión por todo el ámbito del Imperio durante el siglo II. Con la expresión «prosa milesia», que el propio Apuleyo utiliza al principio de la narración, se intentaba definir un género específico de narración que no correspondía con exactitud a ninguno de los relacionados en los tratados de retórica. Se trataba de un género recibido en el mundo romanizado a través de la traducción de Cornelio Sisenna de la obra de Arístides de Mileto, a mediados del siglo II. Se caracterizaba por la frescura y ligereza del lenguaje, la rapidez y la variedad de las situaciones costumbristas que describe, y por un cierto aire de erotismo²⁴; no en vano Mileto era conocida precisamente por la relajación de costumbres de sus ciudadanos.

Con ser importantes las características reseñadas de la obra, que demuestran su manifiesta helenidad, por encima de ellas y globalizándolas, la novela destila o está impregnada de un carácter que acaba de cerrar el espíritu griego de que está imbuida: el mensaje constantemente crítico ante las consecuencias que el mundo de la organización imperial romana había impuesto. En las descripciones de ciuda-

²⁴ Ovidio, *Tristes* II, 413-414. Trata las narraciones de Arístides de Mileto de crónica escandalosa.

Sobre las milesias: A. Mozzarino, *La milesia e Apuleio*, Turín, 1950.

des que han sido y no son, en la ironía que trasluce al hablar del derecho y de la justicia en su época, en la pobreza física o moral que aparece en cualquier página, en el egoísmo individual generalizado, en la ambientación de violencia... aparece, literariamente expresado, el constante disgusto y el desacuerdo, cuando no la crítica directa y mordaz del orden injusto que su época ha instaurado. Pero no queda ahí la desazón contra el sistema imperial: la tabla de salvación individual que propone al final de las peripecias de Lucio-asno —la religión—, además de destilar un cargado aire de escepticismo, no es la romana, ni siquiera la griega, sino la forma de religiosidad egipcia, una más de las religiones orientales que en el siglo II estaban invadiendo los ámbitos del Imperio, lo que no deja de ser una muestra más de la crisis, incluso cultural, que incidía en la sociedad de la época. En todo caso la mitología egipcia, juntamente con un cierto influjo de la magia, había ganado numerosos adeptos en Grecia y Alejandría. En general la obra de *Las Metamorfosis* está plagada de detalles a cuyo trasluz se observa con claridad la postura del autor, si no opuesta frontalmente, sí en desacuerdo con la solución imperial instaurada: el perfil de prepotencia de un soldado romano ante un pobre hombre que no tiene otra cosa que el asno²⁵; la detallada descripción del lamentable estado de las personas y animales que trabajan en el molino²⁶; la abismal desigualdad de bienes patrimoniales; la defensa de los intereses de los poderosos²⁷, no mediante el derecho —ese derecho, el de Roma, tan perfilado, tan técnicamente perfecto precisamente en el apogeo doctrinal de su época llamada clásica, en el que teóricamente cabía confiar, para solucionar conflictos de intereses contrapuestos—, sino mediante la pura violencia; las estrechas relaciones entre los económicamente fuertes y los poderes públicos; la corrupción... todo ello, a pesar de una, y sólo una referencia a la grandeza y al poder justo del príncipe, que cabe tomarla, salvo ironía, como muestra de propia protección.

²⁵ *Metamorfosis*, IX, 39.

²⁶ *Metamorfosis*, IX, 12 y 13.

²⁷ *Metamorfosis*, IX, 35 y 36.

Las Metamorfosis es, pues, una obra imbuida del espíritu griego, pero escrita desde, y destinada a, una provincia no griega; cabría decir del autor lo que ya se ha argumentado antes sobre las razones de su decisión de instalarse en Cartago, y sobre su renuncia a medrar en Roma, pero aplicadas ahora a una obra literaria destinada precisamente a que se difundiera entre una parte de los que debían soportar el orden impuesto por Roma: sus conciudadanos.

Estructura

Mención aparte merece el hilo argumental de la obra, especialmente por la trabazón, a mi modo de ver, magistral, que ofrece. Ciertamente es una obra de aventuras en cuanto que, siguiendo a un personaje, acumula en su entorno gran cantidad de anécdotas. Consecuentemente estamos ante una obra lineal. Se trata, sin embargo, de una linealidad dividida en trazos —si se me permite, una linealidad deshilachada— con cauces que se entremezclan, lo que le hace aparecer como una narración con estructura compleja.

Al margen de la consideración del libro XI —que trata de la vuelta del Lucio-asno a su primigenia condición humana, y de una serie de consideraciones sobre la conveniencia de dedicarse a la iniciación en el culto a divinidades egipcias— y de una narración de amor, típicamente griega —introducida en la narración general un poco fuera de lugar, como una unidad en sí, que merece comentario aparte—, el resto es un trabado de cuentos que podrían constituir unidad en sí mismos cada uno de ellos, y que en principio sólo los hilvana o la presencia del protagonista, o su narración en primera persona antes y después de convertirse en asno. Apuleyo fue uniendo los diversos cuentos en un orden tal que logra romper la simple yuxtaposición. La técnica empleada es, por otra parte, bien simple, en comparación con las narraciones actuales complejas de estructura, y con entremezclado de tiempos. La estructura de *Las Metamorfosis* se concreta en varios grupos de cuentos:

— Hasta la transformación de Lucio de hombre en asno (libro III, 24).

— Hasta el inicio del cuento de amor entre Psique y Eros (libro IV, 28).

— Cuento de Psique y Eros, desde el Libro IV, 29, al libro VI, 24.

— Hasta el final del libro X.

— El libro XI trata de la descripción de la transformación de asno en hombre, y de la decisión de Lucio de dedicarse al culto divino.

El entramado de sucesos que corresponden al primero, segundo y cuarto grupos, en cuanto a su técnica narrativa, está dispuesto así:

● Antes de transformarse en asno.

— Narraciones que Lucio-hombre oye de otros, y luego transcribe, tal como las oyó.

— Narraciones, como si fueran cuentos, de las anécdotas que le ocurren al Lucio-hombre, y que cuenta él mismo en primera persona.

● Después de transformarse en asno:

— Narración de las peripecias del Lucio-asno, contadas como cuentos, también en primera persona.

— Narraciones de anécdotas que conoce gracias a su condición de asno, ya que los demás hablan en su presencia sin inhibición ninguna y con una libertad que le permite al asno enterarse de los más íntimos secretos, para transcribirlos después como referidos a la situación en que los oyó.

— Descripción de situaciones de la propia realidad que desde su perspectiva de asno ha tenido la oportunidad de observar.

Estructura tal de narración, que no deja por eso de ser lineal, le permitió a Apuleyo, jugando con las personas gramaticales, y con los tiempos en que transcurren cada una de las peripecias, darle profundidad de estructura compleja a la novela, con lo que consigue dar una *idea de unidad* a la narración, por una parte, y transmitir, también unitariamente, *un solo tema* principal, que subyace a lo largo de la obra: la sensación de crisis generalizada, de injusticia y

de degradación de su época, por encima del succulento anecdotario de que hace gala.

A propósito de la engarzada estructura de la obra de Apuleyo, no quiero dejar de referirme —aunque sea sólo a título de muestra— a dos pasajes en los que se puede observar hasta qué punto pretendía la coordinación de la serie de peripecias que va narrando, en pro de la superación de la linealidad de la novela:

— La magia y lo que la rodea —brujas, alquimia...—, aparecen constantemente en la narración de muchos de los cuentos que componen la obra de *Las Metamorfosis*. Pues bien: consciente el autor de la difícil credibilidad de las consecuencias de la magia —que, por otra parte, necesita para la transformación de hombre en asno—, ya en el mismo principio de la obra saca a colación una discusión entre Lucio-hombre y un compañero de viaje, a cuenta de su incredulidad sobre un cuento que narra un tercero, en el que aparecen con fruición brujas de gran poder y efectividad. En la discusión Lucio-hombre afea la incredulidad por sistema del compañero, y aporta datos con habilidad suficiente como para poner en una razonable duda a quien de buena fe se acerque al texto, y le lleva al terreno de que a todos nos ha ocurrido haber visto hechos que nos parecerían imposibles, de no haberlos visto con nuestros propios ojos; añade además que es conveniente dudar de los propios sentidos, porque en muchas ocasiones nos engañan. Está claro que el autor pretende que, a partir de ese momento, las transformaciones, los poderes mágicos de algunos mortales, las referencias a fuerzas inmateriales, etc., resulten, si no posibles, cuando menos del mismo grado de credibilidad que las transformaciones, los poderes mágicos y las fuerzas inmateriales de las divinidades, que en aquella época sí eran creíbles, y más o menos creídas. No me cabe duda de que el primer cuento de la obra tiene como fundamento y función no los hechos en sí, por muy curiosos y sugestivos que sean, sino el provocar la discusión sobre la credibilidad de los hechos que parecen imposibles, porque necesita que el público dude de sus propias sensaciones, y rebaje su incredulidad. Está asegurando que en el resto de la

obra resulten tan creíbles como las transformaciones mitológicas —a las que hará constante referencia—, y el poder de los dioses, las que vayan apareciendo a lo largo de los distintos cuentos. Hay, pues, una idea de planificación, y no un mero yuxtaponer.

— En uno de los pasajes, la trabazón está tan conseguida, que habrá de provocar en el lector —no digamos ya sobre un grupo de personas que escuchen la lectura de la obra—, una sensación desazonada —si se quiere, «suspense»—, realmente difícil de conseguir, si no es con una acabada técnica narrativa. Ciertamente, el caso a que me refiero carga con una acusada técnica dramática; pero el resultado no deja de ser excelente. Me refiero a L. IX [7-29]. El esquema es el siguiente: inmediatamente antes, el lector ha seguido las peripecias y el ingenio de un animoso amante que ha conseguido su propósito, a pesar de la serie de barreras y dificultades impuestas por el marido. Luego, ese amante es recibido en una cena organizada por la mujer de un molinero, a instancias precisamente de la narradora del cuento anterior; pero cuando se disponen a cenar, aparece el molinero; se esconde el Don Juan, y cuando la molinera pide explicaciones a su marido sobre su imprevista vuelta, le cuenta que en casa de su amigo el tintorero —donde estaba invitado a cenar—, al verse descubierta la mujer con otro amante, al que había escondido, para ser descubierto con gran enojo por el marido tintorero, la cena se había suspendido. La duplicidad de situaciones semejantes son observadas por Lucio-asno, que no puede dejar de intervenir en contra de la molinera. La complicación de unos con otros personajes de la narración, las varias anécdotas, les da una profundidad, y una cohesión tal a los diversos cuentos, que no dejan de ser uno mismo. El resultado es excelente; y la solución final, además, coge de sorpresa al lector.

Los ejemplos se podrían aducir en abundancia, si de un estudio en profundidad, en lugar de una mera introducción, se tratara. Baste decir —y el lector podrá comprobarlo—, que precisamente llaman la atención y extrañan las anécdotas, que las hay, que están poco o mal engarzadas con la, en general, fluida concatenación de cuentos.

Eros y Psique

Estudio aparte merece, por su longitud, y por su tratamiento unitario, el cuento de los amores de Psique (Razón) y Eros (Pasión). Se trata de una narración que atesora todos los lugares comunes y la tipicidad de las novelas griegas de amor y aventuras, pero elevada a la categoría de prototípico.

Si damos por ciertas y verdaderas las características de la novela griega de amor que acierta a relacionar C. Miralles en la ya citada obra sobre la novela en la antigüedad clásica²⁸, en la obra de Apuleyo se dan en grado sumo y excelso, porque conscientemente elige personajes-idea, con la intención de plantearlos como personajes-tipo. Miralles relaciona así los caracteres esenciales de las novelas de amor:

- La belleza de los héroes.
- El amor, como razón vital de los personajes.
- La aventura —engaños, peligro, maldad...— que se corresponde con ideales de religión, filosóficos, o simplemente morales.

Pues bien; sobre la belleza de los héroes, Apuleyo no se para en barreras: para describir la belleza de Psique, renuncia a las palabras, y aclara que la gente, el pueblo, la nobleza, deslumbrada por tanta beldad, renunciaba a visitar los templos de Venus, para acudir a la presencia de Psique, porque «certe rursum novo caelestim stillarum germinare non maria, sed terras Venerem aliam virginali flore praeditam pullulasse»²⁹ («por una nueva gestación de los astros celestes, la Tierra, no el mar, había producido otra Venus dotada de la flor de la virginidad»). Precisamente su belleza, que se codea con la de Venus, es la razón de que la diosa del Amor le cogiera ojeriza y la causa de las muchas desgracias de la pobre Psique.

²⁸ Miralles, *op. cit.*, págs. de 52 a 63.

²⁹ *Metamorfosis*, IV, 28.

Tampoco ahorra palabras en la descripción de la belleza de Eros: «Psique... videt omnium ferarum mitissimam dulcissimamque bestiam, ... cuius aspectu lucernae quoque lumen hilaratum increbruit et acuminis sacrilegi novacula praenitebat»³⁰: lo que Psique vio fue «la más suave, la más deliciosa de las fieras..., ante cuya contemplación la lámpara se reavivó de gozo, y hasta la navaja de sacrílego filo resplandecía».

En cuanto al amor como razón vital de los personajes, en el cuento de Psique se instaura como el único criterio de existencia. Eros, el dios del amor, es el que provoca con sus flechas el amor de los dioses y de los hombres, la causa misma de la pasión. Psique, por el contrario, es la bella razón que atrae y asusta. La dualidad beldad-razón ahuyenta a los que se sienten atraídos, y de ahí surge su desdicha vital: no encuentra, no vive, el complemento de su razón, y es consciente de que su belleza se marchitará sin amor. Pero cuando aparece, cuando se produce, aún en tinieblas, la pasión desplaza a la razón, se instaura como criterio único de vida, de manera que cuando las circunstancias la llevan a la separación de Eros, ya no habrá para ella ni familia, ni patrimonio, ni belleza, ni otra cosa que la búsqueda del objeto de su pasión..., o el suicidio.

Precisamente en la búsqueda de Eros es donde se producen las aventuras, los trabajos, los sometimientos, los peligros por los que debe pasar Psique para conseguir el final feliz de la cercanía del amado. En las peripecias que se ve obligada a arrostrar ha de enfrentarse directamente a algunas divinidades por celos y envidias, se ve abandonada por otras, se siente perseguida por la cohorte celestial, ha de superar pruebas imposibles. Estas, y otras aventuras, sobre un transfondo firmemente dominado por el amor y su concreción, enmarcan la historia de Psique y Eros.

Si alguna característica de novedad u originalidad destila el cuento es el de su vocación prototípica: los personajes principales —ya desde sus mismos nombres—, son ideales en abstracto de las fuerzas humanas más importantes: la

³⁰ *Metamorfosis*, V, 22.

razón, y la pasión, que se convierten, después de avatares y sucesos, en razón apasionada y pasión razonada. Naturalmente, por la intervención de la experiencia de Júpiter, al final triunfa el equilibrio entre las dos fuerzas encontradas.

Es verdad que frecuentemente se ha argumentado que esta pequeña narración amorosa intercalada en *Las Metamorfosis* tampoco es original de Apuleyo. Unos mantienen que es la transcripción, o tiene antecedentes claros, en la obra de un cronista ateniense, Aristofontes³¹. Otros la enraízan en un cuento popular³². Aunque estas dos hipótesis puedan ser ciertas, también es verdad que Apuleyo le dio su toque personal, cargando la suerte en la sensualidad y en el erotismo; esto es, en las dos características de la llamada novela alejandrina: la belleza y el amor.

Religión y magia

La constancia de fuerzas y personajes sobrehumanos a lo largo de toda la novela nos obliga a plantearnos lo sobrenatural como elemento de importancia en la narración:

El tratamiento que da Apuleyo a lo que nosotros llamaríamos «religión oficial», es decir, ese sustrato religioso-cultural generalizadamente asimilado, de referencias a divinidades conocidas a través de la mitología, es solamente eso, una referencia cultural, que explica por sí múltiples situaciones; las explica y las justifica. En muy pocas ocasiones se traslucen como creencias; ni siquiera por el respeto que cabría suponer. Las referencias a los dioses son meras formas o personificación de conceptos, que habían servido para explicarse o entender el mundo... pero que ya no aparecen como creíbles. Son códigos de narración, utilizables por extendidos y asimilados culturalmente.

³¹ Rhode, *Griechischer Roman and seine Vorläufer*, Leipzig, 1876. Ed. de 1960, pág. 371, apoyándose en un texto de Fulgencio el Mitólogo.

³² Schanz, *Römische Literatur*, III, Munich, Beckische Verlag, 1922, pág. 117.

Sin embargo la magia, las fuerzas desconocidas, el ocultismo, la brujería —además de necesitarlas para el tipo de narración que Apuleyo se proponía—, las trata con cierto deje de seriedad, de convencimiento, y dándoles generalmente un tinte de orientalismo. No es que crea en la magia, sino que parece como si creyera que los iniciados pudieran establecer conexiones con el más allá, y obligar a las divinidades a tomar actitudes favorables. Si no de respeto, en los momentos que aparecen relacionados con lo oculto, con lo inexplicable, se aprecia una considerable carga de temor. Se queda uno con la idea de que era preferible estar a bien, y no provocar las fuerzas conocidas solamente por los iniciados, a causa de las grandes desdichas que pudiera acarrear una actitud irrespetuosa. Y no sólo eso; el acercamiento a las técnicas de la magia sin el conocimiento debido —sin ser iniciado previamente—, podía reportar innumerables males. Y es que la crisis de valores se hace notar también en lo religioso: en Roma la religión familiar originaria ya no tenía sentido; Grecia, después del efímero imperio, y del sometimiento a Roma, se había visto desprovista del valor religioso de sus mitos; y como consecuencia, y al margen de la «oficial», se estaba produciendo en el mundo greco-romano la recepción de religiones orientales, con toda la carga de exotismo, misterio y lejanía que lo sobrenatural lleva consigo. Y a pesar de la no asimilación de estas formas de religión, no dejarían de provocar consideración y respeto por desconocidas. Tengamos en cuenta que no habría de pasar mucho tiempo, bajo el reinado de Constantino el Grande (306-337 d. C.), para que el cristianismo —la religión del Dios muerto y resucitado— se oficializara, adaptándose a las formas externas de la estética y modalidad del mundo romano.

Sin salir del ámbito de lo religioso, no quiero dejar de comentar la constancia de la Fortuna, y su incidencia a lo largo de toda la narración. Se podría ver en ella como personaje el concepto del Destino, tan asimilado en la cultura griega; pero en la obra aparece, sin embargo, como una personificación degradada del Destino. Se trata de un personaje picajoso, dedicado a incidir en pequeñeces, y en todo

caso desprovisto de la grandeza del Destino que conocemos en las tragedias griegas. La Fortuna es un Destino menor, tan de cada día, tan parecido a la mala suerte, tan humano, si se quiere, que lo que tenía de mito queda aguado y sin textura. Apuleyo utiliza esta personificación de la Fortuna, con una habilísima técnica narrativa, como excusa o justificación para la continuación de las calamidades del protagonista Lucio-asno, y para darle a las ocasiones perdidas de transformarse de nuevo en hombre, un signo de intriga muy apreciable desde el punto de vista narrativo. En resumen: en *Las Metamorfosis* el concepto del destino ya no es la gran fuerza sobrehumana que dirige la vida de los hombres, sino un personaje, en ocasiones molesto, que se ensaña con algunas personas.

En el libro XI hay como un intento de armonizar las formas religiosas greco-romanas con los misterios de las religiones orientales, para lo que, partiendo de Venus, nos introduce en el mundo de las liturgias iniciáticas, de sacerdocios y de dedicaciones personales a determinadas divinidades —ajenas totalmente a las concepciones religiosas de Roma y Grecia—, quizás para proponer una tabla de salvación —que lo es para Lucio—, ante tanto desbarajuste, degradación, egoísmo y materialidad como ha descrito en los libros anteriores.

Como resumen de las consideraciones hechas en torno a lo religioso, creo conveniente traer a colación dos párrafos de eminentes estudiosos del mundo clásico: P. Grimal³³ dice:

Las divinidades ya no se concebían según su realidad tradicional, sino según sus manifestaciones inmediatas, algo parecido a un «patrón» o una «patrona», en cuya providencia particular se confía el creyente.

Alsina³⁴, por su parte, clarifica más cerca de lo argumentado:

³³ P. Grimal, *Romans, grecs et latins*, París, Gallimard, 1958. Introducción, pág. XV.

³⁴ Alsina, «Situación religiosa del Imperio», *Convivium*, núm. 8, 1959, pág. 71.

El hombre tiene ocasión de dirigirse a su dios omnipresente, *abstracto*. El camino hacia el monoteísmo se ha iniciado entre los espíritus ilustrados. Entre el pueblo se acudía a toda clase de divinidades, lo más exóticas posible; esto es: lo menos gastadas posible.

El héroe; el antihéroe

El ciclo épico griego, en combinación frecuente con la mitología, y algunos personajes históricos idealizados —como Alejandro Magno—, han supuesto un caudal inagotable para la historia de la narrativa, en versificación o en prosa. El guerrero vencedor, el amante rendido, el aventurero eficaz, caracteres todos ellos normalmente aunados en una misma persona, no ha dejado de ser a través de la Historia el personaje principal, el héroe, sobre el que se han estructurado todo tipo de anécdotas, historias, ideas... mitos, en ocasiones con una finalidad de evasión, en otras como afirmación o reflejo de la estructura social, al identificar señor con héroe³⁵.

El protagonista de *Las Metamorfosis*, por el contrario, no sólo carece de las características idealizadas del héroe, sino que atesora las contrarias: sus grandes hazañas, huir de las calamidades con acusada cobardía; su único ideal, volver a su ser de hombre sin peligro para su integridad... y es que lo que se pretende con el personaje es solamente que sea testigo de su tiempo, de las creencias, de las injusticias, del individualismo; y eso no se puede observar desde la altura de las grandes hazañas, ni desde el desarrollo de los ideales más excelsos, ni desde una situación de señorío o poder. Se observa y se hace patente, si acaso, desde la humildad de las villas, de los caseríos, de los mercados de las ciudades, de las cuadras, es decir, donde se mueven aque-

³⁵ Son muchas las narraciones amoroso-aventureras en la época —*Historia Apolloni, Teagenes, Historias verdaderas*...— todas ellas con un trasfondo amoroso, que justifica grandes e imaginadas aventuras. Estas narraciones son la base y el espejo de toda la iconografía narrativa de la novela de caballerías en el Renacimiento.

llos a los que el sistema social tiene menos en cuenta. Entre ellos hay poca grandeza que encontrar; sólo la realidad cotidiana. Ciertamente que en *Las Metamorfosis* hay una carga de irrealidad considerable (magia, brujas, transmutaciones...), pero a la vez se está dando fe de la vida normal por donde discurre la aciaga existencia del personaje que soporta la estructura de la narración: el antihéroe que representa nuestro Lucio-asno da entrada a ciertas características de lo que siglos más tarde habrá de llamarse novela picaresca.

Posiblemente nuestro antihéroe Lucio no tenga todas las características del pícaro³⁶: en primer lugar porque se le presenta como de buena familia. Es un joven acomodado, que se pone en camino atraído por el saber, y en especial por lo que pudiera haber de cierto en las artes ocultas. Provisto de dinero, con criado, se relaciona con lo más florido de la sociedad, de igual a igual. No busca la subsistencia por el ingenio; busca la experiencia, el saber, la ciencia. En segundo lugar, una vez que se convierte en asno, y a pesar de las calamidades que le van ocurriendo, tampoco es el típico pícaro: cuando las penalidades le vienen impuestas, y poco o nada puede hacer él para afrontarlas y resolverlas, huye. Pocas veces hace gala de ingenio para superar activamente las dificultades por las que va pasando: es más bien pasivo.

Es antihéroe, sobre todo, por ser testigo de la realidad de la vida de su tiempo, desde la *irrealidad* de su situación asnal: a lo largo del desarrollo de la novela nos vamos enterando de la situación real de los esclavos, de la auténtica situación de los trabajadores en un molino, de la difusión del bandolerismo como forma de vida, de las grandes diferencias patrimoniales, de la relajación de la disciplina del mercado, del mal funcionamiento de las instituciones públicas, de la degradación de las costumbres en las capas ele-

³⁶ F. W. Chandler, *The picaresque novel in Spain*, Nueva York, 1899. Traducción española de Martín Robles, Madrid, 1913, pág. 3: «Concediendo que no haya natural picaresco en el héroe, *El Asno de Oro* puede considerarse como importante modelo de la novela picaresca...»

En contra: Borges, en *Otras Inquisiciones: De purple land*, Barcelona, Bruguera, 1952.

vadas de la sociedad, de la utilización de la religión como negocio lucrativo... Estamos pues, si no ante un prototipo de pícaro, sí ante un personaje rodeado de lo que en la novela picaresca suele rodear al pícaro; en dos palabras, la crisis real y palpable de la sociedad en que transcurre la acción, por la cual el personaje funciona como antihéroe. Más adelante se tratará de la influencia de *Las Metamorfosis* en la picaresca española.

El estilo

Para comentar el estilo de *Las Metamorfosis* prefiero partir de lo que ha dejado escrito Paratore³⁷ en su obra *La prosa di Apuleio*:

Ningún prosista había presentado, antes que este Graeculus florecido en África, el sorprendente fenómeno de una elocuencia dúctil a la manera de las más diestras retóricas, de un estilo en el que la prosa latina se modela, acaso por vez primera, según los festones y adornos de la retórica más amanerada, pero en la cual, por otra parte, el material expresivo, las propias características del agrupamiento de palabras, la sucesión de las imágenes, tiene un carácter exótico, no precisamente latino, que convierten a esa variable elocuencia en un «unicum» de la prosa romana del arte... Llegados a este punto, la investigación estilística, en el sentido más ambicioso y literario del término, debe ceder el paso al análisis lingüístico: el problema del estilo se hace problema de lengua, y el estudioso se ve forzado a romperse la cabeza contra el metal de la expresión para apoderarse del ruido que hace.

Apuleyo, formado en la escuela estoica, lo que le proporcionó un dominio excelso del lenguaje, y posiblemente influido por esa complicación retórica de las novelas de aventuras, hace gala en *Las Metamorfosis* de un barroquismo considerable, resuelto con autoridad y dominio.

³⁷ Paratore, *La prosa di Apuleio*, Maia, I, 1948, pág. 37.

Hay en la obra tres características de estilo con las que he tenido que batallar constantemente en la elaboración de esta traducción, y que traslucen con suficiente claridad la dificultad, por complicada, de la prosa del madaurensis:

—La acomodación del lenguaje a las distintas situaciones. Da la impresión de que Apuleyo tenía muy en cuenta las reglas retóricas del estilo, puesto que utiliza el lenguaje muy diferenciadamente. Así, en las descripciones, en la argumentación, en las interrupciones relajadas al hilo de una narración trepidante, en el reposo de los cuentos que por el tema lo requieren... La acomodación del lenguaje a cada tipo de argumento se observa meridianamente entre el largo cuento de Psique y Eros, y el resto de la novela. En el primero, siguiendo la tradición de las novelas griegas de amor y aventuras, no ahorra languidez de estilo, versificación en el oráculo, descripción de la belleza formal en apoyo de la idea de belleza, sosiego descriptivo, sensualidad latente... Tanto se diferencia estilísticamente del resto, que se ha llegado a argumentar³⁸ que la historia de Psique y Eros es de diferente autor. Lo argüido para la afirmación está para mí fuera de lugar, primeramente porque no hay datos suficientes, y sobre todo porque creo que se trata del estilo más diferenciado por ser también el más diferenciado de los cuentos de la obra. Y es que a lo largo de la narración de las demás historias también se producen cambios constantes de estilo para acomodarlas a las diferentes situaciones. Baste por ahora recordar la mutación estilística que se produce entre los antecedentes de los amores del protagonista con Fotis, la criada de su huésped, y la descripción y argumentación sobre la belleza femenina en general como idea (II, 8), preñada de buen decir, de medida, de equilibrio formal, aunque retórico y complicado, frente al apasionamiento, la indelicateza y hasta la procacidad de la narración, en lo que atañe a la puesta en práctica de los amores entre los dos (II, 17), asimismo retórico y complicado. Ciertamente hay en la obra un constante cambio de tono, para acomodar la forma al perpetuo cambio de contenidos, lo

³⁸ Lavagini, *La novella in Apuleio*, Florencia, 1942, pág. 330.

que le da una agilidad digna de elogio, que a la vez la complica, sin farragosidad a la vista.

La frecuente doble intención del autor, su interés por ofrecer una doble imagen a multitud de situaciones, ahonda y complica el estilo de la narración, y el engarce de los distintos cuentos entre sí: en ocasiones se trata de dobles sentidos, en virtud de una doble acepción de una palabra, con lo que despista en cuanto al significado, potencia la expresión, y ofrece dos interpretaciones diferentes que, insinuadas, provocan un mejor perfilamiento de personajes o situaciones, y una mayor hondura narradora por la complejidad añadida. Otras veces aprovecha situaciones ridículas en que se encuentran los personajes, especialmente Lucio-asno, para contraponerlas inmediatamente a otras que podrían recordarlas, por semejanza a imágenes asimiladas y conocidas de la mitología, de la historia, de la religión, con lo que, además de provocar mayor hilaridad, complica la narración, aunque sacándole mayor partido. Dicho de otra forma, la obra está plagada de códigos narrativos, de forma que, para entenderla en su complejidad, exige del lector el conocimiento previo de otros muchos datos culturales y lingüísticos, lo que provoca esa apariencia de complicación.

Por otro lado, parece apreciarse a lo largo de toda la obra una socarronería subyacente, quizás una especie de distanciamiento del autor por encima de las intervenciones de los personajes, las descripciones, el hilvanamiento de los hechos... Se trata de una constante ironía, de una actitud cínica del autor ante lo que está transcribiendo, como si lo que narra no fuera con él, que está por encima de lo que en la novela va pasando, a pesar de la carga crítica de que está impregnada la obra. No obstante la ingenuidad de determinadas soluciones a algunas situaciones, la candidez de algunos personajes, los lugares comunes de algunas descripciones, o quizás precisamente por eso —aunque no sólo—, la ironía flota constantemente en el texto latino, lo que no deja de provocar una profunda complicación y barroquismo de lenguaje. Es como si el autor estuviera emitiendo constantes y leves mensajes, como si lanzara guiños

y muecas al lector, con los que pretendiera aclarar su actitud personal —distante— ante lo que está contando, dando a entender que en los muchos hechos que se narran, lo de menos es su veracidad o credibilidad, porque sirven sólo de guía a ideas, para que el lector no se quede en los hechos y llegue al mensaje crítico que pretende. Quizás sea ésta la última razón de la complicación estilística, de su amaneramiento expresivo, de la complicación abarrocada del lenguaje.

INFLUENCIA DE LA OBRA DE «LAS METAMORFOSIS» EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

En un artículo titulado «Más sobre el Lazarillo»³⁹ a cuenta de la obra de Bataillon, *La vie du Lazarillo de Tormes*⁴⁰, obra en la que se plantea la ascendencia literaria del Lazarillo, M. J. Asensio, después de algunos desacuerdos con Bataillon —que mantiene que la obra del *Lazarillo* es producto de una recopilación ordenada de cuentos populares—, dice textualmente:

En *Le Roman Picaresque*⁴¹ se estimaba *El Asno de Oro* de Apuleyo como quizás el único posible antecedente literario del *Lazarillo*; para mí, estructuralmente, es fuente más que probable. Al comenzar Apuleyo declara ser su libro una combinación de fábulas milesias; en la primera persona cuenta trabajos, cambios de fortunas y adversidades de un protagonista sin otros medios para subsistir que los de su ingenio; mozo de muchos amos, pasa de uno a otro sufriendo hambre, malos tratos y miserias; esto va acompañado de sátira social y religiosa, observación de la vida diaria, interés por figuras extrasociales e ínfimas, por el mundo de las cosas, lo feo y lo insignificante, sin que

³⁹ M. Asensio, «Más sobre el Lazarillo de Tormes», *Hispanic Review*, XXVIII, 1960, págs. 245-250.

⁴⁰ M. Bataillon, Introducción a su *Edition du Lazarillo*, París, Aubier, 1958.

⁴¹ *Le roman Picaresque*. Introducción y notas de Bataillon, París, La Renaissance du livre, 1931.

falte ni el engaño religioso practicado por el echacuervo Filebo y sus compañeros, ni coincidencias importantes en el texto y en la acción.

La discusión sobre la influencia de la obra de *Las Metamorfosis* en el *Lazarillo*, y consecuentemente en buena parte de la novela española, se ha abierto, sobre todo, a partir del segundo tercio de este siglo, puesto que M. Menéndez y Pelayo había sentado cátedra con excesiva generalización, y se había dejado por más o menos bueno lo dicho⁴²:

El Asno de Oro ha inspirado gran número de producciones dramáticas y novelescas, y aún puede añadirse que toda novela autobiográfica, y muy particularmente nuestro género picaresco de los siglos XVI y XVII, y su imitación francesa *Gil Blas*, deben algo a Apuleyo, si no en la materia de sus narraciones, en el cuadro general novelesco.

El mismo Menéndez y Pelayo, por otra parte, aun aduciendo esa influencia genérica, especifica la identidad de ciertas anécdotas, como la del pasaje de la lucha de Don Quijote con los pellejos-gigantes de vino, que está claramente inspirado en la lucha de Lucio con los odres-bandidos⁴³.

En mi opinión, el tema de la influencia de *Las Metamorfosis* en la literatura española del XVI y XVII, y más concretamente en la picaresca —empezando por el *Lazarillo de Tormes*— hay que tratarlo en dos vertientes: la sociológica-política y la estrictamente literaria.

Cuando en 1554 se edita por primera vez en Burgos, Alcalá y Amberes, en ediciones separadas, el *Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, al emperador Carlos le faltan dos años para renunciar en Bruselas a favor de su hijo Felipe. Lo más importante que ha ocurrido durante el reinado del primero en Castilla, desde el punto de vista sociológico-político, había sido la derrota de los comuneros

⁴² M. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*, Tomo I, Ed. Nacional, 1943, pág. 25.

⁴³ *Metamorfosis*, II, 32, a III, 18.

en 1521-22. Antonio Domínguez Ortiz⁴⁴ nos dice al respecto:

El efecto fue inmenso y duradero: en adelante, ninguna barrera eficaz se opondría en Castilla a la consolidación *implacable del absolutismo monárquico*. Los municipios quedaron en poder de regidores perpetuos que compraron sus cargos a la corona. La nobleza, no sólo hizo olvidar la deserción de alguno de sus miembros, sino que acreditó la fábula de que las Comunidades habían sido un movimiento popular para derribar la jerarquía social vigente.

A partir de la derrota de los comuneros, la evidente industrialización de las ciudades castellanas, el comercio interno y el externo, ciertamente floreciente, empiezan a decaer. El orden imperial absoluto se ha impuesto sobre las ciudades: se han quedado sin estructuras políticas intermedias ante el poder del príncipe, y han de soportar, con impuestos y levas, la política imperial en Europa y América. Consecuencia: pobreza generalizada, mayores diferencias sociales, pesimismo, corrupción... sometimiento. No deja de ser curiosa, salvadas todas las distancias que se quieran, la semejanza entre la situación económica y social en Castilla —que no en los demás reinos peninsulares—, y el orden imperial impuesto por Roma en las provincias, del que ya se ha hablado en esta misma introducción.

Pues bien: unos años antes, en 1513, se había publicado en Sevilla la traducción al castellano de la obra de Apuleyo, en versión de López de Corteaga⁴⁵ y al parecer con éxito, puesto que se reeditó en 1539 en Zamora, de lo que hay que intuir una difusión importante. A esta traducción hay que añadir la versión de Alonso Fuentes aparecida en Medina del Campo en 1543, y en Anvers en 1551.

En un marco social y político de estructuras y tendencia semejantes al de la época de Apuleyo, y relativamente di-

⁴⁴ A. Domínguez Ortiz, *El antiguo régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias, Historia de España*, Tomo III, Madrid, Alfaguara, 1973, pág. 248.

⁴⁵ Diego López de Corteaga, *Lucio Apuleyo del Asno de Oro*, Sevilla 1513. Reedición en Zamora, 1539.

fundida como estaba la obra traducida del madaurense, cabe suponer, por lo menos, que el autor del *Lazarillo* conociera la obra de *El Asno de Oro*; y no sólo eso, sino que hubiera captado la crítica feroz que significaba para el orden social establecido por Roma. Y cabe suponerlo precisamente por el anonimato con que aparece la novela del *Lazarillo*. No es disparatado intuir que el desconocido autor del *Lazarillo*, consciente de la crítica directa al sistema instaurado en Castilla que significaba su obra, escondiera su paternidad, de tal manera, que aún hoy no se han aportado pruebas sobre su personalidad, y sigue hablándose de la mera posibilidad de que fuera o Diego Hurtado de Mendoza, o fray Juan de Ortega, nombres ambos que se sugirieron a principios del siglo XVII.

Jean Molino, en un pormenorizado artículo sobre el tema⁴⁶ asegura que hay identidades literarias suficientes entre las dos obras, como para afirmar al final, como conclusión:

A nuestro entender, diríamos que el *Lazarillo* es una transposición al mundo cristiano del siglo XVI de las *Metamorfosis*; es una transposición de parodia, en la que el criado es un aparente animal, en la que se trastoca la lección moral..., pero en la que las normas formales del mismo género se respetan.

Al margen de que una y otra obra tuvieran claras influencias puntuales de cuentos populares, o de otras obras⁴⁷ aprovechados por los autores en sus respectivas narraciones, lo cierto es que en algunos aspectos, las situaciones reales de la población de las ciudades se parecen demasiado como para que no influyera una obra en otra, no tanto en lo que se cuenta, sino en la forma y en el men-

⁴⁶ Jean Molino, «*Lazarillo de Tormes et Les Metamorphoses d'Apulée*», *Bulletin Hispanique*, Vol. XVII, 1965.

⁴⁷ R. O. Jones, *A Literary History of Spain: The Golden Age*. Traducción castellana, Barcelona, Ed. Ariel, 1974. En pág. 111 cita un manuscrito del siglo XIV en el que figura un dibujo marginal en el que un mozo de ciego bebe a escondidas con una paja en el tazón de su amo, igual que Lázaro lo hace en la jarra del suyo en el primer tratado del *Lazarillo*.

saje a transmitir. Lucio-asno es un ser sometido, tan sometido a sus amos como Lázaro a los suyos; la ambientación de degradación e injusticia es semejante en ambas; la crítica a la situación en que se vivía por un orden extraño impuesto, pareja. La gran difusión de ambas obras en sus respectivas épocas, semejantes, porque caían en semejante campo abonado, para que fueran recibidas con parabienes.

Pero si en el ámbito social-político existen identidades claras entre las épocas en que cada una de las dos obras se escribieron, no son menores las semejanzas en el ámbito literario en que nacieron. Si en el siglo II se produjo una gran difusión y abundancia de novelas amorosas y de aventuras, el siglo XV-XVI español es el siglo de las novelas amorosas a imitación de las italianas, y sobre todo la época dorada de las novelas de caballerías (aventuras). Es precisamente en ese contexto de modas o influjos literarios de corte irreal, y con una carga ideológica paralela a la del poder establecido —caballero-señor-protector— donde, por contraposición, la novela realista, de corte crítico y alejada de los esquemas del poder, puede tener la influencia y difusión que tuvo el *Lazarillo*, base y fundamento del resto de las novelas picarescas.

Precisamente la identidad de las dos épocas a las que nos estamos refiriendo, y la consecuencia de que se desarrollara en ambas un principio de novela como las que se comentan, es uno de los clásicos ejemplos que se citan en los programas de sociología de la literatura, que intentan explicar la evolución de los distintos géneros literarios paralelamente a la evolución de la organización social, a partir de la épica, en los comienzos de un pueblo como tal, hasta la culminación de la novela crítica y enfrentada a la sociedad organizada, cuando esa sociedad ha llegado a unos niveles de contradicción y tensión social suficientemente elevada.

La evidente influencia sobre el *Lazarillo de Tormes*, no queda, naturalmente, ahí: perdura mientras las circunstancias sociales no cambien, y mientras el tipo de narración tenga tan buena acogida como la que fue teniendo a través

de lo que resta del XVI, y buena parte del XVII⁴⁸. Por otra parte, y a través de la picaresca española, también debió incidir indirectamente en algunas obras europeas de corte picaresco, como el *Gil Blas*, francés, o el *Simplicissimus* alemán.

Por todo ello, no es de extrañar la cantidad de obras, más o menos recientes, sobre la incidencia de la obra de Apuleyo sobre la narrativa española⁴⁹.

⁴⁸ Sobre la influencia del *Asno de Oro* en *Guzmán de Alfarache*: Rubio Fernández. Introducción a su traducción de *El Asno de Oro*, Madrid, Gredos, 1978, págs. 31 y 32.

⁴⁹ Walsh, *The roman novel. The Satyricon of Petronius, and the Metamorphoses of Apuleius*, Londres, 1970.

Walker, *The Satyricon, The Golden Ass, and the Spanish Golden Age picaresque novel*, Oxford, 1971.

Scobie, *The dating of the earliest printed Spanish and French translation of Apuleius' Metamorphoses*, 1972.

NOTA A LA TRADUCCIÓN

Mantener el tono de una narración, cuando de traducirla a otro idioma se trata, es decir, transcribir no sólo la historia, sino la acomodación del lenguaje a la historia que se cuenta, es, a mi entender, la gran dificultad de las traducciones, y el motivo por el que llegamos a concluir que una determinada traducción es buena o no tan buena: presupuesta la proporción lenguaje-historia, se trata de plasmar esa misma proporción en el lenguaje al que se vierte una obra.

En la traducción de una obra como la que ahora se ofrece, el tema de la dificultad del mantenimiento del tono del lenguaje se multiplica, porque hay que advertir —y lo olvidamos con excesiva frecuencia, por obvio—, que, en el siglo II d. C., el medio natural de su difusión debió de ser la voz de un lector dirigida a un grupo de oyentes, lo que trastoca completamente la concepción que ahora podamos tener de la narrativa, cuyo medio natural de difusión es el de la lectura en la intimidad individual. El drama de la traducción en estas circunstancias es la consciencia de que el texto se escribió para ser oído, y hay que transvasarlo a otra lengua, pero para ser leído, y, a ser posible, manteniendo el tono del original.

No por el hecho de que deba oírse, el lenguaje debe de ser necesariamente más asequible, más vulgar, o más ramplón, porque es cierto que una cultura basada en la transmisión oral puede rayar a considerable altura —y notables ejemplos se podrían aportar que lo demostraran—, pero impone limitaciones, especialmente a la narrativa. El rit-

mo en las grandes historias épicas, la repetición de versos enteros que ponen constantemente en antecedentes, el conocimiento, casi familiar, de los personajes que intervienen, no dejaban de ser técnicas de acomodación al medio oral, de las que no dispone, por esencia, la narrativa. En este contexto adquiere profundidad y comprensión la aparente provocación de Borges, cuando afirma que Flaubert es el primer narrador de la Historia.

La novela, como historia que crea un mundo en sí y por sí, no ha podido crearse hasta el momento en que, previas las posibilidades de reproducción que ofreció la imprenta, no exista una cantidad considerable de personas que puedan descifrar y comprender por sí mismas los rasgos de la escritura, sin ningún otro medio interpuesto. Sólo a partir de entonces el narrador ha podido intentar la aventura de la creación de una ambientación total, jugando hasta con los silencios, con lo que no se dice; y es que el autor cuenta con la intimidad del individuo lector para introducirlo anímicamente en el mundo creado por él.

Sin embargo, hasta prácticamente nuestro siglo, el narrador ha vivido demasiado limitado por el hecho de la difusión oral de su obra: ha tenido que acomodarse a la costumbre difundida de «saber oír historias»; pero el oído es limitado en el tiempo y en las referencias. Incluso después de difundida la imprenta, por poco extendida la habilidad lectora, las rémoras y servidumbres de la narrativa no pudieron abandonarse sino poco a poco, a medida que se fue generalizando la posibilidad de lectura individual. El Quijote, por poner un ejemplo eminente, no deja de tener una estructura y un tono que se fundamentan y se explican en la constancia de dos personajes, y la cadencia de historias que les van sucediendo. Incluso se advierte en su textura la necesidad de un lector —lectores— que difunda la obra entre «oidores», cuando se cae en la cuenta de que tres de los personajes utilizados por el autor —el cura, el barbero y el bachiller—, son, precisamente ellos, los escogidos por ser prototipos de lectores en las pequeñas comunidades. Sabemos de la enorme difusión de la primera parte de la obra de Cervantes —difusión que utiliza magistralmente en la

segunda con una técnica narrativa ciertamente moderna—, no por los lectores que tuvo, sino por la cantidad y variedad de grupos de «oidores» de barberos, de curas, de bachilleres. No parece, pues, casual, la elección, no de personajes, sino de profesiones de las que solían leer en público, sino rémora magistralmente aprovechada por el autor.

La novela escrita para «contarse de viva voz» exige, de la forma que sea, la posibilidad de «trocearse» con arreglo a las sesiones de lectura-audición que se prevean, y sin tener que consumir demasiado tiempo, cada vez, en la puesta en antecedentes de lo narrado al auditorio. Consecuencia de lo dicho es la abundancia de colecciones de cuentos más o menos trabados entre sí en la Baja Edad Media y Renacimiento (Decamerón, Juan Manuel, Cuentos de Chaucer), y las andanzas narradas que pibotan sobre uno o dos personajes constantes, sea en novelas de caballerías, sea en narraciones críticas de la sociedad en que viven, o el cuento corto, que se acomoda a una sola sesión de lectura-audición.

Las Metamorfosis o *El asno de oro* participa de las limitaciones del tipo de obras a las que me he referido; en consecuencia, la dificultad de mantener el tono al transcribirla del latín al castellano, y para ser leída en la intimidad de cada uno, cuando se escribió para ser difundida de viva voz. De ahí lo retórico de la obra, que he intentado mantener.

La sensación de traición que he sentido al traducir desde la primera hasta la última versión, ha supuesto a la vez el placer de comprobar la materialidad viscosa del lenguaje y su moldeabilidad no ilimitada —que tampoco me atrevo a decir ilimitada. Ese complejo se degusta sobre todo en los dobles sentidos, que hay que mantener, en los aforismos, que hay que inventar en ocasiones, y en el tono general, que hay que acomodar al medio de difusión actual. La sensación algo masoquista de ese placentero complejo se siente con mayor intensidad en las revisiones constantes del texto, en pro de un utópico e inalcanzable *texto definitivo*; pero el concepto de *texto definitivo*, dice Borges, no corresponde sino a la religión, o al cansancio.

El texto de *Las Metamorfosis* ha llegado hasta nosotros a través de un manuscrito del siglo XI (*Mediceus Laurentianus* 68, 2, «F»)⁵⁰. Existe otra veintena de manuscritos que, exceptuando al denominado *Mediceus Laurentianus* 29, 2, (ϕ) de los siglos XIV y XV, no tienen garantías suficientes, procediendo como proceden de la misma fuente: el ya citado manuscrito F. El *Mediceus Laurentianus* 68, 2 es un códex escrito en letra minúscula lombarda, que contiene, además de la *Apología* o *pro se de Magia*, *Las Metamorfosis* y las *Florida*, de Apuleyo, una parte de los *Annales* y de las *Historias* de Tácito. *Las Metamorfosis* ocupan desde la hoja 126 a la 183 del manuscrito. En la hoja 160 tiene una laguna, producto de rotura. Proviene de un manuscrito del siglo IV, como atestiguan unas suscripciones que señalan la revisión que un tal Salustio hizo de la obra, sobre todo en lo que atañe al libro XI⁵¹. Ese manuscrito está muy deteriorado tanto por el uso abusivo que de él se ha hecho, como por la cantidad de interpolaciones que presenta, por lo que hay que acudir y valorar el *Mediceus Laurentianus* 29, 2 mencionado, porque transmite el propio F antes de que fuera alterado por correcciones e interpolaciones. Data de finales del XII o principios del XIII, y está escrito también en letra minúscula lombarda.

El texto en que se basa esta traducción es básicamente el del códex F, pero completado o suplido por algunas lecciones del ϕ, según el criterio de R. Helm, publicado en Teubner, Leipzig, en 1913, con el título *Apulei Platonici Madaurensis Metamorphoseon libri XI*⁵². Los números entre corchetes, [], que aparecen en el texto hacen referencia a la página del original latino que he manejado.

Consciente de la complicación estilística de la obra, y de la consecuente dificultad de su transposición, he pretendido conservar el aire y el tono de la novela, con el intento

⁵⁰ Sobre los manuscritos de Apuleyo: Robertson, «Manuscripts of the Metamorphoses of Apuleius», *Classical Quarterly*, vol. XVIII, 1924.

⁵¹ «Ego Sallustius legi et emendavi Romae Felix Olibrio et Probino consulibus» (año 395).

⁵² *Apulei Platonici Madaurensis opera quae supersunt*. Edidit Rudolfus Helm. *Metamorphoseon*. Libri XI. I. B. G. Teubner. 1908-1912. Leipzig.

de mantener el equilibrio entre la fidelidad a la forma —dobles sentidos, ironía, refranes...— y la fluidez de la prosa, para lo que he trabajado con otras traducciones en varios idiomas⁵³; estas traducciones oscilan, desde las que pretenden la exactitud del contenido, hasta las que son verdadera recreación de la obra.

⁵³ *El Asno de Oro*. Estudio preliminar y traducción directa de Vicente López Soto, Barcelona, Bruguera, 1970.

El Asno de Oro. Introducción, traducción y notas de Lisardo Rubio Fernández, Madrid, Gredos, 1978.

Las Metamorfosis. Apuleu. Revisat i traducció de Marçal Olivar, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1931.

Les Metamorphoses. Apulée. Text établi par Robertson. Traduit par Paul Valette, París, Les Belles Lettres, 1940.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones críticas

Edición princeps, Roma, 1496. Reimpresa en Venecia en 1488 y 1493.

ROBERTSON, «The manuscripts of the Metamorphoses of Apuleius», *Classical Quarterly*, Vol. XVII, 1924.

HELM, *Apulei Platonici Madaurensis Metamorphoseon libro XI*, Leipzig, Teubner, 1913.

Estudios sobre la obra (por orden cronológico)

CHANDLER, *The picaresque novel in Spain*, Nueva York, 1899.

Traducción española de Martín Robles, Madrid, 1913.

COCCHIA, *Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria di Lucio Apuleio*, Catania, 1915.

NORDEN, *Der antike Kuntsprosa*, II vol., Leipzig, 1916.

PERRY, «The Metamorphoses escribed to Lucius Patrae, its content, nature and autorship», *Classical Philology*, 1923.

HAINHT, *Apuleius and his influence*, Nueva York, 1927.

BATAILLON, *Le roman picaresque*. Introducción, París, La Renaissance du livre, 1931.

OLDFATHER, CANTER, PERRY, *Index Apuleianus*, Middleton, 1934.

CORTÉS, «Algunas reminiscencias de Apuleyo en la literatura española», *Revista de Filología Española*, 1935.

PARATORE, *La novela in Apuleio*, Florencia, 1942.

MENÉNDEZ Y PELAYO, *Orígenes de la novela*, Ed. Nacional, 1943.

HICTER, «L'autobiographie dans l'Ane d'Or d'Apulée», *Antiquité Classique*, 1944.

PARATORE, *La prosa di Apuleio*, Maia, 1948.

SCAZZOSO, *La Metamorfosis di Apuleio: Studio critico del significato del romanzo*, Milán, 1951.

- MALDONADO DE GUEVARA, «La teoría de los géneros literarios y la constitución de la novela moderna», *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, 1952.
- VALETTE, *Apulée; Les Metamorphoses*, Vol. I, París, Budé, 1956.
- GRIMAL, «L'originalité des Metamorphoses d'Apulée», *L'Information littéraire*, París, 1957.
- COURCELLE, «Les confessions de Saint Agustin dans la tradition littéraire», *Etudes agustiniennes*, París, 1963.
- LIDA DE MALKIEL, «Función del cuento popular en el Lazarillo de Tormes», *Actas del I Congreso de Hispanistas*, Oxford, The Delphin Book, 1964.
- MOLINO, «Lazarillo de Tormes et les *Metamorphoses* d'Apulée», *Bulletin Hispanique*, LXVII, 1965.
- MARTIN, «Le sens de l'expression "Asinus Aureus" et la signification du roman apuleien», *Rev. des Etudes Latines*, 1970.
- BIANCO, *La fonte greca delle Metamorfosis di Apuleio*, Brescia, 1971.

EL ASNO DE ORO

LIBRO PRIMERO

PRETENDO con estos escritos reunir para ti, lector, algunos cuentos en prosa milesia¹. Si te avienes a leer este papiro escrito con fina caña del Nilo, seduciré tus benévolos oídos con una divertida narración, y quedarás admirado con la sucesión de situaciones de unos hombres que cambian de forma y condición, para recuperar nuevamente su primitiva imagen, según les interesa. Empiezo:

¿Que quién soy yo? Ahí van unos cuantos datos: Hime-tos de Ática, el istmo de Efirea, y Tenaros de Espártica —afortunados pueblos, y celebrados desde siempre por libros aún más afortunados— son mi antigua cuna. Allí rendí mis primeros tributos de infancia al aprendizaje de la lengua ática.

Me instalé luego en Roma, donde estudié con ahínco la lengua de los Quirites², sin maestro que me dirigiera, por lo que ya desde ahora, ignorante charlatán que soy, me excuso por si incurro en extranjerismos, o en tecnicismos del Foro; pero advierte que esos mismos cambios de estilo concuerdan con la suerte de mutaciones a las que ahora acce-

¹ Género de carácter burlesco que enlaza con las comedias de Aristides de Mileto (II a. C.), introducido en la literatura latina por L. Cornelio Sisena (I a. C.) en una versión de la obra griega, y que ejerció gran influencia en las narraciones latinas.

² Los Quirites son antiguos habitantes de Roma, de condición superior. Ver más adelante nota 29.

demos. Comencemos, pues, con un cuento de estilo griego³. Pon atención, lector, que te lo vas a pasar bien.

[2] Iba yo camino de Tesalia —que de allí, donde nos enorgullecemos de ser la cuna del ilustre Plutarco, y de su sobrino el filósofo Sexto, proviene el linaje de mi madre—, iba a Tesalia, digo, por negocios. Después de haber atravesado altas cordilleras, peligrosos valles, húmedas praderas y tierras de labranza, sobre un caballo blanco del país, que estaba realmente cansado, quise desentumecerme yo también, rendido como iba por la sedentaria fatiga, eché pie a tierra, le enjuagué con cuidado la frente al caballo, le acaricié las orejas, le quité el bocado y me puse a caminar lentamente, dándole tiempo a que el remedio natural le aligerara el peso del vientre.

Mientras él, con la cabeza gacha y ladeada, sin perder el paso, trataba de alcanzar las hierbas que le llegaban a la altura de la boca, me uní como tercero a dos compañeros que iban un poco más adelante. Y mientras alcanzaba a oír de qué hablaban, uno de ellos rompió en carcajadas y dijo:

—A ver cuándo vas a acabar de una vez con tan increíbles y desmesuradas mentiras.

Al oírlo, sediento como iba de noticias, dije:

—No, hombre, no: mejor haríais en compartir conmigo la conversación que lleváis. Y no penséis que soy un indiscreto; es que estoy ávido de saber todo lo que pasa. Además, el misterioso encanto de los cuentos no dejará de aliviarnos de la pesadez de la cuesta que ahora empezamos.

[3] El que había hablado antes dijo de nuevo:

—¡Ni hablar!; eso es tan cierto como si alguien pretendiera convencerme de que con una fórmula mágica los tumultuosos torrentes corren hacia atrás, se encrespa el perezoso mar, cesan, privados de fuerza, los vientos, se de-

³ El cuento griego es una narración de amor y aventuras, que ha tenido gran influencia en la literatura latina y en las narraciones amorosas y caballerescas de la Edad Media y el Renacimiento. La época más floreciente de su producción transcurre desde el siglo III a. C. hasta finales del I a. C. Sobresalientes ejemplos son: *Dafnis y Cloe*, de Longo; *Calímaco y Crisóroa*, anónimo; *Historia Apolloni*, asimismo anónimo.

tiene el sol, crece la luna, se mueven las estrellas, avanza el día o se reduce la noche.

Entonces yo dije con mejor labia:

—Oye, tú, el que habías empezado a contar esa historia; no te avergüences ni te des por vencido.

Y al otro:

—En cuanto a ti, estás rechazando obstinadamente con oídos necios lo que quizás están contando como acierto. No te emperres, ¡por Hércules!, en el error de pensar que es mentira lo que se oye por primera vez, o lo que parece que sobrepasa lo imaginable, porque a lo mejor, si lo analizas detenidamente, te podrás dar cuenta no solamente de su veracidad, sino de la sencillez de su explicación.

[4] Yo mismo, ayer tarde, cuando en un convite intentaba engullir un bocado de torta de queso demasiado grande, se me pegó la viscosidad del pastel a la garganta, y tanto me atragantó la respiración, que por poco me muero. Y sin embargo, no hace mucho, en Atenas, ante el pórtico Pecilo⁴ vi con este mismo par de ojos a un malabarista que se tragaba un afilado sable de caballería por la acerada punta; y después, por unas pocas monedas, hizo desaparecer una lanza de caza, metiéndosela hasta las mismas entrañas, y de punta. Luego un hermoso niño trepó por el asta de la lanza que sobrepasaba la cabeza como un báculo invertido y, una vez subido, empezó una danza enérgica y flexible de contorsionista, con gran admiración de los que estábamos. Parecía la serpiente que se agarra con escurridizos movimientos al báculo nudoso de mil cortadas ramas que lleva el dios médico⁵.

Mejor será que vuelvas a contar ese cuento tuyo, que yo me lo voy a creer por éste y por mí; y para cuando entremos en la primera posada, te ofrezco la recompensa de repartir contigo mi almuerzo.

⁴ El pórtico de Pecilo, ubicado en el ágora de Atenas, estaba decorado con pinturas de famosos creadores, era muy conocido porque servía de marco a representaciones callejeras.

⁵ Caduceo es una vara delgada en la que se enroscan dos culebras. Atributo de Mercurio, se le tenía en la Antigüedad como símbolo de la paz.

[5] Dijo él entonces:

—Aprecio en su valor lo que propones, y por eso voy a iniciar otra vez el cuento que había empezado. Pero antes, por el propio sol que todo lo ve, he de hacer protesta de que lo que cuento es cierto y comprobado; y para que no lo dudéis ninguno de los dos, cuando lleguéis a la cercana ciudad de Tesalia podréis comprobar lo que sucedió, porque allí anda en boca de todos lo que aconteció en realidad. Sabed antes de dónde provengo: soy de Egio. Me gano la vida con el oficio de traficar con queso, miel, y otros productos similares, por toda la Tesalia, Aetoria y Boecia.

Como me había enterado de que en Hípata, la ciudad más importante de toda Tesalia, vendían un queso fresco de exquisito sabor, a un precio interesante, me puse en camino inmediatamente con la intención de adquirir la partida entera. Pero como suele pasar cuando te levantas con mal pie, se torció la posibilidad de compra, porque el día anterior un tal Lupo, comerciante al por mayor, lo había comprado todo.

Cansado de la inutilidad de la marcha, me fui a media tarde a los baños [6] y mira por dónde me encuentro a mi amigo Sócrates. Estaba sentado en el suelo, vestido sólo con una capa raída y vieja, desfigurado casi de enflaquecido que estaba, y deforme en su penuria, como los desgraciados que piden limosna por las esquinas. Me le acerqué dudando, aunque, como amigo que era, le conocía bien.

—Eh, Sócrates, le digo, ¿qué es esto? ¿Qué aspecto es ese? ¿Por qué tanta vergüenza? En tu casa te han estado llorando y han ofrecido ya los funerales por ti; los jueces provinciales ya han asignado tutores a tus hijos; tu mujer, que ya ha cumplido las honras fúnebres, está tan desfigurada por el llanto y por la continuada tristeza, que ha perdido casi la vista; hasta sus propios familiares la animan a cambiar la desgracia de la casa por la alegría de unas nuevas nupcias. Y mientras tanto tú, aquí, para vergüenza nuestra, llevando esta iniquidad de vida.

—Aristómenes —me dijo—, tú no desconoces las volubles sendas de la Fortuna, ni sus mudables acometidas, ni sus cambios de tornaguía —y se cubrió la cara con los ha-

rapos remendados, rojo de vergüenza, dejando desnudo el resto del cuerpo, desde el ombligo hasta sus partes. Y como no podía soportar por más tiempo la visión de tanta adversidad, intenté que se levantara ofreciéndole la mano.

[7] Pero él, tal como estaba, sin descubrirse la cabeza, dijo:

—Deja, deja; deja que la Fortuna goce por más tiempo del trofeo que ella misma ha creado.

Por fin conseguí que me siguiera. Me quité una de las túnicas que llevaba, lo cubrí, y me lo llevé a los baños. A fuerza de frotar, conseguí quitarle hasta las cascarillas acumuladas, y le procuré las cosas de aseo y unción. Más limpio que los oros, lo llevé penosamente —que también yo estaba cansado— hasta mi posada; y mientras se restablecía al calor del lecho, le sacié el hambre y la sed, y le distraje la velada contándole historias, con lo que fue sintiéndose proclive a la conversación, a la risa, a la burla, a la chanza, y a la procacidad, incluso, cuando, de repente, desde lo más profundo de las entrañas lanzó un suspiro de dolor, al tiempo que se golpeaba la frente aturdida con las manos, y dijo:

—¡Desgraciado de mí! ¡En cuánta desgracia he llegado a caer por mi desmedida afición a la lucha de gladiadores! Ya sabes que salí a Macedonia a unos negocios. Pues bien: cuando a los diez meses volvía de allí bastante más rico, un poco antes de llegar a Larisa cogí un atajo para llegar pronto al circo, y a poco, me vi rodeado de terribles bandidos en un valle accidentado. Me dejaron sin nada, pero pude escaparme, y fui a parar a manos de una hostelera llamada Meroe, algo mayor, pero muy bien conservada. Me instalé en su casa, y estuve contándole las causas de mi prolongada ausencia de la mía, las ganas que tenía de volver, y la desgracia del atraco que había tenido. Ella, ciertamente con mucha amabilidad, compartió conmigo una cena ciertamente agradable. Y un poco más tarde, loca de calentura, me acogió también en su cama.

Por consentir en una sola coyunda, contraí un largo y repugnante sometimiento: hasta el vestido que los buenos ladrones me habían dejado para cubrirme, así como las po-

cas monedas que sacaba, mientras pude, cargando sacos, se los tenía que dar a ella. Por esa buena esposa, y por mi mala fortuna he caído en la situación que hace poco viste.

[8] —¡Por Pólux! —dije yo— que mereces que te ocurran mayores calamidades, si hay mayores desgracias que las tuyas, por haber preferido el placer de la carne y la lisa de una ramera al hogar y a los hijos.

Pero él, llevándose el índice a los labios, cagado de miedo, dijo:

—Calla, calla —y miraba alrededor para asegurarse de que nadie más oía sus palabras—, y respeta a esa mujer sobrenatural, no sea que por hablar sin tiento te lleves un buen disgusto...

—¿Lo dices en serio? —dije—. ¿Pues qué mujer es esa reina y señora de la posada?

—Es una hechicera —dijo—; una mujer con poderes sobrenaturales, capaz de hundir el cielo, de levantar la tierra, de endurecer las aguas, de mover las montañas, de invocar a los difuntos, de contradecir a los dioses, de apagar las estrellas y hasta de clarificar el propio Tártaro⁶.

—Venga, venga —le dije—, no te pongas trágico, y dime con palabras llanas lo que sabes.

—¿Quieres oír —dijo— alguna de sus hazañas? Porque para ella el hacer que la amen apasionadamente, no sólo sus paisanos, sino los indios, y aun los etíopes o los propios antiones⁷ son naderías para su poder, meras simplezas. Mira hasta dónde ha llegado, y sin esconderse de nadie.

[9] A un amante suyo que la había engañado con otra, con una sola palabra lo convirtió en castor, para que le ocurriera —por haber tenido amores con otra— lo que le pasa a ese animal, que al caer en cautividad se libera de sus cazadores capándose a sí mismo.

A un posadero vecino —y, como vecino, rival— lo transformó en rana, y ahora aquel pobre viejo está nadando en

⁶ El Tártaro es la región más profunda del mundo, situada debajo de los Infiernos, donde las divinidades encerraron a sus enemigos.

⁷ Antiones: referencia a una raza del Norte de África, posiblemente localizada en la actual Abisinia.

una cuba de vino, desde donde saluda a sus antiguos clientes con roncadas y serviles croas, hundido en las heces.

A un abogado, sólo por hablar contra ella, lo convirtió en cabrón, y ahora como cabrón defiende pleitos.

A la propia mujer de su amante, que se había guaseado de ella, como estaba preñada, la castigó a perpetua preñez, después de obstruirle la vulva y adormecerle el feto. Y la desgraciada, con una gravidez de ocho años, según las cuentas, se ha puesto como si fuera a parir un elefante.

[10] Como se prodigaba con excesiva frecuencia en casos parecidos, y había ya partido por el eje a demasiados, creció a ojos vistas la indignación general, y decidieron entre todos que al día siguiente habrían de vengarse severísimamente, castigándola a la pena de lapidación. Pero ella se percató del propósito con la ayuda de sus sortilegios y, como otra Medea^{7bis} —que en un solo día de tregua que consiguió de Creón destruyó mediante una simple corona en llamas la familia entera del rey, incluidos el padre y la hija—, del mismo modo, tal como me contó hace poco un día que andaba borracha, los tuvo a todos encerrados, a cada uno en su casa, utilizando la propia fuerza de las divinidades, con sólo unos gestos litúrgicos sobre un sepulcro, de manera que durante dos días no pudieron ni descorrer los cerrojos, ni mover los trancos de las puertas, ni agujerear las paredes, hasta que juraron por lo que creyera más santo que no le iban a poner la mano encima, y que si alguien lo intentara, los demás habrían de acudir en su ayuda. Sólo así, apaciguada como digo, perdonó a la ciudad entera. En cuanto al instigador de aquella confabulación, lo transportó a más de cien millas de distancia —a él y su casa entera tal como estaba, es decir, con las paredes, el suelo y los cimientos—, hasta la otra ciudad, sobre la cúspide de un monte escabroso, y, naturalmente, sin agua. Pero como la den-

^{7bis} Medea y Creón: el rey Creón quiso casar a su hija con el héroe Jasón, amancebado con Medea, y para ello desterró a la patrona de la magia (la propia Medea). Consiguió demorar el destierro un día, durante el transcurso del cual preparó su venganza impregnando vestidos y joyas de la ceremonia de la boda con veneno. Con ello consiguió abrasar a la hija del rey y al rey mismo con un fuego misterioso. El palacio también quedó convertido en cenizas.

sidad de las casas construidas allí no daban lugar a otro nuevo vecino, dejó tirada la casa ante la puerta de la ciudad.

[11] Yo le dije entonces: ,

—Me estás contando, Sócrates, cosas tan atroces como maravillosas, y has conseguido meterme el miedo en el cuerpo, por no decir el pánico; me has clavado, no digo una espina, sino una lanza, de inquietud, no vaya a ser que la vieja se entere de nuestra conversación a través de sus artes sobrenaturales. Mejor será que nos acostemos; y después de descansar, nos vamos cuanto antes lo más lejos posible antes de amanecer.

Sin acabar de hablar, el bueno de Sócrates, vencido por la fuerza del vino, al que no estaba habituado, y por la fatiga de todo el día, se puso a roncar profundamente dormido. Cerré yo la puerta, pasé las fallebas, y me tumbé, muerto de miedo, en el camastro, después de ajustarlo contra la puerta como medida de seguridad, pero como estaba dominado por un verdadero pánico, no pude pegar ojo hasta la medianoche.

Había cogido postura tan a gusto, cuando, de un golpe más fuerte que cuando creemos que están entrando los ladrones, se abrieron las puertas, o mejor dicho, cayeron hacia adentro con los goznes arrancados de cuajo. El camastro, pequeño por demás, cojo de una pata y podrido, quedó deshecho del golpe, y al caer rodando por los suelos, me atrapó debajo [12]. Entonces pude darme cuenta de que algunas sensaciones se manifiestan al revés, pues así como a menudo se te saltan las lágrimas de risa, en aquel momento de pavor no pude contenerlas, al verme convertido de Aristómenes⁸ en tortuga. Mientras estaba por los suelos, protegido por la habilidad del camastro, y mirando de soslayo a ver qué iba a pasar, vi que entraban dos mujeres de avanzada edad. Una llevaba un candil encendido. La otra una esponja y una espada desnuda. Se pusieron una a cada lado de Sócrates —que continuaba dormido— y empezó a hablar la que llevaba la espada:

—Ahí tienes, hermana Pantia, a mi querido Endimión⁹,

⁸ Aristómenes: poeta cómico de Atenas.

⁹ Endimión: hijo de Zeus y Cálice, había inspirado unos amores vio-

mi Ganimedes¹⁰, el que se ha burlado de mi juventud durante muchos días con sus noches; ahí tienes al que, dejando de lado mi amor, no sólo me difama con oprobios, sino que está dispuesto a huir. ¿Quién va a dudar de que, como otra Calipso¹¹ abandonada por Ulises, no estoy destinada a llorar una eterna soledad?

Luego, para presentarme a su hermana Pantia, me señaló con la mano extendida y dijo:

—En cuanto a este buen consejero Aristómenes, que ha sido el instigador de la huida, próximo ya a la muerte, ahí lo tienes ahora en el suelo, bajo el camastro, observando lo que pasa; se figura que va a salir impune del trato que me ha dado. Pero voy a hacer que se arrepienta luego... ¡qué digo! enseguida, ¡ahora mismo!, de su maledicencia pasada, y de su malhadada curiosidad de ahora.

[13] Al oír esto, me sentí empapado de un sudor frío, y empecé a la vez a temblar de tal manera, que el camastro no hacía más que rebotar sobre mi espalda a causa de la tiritera. Entonces, la buena de Pantia dijo:

—¿Te parece, hermana, que empecemos por descuartizar a éste, como en las bácanales¹², o lo capamos directamente?

A lo que contestó Meroe —que así me pareció que se llamaba por lo que me había contado Sócrates:

—Deja que por lo menos quede uno para que le dé sepultura en unos pies de tierra a este desgraciado.

lentos a la Luna (Selene); y ante la propuesta de Zeus de concederle la realización de un deseo, —por inspiración de la propia Selene—, escogió el de dormir el sueño eterno para permanecer eternamente joven.

¹⁰ Ganimedes, el «ser más hermoso de los mortales» provocó un desbordado amor en el padre de los dioses, tal, que se le conoce como el escanciador del Olimpo, y es que tenía el oficio de llenar la copa de Zeus con néctar. En su oficio tan cercano a Zeus desplazó a Hebe, la divinidad de la juventud.

¹¹ Calipso es una ninfa, hija de Atlante y Peyone. Vivía en una isla del Mediterráneo occidental; allí acogió a Ulises naufrago, y lo retuvo hasta que, por mandato de Zeus, a instancia de Atenea, se vio obligada a dejarle marchar muy a su pesar.

¹² Bacanales: fiestas y sacrificios en honor a Baco, en las que los participantes se entregaban a la borrachera y la disolución.

Y dándole la vuelta a la cabeza de Sócrates le hundió la espada entera, hasta la empuñadura, por el hueco de la clavícula izquierda; acercó luego un jarro y recogió el caño de sangre con tanto cuidado que no se le escapó una gota. Todo eso lo vi yo mismo con mis propios ojos.

Luego, para que nada le faltara a la liturgia del sacrificio, la propia Meroe le metió la mano derecha por la herida hasta las entrañas y le estuvo hurgando hasta arrancarle el corazón a mi pobre amigo, al tiempo que, segada con la fuerza de una lanza, salía de la propia herida de la garganta un quejido, o mejor, un vago suspiro, y exhalaba el último aliento. Pantia, mientras tapaba la herida abierta con la esponja, dijo:

—Esponja: ten en cuenta que has nacido en el mar; guárdate pues de pasar por el río.

Así habló, y al retirarse, me quitaron el camastro de encima, se despatarraron en cuclillas sobre mi cara y desocuparon la vejiga, hasta empaparme con un baño de orina inmundada.

[14] No habían hecho más que traspasar el dintel, cuando las puertas, intactas, recobraron su posición primera: los goznes se encajaron en los quicios, los cerrojos tornaron a las jambas, los pestillos se metieron en las gacheras. Yo, tal como estaba, tendido en el suelo, sin aliento, desnudo, helado y —como recién salido del vientre de mi madre—, empapado en meados, en una palabra, medio muerto, sobreviviéndome a mí mismo y póstumo a la vez, cuando menos aspirante seguro a una cruz ya preparada, me dije: «¿Qué va a ser de mí mañana, cuando aparezca ese degollado? ¿A quién le van a parecer ciertos semejantes hechos, cuando diga la verdad de lo que ha pasado? ¡Si tan hombre como eres, no podías resistirte a una mujer, podías por lo menos haber pedido socorro! ¿Degüellan a un hombre ante tus ojos y te callas? ¿Por qué no te ha llevado también a ti por delante semejante crimen? ¿Por qué razón esa feroz crueldad ha preservado para el juez un testigo del asesinato? Ya que has logrado esquivar la muerte, júntate ahora a tu compañero.» Mientras le daba vueltas a estas cosas, la noche iba dejando paso al día. Huir a escondidas me pare-

ció la mejor solución, aunque fuera empezando el camino al tentón. Así pues, recogí el hato y me puse a recorrer los pestillos con la llave. Pero aquellas leales y fieles puertas, que se habían abierto espontáneamente durante la noche, a duras penas, y con mucha dificultad, quedaban francas con reiteradas vueltas de su propia llave. [15] Entonces grité:

—¡Oye! ¿Dónde andas? ¡Abre las puertas del establo, que quiero marcharme antes del amanecer!

El portero, tumbado junto a la puerta, aún dormido, me contestó:

—¿Qué te pasa? ¿No sabes que los caminos están llenos de ladrones, para que quieras salir de viaje de noche? Aunque quieras morir por haber sido cómplice de un crimen, nosotros aún no tenemos una calabaza hueca por cabeza para que nos apetezca morir por ti.

Yo le contesté:

—El amanecer no va a tardar; y además, ¿qué le pueden quitar los ladrones a un caminante tan pobre? ¿O es que no sabes, estúpido, que ni diez gladiadores pueden despojar al despojado?

A lo que el modorro aquel, medio dormido, contestó, dándose la vuelta:

—¿Cómo sé yo si no has degollado al compañero con el que te hospedaste ayer tarde, y pretendes ahora evitar la cárcel?

En ese mismo momento recuerdo que se abrió la tierra hasta los infiernos, y en el fondo el can Cerbero¹³ me miraba dispuesto a devorarme. Se me hacía que la buena de Meroe no me había preservado del degüello por compasión, sino por la crueldad de reservarme para el tormento de la cruz.

[16] Al volver a la cama iba pensando en el modo más rápido de quitarme la vida. Pero como la diosa Fortuna no

¹³ Cerbero (can): es el perro del Hades, que guarda la entrada al mundo de los muertos e impide la salida. Es un monstruo que se le representa con tres cabezas de perro, una cola formada por una serpiente y en el dorso una multitud de cabezas de culebras.

me había puesto en las manos más arma que el camastro, le dije: «Mi querido camastro, tú que has soportado como testigo y confidente los hechos tan angustiosos que han sucedido esta noche; tú, el único al que puedo citar en mi condición de reo, como testigo de mi inocencia, proporcióname ahora un arma salvadora que me lleve rápidamente a los infiernos.» Y al acabar de decirlo empecé a desenredar una cuerda entretejida en el propio camastro; la pasé sobre una viga que iba de una a otra parte de la ventana, y asegurándola de un extremo, hice una lazada en el otro; me elevé a mi perdición sobre el camastro, y metí la cabeza en la horca. Pero al empujar con el otro pie el apoyo en que me sostenía, para que el lazo me agarrotara el cuello, e impidiera el paso del aire, con mi propio peso, la cuerda, vieja y podrida, se rompió inesperadamente de un tirón. Caí sobre Sócrates, que dormía al lado, y dimos los dos en los suelos. [17] En ese mismo momento saltó el portero a gritos:

—¿Dónde está el que tanta prisa tenía de noche, y ahora sigue roncando entre las mantas?

A lo que Sócrates, no sé si despabilado por mi caída o por los chillidos tan sin tino, se levantó y dijo:

—No sin razón todos los huéspedes detestan a esa clase de mesoneros. Ese estúpido, además de entrar cuando no debía —me figuro que con intención de llevarse algo—, me ha despertado con sus gritos cuando estaba en el mejor sueño.

Yo, con el alborozo de la sorpresa, me levanté rápidamente y le dije, desbordado de alegría:

—Fiel portero, hermano, amigo: aquí tienes aquel a quien acusabas de haber dado muerte cuando estaba borracho.

Y al decirlo, no dejaba de abrazar a Sócrates efusivamente. Pero él, sorprendido por el olor de tan asqueroso líquido con el que me habían rociado aquellas Lamias¹⁴, me retiró de sí y dijo:

¹⁴ Denominaban lamias al monstruo femenino que robaba a los niños, y que las madres utilizaban para asustarlos. Existen varias leyendas sobre las lamias.

—Aparta; que llevas un tufo peor que el de las letrinas. Y empezó a preguntar la razón de aquel olor. Yo, pobre de mí, saliéndome por la tangente, desvié la atención a otra cosa; conque le eché la mano por encima y dije:

—¿Por qué no nos vamos ya, y disfrutamos del camino por la mañana?

Cogí el hatillo, y una vez pagada la hostería, emprendimos la marcha.

[18] Habíamos caminado un buen trecho cuando, con la salida del sol, se hizo claro y empecé a fijarme cuidadosamente en la parte del cuello de mi compañero por donde había visto hundirse la espada, y me dije entonces para mí: «¡Estúpido de ti! Las barbaridades que has visto han tenido que ser sueños de borrachera. Ahí tienes a Sócrates, entero, sano, incólume. ¿Dónde está la herida? ¿Dónde la esponja? ¿Dónde la cicatriz, tan profunda, tan reciente?» Y le dije a él:

—Qué razón tienen los buenos médicos cuando afirman que los que se atiborran de comida y vino tienen luego unos sueños pesados y terribles. A mí mismo, por no moderar las copas ayer tarde, esta noche me ha ofrecido presagios infaustos e imágenes tan tremendas, que aún me parece que voy salpicado y rociado de sangre humana.

A lo que respondió sonriendo:

—De lo que estás tú rociado no es de sangre sino de orines. Aunque también es cierto que, en sueños, me ha parecido que me degollaban, pues sentí un agudo dolor en el cuello y hasta tuve la sensación de que me arrancaban el corazón. Ahora mismo me falta el aliento, me tiemblan las piernas y casi no me tengo en pie; lo que creo es que necesito comer para reponer fuerzas.

—Aquí —le dije— tienes el almuerzo.

Y diciéndolo, descolgué las alforjas del hombro, le di pan y queso, y añadí:

—Quedémonos bajo la sombra de este plátano.

[19] También yo me puse a comer en el mismo sitio, pero mientras veía el buen apetito con que devoraba, me di cuenta por su acusada palidez amarillenta, que desfallecía. Tanto le había cambiado el color que, asustado, y pen-

sando en aquellas Furias¹⁵ de la noche, se me cruzó en la garganta el primer pedazo de pan, aunque pequeño, que tomaba, y no atinaba ni a echarlo ni a tragarlo. Pero lo que más me llenaba de pánico era la ausencia de caminantes, porque estando los dos solos, nadie se iba a creer que uno no hubiera muerto a manos del otro. La verdad es que, cuando hubo comido lo suficiente, empezó a sentir una aguda sed, pues había despachado un buen pedazo de queso. No lejos de las raíces del plátano corría un perezoso riachuelo hacia una balsa que emulaba en color a la plata y el cristal. Entonces le dije:

—Sáciate en el agua de ese arroyo.

Se levantó él, buscó el lugar más apropiado en la orilla, y arrodillándose, se inclinó ansiosamente sobre el agua. Apenas había tocado con los labios la superficie, se le abrió un profundo tajo en el cuello, y apareció enseguida la esponja, seguida de unas gotas de sangre. Su cuerpo sin vida hubiera caído al agua si no llegó a agarrarle con fuerza de un pie. Lo arrastré penosamente hasta la parte alta de la orilla donde, después de llorar amargamente al desdichado amigo, lo sepulté bajo tierra arenosa en eterna vecindad del torrente. Lleno de miedo, y temiendo por mí, huí por lugares solitarios y no frecuentados. Ahora, como si yo hubiera sido partícipe en un asesinato, he abrazado un exilio voluntario, y desde entonces resido en Aetolia, donde he contraído un nuevo matrimonio.

[20] Esto es lo que contó Aristómenes; y aquel compañero, que desde el principio desdeñaba con obstinación incrédula su historia, dijo:

—No hay nada más falso que ese cuento, ni más absurdo que tal sarta de mentiras.

Luego, dirigiéndose a mí, me espetó:

—¿Y tú, que tienes aspecto y maneras de hombre instruido, te crees esos cuentos?

A lo que contesté:

¹⁵ En las primitivas creencias de los romanos las Furias son los demonios del mundo infernal. Con el tiempo fueron asimilándose a las Erinias griegas, de cuyos mitos se apropiaron.

—No sólo creo que no haya nada imposible, sino que todo lo que les ocurre a los hombres pasa tal como los hados han determinado; pues a ti, y a mí, y a todos los mortales, nos han ocurrido sucesos maravillosos, imposibles casi, que cuando se los cuentas a un ignorante no se los cree. Y por mi parte, ¡por Hércules!, ¡vaya si lo creo! Y le agradezco además que nos haya distraído con la amenidad de un cuento tan agradable, porque se me ha pasado este largo y áspero camino sin fatiga ni aburrimiento. Hasta mi montura creo que se alegra del favor, que he llegado a los aledaños de esa ciudad montado no a su lomo, sino a caballo de mis oídos.

[21] Tal fue el final de nuestra conversación y de nuestro camino común, porque los otros se marcharon por la izquierda hasta un cortijo cercano. Yo me fui a la primera hospedería que encontré. Me acerqué y, allí mismo, pregunté a una vieja fondera:

—¿Es Hípata esta ciudad?

Y asintió ella con la cabeza.

—¿Conoces a Milón, uno de sus más ilustres ciudadanos?

Ella contestó sonriendo:

—Ciertamente, ese Milón pasa por ser el más importante de la ciudad, porque reside fuera de las murallas.

Yo le dije:

—Déjate de bromas, abuela, y dime cómo es y en qué casa vive.

Y me contestó ella:

—¿Ves a lo lejos aquellas ventanas que miran a la ciudad y que por el lado contiguo a la puerta casi dan al callejón? Allí vive el riquísimo Milón, cargado de dinero y posesiones, pero con muy mala fama por su extrema avaricia y su tacañería. Se dedica ordinariamente a la usura con garantía de oro o plata. Cerrado en casa, y atento siempre a su dinero, tiene a su mujer como compañera de su miseria. Dispone de una sola sirvienta, y anda siempre vestido como un pordiosero.

Rompí a reír yo a esas palabras diciendo:

—¡Con bonita previsión me recomendó mi amigo Dameas, cuando me animaba a acudir a persona en cuya casa

no habría de temer ni la humareda del hogar ni el olor del cocido!

[22] Dicho esto, me acerqué hasta la casa andando y comencé a golpear la puerta cerrada a cal y canto. Al cabo, apareció una muchacha que me dijo:

—Oye, tú, el que aporrea la puerta con tanta fuerza, ¿qué es lo que quieres empeñar? ¿Porque no serás el único que no sabe que sólo admitimos oro y plata en prenda?

A lo que respondí:

—Haz el favor de recibir a la gente con mejores palabras, antes de responderme si puedo encontrar a tu amo en casa.

—Sí —dijo ella—, pero ¿para qué asunto?

—Le traigo de Corinto una carta de Dameas.

A lo que contestó:

—Mientras te anuncio, espera ahí un poco.

Y diciendo esto, atrancó las puertas y se metió adentro. Volvió poco después, abrió las puertas y dijo:

—Te pide que pases.

Lo encontré tendido en un estrecho camastro a punto de empezar a cenar, y con la mujer sentada a los pies. Me señaló una mesa totalmente vacía, y me dijo:

—Siéntate ahí.

Yo le di las gracias, y le entregué la carta de Dameas. La leyó con rapidez y dijo:

—Estoy encantado de que mi amigo Dameas me haya procurado un huésped tan distinguido.

[23] Y al momento le ordenó a su mujer que se levantara, y a mí que me sentara en su lugar. Y como por buena crianza me resistía, me tomó del orillo de la túnica y me dijo:

—Siéntate aquí, que es que no podemos tener más asientos ni más mobiliario por miedo a los ladrones.

Me senté, y continuó:

—Por el porte que tienes y por tu casi natural discreción había deducido que vienes de estirpe noble y limpia, pero mi querido Dameas me lo dice en su carta. Te ruego que no desprecies la modestia de nuestra casa, que ahí al lado puedes disponer de un decoroso dormitorio. Haznos, pues,

la merced de residir en nuestra casa por tu voluntad, y así vas a aumentar su lustre, a la vez que —contentándote con residir en un hogar modesto— será para ti timbre de gloria el igualarte a aquel gran Teseo —tocayo de tu padre—, que no menospreció el ofrecimiento de la humilde Hecale¹⁶ ya anciana, de que se alojara en su casa.

Llamó luego a la criada y dijo:

—Fotis, pon el equipaje del huésped en esa habitación, saca de la alacena aceite de ungir, toallas limpias y todo lo necesario para el baño, y acompáñale a las termas de aquí cerca, que debe estar cansado de tan largo y duro camino.

[24] Calibrando yo, por lo que había oído, las costumbres de sobriedad y tacañería de Milón, y queriendo congraciarme con él, le dije:

—No me suele faltar de nada de lo que has dicho cuando voy de viaje. Ya me arreglaré yo solo para encontrar los baños. Eso sí: lo más importante que tengo es el caballo, que me ha traído a buen paso. Cómprale con este dinero heno y cebada, Fotis.

Hecho esto, y después de ordenar mis cosas en la habitación, me encaminé solo a las termas, pero como quería comprar algo de comida, me desvié hasta la plaza del mercado. Vi en un puesto un apetitoso pescado, del que pedí precio, y me contestaron que valía cien sestercios. Regateando, regateando, me salió por veinte denarios.

Iba caminando tranquilamente, cuando me encontré de manos a boca con Pitias, condiscípulo mío en Atenas de Ática, quien me reconoció al punto, y me abrazó y me besó amistosamente, diciendo:

—Querido Lucio: ¡Por Pólux!, tanto tiempo sin verte. ¡Por Hércules!, que no te veo desde que dejamos al maestro Clitio. ¿Qué te trae por aquí?

A lo que contesté:

—Ya te lo diré luego, que soy yo quien tiene que darte la enhorabuena. ¡Pero qué es esto, hombre! Aquí, con se-

¹⁶ Hecale, fue la anciana que acogió a Teseo en una aldea de Ática cuando iba a luchar contra el toro de Maratón.

mejante escolta, con tus fasces, y el boato de todo un magistrado. ¿A qué viene todo esto?

A lo que contestó:

—Pues ya ves; que tengo a mi cargo la vigilancia del mercado: he llegado a edil¹⁷; y si estás de compras, estoy a tu disposición.

Rehusé, porque con el pescado ya me había surtido suficientemente para la cena, pero Pitias, al ver la cesta, hurgó entre los peces para verlos mejor, y me dijo:

—¿Cuánto has pagado por esta porquería?

A lo que contesté:

—Regateando, se lo he podido sacar por veinte denarios.

[25] Al oírlo, me agarró del brazo y me arrastró hasta el interior del mercado, diciendo:

—¿A quién le has comprado tales desperdicios?

Le señalé a un vejete que estaba sentado en un rincón, y al punto se puso a increparle con aspereza; respaldándose en la fuerza de su cargo de edil, le dijo:

—Vaya, hombre; ¿ni siquiera respetáis a nuestros amigos, ni a los forasteros, poniendo, como has puesto, tales precios a unos peces que nada valen? ¿Quieres convertir la flor de Tesalia en algo parecido a un desierto, o un pedregal? Esto no va a quedar así. Yo voy a hacer que te des cuenta de cómo hay que castigar a esos canallas bajo mi mandato.

Y volcando la cesta en el suelo, le mandó a un oficial que pisoteara el montón, y los triturara con sus propios pies. Satisfecho con tal forma de salvaguardar las costumbres del mercado, y mientras me acompañaba a la salida, iba diciéndome:

—Me basta, Lucio, con la vergüenza que ha tenido que pasar el viejo.

Después de esto, turbado y lleno de asombro, me encaminé a los baños sin dinero y sin cena, por la violenta resolución de mi prudente discípulo. Y después de bañarme, regresé a casa de Milón, y me metí en mi habitación.

¹⁷ Edil: magistrado romano a cuyo cargo están, entre otras funciones, la de supervisión y control de los abastecimientos de las ciudades, y la policía de mercado.

Mira por dónde, Fotis, la criada, vino y me dijo:

—El amo pregunta por ti.

Pero como yo ya conocía la tacañería de Milón, me excusé diplomáticamente, diciendo que me parecía mejor descansar del viaje, no con comidas, sino durmiendo. Cuando recibió la disculpa, se presentó él mismo, y se empeñó en llevarme suavemente del brazo. Como me resistía, me dijo:

—Pues no me voy a ir hasta que vengas conmigo; lo juro.

Pesadez tal me exigía una obediencia a la fuerza, y le seguí hasta su triclinio, donde me obligó a sentarme, y empezó con lo de:

—¿Y cómo está nuestro querido Dameas? ¿Y su mujer, y los niños, y su gente?

Iba respondiéndole yo pregunta por pregunta, hasta que me preguntó, con delicadeza, ciertamente, por los motivos de mi viaje. Cuando se los di a conocer, me interrogó con mucho interés sobre mi patria, sus hombres más importantes, y hasta por el propio gobernador. Al fin, dándose cuenta de que estaba realmente cansado del viaje y de la conversación, porque me quedaba ya dormido a la mitad de las palabras, y balbucía frases sin sentido, sólo entonces consintió en que me fuera a dormir, y con ello pude librarme del convite a hablar y no dormir de aquel viejo rancio; banquete sin comida, cena de conversación. Vuelto, pues, a la cama, me sumí en el ansiado reposo.

[1] **T**AN pronto como se disipó la noche, y el sol procuró un nuevo día, me despabilé con el ansia y el deseo de conocer las cosas extrañas y admirables que se dice suelen ocurrir en Tesalia. Consciente de que estaba en un lugar cuyas antiguas fórmulas del arte de la magia han sido unánimemente ponderadas en todos los sitios, y de que la historia contada por aquel buen compañero de camino, Aristómenes, había transcurrido en el recinto de esa ciudad, no dejaba de observarlo todo cuidadosamente con gran gusto y placer.

Yo creía que lo que estaba viendo en aquella ciudad no era realmente lo que veía, sino que un zumbido feral había transformado unas cosas en otras, de manera que para mí las piedras en las que tropezaba eran personas petrificadas, y los pájaros, humanos hechos pluma; también imaginaba que los árboles que rodean la muralla eran figuras humanas con hojas, y que las aguas de las fuentes fluían asimismo de seres humanos. Hubiera asegurado que las estatuas y las demás imágenes iban a ponerse a andar, que las paredes se pondrían a hablar en cualquier momento, que los bueyes o las ovejas se disponían a emitir un presagio, y que del propio cielo, o de la esfera del sol, iba a desprenderse algún oráculo.

[2] Obsesionado con todo esto, es más, fascinado por una sensación que me atormentaba, iba dando vueltas por ahí sin encontrar un solo indicio, ni siquiera rastro alguno de lo que me preocupaba: vagaba de aquí para allá —bordo-neando como un vagabundo, fijándome en cada detalle—,

cuando de repente me encontré, sin darme cuenta, en el mercado, donde distinguí a una mujer seguida de nutrido cortejo, y me apresuré a ponerme a su altura.

El oro que llevaba en joyas y bordados mostraba a las claras que era una verdadera matrona. A su lado iba un viejo ya entrado en años, que en cuanto me vio dijo:

—¡Por Hércules! ¡Si es Lucio!

Y me dio un abrazo. Luego le musitó algo al oído a la mujer aquella, y me dijo a seguido:

—¿Por qué no te acercas a saludar a tu tía?

Y yo:

—Me temo que no conozco a esa señora —respondí, sofocado, con el rubor en las mejillas y la cabeza gacha.

Pero ella se volvió a mí y dijo:

—Ahí tienes: la mismísima cara de su madre, la virtuosa Salvia; se parece a ella en todo: altura proporcionada, juncal, color de la tez, rubia la cabellera sin afectaciones, ojos azules, vivos, de mirada despierta como la de un águila, y una cara noble desde cualquier ángulo que lo mires.

Y añadió:

[3] —Pues yo soy la que te saqué a la luz con estas mismas manos; y cómo no iba a hacerlo si era amiga de tu madre, no sólo por parentela, sino por ser hermanas de leche; siendo, como somos las dos, de la familia de Plutarco, mamamos las dos de la misma nodriza, y crecimos como si hubiéramos sido hermanas. No nos diferencia otra cosa que la posición, porque ella hizo un matrimonio de campanillas y yo uno normal. Yo soy, en fin, Birrena, cuyo nombre quizás recuerdes, porque lo repetían con frecuencia tus maestros. Ven con toda confianza a hospedarte en mi casa; mejor dicho, a tu propio hogar, desde ahora mismo.

Yo, que por la duración de la perorata había ya superado el aturdimiento primero, le dije:

—No es propio, tía, que deje ahora la casa de Milón sin ningún motivo de queja; pero, naturalmente, voy a ir cuando me lo permita la buena crianza. Cuantas veces haya ocasión, procuraré estar contigo.

Sin dejar la conversación, unos pocos pasos más allá, llegamos a casa de Birrena.

[4] En el atrio, bellísimo, se levantaban en cada una de las esquinas unos pedestales que sostenían las efigies de la diosa de la palma con las alas desplegadas; aún sin movimiento ninguno, como tenían las rosadas plantas de los pies sobre la curvatura de una esfera, daba la impresión de que estaban en vilo. Una estatua de mármol de Paros, que representaba a Diana, ocupaba el cenro del lugar. Era una imagen de una elegancia superior, con la túnica al viento, vigorosa, en actitud de acogimiento a los visitantes, y con la majestuosidad antigua de la divinidad. A uno y otro lado de la diosa montaban guardia unos perros de ojos amenazadores, orejas tiesas, dilatadas narices, y fauces abiertas, tan reales, que, de sonar cerca un ladrido, cualquiera pensaría que había salido de aquellas bocas de mármol. En lo que cifré que el escultor demostraba mejor la excelencia de su arte fue en que, mientras los audaces y amenazadores perros se mantenían apoyados sobre sus patas traseras, con las de delante parecían estar corriendo. Por detrás de la diosa sobresalía una roca a modo de cueva con musgo, hierbas, hojas, brotes, pámpanos y arbustos que crecían por todas partes. En el interior, la sombra de la estatua se perfilaba sobre la transparencia del mármol. De la parte inferior de la roca colgaban manzanas y uvas, acabadas con tal exactitud, que el arte, a porfía con la naturaleza, había llegado a la perfección, porque cualquiera hubiera creído que se podían coger cuando el otoño les inhalara el color de la madurez. De asomarte a la fuente que fluye a los pies de la diosa con suave corriente, a su reflejo creerías que tampoco les faltaba, entre otros realismos, la apariencia de movimiento que tienen los racimos que penden realmente de una vid. En medio del follaje en piedra aparecía la representación de Acteón¹⁸, ya medio transformado en ciervo, mirando de soslayo a la diosa, y con la vista puesta en los prolegómenos del baño de Diana.

[5] Mientras me deleitaba mirando con atención tales obras de arte, me dijo Birrena:

¹⁸ La mayoría de los autores atribuyen la muerte de Acteón a un castigo de Artemis, por la irritación que le provocó el que la viera desnuda mientras se bañaba en una fuente.

—Todo lo que ves es tuyo.

Y en diciéndolo, ordenó a los demás que se retirasen para poder hablar a solas; cuando se hubieron ido, me dijo:

—Queridísimo Lucio: por esta misma diosa, te advierto que temo por ti, tanto o más que si fueses prenda mía. Quiero avisarte de que estés prevenido. Cuídate, sobre todo, de las malas artes y de los aborrecibles hechizos de esa tal Pánfila, la que está casada con Milón, en cuya casa dices que te hospedas, porque se la tiene por hechicera de renombre y por maestra de la liturgia sepulcral. Alentando sobre varitas, piedrecitas o cualquier otra insignificancia, es capaz de hundir en las simas tártaras¹⁹ y en el antiguo caos²⁰ la totalidad de la luz sideral. En cuanto ve un mozo de buen porte, se apropia de su hermosura, y ya no aparta de él ni los ojos ni el corazón. Se apodera de su espíritu urdiendo halagos, hasta que llega a someterlo con lazos de profundo amor. Entonces, a los menos complacientes, o a los que caen en desgracia, suele transformarlos, con dos palabras, en piedra, en borrego o en otro animal cualquiera, y a otros los hace desaparecer sin más. Siento pavor de que te puedan ocurrir esas cosas, por lo que creo que debes estar prevenido; ella está constantemente con su ventaneo a flor de piel, y tú, por la edad y el palmito eres un bocado apetitoso para ella.

Eso es lo que me dijo Birrena, llena realmente de inquietud.

[6] Pero, encelado en mi curiosidad de siempre, en cuanto escuché la anhelada palabra del arte de la magia, me vi tan lejos de la prevención que debía tener con Pánfila que, por el contrario, comencé a impacientarme de tanto como deseaba iniciarme en su aprendizaje, costase lo que costase, incluso echándome a ojos cerrados al cenagal de su precipicio. Con un cortés «salud», me deshice al punto de sus consejos como de una cadena, y fuime volando a casa de

¹⁹ Simas tártaras, supra, nota 5.

²⁰ Caos es la personificación del vacío primigenio, anterior a la creación, cuando no se habían ordenado todavía los elementos que conforman el mundo.

Milón. Mientras corría como un poseso, iba diciéndome a mí mismo: «Lucio: para mientes; ahora tienes a tu alcance la anhelada oportunidad; por fin, después de tanto tiempo, vas a colmar tu afición a esas historias sobrenaturales; déjate de miedos pueriles; enfréntate decididamente con el asunto; abstente de cualquier clase de amoríos con la mujer de tu huésped, y respeta el lecho conyugal del bueno de Milón, que siempre puedes intentar conseguir a Fotis, la criada, guapa de cara, juguetona y a primera vista resuelta. Anoche mismo, cuando te ibas a dormir, te acompañó hasta la habitación, te hizo la cama con todo cariño, te arropó con ternura, y después de besarte en la frente se le notaba que se marchaba contra su voluntad por las veces que se giraba a mirarte. Aprovecha que se te presenta una afortunada ocasión tan propicia: aunque no sea prudente, tienes que tantear a esa tal Fotis.»

[7] Al llegar a casa de Milón iba dándole vueltas a estos pensamientos, y como dice el refrán, hablando de Roma... por la puerta asoma: ni Milón ni su mujer estaban en casa; y mi anhelada Fotis, sola. Desde la entrada se barruntaba —a cuenta del aroma— que estaba preparando un guisado de lo más sabroso, con embutidos y trozos de carne de buey en su jugo. Vestía ella una túnica de lino, gloriosamente ceñida hasta la altura de los pechos por una faja roja, y estaba dándole vueltas a la cazuela con sus manos en flor, y moviéndose sinuosamente. A cada leve movimiento de sus brazos, contoneaba las caderas suavemente, ondulando todo su cuerpo en pura sensualidad. Desbordado de admiración, me quedé de muestra; los miembros que traía sosegados y decaídos empezaron a enervárseme, hasta que acabé por decirle:

—Con qué elegancia meneas la cacerola; con qué gracia le das vaivén al trasero. ¡Y qué meloso caldo no estarás montando! Dichoso una y mil veces, y bienaventurado por demás al que le permitas untar el dedo.

A lo que me respondió aquella hermosa y desenfadada muchacha:

—¡Pobrecito!: huye de mi fogón cuanto antes. Aparta, no llegues a consumirte por dentro si llegas a prenderte de

una simple chispa de mi fogata, porque nadie más que yo va a poder apagar esas llamas, que con la costumbre que tengo de preparar guisos he aprendido a menear con tiento la olla y la cama.

[8] Mientras esto decía, se volvió a mirarme y sonrió, pero yo no me moví de mi sitio, hasta acabar de examinar todo su cuerpo.

Pero, ¿por qué hablaré así de estas cosas, cuando únicamente me he preocupado de admirar en público y a las claras la cara y el cabello, para disfrutarlo, si acaso, luego en casa? Lo que digo lo tengo por verdad cierta y comprobada, porque, siendo como son partes principales del cuerpo, y puestas como están en lugar descubierto y aparente, son las primeras con que topan nuestros ojos, y cumplen la misma función que el vestido de color alegre sobre los demás miembros del cuerpo, pero sin artificiosidades. Es más: muchas de las que pretenden mostrar su belleza y calidad, se quitan todos los vestidos, incluida la ropa interior, como demostrando que gustan más por el color rosado de su piel, que por el color dorado de su vestido. Y es que si le cortas el cabello a una mujer de escogida belleza —que ojalá no sé dé el caso—, la estás despojando de su natural encanto, por mucho que hubiera bajado del cielo, o fuera hija del mar; aunque se hubiera criado entre las olas, o se tratara de la mismísima Venus rodeada del coro de sus gracias ²¹, en compañía de un enjambre de Cupidos, ceñida con su tahalí, oliendo a canela, y ungida de perfumes, si se presentara calva, no podría gustarle ni a su querido Vulcano²².

[9] Y es que nada luce tanto como el lustre esplendoroso del cabello cuando resplandece a los rayos del sol o en la quietud de su serenidad, o en la amplia gama de su es-

²¹ Las Gracias son las divinidades de la belleza, las patronas de la vegetación, la alegría de los humanos y de los dioses. Forman parte del cortejo de Apolo. Se las presenta frecuentemente como tres hermanas, llamadas Eufrosine, Tali y Aglae, desnudas y cogidas por los hombros.

²² Vulcano es hijo de Júpiter y Juno, y esposo de Venus. Es el dios del fuego, forjador de los rayos de Júpiter en su mansión bajo el Etna. En su honor se celebraban las Vulcanalia, fiesta de verano hacia finales de Agosto.

pectro: brillando unas veces como el oro, hasta difuminarse en oscuro color de miel; negro azabache otras veces, emula las irisaciones del cuello de las palomas; perfumado otras, ungido, desenredado con las púas de un delicado peine, y ceñido por detrás, se ofrece a los ojos del amante tal y como se refleja en un espejo la más grata imagen. ¿Y qué voy a decir de la que se lo reúne en una densa trenza en todo lo alto de la cabeza, o cuando se desparrama magníficamente hasta la cintura? Tantos son los merecimientos de una cabellera, que por mucho que una mujer se orne con oro, gemas, o cualquier otro tipo de aderezo, si no va peinada convenientemente, nunca podrá sentirse elegante.

A mi querida Fotis, la propia naturalidad, y no un ornamento laborioso, era lo que le procuraba su mayor encanto: llevaba la cabellera recogida con una cinta en lo alto de la nuca, desde donde caía desparramándose por la espalda.

[10] Así que no pude contener por más tiempo un como comezón de voluptuosidad, y le di un beso de miel donde el cabello arranca hacia lo alto de la cabeza. Ella ladeó la cabeza, y mirándome de reojo, dijo con ojos provocativos:

—¡Eh, bachiller, que estás probando un manjar dulce y amargo a la vez! Ten cuidado no se te conviertan en hieles las mieles de hoy.

—Y qué —le contesté—, prenda de mi vida, cuando se está dispuesto, como estoy, a dejarme asar en ese mismo fuego por un solo beso tuyo.

Y al decírselo, empecé a besarla y a abrazarla estrechamente. Ella se me hermanó en el anhelo voluptuoso de amor, desfalleciendo de deseo, con el aliento de canela de su encontrada boca, y el unto de néctar de su lengua entrelazada.

—Me muero —dije—, o mejor he muerto ya, como no me correspondas.

A lo que contestó ella volviendo a besarme:

—No temas, que me he entregado tan con toda mi alma que no vamos a diferir más esa atracción que nos excita. Y pienso ir con la antorcha nupcial a tu habitación. Ve y prepárate, que esta noche voy a tener una dura y animosa batalla contigo.

[11] Y nos despedimos entre reiteradas protestas de cumplimiento.

Hacia mediodía Birrena me envió de regalo un cerdo superior, cinco gallinas y una tinaja de añejo exquisito, con-que aproveché la ocasión para acudir a Fotis y decirle:

—Mira cómo Baco²³, instigador y escudero de Venus, comparece por su propia voluntad. Saciémonos de este vino para que nos libere del estúpido pudor, y nos aumente la disposición al placer. La nave de Venus no necesita otro avituallamiento que el aceite de la lámpara, y las copas de vino, que no nos van a faltar.

El resto del día lo dediqué a ir a los baños, y a cenar, después de aceptar la invitación del bueno de Milón a su bien surtida mesa. Pero para protegerme en lo posible del mal de ojos —como me había advertido Birrena—, evitaba con tal tenacidad poner los míos en los de su mujer, como en el lago Averno²⁴. Mientras tanto me consolaba mirando de hito en hito a Fotis, que servía la cena.

Cuando se hizo de noche, Pánfila miró atentamente la lámpara y dijo:

—Mañana va a estar todo el día lloviendo.

Preguntóle luego el marido que cómo lo sabía, y le respondió que la lámpara misma se lo había dicho, a lo que contestó Milón, entre risas:

—Pues va a resultar cierto que estamos manteniendo una Sibila con la lámpara esa, cuando desde la atalaya de un candelabro se pueden observar los asuntos todos del cielo y los del propio sol.

[12] A lo que agregué yo:

—Esas son las primeras armas en el arte de la predicción, porque no resulta extraño que esa pequeña llama, aun prendida por manos humanas, al reconocer como a su progenitor

²³ Baco es el dios del vino y de la inspiración; Venus la diosa del amor. Aquí se refiere sin duda al difícil equilibrio entre el vino, que predispone y excita, en ciertas dosis, al amor, pero que en cantidades abundantes anula las facultades amatorias de quienes se exceden. Es frecuente oír hablar de la incompatibilidad entre Venus y Baco.

²⁴ Averno: lago de la Campania, en Cumas, donde los poetas localizan la entrada a los infiernos. Figuradamente, los Infiernos.

ese otro fuego total y celeste, sepa por divina inspiración lo que va a ocurrir en el vértice de la cúpula celestial. Ahora mismo por estos mismos días en Corinto, un forastero de Caldea, ciertamente admirable, tiene revuelta a la ciudad entera con sus respuestas. Por unas pocas monedas les aclara a la gente los ocultos designios de los hados sobre el día que se va a confirmar su vínculo nupcial, o el más propicio para la ciudad, o el más adecuado para la navegación a quien va a emprender un viaje. A mí mismo, cuando le pregunté por la oportunidad de este mi viaje, me predijo cosas tan admirables y variadas como éstas: que adquiriría espléndida fama, con tan gran historia y tan increíble peripecia, que llegaría a contarse en los libros, [13] a lo que me preguntó Milón con la sonrisa que se le escapaba:

—¿Cómo es y cómo se llama el tal caldeo?

—Es alto —le dije—, moreno y se llama Diófanes.

Y él:

—Ese mismo es el que predecía aquí lo que iba a suceder; y cuando hubo juntado sus buenos caudales —no creas que pequeña fortuna—, le llegó una mala racha; mejor dicho, le tocó en suerte un día aciago. Porque una mañana estaba respondiendo con sus predicciones al círculo de oyentes que le rodeaba, cuando se le acercó un tal Cerdón, comerciante, con el deseo de saber el mejor día para salir de viaje. Cuando le había contestado ya, y el otro había abierto la bolsa del dinero para contar los cien denarios que le robaba por la predicción, mira por dónde, en ese mismo momento, se le acercó al otro un joven de noble porte, le tiró de la toga, y cuando se volvió, se estrecharon en amistoso abrazo, y se sentó a su lado. Absorto como estaba con la inesperada visita, se olvidó del negocio que llevaba entre manos, y dijo dirigiéndose a su compañero:

—Cuenta, cuenta: ¿Cuánto tiempo hace que has llegado?

A lo que le respondió el otro:

—Llegué ayer tarde... Pero cuéntame tú a mí antes los viajes que has hecho por mar y por tierra desde que te embarcaste a toda prisa en la isla de Eubea.

[14] A lo que el egregio caldeo, que se le había ido el santo al cielo, contestó:

—¡Ojalá les cayera en suerte a todos nuestros enemigos un viaje tan espantoso como el que hice, digno verdaderamente de Ulises! La nave que nos llevaba llegó a perder el gobierno con las tormentas y remolinos que la sacudieron, hasta que la vomitaron contra un acantilado de un litoral solitario, donde se hundió; nosotros nos salvamos a duras penas, pero después de perderlo todo. Lo poco que pudimos recuperar, gracias a la bondad de amigos y desconocidos, nos lo arrebataron unos ladrones, ante cuya audacia se resistió mi único hermano Arignoto y tuve que ver cómo lo degollaban ante mis propios ojos.

Aún no había acabado de contar, emocionado, la historia, Cerdón, el comerciante empezó a guardarse el dinero con que pretendía pagar la predicción, y se marchó a toda prisa; sólo entonces se dio cuenta Diófanos de las consecuencias de su imprudencia, al ver que los que estábamos rodeándole estallábamos en sonora carcajada. De todas maneras cabe que contigo haya acertado, Lucio, y puedas continuar el viaje con bien.

[15] Mientras Milón contaba estas cosas, me lamentaba yo en silencio y me reprochaba por la inoportuna iniciación de una conversación como esa, porque estaba perdiéndome lo mejor de la noche y su delicioso fruto. Pero por fin le dije a Milón, venciendo mi timidez:

—Allá Diófanos con su suerte y el trasiego de su botín por tierra o por mar. Dame ahora licencia para marcharme cuanto antes a descansar, que todavía estoy rendido de la caminata de ayer.

Y en diciéndolo, me retiré y me fui a mi habitación, donde lo encontré todo dispuesto para el festín, pues para impedir, según creo, que se oyeran los jadeos y los traqueteos de la noche, había puesto mi cama en el suelo, lo más lejos posible de las puertas, y junto a ella una mesita baja con todo lo necesario: apetecibles restos de la cena y unas copas de licor a medio llenar, a falta sólo de la mezcla²⁵ de

²⁵ La mezcla de vino con agua era frecuente en la Antigüedad, y es que aun siendo la misma palabra, nuestro vino en la actualidad no se corres-

vino, junto a una cántara de labrado brocal, abierta, para poder vaciarla con mayor facilidad; en una palabra: un resopón digno de una batalla de Venus gladiadora.

[16] No había hecho más que meterme en la cama cuando, después de dejar dormida a la señora, apareció Fotis, más alegre que un cascabel, adornada con una guirnalda de rosas, y cantidad de pétalos deshojados sobre el turgente pecho: Me besó a conciencia, me ató con los festones de las flores, y me roció de pétalos. Cogió luego una copa, acabó de llenarla con agua tibia, y me la ofreció para que me la bebiera, pero antes de que la apurara, me acometió suavemente, me la quitó de las manos, y fue bebiéndosela, sorbo a sorbo, mirándome fijamente. Por segunda y por tercera vez nos pasamos la copa llena. Entonces, enervado de vino y ebrio de amor, desinhibido más por el descaro de mi propio cuerpo que por la disposición de mi ánimo, y cansado ya de juegos, me retiré la ropa hasta la entrepierna y le descubrí a mi Fotis toda la impaciencia de mi amor diciéndole:

—Compadécete de mí y alíviame lo más pronto posible, pues, como ves, anda ya cerca la batalla que habías declarado sin cumplir el oficio fecial²⁶, y yo tan subido en mi violencia que, desde la primera flecha recibida del cruel Cupido —que vino a clavarse en lo más hondo de mi corazón— tengo armado el arco con tal temple, que temo que se le rompa el fleje de tanta tensión como acumula. Pero antes, para satisfacerme plenamente, desátate el cabello y vuelve a abrazarme amorosamente con la melena suelta.

[17] Tardó poco en despojarse de todos sus vestidos y amontonarlos junto a las fuentes de comida; y al desatarse los cabellos para la gozosa labor, se transformó en una perfecta imagen de Venus cuando se está metiendo en el mar. Por un momento, su mano de rosa dejó a medio cubrir la

ponde con el vino romano, excepto en que proviene del mosto de la uva. No solamente lo mezclaban con agua, sino que utilizaban ésta en la propia elaboración, y solían añadir otros productos como miel, arroje o resinas. Sobre los distintos tipos de vino habla extensamente Catón en su «De re rustica».

²⁶ Oficio fecial: compromiso formal que se toma para la declaración de guerra y el de los acuerdos de paz.

lisura de su sexo, más por artificio que por vergüenza, y dijo:

—Lucha con todas tus fuerzas, que no voy yo a retroceder, ni a volver la espalda. Mantén, si eres hombre, este cuerpo a cuerpo, y anda con cuidado en la acometida; muere si hay que morir, que en esta batalla no va a haber perdón.

Y acabando de decirlo, asaltó la cama, se sentó sobre mí y fue saciándose del fruto de Venus con movimientos ascendentes, y reponiendo de vez en cuando la flojera con copas que alentaban los deseos, y nos hacían abandonarnos de nuevo a la voluptuosidad. A su imagen, compusimos otras muchas noches.

[18] Un día me insistió tanto Birrena en que fuera a su casa a una cena, que por mucho que me excusara no consintió; conque tuve que acudir a Fotis a pedirle consejo, como quien demanda auspicios. Ella, que no soportaba que me separara de ella una sola pulgada, se avino a una breve tregua en nuestra contienda de amor, pero añadió:

—Procura volver pronto de la cena, porque hay una cuadrilla de jóvenes —lo mejor de cada casa— que se dedican a asolar las calles. A todas horas hay muertes en las plazas, y las tropas del gobernador no pueden librar a la ciudad de tan gran calamidad. El brillo de tu fortuna, y el menosprecio por los extranjeros, te pueden reportar disgustos.

A lo que le contesté:

—No pases cuidado, Fotis mía, que ya sabes que prefiero y antepongo mi propio placer a los convites ajenos. Regresaré pronto para ahorrarte esos temores que te acechan. Además, no voy a volver solo. Y por si fuera poco, tengo la costumbre de llevar una espada al cinto para propia seguridad.

Con semejantes disposiciones, pues, marché a la cena.

[19] Como es natural en la casa de una mujer tan principal, entre los invitados estaba la flor y nata de la ciudad. Había allí suntuosas mesas de tuya y marfil resplandeciente, letículos tapizados con tejido de oro, y enormes copas de multitud de formas y primerísima calidad: de cristal tallado unas, de transparencia sin mancha; de límpida plata

otras; más allá otras de fulgente oro, ámbar, y hasta de piedras nobles admirablemente talladas y vaciadas de inconcebible factura. Unos camareros más, que espléndidamente vestidos, ofrecían manjares con afectada elegancia; unos niños de rizados bucles, bellamente engalanados, repartían sin descanso vino añejo en copas de pedrería. Encendidas las luces, se animó la conversación de los invitados, y con ella las risas, las sutiles gracias y la chanza.

Birrena se me acercó y me dijo:

—¿Te encuentras a gusto en nuestra ciudad? Por lo que sé, aquí les aventajamos a todos los demás en templos, termas y en otros monumentos, y disponemos por demás de todo lo necesario: el pensador tiene libertad suficiente; hay las mismas oportunidades que en Roma para un comerciante, y paz en el campo para el huésped apacible: somos en realidad una ínsula deliciosa para toda la provincia.

[20] A esto le respondí:

—Razón llevas, que creo que nunca me he sentido más libre que aquí. Pero temo los inescrutables misterios de la ciencia de la magia, pues se dice que ni los propios sepulcros de los muertos están libres de peligros, sino que hay quien busca entre las tumbas y entre las cenizas de las piras funerarias ciertos despojos de cadáveres para perder a los vivos, y que las propias hechiceras se adelantan hasta el sepulcro con alada rapidez, incluso en el mismo momento del funeral.

A lo que añadió:

—Es más: aquí no se respeta ni a los vivos, que me sé yo de quien pasó por lo propio y salió de la experiencia mutilado y con la cara deforme.

A sus palabras, se echaron a reír con sonoras carcajadas, al tiempo que convergían miradas y caras sobre uno que estaba sentado en un rincón, corrido, y con cara de disgusto por la contumacia de las risas. Al ir a levantarse, le dijo Birrena:

—Espera un poco, Tesifrón, y haz uso de tu habitual tolerancia para contarnos lo que te pasó, y que mi sobrino Lucio disfrute con la amenidad de tu ingenio.

A lo que contestó él:

—A ti, señora, se te puede permitir, porque no desbordas la senda de la cortesía; pero es que hay otros a los que no se les puede soportar su insolencia.

¡Tan disgustado estaba! Y a pesar de todo, la insistencia de Birrena, que le apremiaba, por su salud, a que hablara, bien a su pesar, consiguió lo que quería. [21] Dobló entonces el mantel en apoyo del codo, se medio irguió sobre el triclinio, adoptó la postura de un orador, extendió la mano derecha con el meñique y el anular recogidos, extendidos los demás, y señalando amenazadoramente con el pulgar²⁷, empezó:

—Cuando salí, de mozo, de Mileto, con el deseo de conocer los juegos olímpicos, y de paso nuestra célebre provincia, después de recorrer la Tesalia entera, llegué a Larisa con sombríos augurios. Conque, vagando de aquí para allá, buscándole remedio a mis menguadas provisiones, distinguí a un anciano venerable en medio de la plaza, subido a una piedra, que estaba diciendo en voz alta que si alguien quería velar a un muerto, que le pusiera él mismo precio. Le pregunté a uno de los que pasaban:

—¿Pero qué es lo que pasa aquí? ¿Es que los muertos acostumbran a marcharse?

—Calla —me contestó—, que se nota que eres demasiado joven, y forastero, en que no sabes que estás en Tesalia, donde las hechiceras mordisquean por todas partes la faz de los muertos, y los utilizan luego en sus artes mágicas.

[22] Y yo le dije entonces:

—Por favor, dime cómo es esa fúnebre vigilancia.

—En primer lugar —me respondió—, hay que estar la noche entera en vela, con los ojos abiertos como platos, y mirando constantemente el cadáver, sin dejarlo un momento, sin permitirse siquiera una desviación, porque con frecuencia esas malditas se mudan bajo la piel de algún animal, y se deslizan tan en silencio, que engañarían con mucha facilidad los propios ojos del sol y de la Justicia, por-

²⁷ Gesto de la mano atribuible al hecho de verse obligado a contar un cuento del que no se siente demasiado orgulloso. Debía ser el gesto utilizado por los oradores en el principio de discursos de sensación.

que adoptan la forma de ave, perro, ratón, e incluso de mosca, y someten a los guardianes a un profundo sueño con siniestros encantamientos. Nadie podría saber cuántos subterfugios imaginan esas viles mujeres para salirse con la suya. Y que conste que para trabajo de tan inseguros resultados ofrecen por lo común no más allá de cuatro o seis monedas de oro. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que si no se devolvía por la mañana el cadáver intacto, se tenían que reponer las faltas y menguas con miembros arrancados de su propia cara.

[23] Aun sabiéndolo, me armé de valor, me acerqué al vocero y dije:

—Deja ya el pregón, que aquí tienes un guarda dispuesto. Dime ahora cuánto vas a pagar.

—Se ha consignado —dijo— un depósito de mil monedas a tu favor; pero advierte que has de poner buen cuidado en protegerlo de esas arpías con la mayor diligencia, porque el cadáver es el de un hijo de un prohombre de esta ciudad.

A lo que respondí:

—No seas simple, y acaba ya de decir tontadas. Tienes ante ti a un hombre de hierro, que no conoce el sueño, más águila que Linceo en Argos²⁸, y todo ojos.

Apenas había terminado de hablar, me llevó hasta una casa con las puertas cerradas; me invitó a entrar por una puertecilla lateral, y al abrir un cuartucho oscuro con las ventanas echadas, en penumbra, me presentó a una señora, toda aflicción, vestida de luto, a quien le dijo mientras se le acercaba:

—Aquí tienes al que se ha comprometido a una custodia fiel de tu marido.

²⁸ Linceo, según la leyenda, al llegar a la ciudad de Argos, se escondió tras una colina cercana, hasta estar seguro de que su vuelta no entrañaba peligro, puesto que Danao, su futuro suegro, había llevado ante los tribunales a su propia hija Hipermestra por no haber cumplido su orden de matar a Linceo, y ella no lo había matado por haberse enamorado de él. La tradición añade que no salió del escondite hasta que Hipermestra le avisó con una antorcha de que no había peligro de entrar en la ciudad de Argos. Se le tiene como prototipo de fuerte y prudente.

Ella apartó de la cara las greñas mesadas, mostrando su hermosa faz llena de dolor, y me dijo mirándome a los ojos:

—Te ruego que te desveles por cumplir con tu trabajo lo mejor que puedas.

—No te preocupes —le dije—, sino de preparar una buena gratificación.

[24] Hecho el trato, se levantó y me acompañó hasta otra habitación, en la que destapó con la mano, ante siete testigos, el cuerpo cubierto con riquísimo sudario; y, después de llorarle un poco, recabó de los presentes su conformidad formal a lo redactado en las tablillas, y les dijo:

—Comprobad la integridad de la nariz, los ojos incólumes, las orejas enteras, los labios en su sitio, y la barbilla firme: dad fe de todo esto, buenos Quirites²⁹. Y cuando hubieron firmado en las tablillas, según lo pactado, se disponía ya a retirarse la señora, pero yo le requerí:

—Manda, señora, que me traigan de todo lo necesario.

Y ella:

—¿Y qué entiendes por lo necesario?

Y le relacioné:

—Una lámpara grande; aceite suficiente para avivar la llama, agua caliente, un jarro de vino, un vaso, y una bandeja con las sobras de la cena.

A lo que me contestó ella con movimientos de desaprobación:

—¡Habrás visto impertinencia! ¿Pero de verdad pretendes que se te dé de comer y de beber en una casa en duelo, donde desde hace días nadie ha visto ni el humo?

Luego, dirigiéndose a una sirvienta que estaba por allí, añadió:

—Mirrina: anda y tráele enseguida una lámpara y aceite; y cuando le hayas encerrado en el velatorio, despídete enseguida.

[25] Al quedarme solo para proteger el cadáver, me froté primero los ojos para prepararlos a la vigilia que me esperaba, y estuve cantando canciones para tranquilizarme,

²⁹ Quirites son los ciudadanos en su condición de personas privadas. La acepción proviene de que, según la tradición, los sabinos llegados a Roma se establecieron en el monte Quirinal.

mientras iba llegando el crepúsculo, la noche primera, la noche alta, la del primer sueño y la noche rigurosa. Cuando más sobrado de miedo estaba, apareció de súbito una comadreja que se quedó junto a mí observándome con tan acerada mirada que, aun con lo pequeña que era, logró turbar mi confianza en mí mismo. Al cabo le dije así:

—¿Quieres marcharte de una vez, inmundo animal, aunque sea con tus parientes las ratas, antes de comprobar la fuerza de mi brazo? ¿Te vas a marchar?

Y se dio media vuelta, saliendo al punto de la habitación. Pero tardé poco en hundirme en tal abisal profundidad de sopor, que ni el propio dios Delfico³⁰ hubiera podido distinguir cuál de los que yacíamos allí estaba más muerto. En mi inconsciencia, yo mismo necesitaba de un guardián, porque estaba allí como si no estuviera.

[26] Rompía ya el reposo de la noche el canto de la cohorte de gallos, cuando me desperté, aterrado; me acerqué, temeroso, al cadáver, le descubrí la cara, y fui mirándole con ayuda de la lámpara cada uno de los miembros que me habían sido confiados en su integridad; y mira por dónde, irrumpió en aquel mismo momento la esposa, en un mar de lágrimas, acompañada de los testigos del día anterior; se echó sobre el cuerpo, y después de besarle por largo rato, fue fijándose en cada detalle al amparo de la luz. Luego se giró, llamó a Filodespoto, el administrador, y le ordenó que le diera sin demora lo convenido al buen guardián; y al ofrecérmelo me dijo:

—Estamos tan agradecidos, muchacho, que, ¡por Hércules!, vamos a tenerte desde ahora por un miembro más de la familia.

A lo que, desbordado de alegría por la inesperada ganancia, y fuera de mí con el brillo de las monedas que sopesaba sin parar, le dije:

³⁰ El dios delfico se refiere a quien regenta el oráculo de Delfos, que no es otro que Apolo, dios del vaticinio, de la música, dios pastoral por sus amores con ninfas y de la naturaleza consecuentemente; es asimismo dios guerrero, capaz de producir una dulce muerte desde lejos, al igual que su hermana, Artemis.

—Señora: considérame más bien como uno más entre tus sirvientes, porque cada vez que pretendas mis servicios, no has de dudar en pedírmelo.

Aún no había acabado de decirlo, y ya se me habían echado encima los parientes, maldiciendo mi mal fario; unos me daban de puñetazos en la cara, codazos en la espalda otros, patadas y tirones de pelos, hasta que me echaron de casa, como a otro orgulloso Aón³¹ o como al poeta Pipleo³², molido y apaleado.

[27] Me di cuenta demasiado tarde de lo desafortunado y más que imprudente, de mis palabras, mientras estaba reponiéndome de la paliza en una plaza cercana, por lo que di por bien recibidos los golpes que yo mismo me había buscado.

En esto, habían acabado los llantos y lamentos rituales, y estaban ya conduciendo al muerto, según la costumbre de la ciudad, por ser noble, con pompa de funerales públicos, cuando llegó corriendo un anciano enlutado, ahogado en lágrimas, y, mesándose la venerable cabellera blanca, se abrazó con ambos brazos al ataúd, y dijo con voz clara, aunque entrecortada por continuos sollozos:

—¡Ciudadanos! ¡Por vuestra conciencia y por la credibilidad de las instituciones! No os podéis quedar parados ante el asesinato de un ciudadano; tenéis que castigar con severidad a esa impía y nefanda mujer por el más horrendo crimen. Ella y nadie más es quien ha envenenado a este pobre muchacho, hijo de mi hermana, por adulterio, y para quedarse con la herencia.

Con los tristes lamentos de queja de aquel anciano, la multitud se iba intranquilizando; a la vez que se convencía de la verosimilitud del crimen, empezaron luego a pedir fuego a gritos, a recoger piedras y a azuzar a los niños para que pidieran la muerte de la mujer, a lo que ella, con estudiados sollozos, y poniendo por testigos a todos los dioses, se oponía rechazando tamaño crimen.

³¹ Aón. Puede referirse a un héroe tebano que murió defendiendo su ciudad.

³² Pipleo, prototipo de poeta oscuro y pesado.

[28] Entonces el anciano dijo:

—Dejemos la decisión a la divina providencia. Aquí mismo tenemos a Zaclas, el egipcio, profeta de primer orden, que se ha comprometido, previo pago, a volver a sacar de los Infiernos por un momento el alma del difunto, y reanimar ese cuerpo más allá de la muerte.

Y diciendo esto, sacó a los medios a un joven vestido con una túnica corta, calzado con sandalias de palma, y completamente rapada la cabeza; le besó las manos con grandes aspavientos, se abrazó a sus rodillas y dijo:

—Compadécete, gran sacerdote; apiádate por las estrellas del cielo, por las potestades de los infiernos, por los propios elementos primarios³³, por el silencio de la muerte, por los santuarios coptos, por las crecidas del Nilo, por los secretos de Menfis³⁴ y los sistros de Faros³⁵, y concédele por un momento el placer del sol; infunde en sus ojos cerrados para siempre el bien de la luz: no nos negamos a que la tierra reciba lo que es suyo; solamente pedimos un momento de vida en apoyo de nuestra venganza.

Conmovido el profeta por esas palabras, le puso unas extrañas hierbas en la boca y en el pecho; entonces, vuelto al oriente, oró en silencio al esplendor del augusto sol. Con gestos de una liturgia tan espectacular, atraía la expectación de la multitud hacia un portento tan grande.

[29] Mientras tanto, yo, entre el gentío, instalado en una peana al lado mismo del ataúd, observaba con curiosidad lo que iba a pasar: primeramente empezó a respirar; luego se le agitaron los pulsos, y el alma le invadió el cuerpo por entero; conque se incorporó el cadáver, y habló el muchacho con estas palabras:

³³ Los elementos primeros, o primarios, son la materia de que está compuesto el universo según la concepción aristotélica: agua, tierra, fuego y aire, cuya combinación ordenada produce la diversidad de materiales existentes.

³⁴ Menfis es una importante ciudad de Egipto.

³⁵ Sistro es un antiguo instrumento musical de metal. Faros es una isla egipcia en la desembocadura del Nilo, hito importante para la navegación, porque disponía de un famoso faro. Probablemente aquí, sistro de Faros se refiere al faro de la isla.

—¿Por qué me hacéis volver a las angustias de una vida efímera, después de haber bebido el licor de Leteo³⁶, cuando nadaba ya por los lagos Estigios? Os ruego que me dejéis reposar en mi merecida quietud.

Al oír el profeta la voz del difunto, más y más arrebatado, le dijo:

—¿Por qué no nos aclaras a todos los oscuros secretos de tu muerte? ¿O te piensas que no puedo invocar a los dioses con mis sortilegios para que mortifiquen tus relajados miembros?

Fue entonces cuando se levantó del ataúd y se dirigió al pueblo entre sobresaltos:

—He muerto por las malas artes de la recién casada; y obligado por una pócima criminal, he puesto en manos de un adúltero la tibieza de mi propio lecho.

Entonces, aquella eminente mujer se envalentonó, y retó sacrílegamente a su marido, contradiciéndole, y el pueblo se dividió en opiniones encontradas: unos opinaban que debían sepultar viva a aquella hiena de mujer en la misma sepultura que el marido; otros, que no había que fiarse de las mentiras de un cadáver. [30] La división de opiniones sólo se aclaró con una nueva alocución del marido, cuando dijo entre profundos sollozos:

—Voy a daros una prueba evidente de la verdad; os voy a decir claramente algo en lo que nadie hubiera caído.

Me señaló con el dedo y prosiguió:

—Mientras ese sagaz vigilante custodiaba mi cuerpo con todo cuidado, como unas viejas brujas que rondaban mis despojos habían visto frustradas sus intenciones, a pesar de sus esmerados recursos, optaron por cubrirlo con la niebla del sueño, y una vez sumido en el más profundo sopor, comenzaron a llamarme a mí por mi nombre, hasta que las agarrotadas articulaciones y la frialdad de los miembros se les sometieron, tras ceñudos esfuerzos, a las servidumbres del arte de su magia. Pero éste, que estaba dormido,

³⁶ Lete (olvido), hija de Eride (discordia), daba nombre a una fuente situada en los infiernos (la fuente del olvido), de la que bebían los muertos para que olvidaran su vida terrestre.

pero vivo, como cuento, y que se llama como yo, sin darse cuenta, se puso a caminar, atendiendo espontáneamente a su llamada, como un alma en pena, y aunque las puertas de la habitación estaban cerradas, a través de unos agujeros a propósito le cortaron primeramente la nariz y luego las orejas, creyendo que era yo mismo. Para que pasara desapercibida la artimaña, le implantaron una nariz y unas orejas de cera exactamente iguales a las cercenadas. Aquí tenéis ahora al pobre desgraciado que consiguió buenos dineros, no por su propia valía, sino por su mengua.

Cuando acabó me puse, sobrecogido, a palparme el rostro con las manos, y asida que tuve la nariz, tiré de ella con la mano... y la siguió. Me toqueteé luego las orejas... y se cayeron. Cuando me apercibí de que los demás se giraban a señalarme con el dedo y estallaban en estruendosas carcajadas, me escabullí entre las piernas de los que me rodeaban empapado en sudor frío. Mutilado y ridículo por demás, no me atreví a regresar a la ciudad de mis antepasados. Desde entonces me cubro las cicatrices de las orejas con el cabello peinado hacia los lados, y disimulo mal que bien la vergüenza de la nariz con este paño pegado con ungüento.

[31] Al acabar Telifrón de contar la historia, todos los compañeros de copas reanudaron las risas; y como a uno se le ocurrió brindar a la salud de la Risa, se dirigió a mí Birrena y me dijo:

—Mañana es día de fiesta solemne, que se celebra desde los días del nacimiento de esta ciudad, en la que solamente nosotros invocamos al piadosísimo dios de la Risa con rituales de alegría y juerga. Este año tu presencia nos la hará más grata aún. Me gustaría que organizaras alguna gracia de tu propia cosecha, como ofrenda tuya, para mayor y mejor honra de tan excelso dios.

Enseguida me avisó mi criado de que ya era noche entrada, y como iba ya bien cargado de vino, me levanté, saludé a Birrena, y me puse de camino a casa con paso titubeante.

[32] Al llegar a la primera plaza, una ventolera repentina y fugaz nos apagó la antorcha, de manera que, aban-

donados a la oscuridad de la noche, por poco no podemos llegar a casa; y cuando llegamos, fue con los pies en carne viva de tanta piedra. Nos disponíamos a entrar, pero vimos cómo tres individuos de gran corpulencia estaban echándose con todas sus fuerzas contra las puertas, sin que les perturbara lo más mínimo nuestra presencia; por el contrario, siguieron golpeándolas tan a porfía, que a mí particularmente me parecieron unos ladrones, y de los peligrosos. Así que desenvainé la espada que llevaba ceñida para estos casos, y les acometí para pasar por medio: luché con ellos uno a uno, hundiéndoles la espada hasta la empuñadura, y fueron cayendo a mis pies, atravesados por profundas y repetidas estocadas. Después de la batalla, como Fotis se había despertado con el barullo que organizamos, jadeando y cubierto de sudor, me metí por las puertas abiertas. Agotado con la pelea con los tres ladrones, como en la degollina de Gerión³⁷, me abandoné al lecho y al sueño.

³⁷ Gerión era un monstruo gigante de tres cabezas, con triple cuerpo hasta las caderas, que fue muerto por Hércules cuando acudió al lugar en que habitaba para robarle el ganado, después de matar a su perro y a su criado.

[1] **L**A Aurora de rojiza enramada cabalgaba ya por el cielo, agitando los rosáceos brazos, cuando me sacudí de mi despreocupado sueño, y la noche se hizo día. Sin embargo me invadía el ánimo algo como un escalofrío, por el recuerdo de la aventura de la pasada noche. Sentado en la cama, con las piernas recogidas, las manos rodeando las rodillas, y los dedos entrelazados, no hacía más que deshacerme en lágrimas, imaginándome los estrados, el juicio, la sentencia y el propio verdugo.

—¿Habrá juez tan comprensivo y benevolente que pueda apreciar mi inocencia, después de haberme manchado con el horror de la sangre de tres crímenes, y derramado sobre mí la de unos ciudadanos? Mira el glorioso viaje que te auguró Diófanos.

Reflexionaba conmigo mismo sobre estas cosas, deplorando mi mala suerte, cuando llamaron a la puerta, la abrieron y se alborotó la entrada con un clamor vocinglero; [2] no tardó en abarrotarse la casa de magistrados y ministros, mezclados con una gran multitud, seguidos de dos lictores, que me aprehendieron por orden de los propios magistrados, sin que yo me resistiera. Aún no habíamos llegado al primer callejón, y ya me di cuenta de que la ciudadanía entera se había echado a la calle, y nos seguía entre apretujamientos realmente fuera de lo común. Aunque caminaba abatido con la mirada puesta en el suelo, como echado ya a los Infiernos, al mirar de reojo vi lo más curioso que jamás hubiera visto, pues entre tantas personas como había alrededor, no había nadie que no estuviera partiéndose de

risa. Pasamos por todas las calles, como se acostumbra a recorrer la ciudad con las víctimas del sacrificio, para conjurar con rogativas expiatorias la amenaza de calamidades, y me llevaron por todas las esquinas hasta colocarme en el foro, frente al tribunal. Los magistrados habían ocupado sus sitios en un elevado estrado; reclamó silencio el macero, pero como había cierto peligro de avalancha por los apretujones de la multitud, pidieron todos a voz en grito que se trasladara el juicio a un teatro. A la carrera, el pueblo todo llenó completamente con asombrosa rapidez el recinto: la entrada, incluso el techo, estaban abarrotados; había gente subida a las columnas; otros se encaramaron a las estatuas; algunos incluso se asomaban a los tragaluces del artesonado. Un inusitado interés les hacía desdeñar hasta su propia seguridad. A mí me pasaron dos funcionarios públicos por el proscenio, como si fuera una víctima, y me sentaron en mitad de la orquesta³⁸.

[3] El macero citó al acusador con su potente voz, y se levantó un vejete —que, para medirse el tiempo, llevaba una vasija parecida a un embudo con la salida muy estrecha, por la que se vaciaba gota a gota— y dirigiéndose al pueblo dijo:

—No es asunto baladí el que nos ocupa, virtuosos Quirites, sino que incide —y muy directamente— en el sosiego mismo de la ciudad entera, por lo que ha de tratarse con severidad. Es menester que cada uno de nosotros y todos juntos estemos atentos, por pública dignidad, para que este infame homicida no logre salir impune de la masacre de sangre que ha provocado. Lejos de mi pensamiento el ensañarme por odio personal o enemistad privada, pues soy el prefecto de la vigilancia nocturna, y no creo que hasta hoy nadie pueda poner en duda el celo que he puesto en cumplir mis deberes. Ahora mismo os voy a relatar puntualmente los acontecimientos de esta noche.

»Cuando al filo de la hora tercia estábamos haciendo la ronda de la ciudad de casa en casa, con escrupulosa diligen-

³⁸ La orquesta es el lugar destinado a los senadores en el teatro. En general se puede decir que es la parte del teatro más cercana al escenario.

cia, distinguí a este cruel muchacho que, con amenazante espada, estaba lanzando estocadas a diestro y siniestro, con tal ferocidad, que había suprimido ya a tres ciudadanos, que se agitaban en un charco de sangre, y espiraban a sus pies. Él, conmovido, no sin razón, al ver el enorme crimen que había cometido, se dio a la fuga escondiéndose —al amparo de la oscuridad—, en la casa donde se ha ocultado toda la noche. Pero por la providencia de los dioses —que no permite la impunidad de los malhechores—, antes de que se escapara por una puerta falsa, le hemos puesto cerco desde el amanecer para poder traerlo hasta el proceso sacramental de vuestro juicio. Ahí tenéis a un acusado manchado de sangre; un acusado sorprendido en flagrante delito, un acusado, en fin, extranjero. No debéis dudar de reclamarle severamente responsabilidades a un forastero, cuando también se las reclamaríais a un ciudadano.»

[4] Con estas palabras se extinguió la terrible voz del acusador. El portavoz, entonces, me ordenó que, si tenía algo que decir, le contestara. Pero yo, que no había podido hacer otra cosa que llorar, no tomaba en consideración, ¡por Hércules!, la terrible acusación, sino tan sólo mi triste situación. Con todo, una audacia de indudable inspiración divina me llevó a contestarle:

—No se me oculta lo difícil que es persuadir a tan gran multitud de que se es inocente, cuando se tienen de cuerpo presente los cadáveres de tres ciudadanos, por mucho que para aclarar los hechos jure que esté diciendo la verdad. Pero por poca atención que me conceda la benevolencia pública, voy a demostraros que he llegado a la situación límite en que me veo metido, no por culpa propia; que ha sido la casualidad de unos hechos lo que os ha llevado, equivocadamente, a la legítima indignación que os invade.

[5] Porque cuando volvía de una cena, un poco tarde, y algo bebido, es verdad —que no voy a negar la parte de culpa que tengo—, al llegar a las puertas de la casa del buen Milón, vuestro vecino, vi a unos feroces ladrones asediando la entrada, que intentaban sacar las puertas de los quicios y saltar los cerrojos que con todo cuidado habían corrido. En su excitación, hablaban de darles muerte a sus mo-

radores. El más decidido y corpulento animaba a los demás con arengas vibrantes:

«—Vamos, muchachos; caigamos con viril coraje sobre los que están durmiendo, desterrando —impasible el ademán—, cualquier vacilación o desidia; desenvainad la espada para que corra por la casa entera una definitiva matanza; pasad a cuchillo al que esté dormido; luchad a muerte con quien ose defenderse, que sólo saldremos de ésta si no dejamos a nadie con vida.»

He de deciros, Quirites, que siempre he tenido por propias las obligaciones de un buen ciudadano, por lo que, temiendo por mis huéspedes tanto como por mí mismo, y llevando espada como llevaba, precisamente para enfrentarme a casos semejantes, me decidí a espantar y poner en fuga a tan temibles ladrones. Pero aquellos bárbaros no huyeron, aun viéndome armado, y me plantaron cara con mal calculada audacia. [6] Así es que se formalizó la lucha en toda línea: el jefe e instigador de los otros se me echó encima con todas sus fuerzas, me agarró del pelo con ambas manos, me tiró de espaldas, e intentó machacarme con una piedra; pero mientras pedía que se la trajeran, le derribé afortunadamente de una estocada certera. Luego, a uno que estaba mordiéndome los pies, lo maté de un golpe templado en la espalda, y al tercero, cuando venía corriendo hacia mí, lo aniquilé de una puñalada en el pecho. Restablecida la tranquilidad, y a salvo la integridad de los de la casa, estaba yo en el convencimiento de que no sólo no era culpable de nada, sino que debían de homenajearme públicamente a mí, que jamás me han acusado del más pequeño delito, gozo de buena consideración entre los míos, y siempre he antepuesto la probidad a cualquier otra virtud. No llego a entender ahora que, por haberme enfrentado a unos ladrones de la peor catadura con santa indignación, haya de apechugar con la condición de reo, cuando nadie puede demostrar que hubiera entre nosotros enemistad previa ninguna, ni que los conociera siquiera tanto así. Que demuestre alguien, si no, mi más pequeño interés en cometer semejante carnicería.

[7] Al acabar de hablar me sumí en llanto, y con los bra-

zos extendidos en gesto de súplica, desde mi abatimiento les rogaba su intercesión a unos y otros, por la clemencia pública y por el amor de sus allegados. Y cuando ya los tenía dispuestos a la clemencia —porque la abundancia de mis lamentos los tenía suficientemente conmovidos, después de poner por testigos al propio Sol y a la Justicia, y de encomendar mi postración a la diosa de la Providencia—, levanté un poco la vista y vi que todos estaban cayéndose de risa; hasta mi huésped, el buen Milón, que lo consideraba como mi segundo padre, no podía contenerse las carcajadas, hecho que me hizo pensar: «¡Vaya una confianza! Vaya consideración la de mi huésped; yo, por salvarle, me he convertido en homicida, y soy reo de muerte; y él, no contento con negarme el consuelo de su ayuda, se ríe, encima, de mi perdición.»

[8] En esto estaba, cuando avanzó por medio del teatro una mujer llorosa, afligida, vestida de negro y con un niño en el regazo, seguida de una vieja cubierta de harapos, hecha un mar de lágrimas. Ambas, en su aflicción, agitaban ramos de olivo; y al llegar a la altura de los féretros de los tres cadáveres de los asesinados, redoblaron el llanto, y se lamentaban lúgubrementemente diciendo:

—Por la piedad pública, y por los derechos de la condición humana, compadeceos de esos jóvenes tan ignominiosamente asesinados, y de nuestra viudedad: dad oídos a nuestra petición de venganza; dadle acomodo, por lo menos, a este niño abandonado por la Fortuna en sus más tiernos años, y vengadle con arreglo a las leyes de nuestra pública concordia con la sangre de este bandido.

Se levantó inmediatamente después el magistrado de más edad, y dijo a la multitud las siguientes palabras:

—En principio, ni siquiera el que lo cometió puede negar un crimen que se tiene que juzgar con toda severidad; pero todavía nos queda una diligencia incidental, que es la de encontrar a los cómplices de tan execrable acción; porque no es de recibo que un hombre como ese, y sólo, haya podido matar a tres jóvenes tan fuertes. Hemos de sacarle la verdad aunque sea mediante tortura, porque el muchacho que le acompañaba se escapó a hurtadillas. Así es que

no queda otra salida que la declaración en interrogatorio de los que participaron en la criminal acción, para que quede arrancado de raíz el miedo a tan terrible cuadrilla.

[9] Al punto trajeron hasta los estrados, de acuerdo con la costumbre griega, fuego, un potro, y todo tipo de látigos, con lo que se me multiplicó la aflicción que tenía, viendo que no se me permitía ni morir entero. Pero en aquel momento, la vieja que había conmovido a todos con sus lágrimas habló y dijo:

—Dignísimos ciudadanos: antes de que atormentéis a ese malvado asesino de mis pobres hijos, permitid que se descubran los cadáveres de los muertos, para que con la contemplación de su hermosura y juventud, se enardezca más vuestra justa indignación, y podáis castigarle proporcionalmente a su crimen.

Todos acogieron aquellas palabras con aplausos, y entonces el magistrado me ordenó que descubriera con mi propia mano los cadáveres que estaban expuestos en el catafalco. Yo me resistía, porque no quería renovar con el nuevo panorama el espectáculo del día anterior, pero los lictores insistieron por orden de los magistrados, y quieras que no, me llevaron a empujones hasta donde, para mi desgracia, estaban los cuerpos difuntos. Cediendo a la fuerza, aunque con desagrado, tiré del sudario, y descubrí los cuerpos. ¡Dioses! ¿Que qué aspecto tenían? ¡Qué prodigio! ¡Qué cambio repentino el de mi suerte! Aun estando como estaba dispuesto a formar parte del patrimonio de Proserpina³⁹, a ser miembro de la familia del Orco⁴⁰, me cambió tanto la expresión de tan aturdido como quedé, que no puedo explicarlo con palabras adecuadas; y es que los cadáveres de aquellos jóvenes degollados, eran en realidad tres odres agujereados por varios sitios; por lo que recordaba de mi lucha vespertina, estaban abiertos en los mismos lugares por donde yo había malherido a los ladrones aquellos.

³⁹ En Roma Proserpina era la diosa de los Infiernos. Fue asimilada muy pronto a la Perséfone griega, y parece que debe a esta asimilación su carácter infernal.

⁴⁰ En las creencias populares Orco es el demonio de la muerte. Aún asimilado al nombre de Plutón, quedó vivo en el lenguaje familiar.

[10] Quien se hubiera aguantado la risa hasta entonces, para no deshacer el engaño, rompió a reír de golpe, y se oyó una carcajada general. Unos se congratulaban de la bufonada, otros se oprimían el vientre con las manos para amortiguar el dolor. Rebosantes de gozo, mientras iban abandonando el teatro, se volvían a mirarme. Yo, por mi parte, con el sudario entre las manos, me quedé quieto como el mármol, helado, de piedra, como una más de las estatuas y columnas del recinto. Hasta que Milón, mi huésped, no se me acercó, me abrazó compasivamente, y me llevó consigo, venciendo mi resistencia, cuando aún estaba llorando a lágrima viva, no sentí que salía de los Infiernos. En un intento de calmarme, tomó el camino de casa, pero dando un rodeo, al tiempo que hacía consideraciones de todo tipo para distraerme, pero no consiguió de ninguna manera suavizar la indignación que sentía por la ofensa que se había clavado tan hondamente en mi corazón. [11] Los propios magistrados en consejo llegaron con todo su boato hasta la casa de Milón para pedirme excusas con estas palabras:

—No desconocemos, Lucio, tu alcurnia y la prosapia de los tuyos, puesto que el nombre de tu linaje es bien conocido en toda la provincia. Has de tener en consideración que todo esto, de lo que tan amargamente te quejas, no se ha urdido para ofenderte. Deja ya de afligirte. No te angusties más. La fiesta que dedicamos cada año al amable dios de la Risa gira siempre en torno a un hecho nuevo, y el dios se suele mostrar propicio con el autor y protagonista, y no va a consentir que sufras, sino que bendecirá tu frente con la serenidad de una dicha perpetua. Por eso la ciudad ha decidido otorgarte honores especiales; te ha inscrito en la relación de sus protectores, y ha acordado erigirte una efigie en bronce.

A tal declaración oficial correspondí diciendo:

—Agradezco a los ciudadanos de la incomparable Tesalia semejante honor, pero os ruego que guardéis las estatuas para personas más dignas e ilustres que yo.

[12] Con esta prudente alocución, y esforzándome en

adoptar un aire lo más ufano que pude, despedí a los magistrados que ya se marchaban.

Al momento entró un criado corriendo y me dijo:

—Tu tía Birrena te recuerda que el convite al que habías aceptado ir ayer tarde queda en pie, e insiste en que vayas.

A lo que, muerto de miedo, le contesté, entre escalofríos, por lo que aquella casa significaba:

—Qué más quisiera, tía, que corresponder a tus deseos, cuando los compromisos me lo permitan. Pero es que mi querido Milón me ha suplicado por el más que propicio dios de hoy mismo, que le acompañe en su cena, y no va a permitir que me vaya. Por eso, mejor será que olvidemos el asunto del convite.

Aún no había acabado de hablar, y ya me había echado Milón la mano por encima para ir a los baños, después de ordenar que prepararan lo necesario, y nos fuimos hasta unas termas allá cerca. Iba yo a su lado embozado, intentando evitar las miradas y esquivando las risas, que yo mismo había provocado, de los que venían de frente. Por la vergüenza que pasaba, no recuerdo si me bañé, ni si me sequé, ni cómo volví a casa; de tan aturdido como me tenían los que me señalaban con los ojos, con la cara y hasta con las manos.

[13] Al terminar con la penuria de cena de Milón, alegué un agudo dolor de cabeza provocado por la abundancia de lágrimas vertidas, con que conseguí la venia con facilidad, y me fui a dormir.

Estaba recordando con suma tristeza la serie de acontecimientos pasados, cuando se me acercó mi querida Fotis —una vez hubo acostado a su señora—, pero sin su acostumbrada alegría de cara, sin el alborozo de su conversación, con el ceño fruncido y llena de arrugas. Rompió, por fin, a hablar con mucha timidez, y dijo:

—Tengo que decirte que yo misma he sido la causa de tu pesadumbre.

Al punto, sacó del seno una correa de cuero, me la alargó y dijo:

—Toma; cógela, y véngate de esta pérfida mujer, o, si prefieres, elige otro suplicio más severo. Pero no creas nun-

ca que salió de mí el amaño de las angustias que has pasado. No quieran los dioses que sufras lo más mínimo por mi causa, que, de estar tú en algún peligro, ojalá pudiera yo evitarlo con mi sangre. Pero ten en cuenta que lo que se me ordenó que hiciera contra otro, por mi mala suerte se tornó contra ti.

[14] Movido por mi habitual curiosidad, le repliqué con impaciencia por conocer las oscuras razones de lo sucedido:

—Haría pedazos este osado cinturón con el que querías que te azotase, antes de que llegase a tocar siquiera la blancura de nieve de tu piel. Pero dime la verdad: ¿qué torpeza llegaste a cometer como para que me viniera encima desgracia tan grande? Porque te juro por la hermosa perfección de tu cara, que no puedo creerme, ni de ti misma, aunque me lo asegures, ni de ningún otro, que hayas sido tú la que maquinaras mi ruina, que las desgracias del azar no pueden achacarse á inocentes propósitos.

Al acabar de hablar, los ojos de mi querida Fotis se humedecieron; temblaban y languidecían... y casi casi llegaron a cerrarse de placer. Calmé yo mi sed en ellos, y recobró ella la alegría. [15] Luego dijo:

—Déjame antes cerrar la puerta de la habitación, no fuera a ser que se oiga afuera alguna indiscreción, y provoquemos mayor desgracia.

Y en diciéndolo, pasó los cerrojos, ajustó las trancas, y volvió a colgárseme del cuello con sus brazos, para confesarme en voz suave y sumamente humilde:

—Me atemoriza y me sobrecoge descubrir los secretos de esta casa, y revelar los arcanos misterios de mi señora. Pero más que en ti y en tu salvación, confío en tu condición de noble, y en que, iniciado como estás en el conocimiento de varios cultos, puedes entender lo que significa el que te convoque a la fidelidad sagrada del silencio. Te ruego que lo que le confíe ahora a la sensibilidad más profunda de tu corazón, lo lleves escondido siempre en el recinto de tu pecho, y que vas a corresponder a la franqueza de mi relato con la firmeza de tu silencio. El amor que te profeso me lleva a revelarte lo que, entre todos los mortales, solamente yo conozco. Vas a saber la verdad sobre esta

casa: los admirables recursos con los que mi ama consigue que la obedezcan los dioses, y que los astros cambien de trayectoria; los medios por los que tiene sometidos a los númenes⁴¹ y se ponen a sus órdenes los elementos. Nunca utiliza sus artes mágicas con más empeño que cuando se ha fijado en un joven de buena planta, lo que suele ocurrir con frecuencia.

[16] Ahora mismo está perdidamente enamorada de un muchacho beocio⁴², y le está aplicando febrilmente las mañas y maquinaciones de su ciencia. Ayer por la tarde la oí con estos mismos oídos cómo conminaba al mismísimo sol con nublarlo y condenarlo a perpetua oscuridad, porque no andaba con suficiente rapidez para dejarle sitio a la noche, para empezar ella antes con sus hechizos. Y es que se había fijado en ese muchacho ayer tarde al volver de las termas; estaba sentado en una barbería, y me mandó que cogiera a escondidas unos mechones de los que ya habían caído al suelo por el corte de la navaja; cuando los estaba recogiendo a toda prisa, me descubrió el barbero, y como ya tenemos la mala reputación de hechiceras, me agarró y me increpó de malas maneras: «¡Mala puta! ¡Pendón! ¿Por qué no dejas ya de robar los cabellos de estos apuestos jóvenes? Si no dejas esa mala costumbre, te voy a denunciar a los magistrados». Y no contento con lo dicho, me metió la mano hasta por los pechos para quitarme los cabellos que llevaba escondidos. Angustiada de verdad con lo sucedido —más conociendo el mal genio de mi ama, porque reacciona con bastante acritud a contratiempos como estos, y suele golpearme con saña—, empezaba ya a pensar en la fuga, cuando al acordarme de ti rechacé la idea inmediatamente.

[17] Ya me alejaba de allí, alicaída, por volver con las manos vacías, cuando vi a uno que estaba esquilando tres odres de cabra con una tijerilla. Los tenía ya atados, hinchados y colgados, y pude escoger unos pocos pelos de los

⁴¹ Divinidad, deidad. Voluntad divina.

⁴² Natural de Beocia, célebre ciudad de la Grecia continental, al N. O. de Ática.

que quedaban por los suelos, de color pardo, lo más parecidos a los del joven beocio, y se los llevé a mi señora sin decirle la verdad. Así, cuando empezó la noche, y antes de que volvieras de la cena, mi dueña Pánfila, fuera de sí, subió hasta el tomasol en la parte posterior del edificio, que está abierto a los cuatro vientos, y dispone de amplias vistas, donde suele poner en práctica sin molestias sus artes de magia. Lo primero que hizo una vez allí fue preparar su aciago laboratorio con el instrumental acostumbrado: aromas de toda clase, láminas grabadas con signos indescifrables, restos de naufragios, innumerables miembros de cadáveres hasta hace poco llorados y enterrados ya: narices, dedos, trozos de carne clavados en la pared, sangre de asesinados, mutiladas calaveras ararancadas de las fauces de las fieras... [18] Se puso luego a salmodiar sobre entrañas aún palpitantes, y comenzó el sacrificio derramando líquidos varios: primero hizo abluciones de agua de la fuente, luego de leche de vaca, después de miel, y por fin de hidromiel. Inmediatamente ofrendó los pelos aquellos bien trenzados en inextricables anudamientos, los perfumó con variados aromas, y los puso sobre ascuas vivas para que se quemaran. Por el poder propio de la imparable ciencia de la magia, y por la fuerza ciega de los dioses invocados, aquellos pellejos cuyos pelos chisporroteaban echando densa humareda, adquirieron sensibilidad humana: sienten, oyen, caminan dirigidos por el olor de sus propios despojos, y se lanzan a golpes sobre las puertas, en lugar del joven beocio. Fue entonces cuando, sobrado de vino, y con el sobresalto de la oscuridad de la noche, desenvainaste la espada audaz y, armado en tu delirio como otro Áyax⁴³, llevaste a cabo la hazaña de dejar sin alma tres odres de cabra, no como él, que destrozó un rebaño entero. Por eso, después de reducir a tus enemigos sin derramar una gota de san-

⁴³ Áyax, hijo de Telamón, llamado «el gran Áyax». Reinó en Salamina, y fue a Troya al frente de doce naves. Es el prototipo de guerrero alto, fuerte, robusto, nunca pierde la calma, y siempre se domina. Se dice que su escudo lo forman siete pieles de buey curtidas, sobrepuestas y una última capa de bronce.

gre, yo te voy a recibir ahora en mis brazos, no como homicida, sino como odricida.

[19] A esta salida de Fotis le respondí en el mismo tono de sorna:

—Bien se puede decir que he pasado la primera prueba del valor propuesta en los trabajos de Hércules⁴⁴, si comparamos la muerte de los tres odres con el triple cuerpo de Gerión⁴⁵, o con las tres cabezas del Can Cerbero⁴⁶. Pero si quieres que te perdone la acción por la que tantas angustias me has hecho pasar, tienes que acceder a lo que ahora te pido con la mayor insistencia: y es que me dejes ver a tu señora inmersa en la labor de su divina ciencia, cuando esté invocando a los dioses; o por lo menos déjame ver cómo prepara sus hechizos, porque estoy deseando conocer cara a cara esa magia a la que me parece que tú misma tampoco eres ajena. He caído en esa cuenta porque a mí, que nunca he querido atarme a una mujer, me tienes tú ahora cazado por voluntad propia y me veo encadenado como un esclavo a esos ojos chispeantes, al color de tus mejillas, al brillo de tu cabellera, a la codicia de tus besos, a la tersura de tus pechos. Ya, ni echo de menos mi casa, ni preparo el retorno, ni hay nada más importante para mí que esta noche.

[20] —Cuánto me gustaría —me contestó— conseguir lo que pretendes; pero es que, al margen de lo celosa que es de sus hábitos, suele estar siempre recluida en soledad y alejada de todos cuando manipula sus secretos. De todos modos, antepongo tu deseo al peligro en que me pones, y voy a ver de dar con el mejor momento para conseguirlo. Pero como te he dicho antes, has de guardar en silencio todo lo que veas.

Hablando, hablando, se nos desperezó un vivo deseo el uno del otro, nos quitamos todas las ropas y celebramos la ritualidad completa de Venus completamente desnudos.

⁴⁴ Debe referirse a la hazaña de matar a Gerión, a su criado y su perro, ya referida en la nota 37.

⁴⁵ Supra, notas 44 y 37.

⁴⁶ Supra, nota 13.

Aun cuando andaba yo muy cansado, Fotis me concedió una gratificación por propia voluntad, y entonces sí, con la fatiga hasta en los ojos, nos tumbó un sopor tal, que nos retuvo hasta bien entrado el día.

[21] Así, dedicados en exclusividad a nuestros placeres, transcurrieron varias noches, hasta que un día llegó Fotis excitada, presurosa, y me dijo que su señora, al comprobar que no había conseguido los pretendidos amores con otros recursos, había decidido transformarse en ave aquella noche, para poder volar hasta la querencia de la persona de sus anhelos, conque debía prepararme para algo extraordinario. En torno a la primera vigilia de aquella noche, me condujo ella misma de puntillas, sin hacer el más leve ruido, hasta el tomasol, y me invitó a mirar por una rendija de la puerta lo que estaba preparando. Pánfila se había quitado toda la ropa, y estaba sacando de un arcón cerrado unas cuantas cajitas de madera. Abrió una de la que sacó ungüento con el que se embadurnó toda ella de pies a cabeza con las manos. Luego, mientras decía ciertas palabras dirigiéndose al candil, como hablando con él en secreto, agitó con trémula cadencia los brazos, y a medida que los agitaba suavemente, fueron brotándole suaves plumones primero; luego le crecieron recias plumas, se le endureció la nariz aguileña y se le aceraron las uñas: Pánfila se había convertido en un búho que, lanzando un graznido lastimero, se puso a dar saltos para probarse las fuerzas, y se echó luego a volar de un salto, con las alas abiertas.

[22] Si ella se había transformado por su voluntad con artes mágicas, yo, sin que se me cantara ninguna salmodia, estaba tan sobrecogido de estupor por lo presenciado, que me parecía ser cualquier otra cosa excepto Lucio: fuera de mí, atónito hasta la locura, soñaba despierto. Al volver en mí, cogí a Fotis de la mano, y le dije acercándomela a los ojos:

—Ahora que se pinta ocasión propicia, te suplico que me permitas poner a prueba el amor que me profesas: por tus pechos, dulce miel, has de untarme con el mismo ungüento, y tómame después por tu esclavo para siempre por ese

impagable favor: haz que convertido en otro Cupido alado, te atienda como a mi Venus⁴⁷.

—¡Ay de mí! —concluyó ella—. ¡Qué zorro estás hecho! ¿Qué quieres? ¿Que me quebrante las piernas con un hacha? Si sin recursos como estás apenas puedo apartarte de esas lobas tesálicas, ¿cuándo y dónde volvería a verte si te pusiera alas?.

—[23] ¡Lejos de mí la indignidad de ingratitud! —le respondí—, ¿o es que crees que, aunque surcara los cielos volando con el orgullo del águila, como mensajero del supremo dios Júpiter, o de su feliz escudero, no habría de volver a mi nido después de saborear mi alada dignidad? Yo te juro por ese dulce trenzado de tus cabellos con que me ganaste el alma, que no quiero a nadie más que a mi Fotis. Además se me ocurre que cuando asumiera la forma de un ave, tendría que evitar cualquiera de esos amoríos, porque, ¿cómo iban a disfrutar las matronas de un amante que tiene el atractivo brillante de un búho? De esas aves nocturnas todos sabemos que cuando se les ocurre meterse en alguna casa, las suelen cazar y clavarlas en la puerta, para que paguen con su tortura los malos agüeros que suelen atraer frecuentemente sobre las familias con sus infaustos vuelos. Y por fin —que casi me olvido de preguntártelo—: ¿qué es lo que tengo que hacer o decir para despojarme de las plumas y volver a ser Lucio?

—Por ese lado puedes estar tranquilo —respondióme—. Porque mi señora me ha enseñado cómo se puede volver a su ser humano a partir de cualquier otra forma. Y no te creas que lo ha hecho por bondad, sino para que pudiera darle el remedio adecuado para cuando ella regresara. Observa ahora lo corrientes que son las hierbas que se utilizan para esto: un poco de eneldo con hojas de laurel en maceración con agua de una fuente, en bebedizo o en baño, obran tan grande prodigio.

[24] Aunque estaba temblando mientras me decía esas cosas, entró en el tomasol y sacó una cajita del arcón, a lo

⁴⁷ Cupido, hijo de Venus, ambos son dios y diosa del amor. Se habla y se les describe en profundidad en los libros V y VI.

que respondí con un abrazo y un beso. Y después de las invocaciones para que se me otorgaran vuelos propicios, me despojé en pocos segundos de toda la ropa, cogí ávidamente una buena cantidad de ungüento con la mano, y me lo extendí por todo el cuerpo. Empecé a batir los brazos como un pájaro, pero no aparecían los plumones ni las plumas, sino que empezaron a endurecerse los pelos como cerdas, se me fue convirtiendo la delicada piel en cuero, los dedos de manos y pies se confundían en una sola uña, y me salió una larga cola por la rabadilla. La cara se me hizo enorme; me creció la boca; se me abrieron las narices; los labios se me pusieron pendulantes; las orejas aumentaron desproporcionadamente su tamaño, y se me llenaron de pelo. En fin: en nada encontraba consuelo a mi desafortunada transformación, excepto en que, aun no pudiendo intimar entonces con Fotis, también me crecían desmesuradamente los atributos de mi masculinidad. [25] Cuando llegué a la evidencia de que mi cuerpo no se había transformado en ave, sino en un acabado asno, intenté reprocharle a Fotis su equivocación, pero al verme privado de los gestos y la voz humana, no me quedó otra salida que dejar pendulante el labio inferior en protesta silenciosa, mientras la observaba de reojo con mirada llorosa. Ella, al verme en semejante situación, exclamó, al tiempo que se golpeaba la cara con las manos:

—¡Desgraciada de mí! ¡Muerta soy! Con el nerviosismo, las prisas y el aturdimiento que llevaba, me he equivocado de caja; y es que son prácticamente iguales. Pero bueno: el remedio a esta transformación es más asequible, porque en cuanto mastiques unas rosas dejarás de ser asno para ser otra vez mi Lucio. Ojalá esta tarde hubiera seguido con mi costumbre de traer unas guirnaldas, y así no hubieras tenido que esperar ni una sola noche. Pero en cuanto amanezca me cuidaré yo de que tengas a punto la medicina.

[26] Así se lamentaba Fotis de lo sucedido; yo, por mi parte, aunque era una perfecta acémila —de ninguna manera Lucio—, conservaba el entendimiento de hombre. Durante un buen rato estuve dudando entre matar a aquella estúpida mujer a coces o a mordiscos, pero, pensándolo me-

jor, creí que era temeridad excesiva, no fuera a suceder que, castigando a Fotis, se volatilizaran las únicas posibilidades de salvación. Así que humillé la cabezota, balanceándola, y acepté que me llevara a la cuadra, sufriendo en silencio la angustiosa afrenta de ser compañero de aquel excelente caballo que me había traído y allí mismo me encontré con el asno de mi antiguo huésped Milón.

Yo creía que, habiendo una natural y tácita comunicación entre los animales desprovistos de habla, aquel mi caballo, movido por el reconocimiento y la consideración, habría de cederme el lugar preeminente. Pero, ¡por Júpiter hospicial! ¡Secretos arcanos de la fidelidad! Aquel caballo mío había hecho causa común contra mí con el asno, hasta el punto de que, temiendo por su ración de pienso, en cuanto veían que me acercaba al pesebre, me perseguían a viva voz con las orejas gachas, conque opté por alejarme lo más que pude de aquella cebada que yo mismo le había echado a mi agradecido esclavo con mis propias manos. [27] Quebrantado y relegado a la soledad, me retiré a un rincón del establo, reflexionando sobre la solidaridad de los colegas, sin poder dejar de darle vueltas a la venganza que debería tomar de tan pérfido animal al otro día, con el retorno a mi ser de Lucio gracias a las rosas, cuando me di cuenta de que en el pilar central que aguantaba las vigas del establo, a media altura, había una hornacina de la diosa Epona⁴⁸ que había sido adornada hacía bien poco con una guirnalda de rosas. Con las esperanzas puestas en el conocido remedio de mi salvación, estiré cuanto pude las patas delanteras, el cuello y los labios, poniendo el mayor esfuerzo en llegar a las guirnaldas. Pero para mi desgracia, cuando estaba a punto de conseguirlo me vio el encargado de cuidar los caballos; se levantó indignado y dijo:

—¿Hasta cuándo habremos de soportar a este castrón y su obsesión, primero por la comida del caballo, y ahora por las imágenes de los dioses? A este sacrílego le voy a dejar cojo; lo voy a capar.

Y se puso a buscar alguna herramienta, pero encontró

⁴⁸ Epona es la diosa protectora de asnos y caballos.

sólo un haz de leña, de la que cogió una buena rama, la más gruesa que encontró, y empezó a sacudirme, pobre de mí, hasta que se oyeron alarmantes ruidos de porrazos y golpes en las puertas, juntamente con un gran alboroto y griterío de los vecinos, de lo que dedujo que llegaban ladrones, y huyó aterrado. [28] En poco rato lo invadió todo una cuadrilla de gente aguerrida, después de echar abajo las puertas, y se organizaron facciones armadas para hacer frente a los que llegaban por todos lados. Provistos de teas encendidas, iluminaban la noche con tal brillo que, en ausencia del sol, el fuego y las espadas se adueñaron del recinto. Llegaron por fin al granero, construido en los medios, y protegido con grandes aldabas, pero partieron las puertas en dos con unas enormes hachas: y es que allí estaban, precisamente, las riquezas de Milón. Lo saquearon, enfardaron lo que les pareció de valor, y se lo repartieron a toda prisa; pero lo que querían llevarse excedía en mucho las fuerzas de los porteadores; y fue entonces cuando nos sacaron del establo al caballo y a los dos boricuas para transportar la mayor cantidad posible; así que nos cargaron unos fardos más que pesados, y nos obligaron a salir de la casa, vacía ya, a palos. Sólo dejaron a un compañero para que se enterara de la marcha de la investigación del robo; a nosotros nos llevaron a todo correr, a punta de vara, por los inaccesibles caminos de los montes.

[29] Con el peso que llevaba, las cuestas que escalábamos, y la pesadez de camino tan largo, me parecía estar a las puertas de la muerte. Se me ocurrió, a buenas horas ya, que podía acudir a la protección prevista por las leyes de la ciudadanía, invocando el nombre del Príncipe, para librarme de tanto sufrimiento. Así es que, cuando pasábamos, de día ya, cerca de una aldea muy concurrida —porque debía ser hora de mercado—, intenté evocar el augusto nombre del César en mi lengua originaria ante aquella muchedumbre de griegos. Y en verdad que pronuncié una «Oh» expresiva y poderosa, pero no pude seguir con lo que faltaba para acabar de pronunciarlo. Eso sí: aquellos ladrones acallaron el desafortunado rebuzno pegándome tal can-

tividad de palos que me dejaron el cuero que no servía ni para cedazo.

Me pareció, por fin, que Júpiter me ofrecía una ayuda inesperada: y es que, como estábamos pasando por delante de unas casitas de campo bastante cuidadas, me fijé que en uno de los jardines, además de otras sabrosas hierbas, florecían unas inmaculadas rosas. A ellas me acerqué, animado y contento, viendo la liberación al alcance de los labios; pero cuando estaba a punto de probarlas, me vino a mientes una verdadera idea de salvación, y era que, si cambiaba de asno a Lucio delante de todos, con seguridad habría de hallar la muerte a manos de los bandidos, o por sospecha de brujería, o porque podría denunciarlos más adelante. Me abstuve, pues, de comerme las rosas, haciéndome cargo de la situación, y me puse a comer heno como corresponde a un buen burro.

[1] **H**ACIA mediodía, cuando el sol calentaba lo suyo, nos desviamos a una estancia de unos viejos conocidos, algo parientes de los ladrones, o así me lo pareció por muy asno que fuera, debido a la acogida que les dispensaron, la prolija conversación, los mutuos besos y abrazos que se dieron, y porque les obsequiaron con algunas cosas que descargaron de mis lomos, al tiempo que les advertían que se trataba de cosas robadas. Nos dejaron pastar en un prado cercano, libres de la carga. En verdad, no me entusiasmaba tener que compartir el pasto con el otro asno y con mi caballo, y además, tampoco estaba acostumbrado todavía a almorzar heno. Así que, como había visto un huerto cerca del establo, muerto de hambre como estaba, me metí adentro y, por verdes que estuvieran las hortalizas, me atiborré la tripa hasta el hartazgo. Luego, previa invocación a los dioses, me puse a mirar en todas direcciones por si en algún huerto vecino veía una rosaleta candéal, porque, apartado del camino y escondido entre la maleza, la propia soledad en que estaba me daba ánimos suficientes para dejar de ser burro de cuatro patas y erguirme como un hombre, sin que nadie se diera cuenta, si encontraba el remedio apropiado [2]. En semejante mar de pensamientos estaba, cuando vi un poco más allá un valle umbroso con un bosque tupido en el que resplandecía el color bermellón de unas rosas esclarecidas, entre un césped de bellissimo tapiz. Mis entretelas, no enteramente de animal, me decían que aquel bosque del que sobresalía el esplendor de la deliciosa flor, era el de Venus y de las Gra-

cias. Conque invocando el jovial y propicio nombre del Éxito⁴⁹, me eché a correr con tal soltura que me sentía, no ya asno, ¡por Hércules!, sino un caballo de carreras lanzado a galope tendido. Pero el conato, ágil y clarividente, no pudo pasar por delante del infortunio de mi mala suerte, porque cuando estaba cerca, me di cuenta de que ni se trataba de rosas tiernas, humedecidas por rocío divino y néctar, de las que tienen amables y sabrosas espinas, ni estaban en un valle, sino al margen de un río cercado de densos arbustos. Se trataba de unas plantas que echan unas hojas como de laurel, y unas como flores de copa ancha, algo rojizas, sin aroma ninguno, a las que los campesinos llaman vulgarmente rosas de laurel, pero que son venenosas para cualquier clase de ganado⁵⁰.

[3] Corrido quedé y dispuesto a comer aquel veneno en forma de rosal —rehusando voluntariamente a mi propia salvación—, pero mientras me acercaba a cogerlas, un muchacho que me estaba viendo —precisamente el labriego al que le había esquilado la huerta—, al ver el estropicio, se llegó hasta mí enfurecido, con una estaca en las manos, y se puso a darme de palos con tanta saña, que me hubiera puesto en peligro de muerte si yo no me hubiera defendido con mis habilidades; el caso es que levanté los riñones y le di un par de coces con las patas de atrás con tal fuerza, que lo dejé gravemente herido, tumbado en un terraplén, y tomé el camino de la huida. Pero en aquel mismo momento, desde un altozano, una que debía de ser su mujer, al verlo postrado y medio muerto, se puso a correr de un lado a otro con angustioso llanto, con la finalidad evidente de sensibilizar a los campesinos contra mí. Advertidos que fueron los labriegos por aquellos gritos de lamento, llamaron a los perros y me los azuzaron para que me destrozaran. Cuando los vi que venían a atacarme tan grandes, fieros y erizados, que bien pudieran batirse con leones, pocas dudas me quedaban de que se me avecinaba la muerte; a su pesar, recobré la serenidad, dejé de huir y empecé a re-

⁴⁹ Personificación del éxito.

⁵⁰ Posiblemente se trate de unos arbustos que actualmente se denominan adelfas.

troceder hacia el establo en que nos hospedábamos. Cuando lograron retener a los perros, me amarraron a una argolla con una correa para acabar de matarme; y lo hubieran conseguido si, con el dolor de la paliza, como tenía la tripa a reventar de verduras, no hubiera soltado de golpe un chorro de mierda que salpicó a unos del nauseabundo licor, mientras los demás se alejaban de mis abatidas espaldas a causa de la fetidez de la emanación.

[4] En cuanto empezó a declinar el sol después de mediodía, se apresuraron los ladrones a cargarnos de nuevo más que antes, particularmente a mí, y nos sacaron del establo. Habíamos hecho un buen trecho de camino, y estaba ya tan cansado de andar, tan deslomado del peso de la carga, tan molido a vergazos, cojo, y trastabillando por el desgaste de los cascos, que al llegar a un riachuelo de aguas mansas pensé en aprovechar ocasión tan pintiparada y dejarme caer sobre las patas, con la intención de no levantarme, por muchos golpes que me arrearan para seguir adelante; estaba mentalizado a soportar no solamente los fustazos, sino que me atravesaran con una daga, porque tenía el convencimiento de que, agotado y casi exánime como estaba, me merecía ya el relevo, y de que los ladrones —impacientes por la demora, y con las prisas de marcharse cuanto antes—, habrían de repartir la carga entre las otras dos caballerías, y a mí habrían de castigarme, dejándome como presa de lobos y buitres [5]. Pero otra vez se me adelantó a estratagema tan sutil mi maldita Fortuna, porque el otro asno la adivinó y se adelantó a mis intenciones; simulando gran fatiga, se dejó caer con toda la carga, y quedó en el suelo tan como muerto, que ni a palos, ni a punzazos, ni a retortijones de orejas, cola y patas hizo ni mención de levantarse. Desesperanzados, hablaron entre ellos de que no valía la pena demorar más la huida por un asno muerto, mejor dicho, de piedra, y distribuyeron su carga entre el caballo y yo mismo, le cortaron los tendones de las patas con una espada y lo echaron un poco más allá del camino, todavía vivo, hasta el fondo de una profunda sima. En viendo la mala fortuna de mi compañero, me decidí a demostrar a mis amos lo que valía yo, sin maquinaciones

ni engaños, pues, aparte de todo esto, me había enterado mientras hablaban entre ellos, de que a poco íbamos a hacer la parada final del viaje en el lugar donde residían habitualmente.

Por fin, al final de una suave cuesta, llegamos al lugar de destino: nos descargaron y ocultaron el botín en el interior. Liberado ya del peso, a falta de baño, estuve revolcándome por el suelo un rato para relajarme.

[6] El asunto y el momento de la narración merecen una descripción de los alrededores y de la cueva donde habitaban los ladrones. Así, al tiempo que pongo a prueba mi ingenio, os doy la oportunidad de que valoréis si también era burro de cabeza y de sensibilidad.

Había una agreste montaña cubierta de frondoso monte bajo. En su entorno, por las laderas, grandes rocas peladas, inaccesibles, que surcaban unos valles desiguales y plagados de profundas grietas y zarzas, oponían una formidable defensa contra los que merodearan por allí. De la cúspide brotaba a borbotones una fuente, desde donde caía el agua, laderas abajo, en plateados saltos de agua, y se dispersaba luego en muchos riachuelos que regaban los valles en apacible corriente, o se estancaba como un mar, o un río perezoso. Al lado mismo de la cueva, justo donde se remansaban las laderas de la montaña, se levantaba una torre altísima y una empalizada de fuertes troncos que cercaba un espacio suficiente y a propósito para aprisco de ganado, que se extendía hasta la entrada, y enlazaba con un sendero. A fe que cualquiera hubiera dicho que aquello era una verdadera guarida de ladrones. No había más construcción que una pequeña cabaña con tejado de cañas en la que, como supe después, unos centinelas, sacados a suertes, pasaban la noche.

[7] Cuando se hubieron deslizado por entre la empalizada, nos sujetaron a la misma entrada con un sogal, y se dirigieron de muy malas maneras, por cierto, a una vieja achacosa que se cuidaba de su arreglo:

—Oye, tú; postra, cadáver de pira, deshonra de la vida, hastío del Orco, ¿es que te vas a quedar ahí repantingada en casa, mano sobre mano, sin preparar siquiera un refri-

gerio, aunque tarde ya, para aliviarnos de los trabajos y los peligros que hemos soportado, cuando, con esa voracidad que te adorna no te dedicas durante días y días a otra cosa que a llenarte la tripa?

A lo que la vieja respondió, trémula de espanto, con voz cecilla penetrante:

—Precisamente, mis valientes y fieles protectores, os he preparado carne estofada de suave paladar, pan en abundancia, vino generosamente escanciado en copas bruñidas y, según la costumbre, agua caliente para que os bañéis.

Cuando terminó la vieja, se desnudaron al calor de la lumbre, se bañaron con agua tibia, se ungieron con aceite y se sentaron a una mesa dispuesta con largueza. [8] Aún no se habían acomodado, cuando llegó un nutrido grupo de jóvenes, que por las pintas cualquiera hubiera tenido también por ladrones, puesto que traían su botín de monedas de oro y plata, ricas vasijas, y vestidos de seda bordados en oro. Después de reconfortarse con un baño, se acomodaron entre los demás, y echaron a suertes los que debían servir la mesa. Comieron y bebieron sin medida montañas de carne y pan, copas sin fin... Canturreaban a voces, jugaban, se gastaban bromas en alegre algarabía; se comportaban, por lo demás, como los semisalvajes lapitas⁵¹ y los centauros chillones⁵². El más fuerte de todos se levantó y dijo:

—Hemos asaltado la casa de Milón de Hípata, y además del abundante botín que hemos conseguido con nuestro valor, y de haber vuelto al refugio sin bajas, hemos regresado con ocho patas de más. Y vosotros que pretendíais llegar hasta las ciudades de Beocia, habéis vuelto diezmados, y sin Lamaco, vuestro valiente jefe, cuya vida preferiría al cargamento que habéis traído. Sin duda le ha matado su ex-

⁵¹ Los lapitas son un pueblo que pertenece tanto a la historia como a la mitología. Habitaban los macizos de Oza, Pindo y Pelión, de donde habían desalojado a los pelagos. Intervienen en muchas leyendas. Una de ellas los enfrenta en guerra contra los centauros.

⁵² Los centauros son monstruos mitad hombre, mitad caballo. La leyenda cuenta su enfrentamiento con los lapitas: invitados por estos a una boda, se embriagaron los centauros y uno de ellos, Euritón, trató de violentar a Hipodamia, lo que fue el origen y causa de una gran matanza.

ceso de valor. Su recuerdo se ponderará entre el de los reyes y los generales de las grandes batallas. Vosotros, en cambio, no pasáis de ser unos rateros de pequeñeces, que ejercéis el oficio como timoratos, ramoneando entre las termas y los lupanares de viejas.

[9] A lo que respondió uno de los del segundo grupo:

—Parece que eres el único que no sabe lo fácil que resulta asaltar mansiones grandes, porque, aunque es verdad que suelen tener numerosa servidumbre, cada uno mira más por su propia salvación que por las riquezas del amo. Son los modestos y los solitarios los que defienden con todo vigor sus pocos o muchos bienes, incluso a riesgo de su sangre. Vas a ver cómo lo que te cuento me da la razón: En cuanto llegamos a Tebas, la de las siete puertas, estábamos haciendo un sondeo concienzudo sobre las fortunas de sus habitantes —que es lo primero que hay que hacer en este oficio—, y descubrimos que un tal Crisero, banquero, disponía de un gran capital, y disimulaba sus riquezas con gran habilidad, por miedo a los impuestos y recaudadores: vivía solo y retirado en una pequeña, pero bien guarnecida casita, vestido de harapos, y sucio, pero dormía sobre colchones de oro. Quedamos en que empezaríamos por él, porque con una simple batalla contra una sola persona nos apoderaríamos sin más problemas de todas sus riquezas. [10] Sin pensarlo más, nos arremolinamos al atardecer a las puertas de su casa. No nos pareció oportuno ni sacarlas de los quicios, ni forzarlas ni romperlas, no fuera a ser que con el ruido de los batientes despertara la vecindad para nuestra desgracia. Nuestro valiente capitán Lamaco, confiado en su reconocida habilidad, metió la mano por el agujero de la llave, con la intención de levantar el pestillo. Pero Crisero, sin ninguna duda el más despreciable de los mortales, que estaba despierto, lo oyó, y fue acercándose despacio y en silencio con un clavo que fijó a la puerta de un fortísimo golpe, atravesándole la mano a nuestro jefe; después de ajusticiarle con tal mortal atadura, se subió al tejado de la cabaña para llamar con animosas voces a cada uno de sus vecinos por su propio nombre; les advertía de que en su casa se había producido un repentino incendio.

De esa manera consiguió que salieran corriendo todos y cada uno, para hacer frente al peligro común. [11] En el dilema de dejar que nos atraparan, o abandonar a nuestro compañero, se nos ocurrió una tercera solución que la sometimos a su consideración: y así, de un tajo templado, le cortamos el brazo a nuestro capitán por la articulación del codo, y lo dejamos allí colgando. Le tapamos la herida con abundante ropa para que las gotas de sangre no dejaran rastro, y nos lo llevamos precipitadamente. Angustiados con el grave complejo de culpabilidad que nos acosaba, además del gran tumulto que nos perseguía, ante la inminencia del peligro, no sabíamos si seguir a la carrera o defendernos; pero aquel hombre de ánimo sublime y sin igual valor, nos rogó encarecidamente por la diestra de Marte⁵³, y por la fidelidad de la palabra dada, que libráramos a un buen compañero como él del sufrimiento y de la cautividad al mismo tiempo, porque un ladrón con arrestos no debe sobrevivir a su mano, la única con la que puede coger y matar, y que daba por bien empleado el sucumbir por propia voluntad a manos de un amigo; pero como no lograba convencernos a ninguno de que cometiéramos semejante parricidio, sacó él mismo la espada con la otra mano, y después de besarla varias veces, se la hundió en el pecho. Con la admiración a la presencia de ánimo de un jefe así, lo envolvimos a toda prisa en una túnica y confiamos sus restos al mar. Lamaco yace ahora en la amplitud de una fluida tumba. [12] Él le dio sin duda a su muerte un sentido digno de sus virtudes, pero el pobre Alcino ni siquiera consiguió vencer el signo aciago de la Fortuna en sus arriesgadas empresas. Lo que le sucedió fue que, cuando había conseguido forzar la cabaña de una vieja, y subido al piso de arriba, en lugar de estrangularla allá mismo —que era lo que debía haber hecho—, prefirió ir echando las cosas robadas por la ventana para que nosotros, desde afuera, las

⁵³ Dios romano de la guerra y de otros conceptos con ella relacionados como la juventud (sólo los jóvenes luchan), la primavera, porque la estación guerrera empieza al acabar el invierno... etc. No es de extrañar que los bandidos, en parte guerreros de profesión, lo tengan por su patrono, y su diestra como símbolo de perfección.

recogiéramos. Había ya acabado de arrojar casi todo con suma diligencia; pero como no quería respetar ni el jergón donde reposaba todavía la vieja anciana, la levantó de la cama a la fuerza, y se disponía a lanzarlo ya por el mismo lugar que lo demás, cuando aquella malvada se le abrazó a las rodillas, deshecha en súplicas: «¿De qué te sirve, hijo, entregarles a esos vecinos ricos, a cuyo jardín da esa ventana, los míseros harapos andrajosos de una pobre vieja?» Engañado por la astucia de tan sagaces palabras, Alcino las tomó por ciertas, y con el temor de que las cosas que había arrojado, y las que faltaban por arrojar, no hubieran ido a parar a manos de los compañeros, sino a casa ajena, se asomó a la ventana para comprobar lo que decía la vieja sobre la opulencia de las casas vecinas. Al estirarse para comprobarlo, sin pensar en la imprudencia que cometía, aquel desecho senil le hizo perder el equilibrio de un empujón tan repentino como inesperado; quedó en vilo, absorto como estaba en la inspección, y cayó de cabeza. Además de que había una altura considerable, fue a dar sobre una enorme piedra con el costillar; reventó, empezó a sangrar a ríos, y mientras nos contaba lo que había pasado, entregó la vida sin sufrir demasiado. Le dimos sepultura como al anterior, y de esa manera Lamaco quedó en compañía de un excelente camarada.

[13] Nos quedamos apesadumbrados por la doble pérdida, renunciemos a intentar otros golpes de mano en Tebas, y nos acercamos a la próxima ciudad de Plateas, donde advertimos la celebridad de un tal Demócares, que estaba organizando un espectáculo de gladiadores. Era hombre de alta cuna, de conocida liberalidad, y podrido de dinero, y quería organizar unos juegos públicos de una brillantez acorde con su fortuna. ¡Quién pudiera tener el ingenio y elocuencia suficientes para describir con buen trazo la ingente variedad de preparativos!: famosos gladiadores, cazadores de reconocidas habilidades, condenados, con la esperanza perdida definitivamente, dispuestos a servir de festín a las fieras; había preparado unos entramados de madera de altura considerable, fijados a un poste, como si fueran casas ambulantes decoradas con pinturas, que habrían de servir

de cómodos refugios en una cacería. Pero sobre todo, ¡qué cantidad de fieras! Ciertamente que había adquirido, con grave quebranto para su patrimonio, unos exóticos aparatos de ejecución para los condenados a la pena capital, pero en lo que más empeño puso, hasta el límite de sus posibilidades, fue en la compra de gran cantidad de enormes osos. Así es que, además de los que consiguiera en cacerías particulares y de los comprados con sus buenos dineros, mantenía también con sumo cuidado —y soportando enormes gastos— los que le ofrecían los amigos. [14] Ni siquiera un hombre tan insigne como ese, que estaba organizando con tal esplendor unas fiestas públicas, se vio libre de los funestos ojos de la envidia, pues ocurrió que a las fieras —abatidas por el cautiverio, debilitadas por el calor del verano, y resignadas a estar echadas todo el día— les atacó una repentina epidemia que provocó tal mortandad que podía vérselas a los pobres osos, medio muertos, tumbados por las plazas, hechos unas verdaderas piltrafas; y el populacho, cuya pobreza les lleva a no hacer ascos a la comida de balde, cuando de llenar el vacío estómago se trata, se lanzó derecho sobre los manjares que yacían por las calles.

Estos sucesos nos inspiraron a mí y a Bábulo una sutil ocurrencia. Nos llevamos hasta nuestra guarida una fiera que sobresalía sobre las demás por su tamaño, como si fuéramos a prepararla para comérmola. La despellejamos cuidadosamente conservando las uñas y la cabeza del animal entera, hasta la nuca; le raspamos la piel a conciencia; la espolvoreamos de ceniza muy fina, y la dejamos al sol para que se secase. Mientras se curtía asolanándose a los rayos del cielo, nos consolábamos nosotros con la carne, y empezamos a preparar la acción que consistía en que el más animoso, no sólo en lo físico, sino en bravura, debía disfrazarse por propia voluntad con la piel, de forma que, después de meterse como oso en casa de Demócaro, pudiera dejarnos francas las puertas a los demás durante el sosegado silencio de la noche. [15] A no pocos de los más fuertes de entre nosotros les seducía aquella suerte tan ingeniosa de realizar el trabajo, pero la cuadrilla eligió a Tra-

sileón para que arrostrara la inseguridad de aquella peligrosa argucia, y se introdujo con toda serenidad en aquella piel de dócil flexibilidad. Luego cosimos con una sutil costura los bordes, y cubrimos las junturas con la pelambrera de los costados. Acto seguido, metimos a viva fuerza la cabeza de Trasileón por la garganta por donde le habíamos cortado la suya al animal; le abrimos unos agujeros entorno a los ojos y la nariz, para que pudiera respirar, y llevamos a nuestro compañero, convertido ya en una descomunal fiera, a una jaula comprada previamente por unas pocas monedas: él mismo se metió con valor a toda prueba. Y tal como lo habíamos preparado, pasamos luego a la siguiente fase del engaño.

[16] Nos habíamos enterado de que un tal Nicanor tenía una gran amistad con Demócaro, y falsificamos nosotros mismos unas cartas para que pareciera que su buen amigo le ofrecía las primicias de su cacería, para darle más prestancia a los juegos que estaba preparando. Así que, llegada que fue la noche, al amparo de la oscuridad, le llevamos a Demócaro la jaula de Trasileón juntamente con las cartas falsificadas. Impresionado por la magnitud del animal, se quedó tan contento con la generosidad de su amigo que mandó que nos recompensaran con diez áureos de sus propios fondos por ser portadores de la nueva de su ventura. Como la novedad acostumbra a seducir la curiosidad de los hombres, empezó a llegar multitud de gente para admirar a la fiera, pero nuestro Trasileón mantenía a raya con amenazadores gruñidos a los curiosos que se le acercaban.

Toda la ciudadanía celebraba de consuno la suerte de Demócaro, porque a pesar de la mortandad enorme de fieras, con la arribada de la última podía aún capear el temporal. En consecuencia, ordenó que llevaran al animal a su parque con el mayor cuidado posible; fue entonces cuando tomé la palabra y dije:

[17] Ten en cuenta, señor, que está verdaderamente fatigado del calor y de lo pesado del viaje, y no creo que sea conveniente juntarlo con los otros; más cuando, he oído decir, que están enfermos. ¿Por qué no le buscas en tu casa un

lugar abierto, fresco, a poder ser, y cerca de algún estanque? ¿No sabes que estos animales habitan en los bosques y se cobijan en cuevas húmedas junto a límpidas fuentes?

No dejó Demócaro de inquietarse con mis advertencias; y al recordar los que se le habían muerto, accedió sin más dificultades a que colocáramos la jaula donde nosotros queríamos. Aproveché entonces para decirle:

—Nosotros también podemos quedarnos aquí a pasar la noche al lado de la jaula, no vaya a ser que el animal se incomode de calor o de cansancio; así podremos darle la comida y la bebida que acostumbra a tomar a su tiempo.

—No es necesario que os molestéis —contestó— que la servidumbre está ya habituada a dar de comer a los osos.

Con esto, nos despedimos luego.

[18] Al llegar a las puertas de la ciudad, vimos un sepulcro algo apartado del camino en un lugar poco visible, donde había unos féretros carcomidos y medio deshechos por el paso del tiempo, donde reposaban los difuntos convertidos en polvo y cenizas, y levantamos unos cuantos para que nos sirvieran de depósito de futuras rapiñas.

Según costumbre en los de nuestro gremio, de noche, aprovechando los momentos que se oculta la luna, cuando el sueño, con su primera fuerza invade y amortigua con mayor intensidad los corazones de los hombres, apostamos nuestra cuadrilla armada con espadas ante la misma puerta de la casa de Demócaro, como si tuviéramos una cita con el saqueo. Trasileón aprovechó el momento más oportuno de la noche para salir de la jaula, y acabó en un abrir y cerrar de ojos, primero con los guardianes que descansaban abatidos de sueño, y luego con el propio portero; le quitó las llaves, abrió de par en par las puertas, y nos metimos en tropel. Ya en el interior de la casa, nos mostró el granero donde había visto el día anterior que guardaban una gran cantidad de plata. Derribamos la puerta todos a la vez a viva fuerza, y les ordené entonces que cada uno acarreará con la cantidad de oro y plata que pudiera, lo escondiera en la morada de los más que discretos muertos, y volvieran a todo correr por otra carga, porque, como tenemos por costumbre, convenía que me quedara yo sólo delante de la casa,

mientras volvían, vigilando lo que ocurriera, que estando como estaba el oso fingido deambulando por las estancias, parecía suficiente su presencia como para aterrar a los sirvientes que se despertaran; porque, ¿quién es tan animoso y tan osado como para no huir, más de noche, ante el desmesurado volumen de una fiera tan grande? ¿Quién no se cerraría en una habitación temblando de miedo? [19] A pesar de las tan bien previstas disposiciones, un infortunado hecho lo echó todo a perder. Y fue que mientras esperaba ansiosamente la vuelta de los compañeros, se despertó, o por el barullo, o por inspiración divina, un siervo joven, y al ver que la fiera iba de aquí para allá libremente por la casa, volvió sobre sus pasos en penoso silencio, avisó a los de la casa de lo que estaba sucediendo y no tardó un tris en llenarse la mansión de multitud de sirvientes. En primer lugar se desvaneció la oscuridad con la cantidad de teas, lámparas, velas, candelas y otros aparatos de luz que trajeron. Y no creáis que venían inermes, sino muy bien pertrechados con garrotes, dardos, e incluso blandiendo espadas. Cerraron las salidas, y azuzaron luego unos perros de caza, de esos que tienen las orejas tiesas y el pelo erizado, para que arrinconaran a la fiera. [20] Poco a poco, a empujones, me fui escabullendo del tumulto aquel, hasta tomar la salida de la casa, pero, escondido tras una puerta, todavía llegué a ver a Trasileón luchando contra los perros. Por más que estuviera acercándose a los confines de su vida, no dejó de lado el arrojo que nos caracteriza, y siguió luchando, aunque se viera ya en las fauces abiertas del Can Cerbero. Representó con animosidad el papel que había aceptado por propia voluntad, ora protegiéndose, ora atacando con toda su fuerza en diversidad de cabriolas, hasta que logró salir de la casa. Aunque consiguió llegar a la calle, no hubo medio de salvarse huyendo, porque los perros de las calles vecinas, tan fieros como numerosos, se unieron en jauría a los otros perros cazadores que también habían salido de la casa. Y así tuve que asistir al triste y desgraciado espectáculo de ver a nuestro Trasileón rodeado de una caterva de perros ensañándose con él y despedazándolo a mordiscos. No pudiendo resistir más, me mez-

clé entre la multitud que le rodeaba, y como no podía socorrer a mi compañero sino disimuladamente, trataba de confundir a los azuzadores exclamando:

—¡Qué lástima da que se destruya un animal tan soberbio! ¡Con el servicio que nos haría! [21] Pero lo engañoso de mis palabras no favoreció en nada al joven Trasileón, porque en ese mismo momento llegó corriendo desde la casa un hombre alto y fuerte, y sin dudarlo le clavó al oso una lanza en las mismas entrañas; perdido el miedo, los demás también se le acercaron a rematarlo con las espadas. Trasileón, orgullo excelso de nuestra cuadrilla, se ha hecho digno de la inmortalidad, porque, aun habiendo padecido sufrimientos más allá de lo humanamente soportable, no traicionó su juramento de fidelidad ni con un grito, ni con un lamento, sino que, cuando veía que lo despedazaban a mordiscos y cuando sentía que lo atravesaban las lanzas, aguantó su desgracia con generoso valor rugiendo y gruñendo como si de una fiera se tratase; reservó para sí la gloria, y de esa manera rindió la vida a los hados. Tanto había sido el terror y pavor que había infundido a los allí reunidos, que hasta el amanecer, incluso durante una buena parte del día, nadie se atrevió a tocar a la fiera, aun yacente, ni siquiera con un dedo, hasta que un carnicero, algo más porfiado, pero con reservas y mucho miedo, no sacó del interior del oso al heroico ladrón. De esa manera se nos murió nuestro Trasileón, pero no para la gloria.

A todo esto, enfardamos a toda prisa la parte del botín que nos habían custodiado los difuntos con harta fidelidad, y abandonamos cuanto antes los confines de Platea, pensando entre nosotros que con razón se dice que la fidelidad no es cosa de este mundo, porque, enojada por nuestra perfidia, se ha marchado a los Infiernos en compañía de los muertos.

Hasta aquí hemos llegado trayendo el botín que habéis visto, agotados de cansancio por la dureza del camino y el peso de la carga, y lamentándonos constantemente por la pérdida de nuestros tres compañeros.

[22] Después de la narración de lo ocurrido brindaron todos con copas de oro a la memoria de los compañeros

muertos, y entonaron cánticos al dios Marte, antes de que se marcharan a descansar un poco. Por lo que a nosotros atañe, la vieja aquella nos trajo cebada nueva tan a espuestas, que mi caballo creía que se trataba de una cena de sacerdotes saliares⁵⁴, de modo y manera que fue el único que dio con todo. Por mi parte, yo, que siempre había rechazado la cebada que no estuviera previamente molida y cocida poco a poco, descubrí el rincón donde habían dejado los restos de pan, y puse en movimiento mis quijadas débiles y llenas de telarañas. Bien entrada la noche, se despertaron los ladrones, levantaron el campamento armados con espadas unos y disfrazados de fantasmas otros, y se marcharon precipitadamente, sin que ni eso, ni el sueño que arrastraba, me impidieran dejar el empeño que tenía en seguir masticando. Antes, cuando era Lucio, solía levantarme de la mesa después del primer o segundo plato; y ahora, esclavo de una tripa tan sin fondo, iba ya por el cuarto cestaño de pan.

Me sorprendió el día absorto en la tarea. [23] Llevado entonces por la sobriedad asnal, pero muy en contra de mi voluntad, hice un alto para saciar la sed en un arroyo cercano.

Los ladrones nos tardaron en regresar inquietos, y afligidos, sin una triste túnica de botín, pero arrastrando entre todos una muchacha de buen porte, con aspecto de pertenecer a la aristocracia del país; era una chiquilla —¡por Hércules!, apetecible incluso para un asno como yo—, que venía llorosa, mesándose los cabellos y el vestido. Nada más meterla en la cueva, le dijeron para que cesara en sus lamentos:

—Estáte tranquila, que ni tu vida ni tu honra corren peligro; nos vemos obligados a este oficio miserable por pura necesidad. Por muy codiciosos de sus riquezas que sean tus padres, habrán de ceder sin tardanza a pagar un rescate adecuado a la hija de sus entrañas.

[24] Pero con esa o parecida palabrería no lograban que se le calmara la angustia a la pobre muchacha. Natural-

⁵⁴ Existía un colegio sacerdotal llamado Salio o Saliar, cuyo nombre adjetivado se utilizaba para designar comparativamente espléndidos festines, y buena vida.

mente ella continuaba llorando a lágrima viva, con la cabeza entre las rodillas. Mandaron entonces a la vieja que fuera a la cueva a sentarse a su lado a ver si la consolaba con toda la dulzura de que fuera capaz y ellos volvieron a sus quehaceres habituales.

Pero ni aun con las palabras de la vieja podía la moza dejar de lamentarse, y continuó quejándose y agitándose entre sollozos tales que hasta a mí se me saltaban las lágrimas cuando decía:

—¡Pobre de mí!: arrancada por la fuerza de mi casa, de mi familia, de mis queridos paisanos y de mis venerables padres; como botín de un desafortunadísimo secuestro, he llegado a esclava y me veo humillantemente encerrada en esta cárcel de roca, privada del bienestar en que nací y crecí, con peligro de mi vida, y sometida al tormento de verme entre navajeros de la peor calaña, ¿cómo voy a dejar de llorar? ¿Cómo voy a poder continuar viviendo?

Después de mucho afligirse, muda ya de tantos suspiros, y fatigada con sufrimiento tan continuado, dejó, por fin, que los lánguidos ojos se le abatieran de sueño.

[25] Pero aún no había acabado de cerrar los ojos, cuando se despertó sobresaltada entre gestos incontrolados, y empezó de nuevo a darse de manotazos en la hermosura de su cara con renovado vigor. Al insistirle la vieja por la razón de desesperación tan alterada, le respondió dando un profundo suspiro, entre sollozos:

—¡Ahora tengo la seguridad de que estoy perdida! He de renunciar ya a toda esperanza de salvación. Ya no me quedan dudas de que he de escoger entre la espada, la horca o el precipicio.

A lo que la vieja le replicó, ya con cara de pocos amigos, y con gesto airado, que le dijera de una vez por qué lloraba, y por qué, después de haberse dormido, volvía a tales desaforadas lamentaciones.

—¿Es que pretendes privar a mis muchachos de las ganancias de tu rescate? Porque si sigues así, por esas lágrimas —que los ladrones suelen tener poco en cuenta—, haré que te quemen viva.

[26] Aterrada la niña por las palabras de la anciana, le contestó besándole las manos:

—Perdóname, abuela, y presta oídos de consuelo, por poco que sea, a este destino cruel que me embarga, pues no me creo que con la vejez se te haya agotado la capacidad de compasión bajo esa venerable cabellera. Escucha la historia de mis calamidades: Un apuesto muchacho, el mejor entre los de su edad, primo mío, al que la ciudad en pleno le había tomado por hijo predilecto, aunque tres años mayor que yo, desde los primeros años de la pubertad había vivido conmigo bajo el mismo techo; es más: en la misma habitación; en el mismo lecho. Estábamos comprometidos por la atracción mutua de su amor íntegro. Hace ya tiempo tuvieron lugar los esponsales, en los que, por acuerdo documentado de nuestros padres se le proclamaba como marido mío. Incluso habíamos llegado al ofrecimiento de los sacrificios nupciales, con los ritos acostumbrados en los templos públicos, entre parientes y afines: la casa toda, cubierta de laurel, e iluminada esplendorosamente con teas, era toda ella un cántico al himeneo. Mi pobre madre me estrechaba en su regazo, me arreglaba el vestido de novia, me besaba con constantes y dulces besos, y hacía votos por la esperanza de futura descendencia, cuando, de pronto, irrumpió la imparable fuerza de gente armada en son de guerra, blandiendo desnudas y virulentas espadas; pero en lugar de ponerse a matar y robar, llegaron derechos hasta mi aposento en compacta cuña, y sin que ninguno de nuestros familiares pudieran, no ya rechazarles; sino ni siquiera hacerles frente, ¡pobre de mí!, me arrancaron de los brazos de mi madre, temblando y muerta de miedo. Así se vio interrumpida y desbaratada mi boda, como la de Protesilao⁵⁵, o la de Attis⁵⁶. [27] Ahora, por si fuera poco, se me

⁵⁵ Protesilao: héroe tesalio que participó en la guerra de Troya. Después de haber sido uno de los pretendientes de Helena, se casó con Laodamia; pero como el matrimonio no se había celebrado por entero porque no se habían realizado todos los sacrificios de ritual, fue castigado por el sacrilegio y Laodamia quedó viuda. Más tarde resucitó el héroe, después de una historia llena de aventuras y de intervenciones de las deidades.

⁵⁶ Según dos leyendas diferentes, como consecuencia de unos amores

ha reproducido mi desgracia en sueños con mayor encono, porque he visto cómo me sacaban de la casa, de la alcoba, de la propia cama, con gran violencia, y gritaba yo el nombre de mi infortunado marido por lugares solitarios, mientras él, al verse privado de mis brazos, aún perfumado y coronado de flores como estaba⁵⁷, seguía mi fuga sobre pies ajenos. Como vociferaba a gritos desgarradores sus quejas por el rapto de su hermosa mujer, con los que alertaba a la gente, uno de los ladrones, a despecho de la incipiente persecución, cogió una piedra del suelo y se deshizo de mi pobre y joven marido de un golpe. Ha sido entonces cuando, aterrada por la monstruosidad, me he despertado de ese funesto sueño temiendo lo peor.

La vieja, entonces, llorosa también de tantos lamentos, le dijo así:

—Estáte tranquila, hija mía, y no te asustes de las sombras de los sueños, porque, además de que los sueños diurnos se tienen por falsos, muchas veces los nocturnos anuncian los sucesos contrarios. En ocasiones el llanto, el verse apaleado, o incluso degollado, anuncia un hecho favorable y provechoso; y al contrario: reírse, hartarse de melosos dulces, o verse en el gozo de la jodienda, no hacen sino avisarte de que vas a verte sometido a una gran aflicción, enfermedad o cualquier otro mal. Mejor será que te distraiga ahora con las delicias de fábulas de antiguas historias:

[28] «En una ciudad había un rey y una reina que tenían tres hijas a cual más hermosa. De las dos mayores se diría que, aunque guapísimas, podían encontrarse palabras en el lenguaje humano capaces de celebrar su hermosura. Pero

homosexuales en una, y como consecuencia del enamoramiento de Cibele, en otra, Attis acaba por cercenarse sus atributos viriles, en una escena orgiástica, bajo la influencia de Agditis, un hermafrodita, en el caso de la primera leyenda y para fastidiar a Cibele en el de la segunda, por haber matado a la Ninfa de la que estaba enamorado.

⁵⁷ Se trata del acicalamiento normal en las ceremonias y fiestas con motivo de la celebración de las nupcias, lo que no nos debe llevar a pensar que se trata de un acto de contraer matrimonio —sacramental o contractual— como ocurre en nuestro matrimonio civil o religioso.

la menor era tan privilegiada, tan deslumbrante su belleza, que no podría describirse ni ponderarse suficientemente con la pobreza del idioma del hombre. En aplicada concurrencia, multitud de paisanos y extranjeros acudían atraídos por la fama de tan singular espectáculo, y pasmados de admiración ante tan inaccesible belleza, se llevaban la mano hasta la boca con el índice sobre el pulgar⁵⁸, y la adoraban con devoción como si se tratara de la propia diosa Venus. Llegó a correrse por las ciudades vecinas y por las regiones circundantes la noticia de que la diosa que naciera en el pié-lago azul, y que se había criado en el regazo de las espumosas olas, vivía ya entre la gente, con licencia de los dioses; o que el poder fecundador de la lluvia había producido, no en el mar, sino en la tierra, otra Venus dotada de la galanura de la virginidad. [29] De modo y manera que creció de forma extraordinaria su reputación en cuestión de días, al extenderse por todas las islas vecinas y por la mayor parte de las provincias en tierra firme. Una gran cantidad de mortales confluía, sin parar, para ver la prueba más perfecta y acabada de la especie, aunque les costara largas caminatas y singladuras procelosas por los mares. Ya nadie navegaba hasta Pafos, ni a Cnido, ni a la propia Citerea⁵⁹ para adorar a la diosa Venus. Se empezaban a desacreditar sus sacrificios; se desconchaban sus templos; se olvidaban sus peanas; se abandonaba su culto. Se estaban quedando las imágenes sin ofrendas, y sus solitarios altares cubiertos de fría ceniza. A la muchacha, ante la humana faz de tan alta diosa, empezaban a suplicarle ya que apaciguara a los dioses; y durante el paseo matutino de la doncella la ensalzaban con sacrificios y festines sin nombrar para nada a Venus; y cuando caminaba por las calles, la gente le regalaba con flores y guirnaldas.

El trastoque desmedido que supuso el culto a una mu-

⁵⁸ Se trata solamente de un gesto normalizado que indica admiración por lo que se está observando.

⁵⁹ Ciudades donde se encuentran famosos templos de Venus, que eran objeto de masivas peregrinaciones de los fieles para agradecer los favores recibidos, o con motivo de simple adoración.

chacha mortal convulsionó el ánimo de la verdadera Venus, que, incapaz de contenerse, se dijo a sí misma moviendo la cabeza con verdadera indignación:

[30] —¡Siendo como soy el origen primigenio de la naturaleza, el principio de los elementos, Venus, el soplo vital del orbe entero, he de compartir la consideración de excelstitud con una niña mortal, y he de ver cómo mi nombre acuñado en el cielo, es profanado por la terrenal sordidez inmunda de la tierra! ¡No! ¡Si aún tendré que soportar el culto a una sustituta, como si fuera mi otro yo, para expiación de la comunidad de dioses! En vano me debió escoger a mí por mi perfección aquel pastor⁶⁰, cuyo sentido de justicia y fidelidad ya ha comprobado fehacientemente el gran Júpiter. Esa jovencita, quienquiera que sea, no va a usurpar por más tiempo mis honores. Ya haré yo que se arrepienta ella sola de su afamada belleza.

E inmediatamente llamó a su alado e imprudente hijo⁶¹, el que, desdeñando con sus desordenadas costumbres el orden establecido, va por ahí, armado de fuego y flechas, se introduce por las casas ajenas y echa a perder matrimonios, provocando impunemente deshonras sin cuento, sin aportar nada bueno, y le incitó aún más con sus palabras —que buena falta le hacían, por que por sí mismo se excede de insolente y licencioso— y se lo llevó a la ciudad para mostrarle a Psique —que por tal nombre se conocía a la muchacha—; y después de contarle la historia de la rivalidad por su hermosura, le dijo entre lágrimas y lamentos de indignación:

⁶⁰ Paris, hijo de Príamo y Hécuba, estaba destinado por un oráculo a morir después de nacer. Una serie de acontecimientos, diferentes según las diversas leyendas, le conservan la vida, y llega a ser el prototipo de pastor fuerte, valiente y de gran belleza. Se vio involucrado en la elección de la diosa más bella entre Atenea, Ceres y Venus, entre las que hubo de designar a la más excelsa, entregándole una manzana que a su vez le entregara Eride (la discordia), y que fue origen de tensiones entre las tres deidades. De todo ello se habla en el texto de esta narración: *infra*, libro X.

⁶¹ De Cupido dios del amor y de su madre, Venus, diosa asimismo del amor, *supra*, nota 47. Intervienen como personajes principales en el cuento de los amores de Psique durante los libros V y VI.



Disegnato da Tiziano *Disegnato da Paolo* *Disegnato da Tiziano*
 VENUS QUI SE MIRE.
De la Galerie de M. Le Duc d'Orléans

ÉCOLE VENITIENNE.

Venus mirándose en el espejo. Escuela veneciana.

[31] —Por los lazos del amor maternal, por las dulces heridas de tus flechas, por el sabroso comezón de tus llamas, te ruego que vengues a tu madre castigando con severidad a esa insolente belleza. Sólo te pido que consigas que esa muchacha se abraza de amor por el último de los hombres, aquel a quien la fortuna le haya golpeado en su dignidad, en su patrimonio y en su integridad tan humillantemente, que no se pueda encontrar en el mundo un desecho semejante.

Así habló; y después de amartelarse con su hijo en amorosos besos, se dirigió a la playa cercana, donde mueren las olas. Al pisar con los rosados pies las rizadas olas, se detuvo la brillante superficie del mar, y, como si estuviera preparado, empezó la liturgia de recepción del Océano: primeramente aparecieron las hijas de Nereo⁶² cantando al unísono, luego Portuno⁶³ con su barba hirsuta y azul, Salacia⁶⁴ con el torso de pez, el pequeño Palamón⁶⁵ cabalgando sobre un delfín, una caterva de Tritones retozando⁶⁶; el uno tocando suaves melodías con una concha de caracol, otro velando con sombrilla de seda el ardor del sol enemigo, y un tercero poniéndole a la diosa ante los ojos

⁶² Las nereidas o divinidades marinas, hijas de Nereo y Dóride, y nietas del Océano. Personifican las olas innumerables del mar. Conocemos el nombre de todas ellas, cada una con su historia particular. Creían que vivían en el fondo del mar, en tronos de oro, dedicadas a tejar, hilar y cantar. Los poetas se las imaginaban meciéndose en las olas, nadando entre tritones y delfines.

⁶³ Portuno es una antiquísima deidad romana, que en época histórica se la considera dios marino, protector de los puertos. En su honor se celebraba una fiesta, la porturnalia, hacia mediados de Agosto.

⁶⁴ Salacia: divinidad romana del mar, asociada a Neptuno. Personifica al agua salada.

⁶⁵ En su infancia humana atendía al nombre de Melicertes. Pero después del suicidio de su madre, que le arrastró en su muerte, se convirtió en Palamón, dios marino. Para suicidarse, su madre, se precipitó por un acantilado con el niño en brazos. Un delfín llevó a la criatura hasta el istmo de Corinto, donde fue recogido por Sísifo, quien lo enterró con honores divinos con el nombre de Palamón.

⁶⁶ El nombre de Tritón se aplica con frecuencia a una serie de seres que forman el cortejo de Poseidón. Tienen la parte superior del cuerpo parecida a la de un hombre, y la parte inferior es la de un pez. Se les representa soplando en unas conchas que les sirven de trompa.

un espejo, mientras los demás, uncidos al carro, retozaban bajo el agua: tal es el acompañamiento de Venus cuando se dirige al océano.

[32] Mientras tanto Psique, a pesar de que estaba en la plenitud de su belleza, no le sacaba provecho ninguno: todos la contemplaban, todos la ensalzaban, pero nadie, ni rey, ni príncipe, ni plebeyo se le acercaba como pretendiente con intención de casarse con ella. Se la admiraba, sí, como a la obra mejor acabada de un escultor. Por el contrario, las hermanas mayores cuya equilibrada belleza nadie había difundido, hacía tiempo que, prometidas a pretendientes reynos, se habían casado felizmente; pero Psique permanecía en casa, doncella, y sin amante, llorando su soledad desamparada, resentida contra su cuerpo, y con el alma tan desgarrada, que había llegado a odiar a su propia belleza, por mucho que se complacieran en ella los demás. El padre de la desgraciada hija empezó a sospechar que tenía malquerencias entre los dioses. Así es que, temiendo la ira del Supremo, se acercó al antiquísimo oráculo del dios de Mileto con oraciones y ofrendas⁶⁷. Apolo, aunque griego y jónico, por deferencia al renovador de la prosa milesia, le contestó en latín:

[33] Del monte en lo más alto, Rey,
con el ajuar del tálamo dispuesta
coloca a tu hija.
Mas no esperes ya de estirpe humana yerno,
sino verdugo cruel, emponzoñado y fiero,
que vuela alado por el ancho cielo
importunando a todos, y que a todos languidece
a espada y fuego.
Júpiter mismo tiembla en su presencia;
los dioses se acobardan; y temblando, los ríos
de la Estigia, y sus tinieblas,
retroceden.

El en otro tiempo dichoso rey, al oír la voz del santo vaticinio, triste y contrariado con lo prescrito por el siniestro

⁶⁷ Mileto es hijo de Apolo. Se refiere aquí al oráculo de su padre en la ciudad de Mileto. Ver nota 30

destino, volvió a casa a explicárselo a su esposa desconsoladamente. Pero empezaba a urgir ya el cumplimiento tétrico del infausto oráculo, conque levantaron el decorado de las fúnebres bodas de la pobre muchacha: languidecía ya la luz de la antorcha entre ceniza y humo; el sonido de la flauta zigia⁶⁸ adquiría son de lúgubre cadencia Ludia⁶⁹; el canto alegre del himeneo acababa en triste gemido, y la novia enjugaba las lágrimas en su propio velo amarillo⁷⁰: toda la ciudad lloraba el triste destino de aquella casa, y en consecuencia se decretó luto público.

[34] Pero la obligación de obedecer los celestiales oráculos exigían ya que la pobre Psique se sometiera al suplicio. Acabadas las ceremonias de aquel fúnebre casamiento, se puso en marcha —seguido de la tristeza de todo un pueblo—, aquel funeral de una persona en la plenitud de la vida, de una Psique llorosa que cerraba el cortejo no de sus nupcias, sino de sus propias exequias. Los afligidos padres, hondamente conmovidos, retrasaban la culminación de tan horroroso trance, mientras la misma hija les reprochaba su actitud diciéndoles:

—¿Por qué atormentáis vuestra vejez con tan inconsolable llanto? ¿Por qué agotáis vuestro aliento, que es más mío que vuestro, con tan terribles sollozos? ¿Por qué desfiguráis así esos rostros que me son tan queridos? ¿Por qué laceráis mi mirada con la vuestra? ¿A qué viene tanto mesarse las canas? ¿A qué golpearos el pecho y los senos que tengo por sagrados? Ahí tenéis el pago agradecido de mi exultante belleza. Ahora es cuando os sentís maltratados, tarde ya, por el mortífero golpe de la envidia. Debisteis lamentaros cuando las gentes y las naciones nos encomiaban con honores reservados a los dioses, cuando me proclamaban a consuno como la nueva Venus. Entonces era cuando debíais haber llevado luto por mí, como si estuviera muerta ya. Solamente ahora me doy cuenta y veo claro que lo

⁶⁸ Flauta que se tañía en las ceremonias nupciales y que preside los matrimonios.

⁶⁹ Cadencia musical de baile.

⁷⁰ El vestido de color amarillo brillante, casi como el fuego, como la flamma, es el color de las recién desposadas.

que me ha perdido ha sido el nombre de Venus. Llevadme, pues, y colocadme en la roca que el destino me tiene reservada. Ya tengo prisa por concluir estas dichas bodas, y de ver a ese animoso marido. ¿A qué espero? ¿Por qué retardo el encuentro con quien nació para ser la perdición del mundo?

Y diciendo esto la doncella dejó de hablar y se mezcló entre el cortejo de gente que les seguía. Llegaron, por fin, hasta la roca señalada en un abrupto monte, en cuya cúspide dejaron sola a la muchacha. Apagaron con sus propias lágrimas las antorchas nupciales con que se habían alumbrado, las dejaron allí mismo, y se dispusieron a regresar a casa. Los padres, agotados de tanto llorar, se ocultaron en lo más recóndito del hogar, con la disposición de pasar una noche eterna.

Estando Psique muerta de miedo y llorando, aún en la misma roca, se levantó un suave Zéfiro⁷¹ que empezó por agitarle los pliegues del vestido, lo ahuecó luego, la elevó insensiblemente y, como en un susurro, la fue llevando por la ladera del monte abajo, hasta dejarla suavemente reclinada sobre una pradera cuajada de césped en flor.

⁷¹ Zéfiro es un viento del oeste, suave y templado, que anuncia la llegada de la primavera.

LIBRO V

[1] **S**OSEGADA ya Psique de la conmoción que sufriera, se quedó dulcemente dormida entre aquellos frescos y nemorosos parajes, recostada en un lecho de hierba estrellada de rocío hasta recuperarse en la placidez del sueño, y se despertó encalmada. Lo primero que vio fue un bosque de altísimos y frondosos árboles y una fuente de agua cristalina. En el medio, junto al regacho de la fuente, había una mansión regia, no construida por manos humanas sino con divino artificio. Ya desde el atrio a cualquiera le hubiera parecido morada luminosa y placentera de algún dios: columnas de oro, artesonados de madera y marfil delicadamente labrados, paredes recamadas de plata cincelada con escenas de animales salvajes... Debió ser un hombre admirable, o mejor, un semidiós, incluso un dios propiamente dicho, quien trabajara aquella plata con la grandeza de tan sutil arte. También los mosaicos de aguamarinas talladas representaban variadas escenas. ¡Dichosos una y mil veces los que caminan sobre un mosaico de perlas y gemas! Las demás estancias de aquella amplia y bien diseñada casa eran de incalculable valor, con sus paredes recubiertas de oro macizo que lucían con tal brillo propio, que aquella casa no dejaría de tener luz, aun cuando el sol no quisiera salir; tal era el resplandor de las habitaciones, de la entrada y de las propias puertas. El resto del mobiliario no desmerecía de la suntuosidad de la casa, de la que podría decirse que era un palacio, construido por el propio Júpiter para residencia propia entre los hombres.

[2] Inmediatamente se sintió atraída Psique por la mag-



El rapto de Psique, de Prud'hom.

nificencia de los alrededores; se acercó un poco más confiada, y se decidió a traspasar el umbral. Arrobadada por la maravillosa visión, fue observando con detenimiento a ambos lados las galerías de airoso perfil llenas de riquezas. Allí no faltaba de nada. Pero lo que le llamó a mayor admiración fue el que semejante tesoro no estuviera protegido con rejas, ni con cadenas, ni hubiera guardián. Mientras estaba observando con arrobó todas esas cosas, le abordó una voz sin cuerpo que le decía:

—¿Por qué te quedas aturdida ante tantas riquezas? Tuyo son. Vete pues a tu habitación, relájate en la cama, y ordena que te preparen el baño para cuando quieras. Los de las voces que estás oyendo somos tus criados, y vamos a estar cerca de ti para servirte con esmero, que cuando estés recuperada, no te han de faltar regios manjares.

[3] Al escuchar aquellas voces sin forma, Psique reconocía la dicha y la llamada de la divina providencia. Y así, después de dormir, y de la relajación del baño, al ver allí al lado una tarima semicircular, imaginóse que era el lugar idóneo para la cena; se acomodó de buen grado y aparecieron al punto unas bandejas repletas de vino de néctar y de manjares, no servidas por fámulo alguno, sino como por la fuerza del viento. A nadie había logrado ver —sólo palabras sueltas—, de manera que se convenció de que tenía voces por doncellas.

Después del abundante festín, alguien entró y empezó a cantar sin dejarse ver, mientras otro, también invisible, tocaba la cítara. Más tarde llegó hasta sus oídos el canto armonioso de varias personas que, aunque no se las viera por ninguna parte, armonizaban en coro.

[4] Al terminar la agradable velada, persuadida por la agonía de la tarde, se marchó a dormir entre dos luces. Entrada que fue la noche, le llegó hasta los oídos un rumor apacible, y temiendo por su virginidad en aquella soledad, sintió un desasosiego de grima, más que por cualquier otro mal, por miedo a lo desconocido. Y es que había llegado ya el marido secreto, se había metido en la cama, había hecho a Psique su esposa, y se había marchado apresuradamente antes de que amaneciera, y al punto unas voces que

esperaban tras la puerta consolaron a la nueva desposada por la virginidad perdida.

Las cosas se fueron sucediendo de esa misma manera durante algún tiempo, de modo que, como suele ocurrir cuando algo llega a ser habitual, la primera sorpresa se convirtió en placer, y el sonido de las voces en consuelo a su soledad.

A todo esto sus padres envejecían juntos en insondable duelo y abatimiento, y su situación se divulgó hasta tan lejos que llegó a oídos de las hermanas, quienes abandonaron sus hogares para acudir a consolarles.

[5] Una noche el marido se dirigió a Psique —pues aunque no podía verlo, sí podía sentir el tacto de sus manos y oírle—, y le dijo:

—Mi dulce Psique; querida esposa: la implacable Fortuna te está acechando con peligros terribles, de los que creo que has de protegerte con solícita cautela. Tus hermanas, conturbadas con la probabilidad de tu muerte, andan tras tus huellas y van a llegar pronto al roquedal; pues bien: cuando oigas sus lamentos, no respondas, ni mires atrás, porque me darías un gran disgusto a mí, y te acarrearías la ruina.

Asintió ella, y le dijo que actuaría según le decía, pero al disiparse la noche, la desgraciada se pasó el día entero gimiendo, llorando y repitiéndose que entonces era cuando se veía perdida de verdad, en cárcel de oro, alejada de todo contacto humano, y sin poder, no ya consolar la angustia de sus hermanas, sino ni siquiera verlas. Tal cual, sin baño, sin probar bocado, y sin ningún otro consuelo, se marchó a dormir.

[6] Poco después, cuando el marido se metió en la cama, un poco antes que en otras ocasiones, viéndola todavía llorosa, le dijo entre abrazos:

—¿Y esto es lo que me has prometido? Psique querida, ¿qué puedo esperar como marido tuyo, cuando no dejas de atormentarte ni de día ni de noche, ni siquiera cuando estás entre mis amorosos brazos? Haz lo que quieras desde ahora; pero, aun cuando te encamines a tu desgracia, cuando empieces a arrepentirte, recuerda mis advertencias.

En el bien entendido de que, si no, se moriría, consiguió de su marido, tras incansables ruegos, que accediera a sus deseos de ver a sus hermanas, para calmarles la pena que sentían y hablar con ellas. Además de acceder a los ruegos de la recién casada, le permitió que les llevara el oro y las alhajas que quisiera; pero le volvió a advertir, una y otra vez, de que no se dejara persuadir por el mal consejo de intentar ver la imagen de su marido, no fuera a ser que, por una sacrílega curiosidad, se desmoronara su afortunada situación, y se quedara en adelante sin sus caricias. Le dio las gracias, y le respondió con gran satisfacción:

—Muera yo mil veces antes de renunciar a esta dulce coyunda, porque quienquiera que seas, te amo apasionadamente, tan como a mí misma, que no te cambiaría ni por el propio Cupido. Pero aún te voy a pedir algo más: te ruego que le digas a tu siervo Zéfiro que traiga a mis hermanas de la misma manera que me trajo a mí.

Colmándole de besos y palabras de halago, se ciñó a él con la totalidad de su cuerpo, y siguió diciéndole entre nuevas caricias:

—Eres mi sabor, marido; la miel de tu Psique.

Mal de su grado sucumbió el marido a aquellas zalemas de ardor y lujuria, y se comprometió a hacer lo que se le pedía; pero al aproximarse el día, se esfumó entre los brazos de su mujer.

[7] Cuando las hermanas hubieron localizado el roquedal donde habían dejado a Psique, se dieron al llanto y se golpeaban el pecho de manera tal que las paredes de aquellos valles multiplicaron en eco los gritos de su histeria, y los convirtieron en estridencia atronadora. Como se pusieron a gritar el nombre de su pobre hermana, al llegar la rotundidad de sus gritos hasta la profundidad del valle, la insensata y solícita Psique salió de la casa y les respondió:

—¿Por qué os lamentáis en vano con esos desgarradores gritos? ¿Por qué me echáis de menos, si estoy aquí? Dejad tan lúgubres voces. Y secaos esas mejillas bañadas en lágrimas, que ya podéis abrazar a la que estáis llamando.

Y requirió luego a Zéfiro, tal cual acordara con su marido, quien, obediente a la orden recibida, las trasladó sin

daño ninguno en la suavidad de su brisa, y pudieron gozar de la emoción de volver a abrazarse, de modo y manera que las ya enjutas lágrimas tornaron a brotar, pero esta vez de alegría.

—Entrad —les dijo— en mi casa, bajo mi techo, y sosegaos en la compañía de vuestra Psique.

[8] Después de la bienvenida, les fue mostrando la opulencia de la casa, la abundancia de voces a su servicio, y las obsequió con un suntuoso baño y con la magnificencia de una mesa digna de los dioses. Empalagadas ya con tal abundancia de riquezas casi celestiales, empezaron a incubar una honda envidia en sus corazones. No dejaron de interesarse con malsana curiosidad por el dueño de todas aquellas suntuosidades, y por quién y cómo era su marido. Pero Psique ni infringió el pacto conyugal, ni desveló el secreto, sino que improvisó que era un muchacho apuesto, cuyas mejillas apenas se cubrían todavía de pelusa, y que se dedicaba la mayor parte del tiempo a ir de caza por los montes y los campos. Y para no irse de la lengua con algún descuido en la conversación, las cargó de oro y piedras preciosas y volvió a llamar al Zéfiro para que se las llevara de regreso.

[9] Consumado el traslado, aquellas singulares hermanas se dispusieron a volver a casa corroídas por la hiel de la envidia; hablando entre sí, una le dijo a la otra:

—¡Inicua y ciega Fortuna! ¿Cómo te puedes regodear con el hecho de que las nacidas de un mismo padre hayan tenido tan distinta suerte? A nosotras, las mayores, nos casaron con extranjeros para ser sus criadas, y hemos vivido desterradas, lejos de nuestra patria y de nuestros padres. Sin embargo, a la más pequeña —el fruto de una fecundidad que se agotó con su nacimiento— le ha correspondido un dios por marido y tantas riquezas que no sabe cómo desurdirse entre tan gran cantidad de bienes como dispone. ¿Te has fijado, hermana, en la cantidad y variedad de alhajas que hay en esa casa, cómo brillan los vestidos, las gemas, y qué cantidad de oro descubres a cada paso? Y si, encima, tiene un marido tan atractivo como dice, resulta que no ha de haber nadie más feliz que ella en el urbe todo. Cabe incluso la posibilidad de que, si se consolida la rela-

ción y se afirma su amor, incluso llegue a ser diosa. Como tal, por Hércules, se tenía y se comportaba. Si te has fijado, adopta además y superioridad de diosa una mujer que tiene voces por sirvientes y manda en los mismos vientos. En cambio, a mí me ha tocado en suerte un marido más viejo que mi padre, más calvo que una calabaza y más menudo que un mocete; y por si fuera poco, tiene todas las cosas de la casa guardadas bajo llave y cadenas.

[10] A lo que añadió la otra:

—Pues yo tengo que aguantar a un marido lleno de achaques, jorobado, y que cultiva sólo mis encantos de tarde en tarde: me paso el día dándole friegas en los dedos sarmientosos, duros como una piedra, y echándome a perder estas manos con bálsamos malolientes, con sucias compresas y fétidas cataplasmas. Total, que hago más el papel de curandera que el de una complaciente esposa. Tú, hermana, soportarás como quieras —y perdona que diga con libertad lo que pienso— esta situación de sometimiento y de esclavitud. Lo que es yo, no voy a aguantar por más tiempo la suerte tan afortunada que le ha correspondido, precisamente, a la que menos lo merece. Recuerda con cuánta soberbia y arrogancia nos trataba; con qué jactancia y con qué disparatada ostentación se pavoneaba, con qué pequeña cantidad de riquezas, de entre tantas como dispone, nos ha comprado, y cuando estaba cansada de nosotras, cómo nos ha echado con viento fresco. No me tendré por mujer, y renuncio a la vida, si no consigo descabargarla de su opulencia. Y si, como es natural, tú también estás escaldada del mal trato que nos procura, tendríamos que encontrar entre las dos una respuesta eficaz. En primer lugar, no deberíamos enseñar a nadie, ni siquiera a nuestros padres, las cosas que nos ha regalado, ni decirles que nos hemos enterado de que está con vida. Bastante es que hayamos visto lo que tanto nos ha dolido, como para que encima vayamos pregonando por ahí entre nuestros padres y los demás el bienestar de que dispone, porque por lo común no se tienen por dichosos a aquellos cuyas riquezas se desconocen. Que se dé cuenta de que en nosotras, no tiene unas criadas, sino sus hermanas mayores. Vayámonos ahora a casa con

nuestros maridos, pobres pero honradas, que cuando hayamos madurado las ideas, hemos de volver decididas a castigar su soberbia.

[11] Aquellas ruines dieron por buena la astucia de su proyecto, conque escondieron todos aquéllos regalos tan valiosos, se mesaron los cabellos, se golpearon la cara —como por otra parte merecían—, y se pusieron a llorar con fingidos pucheros; y así, avivando el dolor de los padres, lograron que cayeran en la mayor desesperanza; ellas, en su delirio, volvieron a sus casas a tramar su infame maquinación, o mejor, a preparar un verdadero parricidio contra su inocente hermana.

Entretanto, el marido, al que todavía no conocía la muchacha, le iba advirtiéndole en aquellas nocturnas conversaciones:

—¿No te das cuenta del peligro que te acecha? Desde hace tiempo te está amenazando la Fortuna, y como no te protejas con firmeza, muy pronto vas a tener que enfrentarte. Esas pérfidas arpías se están empeñando en hundirte en la miseria; lo peor que están maquinando es lo de persuadirte de que llegues a verme la cara, y ya sabes que te he dicho que no volverás a verla, si lo consigues una sola vez. Así pues, si, después de esto, esas vulgares lamias vuelven —que vendrán, te lo aseguro—, dispuestas a poner en práctica su malquerencia, no les des pie; y si por la ingenuidad de la ternura de tu alma no pudieras soportarlo, por lo menos no des oídos, ni contestes a ninguna pregunta que te hagan sobre tu marido. Porque ya sabes que vamos a tener familia; y ese niño que se está gestando en tu vientre de niña será divino, si sabes guardar nuestro secreto en silencio; pero si lo divulgas, será mortal.

[12] Con la noticia, Psique se vio desbordada de felicidad; se extasiaba con el consuelo de una descendencia divina, exultaba de orgullo por la gloria de su futuro retoño, y se complacía en la dignidad del nombre de madre. Afanábase en contar los días y los meses que faltaban, de modo que, aun sin saber nada de embarazos, estaba admirada de que una tan suave punzada hubiera llegado a abultamiento tal del vientre.

Pero aquellas infames, aquellas abominables Furias, navegaban de vuelta con impía rapidez, destilando veneno de serpiente. Y el marido, a ratos, entonces, le volvió a advertir a Psique:

—El postrero día, el momento decisivo, ha llegado ya: el sexo enemigo, la sangre envidiosa ha tomado las armas, ha levantado los campamentos, ha puesto el ejército en orden de batalla, y ha sonado ya el clarín que la anuncia. Tus malvadas hermanas, con la espada levantada, tratan de alcanzarte en la garganta: ¡Cuántas calamidades nos acechan, querida Psique! Compadécete de ti y de mí con tu sagrado comedimiento, y líbranos a la casa de tu marido, a ti misma, y a nuestro pequeño, de la inminente catástrofe. No se te ocurra ni ver ni oír a esas perversas hermanas tuyas a las que, por el odio que te tienen —rotos los lazos que a ellas te unen— no se te va a permitir llamar hermanas, cuando, a semejanza de las Sirenas⁷², al asomarse a la roca, hagan sonar sus siniestros cánticos de peñasco en peñasco.

[13] A lo que contestó Psique con palabras entrecortadas por sollozos y lágrimas:

—Creo que desde hace ya mucho tiempo te he dado pruebas de mi fidelidad y discreción; y ahora vas a conocer la firmeza de mi carácter. Tú sólo tienes que ordenarle a Zéfiro que cumpla con su parte para que, en compensación a la ausencia que padezco de tu sagrada imagen, pueda, por lo menos, contemplar a mis hermanas. Por esa abundante cabellera tuya, por la lisura y suavidad de tus mejillas tan semejantes a las mías, por ese pecho del que conozco sólo su arrebató —y que ojalá pueda llegar a conocer a través de este hijo—, accede a los piadosos ruegos de quien te suplica, y permítele el abrazo de sus hermanas; recrea con esa satisfacción el ánimo de la Psique que se te ha entregado. Ya no requiero la visión de tu cara, ya ni las mismas tinieblas me contrarían, que te tengo a ti por mi luz.

⁷² Sirenas. Son genios marinos, mitad mujer, mitad ave, que pasan por ser hijas de Melpómene, la musa, y del dios-río Aqueloo. Se dice de ellas que habitaban una isla del Mediterráneo, que con su música atraían a los navegantes, se acercaban imprudentemente a la costa, y después de zozobrar, devoraban a los ocupantes de las naves.

Hechizado el marido con esos halagos y los abrazos consiguientes, le dio palabra, enjugándose las lágrimas con los cabellos, de que así lo cumpliría; y antes de que naciera la luz del día, se marchó.

[14] La pareja de hermanas, confabuladas como estaban en la intriga, marcharon, con la mayor rapidez que les fue posible, desde las naves hasta la ya conocida peña, sin pasar por la casa de sus padres, y se lanzaron temerariamente al vacío, sin esperar al viento que habría de llevarlas. Pero Zéfiro no se había olvidado del mandato regio y, aunque de mala gana, las posó en el suelo, después de sostenerlas en el seno de su ventolera. Entraron descuidada y precipitadamente en la casa, abrazaron a su víctima con el engañoso título de hermanas y, encubriendo con un rostro risueño el cúmulo interior de malicia escondida, la halagaban así:

—Ahora, Psique, que ya no eres tan niña, puesto que vas a ser madre, no te imaginas el valor del regalo que nos estás trayendo con el fruto de tu vientre: ¡qué contentos se van a poner los de casa! ¡Dichosas nosotras! ¡Lo que vamos a gozar dándole de comer a un niño tan precioso!; porque si, como es de esperar, tiene la belleza de los padres, habrá de nacer, sin duda, otro Cupido.

[15] Conquistaron la voluntad de su hermana con semejante simulación de afecto, y al instante les ofreció asiento para que descansaran del camino, ordenó que les prepararan un baño de humeantes aguas, y las invitó a compartir en magnífico triclinio una excelente comida de viandas y salsas. Mandó luego que tocaran la cítara, y pusieron a tañerla; que sonaran las flautas, y se oyó su melodía; que cantaran, y empezó a oírse un coro de voces que hechizaban con armoniosos sonos el ánimo de la audiencia, sin que apareciera nadie a la vista. Pero la perversidad de aquellas mujeres no se dulcificó con las cadencias de la música, sino que, como quien no quiere la cosa, desviaron la atención hacia la trampa que le tenían preparada: empezaron por preguntarle cómo era su marido, de qué familia, de qué alcurnia. Ella, que tenía olvidada su primera versión, se inventó otra diferente con una gran ingenuidad: les dijo que su ma-

ruido era un comerciante muy rico de una provincia vecina, de mediana edad, y con alguna que otra cana. Sin pararse a pensar más en el asunto, las llenó, de ricos presentes, y las acompañó hasta el airoso vehículo.

[16] Mientras volvían a casa en alas del suave aliento del Zéfiro, iban debatiendo entre ellas:

—¿Y qué opinas tú de la mentira que nos ha dicho esa sosa? Hace pocos días era un joven imberbe todavía, y ahora resulta que es de mediana edad y luce canas. ¿Quién debe de ser ese que ha llegado en tan poco tiempo a una vejez repentina? No cabe, hermana, más que, o se la ha inventado la desgraciada, o que no sabe cómo es su marido. Cualquiera que sea la verdad, tenemos que despojarla cuanto antes de sus riquezas, porque si no conoce la cara de su hombre, está claro que se ha casado con una divinidad, y que en su estado de embarazo nos va a parir un dios. Y si llegara a oír que un niño divino le llama madre —que está por ver—, yo me cuelgo al punto de una sogá. Volvamos ahora a casa de nuestros padres, y urdamos una trama a propósito para nuestras intenciones.

[17] Después de saludar a los padres con arrogancia y menosprecio, pasaron la noche en vela, y muy de mañana marcharon esas perdidas hasta el precipicio, del que volvieron a descender con la ayuda del viento ya habitual. Se frotaron los párpados para provocarse abundantes lágrimas, y se dirigieron a la muchacha con estas capciosas palabras:

—En tu ingenuidad, te vemos muy tranquila, entre tanto peligro como te acecha. Tienes suerte de que nosotras atendamos tus asuntos y suframos compasivamente por tus desgracias. Porque hemos sabido de buena tinta —y no podemos ocultártelo, como confidentes que somos de tu dolor— que quien está durmiendo contigo es una serpiente de muchos y enormes nudos, con unas fauces babeantes que destilan un veneno letal. Recuerda ahora el oráculo de Pitia, que predijo que te habrías de casar con un animal de aspecto feroz. Los campesinos que suelen cazar por los alrededores, y otros muchos vecinos, la han visto nadando entre las aguas del río cuando vuelve por la tarde de pastar.

[18] Todos ellos aseguran que no va a estar cebándote con esos manjares por mucho más tiempo, sino que te devorará, como al fruto más sazonado, cuando tu embarazo llegue a la plenitud de su madurez. Ahora depende de ti: o decides —de acuerdo con tus solícitas hermanas que se desviven por tu salvación— evitar la muerte y vivir con nosotras, lejos de todo peligro, o acabas sepultada en las entrañas de animal tan fiero. Porque si a ti te gusta esta soledad con esas voces solas y acostarte a ocultas por tu deseo con un amor repugnante y peligroso, abrazada a una serpiente ponzoñosa, nosotras habremos cumplido como hermanas honestas que somos.

La pobre Psique, tan dulce y tierna como siempre, se dejó arrebatarse por el horror de aquellas sombrías palabras, y olvidándose de las advertencias de su marido, y de sus propias promesas, fuera de sí, cayó en el más profundo abatimiento, y dijo, temblorosa y lívida, a sus hermanas, con voz entrecortada:

[19] —Vosotras, queridísimas hermanas, sois de las que permanecen firmes en su afecto. No creo que mientan los que os han dicho esas cosas, porque nunca le vi la cara a mi hombre, ni nunca he sabido su ciudad de procedencia. Por la noche escucho sólo sus susurros sin saber nada de su ser, sino que huye de la luz; por eso, estoy de acuerdo con lo que decís de que es un monstruo. Siempre me infunde terror su presencia, y me amenaza con grandes calamidades cuando tengo curiosidad por verle. Si queréis ayudar a vuestra hermana en peligro, ahora es el momento de decidiros, pues la desidia que sigue a una determinación, es lo que suele malograr sus posibles beneficios.

Como aquellas malvadas habían ya conseguido puerta franca a la sumisión de la voluntad de su hermana, renunciaron a seguir ocultando su maquinación, así que desenvainaron la espada de sus engaños, y se echaron sobre las cavilaciones acomplexadas de la ingenua joven, [20] diciéndole:

—Ya que nuestro común origen nos obliga a cerrar los ojos a cualquier peligro que debemos arrostrar por tu seguridad, te vamos a mostrar el camino, el único, que te pue-

de llevar a la salvación. Tienes que hacerte con una navaja bien afilada, y después de suavizarla en la palma de la mano, escóndela al lado de la cama en que sueles acostarte. Coge también una lámpara llena de aceite con luz clara, escóndela bajo algún celemín, y ocúltalo todo con mucho cuidado para que, cuando llegue dejando surcos en el suelo, se suba a la cama, se quede dormido en el primer sueño, y empiece a resoplar en invencible sopor, puedas tú salir de la cama, descalza, de puntillas, sin hacer ningún ruido, sacar la lámpara de su escondrijo de ciegas tinieblas para que, a la luz, te dejes aconsejar sobre el momento propicio a tu noble hazaña: levanta entonces la mano derecha, y de un tajo seco le separas la cabeza del cuerpo a la repugnante culebra por la vértebra de la cerviz. Y no creas que te va a faltar nuestra ayuda; al revés: cuando hayas conseguido tu salvación con su muerte, estaremos esperando en vilo: juntaremos entonces nuestras manos a las tuyas para llevarnos todas estas cosas, y te buscaremos un verdadero hombre para que te cases con él por tu voluntad.

[21] Con lo turbada que estaba, esas palabras dejaron a la pobre muchacha con el ánimo definitivamente conmovido. Las otras, temiendo la proximidad de tan grande peligro, la abandonaron: ascendieron hasta el roquedal con la ayuda del viento, emprendieron una precipitada huida, y acabaron por alejarse en las naves.

Por más que no estaba sola, agitada como se sentía por las terribles Furias, Psique quedó abandonada a la soledad de su tristeza, que fluctuaba como la marea del mar: aunque decidida y resuelta, titubeaba al iniciar los preparativos del crimen, porque, en su desgracia, se veía dividida entre amores opuestos: se apresura; tardea; se decide; se azora; desconfía; se enoja... En resumen: sentía que en un mismo cuerpo odiaba profundamente a la fiera y amaba con la misma intensidad al marido. No obstante, al acabar la tarde, dispuso a toda prisa lo previsto para el perfeccionamiento del espantoso crimen.

Era ya de noche; había llegado el marido, y después de unas escaramuzas en amorosa lucha, cayó sumido en profundo sueño. [22] Psique, entonces, en constante duda, pero

sostenida por la fuerza del destino, recobró las suyas, de manera que al coger la lámpara y la navaja, su debilidad se transformó en audacia. Al alumbrar con el pábilo de la lámpara los secretos del lecho, vio la más apacible y dulce fiera de todas las posibles: era el propio dios Cupido hermosamente dormido, a cuya vista hasta la luz de la lámpara se avivó, recreándose, y relumbró la navaja de sacrílego filo. Psique, disuadida por la aparición, cayó de rodillas, lívida y trémula, procurando esconder el arma, pero en su propio pecho; y lo hubiera conseguido, si no se le hubiera caído el acero, horrorizado de la infamia que iba a cometer. Abatida y sin salida ninguna, se puso a contemplar por largo rato la perfección del divino rostro, y fue reanimándose poco a poco: observaba la abundancia dorada de la cabellera perfumada con ambrosía, la blanca frente, las rosadas mejillas surcadas de cabellos rizados esparcidos en mechones, en caída hacia adelante unos, hacia atrás otros, a cuyo resplandor la misma llama de la lámpara palidecía. En la espalda del dios volador blanqueaban unas alas húmedas como flores palpitantes en las que, aunque en reposo, jugueteaban revoltosos unos plumones tiernos y delicados en constante temblor. El resto del cuerpo era tan terso y hermoso, que ni Venus podría lamentarse de haberlo parido. Al pie mismo del lecho reposaban el arco, el carcaj y las flechas, las armas todas de ese gran dios.

[23] Mientras Psique, con su insaciable curiosidad, tentaba admirada las armas de su marido, sacó una flecha del carcaj, y al palpar la afilada punta con la yema del pulgar, le temblaron las manos y se pinchó lo suficiente como para que unas gotas de sangre rodaran por la piel, y así, sin darse cuenta, cayó rendidamente enamorada de Amor. En ascuas de deseo cada vez mayores por el propio Deseo, se echó sobre él apasionadamente, y se puso a acariciarle con imprudentes besuqueos, procurando no turbar la profundidad de su sueño. Y mientras fluctuaba entre la ebriedad de placer tan grande, y la excitación, la lámpara, quién sabe si por traición, o por la envidia de tocar también ella un cuerpo tan bello, o por los propios movimientos, dejó caer sobre el hombro derecho del dios una gota de aceite ar-

diendo. ¡Oh, lámpara audaz y temeraria, esclava vil del amor, que has osado quemar al mismo dios del fuego, cuando seguramente te inventó un amante para gozar por más tiempo, de noche, del objeto de sus deseos! La quemadura despertó al dios, y al darse cuenta de que habían traicionado su confianza, se desembarazó de los abrazos y de los besos de su desgraciada mujer sin decir palabra. [24] Psique se agarró con ambas manos a la pierna derecha del que se iba volando, como compañera digna de lástima en aquel viaje hacia las alturas, pegada a él con todas sus consecuencias a través de las nubes y del espacio, hasta que, agotada, cayó al suelo.

Pero el amante dios no la dejó tirada, sino que fue volando hasta un ciprés cercano, y, profundamente conmovido, le dijo así desde lo alto:

—Estoy yo, cándida Psique, desobedeciendo las órdenes que mi madre Venus me había dado, de que te hiciera arder de amor por el más miserable de los hombres para unírte a él en indigno matrimonio, al preferir ser yo mismo tu amante, y sólo ahora me he dado cuenta de que he actuado a la ligera, porque siendo como soy el fogoso sagitario, me he herido con mis propias flechas haciéndote mi mujer, para que tú me tomes por un animal, e intentes cortarme con un cuchillo la cabeza, la misma que alberga unos ojos que te adoran. Ya te decía que te precavieras contra estas cosas, y te lo volví a repetir constantemente con benevolencia. Esas magníficas consejeras que tienes son las que habrán de pagar con rigor las consecuencias de su maligna trama. A ti te voy a castigar solamente con mi huida.

Y al terminar de hablar, levantó el vuelo hacia las alturas.

[25] Desde su postración en el suelo, Psique fue siguiendo, entre extremados lamentos, el vuelo del marido hasta donde le alcanzaba la vista. Pero cuando la profundidad del espacio le ocultó al marido, que se marchaba con rápido aleteo, desde la orilla se echó de cabeza a un río cercano; pero el apacible río, sin duda en honor al dios que tiene por costumbre calentar sus aguas, temiendo por sí mismo, la acogió sin hacerle daño alguno, y la depositó en una ribera pla-

gada de flores. Casualmente el dios Pan⁷³ estaba sentado en la cima de una colina cercana, abrazando a la diosa de la montaña Echo⁷⁴, y enseñándole a repetir toda clase de inflexiones de voz. Allí mismo, por el ondulante pasto, retozaban unas cabras que le alborotaban la cabellera al río. El dios de patas de chivo, viendo la desolación y el abatimiento de Psique, aun sabiendo lo que pasaba, la llamó a su sosiego y trató de calmarla con acariciadoras palabras:

—Hermosa niña: no soy más que un rústico pastor de cabras, pero tengo larga experiencia por mi condición de viejo. Si no lo interpreto mal —lo que los sabios llaman adivinación—, por tu caminar vacilante e indeciso, por esa pálida tez, por la frecuencia de los suspiros y, sobre todo, por la tristeza de los ojos, deduzco que te ves atormentada a causa de un gran amor. Hazme caso: no te echés a perder lanzándote al vacío, ni con ninguna otra forma de cita con la muerte. Abandona el dolor y la tristeza, e invoca suplicante al mayor de los dioses, Cupido, que es un joven sensible y apasionado, y muéstrate dulcemente sumisa.

[26] Así le habló el dios pastor, pero Psique se limitó a adorarlo y a seguir adelante.

Al caer el día, tras azaroso caminar, llegó por un sendero desconocido a una ciudad en la que el marido de una de sus hermanas era rey; al enterarse, intentó Psique que avisaran a su hermana de su presencia. La recibió enseguida, y, después de los abrazos de bienvenida, al preguntarle por las razones de su llegada, le contestó así:

—Ya te acordarás de que me persuadisteis de que antes de que aquella fiera que, como falso marido, se acostaba conmigo, me devorara a mí entre sus fauces, debía matarla yo con una navaja de doble filo. Pero antes, tal como ha-

⁷³ Pan es el dios de los pastores y de los rebaños. Se le representa como un genio mitad hombre, mitad animal. Lleva dos cuernos en la frente, el cuerpo es muy velludo. Los miembros inferiores son los de un macho cabrío, y los pies los forman pezuñas.

⁷⁴ Eco es una ninfa de los bosques, personificación del efecto del eco. En las leyendas que se cuentan de ella, sea como amada de Pan, a quien no corresponde, o enamorada del bello Narciso, quien no le hace caso, acaba muriendo y repitiendo las últimas palabras.

bíamos convenido, pude verlo a la luz de la lámpara, y presencié un maravilloso espectáculo: era el hijo de la diosa Venus —quiero decir, el propio Cupido—, sumido en sosegado sueño; y, mientras estaba absorta en la contemplación de visión tan asombrosa, y excitada por una voluptuosa atracción de la que no podía gozar, el caso es que tuve la desgracia de que se me cayera en su hombro una gota de aceite de la lámpara, y, al despertarse, me vio a mí con la lámpara y el cuchillo en las manos, y dijo:

—Marcha ahora mismo de mi lecho por la perversidad de tu crimen, y llévate tus cosas, que yo voy a contraer matrimonio con tu hermana. Y añadió entonces el nombre que supones. Al punto dio orden a Zéfiro de que me echara de los confines de la casa.

[27] Inmediatamente después de oír lo que le decía Psique, le entró la comezón de una envidia y una lujuria malasas; fue a su marido con una mentira ingeniosamente urdida —como si se hubiera enterado de algo sobre la muerte de sus padres—, partió en una nave, de allí al roquedal, y, aunque soplaba otro viento distinto, se echó al vacío con entera confianza, diciendo:

—Recíbeme, Cupido, como a tu digna esposa; y tú, Zéfiro, acógeme como a señora tuya.

Pero ni siquiera muerta pudo quedarse en aquel lugar, porque, con los golpes que recibió contra las peñas, sus miembros quedaron desparramados por todos lados, y sus entrañas desgarradas fueron inesperado pasto para las aves y demás fieras, tal como merecía.

La segunda parte de la venganza no se hizo esperar, pues Psique, de vuelta a su caminar errático, llegó a la ciudad en la que vivía su otra hermana, que cayó en la misma trampa, porque queriendo adelantarse a las impías bodas de su hermana, se fue a toda prisa al roquedal, y cayó en una destrucción semejante.

[28] A todo esto Psique iba recorriendo pueblos y ciudades en la búsqueda de Cupido, quien, doliéndose todavía de la herida de la lámpara, tumbado en el tálamo de su madre, no hacía sino lamentarse. Fue entonces cuando esa blanca ave que roza las olas del mar con sus alas, la gavio-

ta, se sumergió hasta lo más profundo del océano para acercarse donde Venus estaba bañándose, y le dijo que su hijo se había quemado, que estaba muy abatido por el dolor de la herida, y que se dudaba de su curación. Le dijo además que toda la familia de Venus iba de boca en boca entre murmuraciones, porque él en su desenfreno montaraz, y ella con sus andanzas por el mar, se habían separado cada uno por su sitio, y por eso ya no había ni pasiones, ni alegría, ni galanteos, sino desaliñamiento, rudeza y grosería; ya no había ni relaciones amistosas, ni cariño por los hijos, ni nuevos casamientos, sino desdén y desprecio por las promesas, que se dejan en el olvido. Así gorjeaba al oído de Venus aquel ave dicharachera y metomentodo en desprestigio de la fama de su hijo, a lo que Venus le contestó:

—¿Es verdad, entonces, que mi hijo tiene una amiga? Tú: la única que me sirves con prontitud: dime el nombre de la que ha seducido a ese niño todavía imberbe. ¿Es una ninfa⁷⁵, una de las Horas⁷⁶, es acaso del coro de las Musas⁷⁷, o una de las Gracias⁷⁸ de mi comitiva?

Pero no se calló aquel pájaro hablador, y continuó:

—No lo sé, Señora: creo que está perdidamente enamorado de una muchacha que, si no recuerdo mal, dicen que se llama Psique.

Entonces Venus, indignada, exclamó a gritos:

—Si es verdad que está enamorado de esa desvergonzada de Psique, la rival de mi hermosura y de mi nombre, es

⁷⁵ Ninfas son doncellas que pueblan la campiña, el bosque y las aguas. Vienen a ser los espíritus de los campos y de la Naturaleza, cuya fecundidad y gracia personifican. Pasan por ser hijas de Zeus.

⁷⁶ Horas son las divinidades de las estaciones. Se las conoce por los nombres de Disciplina, Justicia y Paz, o por los de Talo, —brote—, Auxo —crecimiento— y Carpo —fruto. Pasan por ser hijas de Zeus, y cumplen diferentes funciones en el Olimpo.

⁷⁷ Las Musas son hijas de Mnemosine y Zeus. Son nueve hermanas, fruto de otras tantas noches de amor. Se relacionan con la concepción filosófica de la primacía de la Música en el Universo. Presiden el Pensamiento en cualquiera de sus formas: elocuencia, persuasión, sabiduría, historia, matemáticas, astronomía. Además, cada una de ellas preside o se le atribuye una de las artes.

⁷⁸ Las Gracias, supra nota 21.

que ese niño me ha tomado por una alcahueta, porque se la presenté yo para que la conociera.

[29] Emergió entonces del mar a voz en grito, se fue directamente a su dorado tálamo, y al encontrar a su hijo maltrecho, como le habían asegurado, le espetó vociferando desde la entrada:

—¡De menudo sentido común, muy digno de nuestra familia, has hecho gala, al pisotear las órdenes de tu madre, mejor dicho, de tu Señora! No contento con dejar de atormentar a mi enemiga con sórdidos amores, ¡a tu edad!, tenías que unirme a ella en licenciosos e imprudentes abrazos, para que tenga que cargármela yo de nuera. Y si te imaginas, trapacero de ti, corruptor, desgraciado, que sólo tú puedes tener hijos, y que yo no puedo por vieja, quiero que sepas que voy a concebir un hijo mucho mejor que tú; o mejor, para que te sientas más ultrajado todavía, pretendo adoptar a uno de mis fámulos, y le voy a entregar esas alas, la llama, el arco y las flechas y todos esos instrumentos, que son míos, y que te había dejado para que los utilizaras de otra manera, porque no se te cedieron para esto los atributos de tu padre. [30] Como te he malcriado desde niño, y tienes las manos afiladas, a menudo las has utilizado sin consideración contra tus mayores, y contra tu propia madre; ¡Sí, contra mí misma!, que me has herido varias veces poniéndome en evidencia, me desprecias como si fuera una viuda, y ni siquiera respetas a tu padrastro, el más valeroso de los guerreros⁷⁹. ¿Que no? Le has estado proporcionando muchachitas para atormentarme a mí. Pero voy a hacer que te arrepientas de tus juegos; vas a sentir la acidez y la amargura de tus bodas. ¿Y qué tengo que hacer yo ahora con el ridículo a que me has obligado? ¿A quién voy a acudir? ¿Qué voy a hacer con este reptil? ¿Es que voy a tener que pedir ayuda a mi enemiga la Templanza⁸⁰, a la que tantas veces he ofendido, precisamente por la conseja lujurio-

⁷⁹ Se refiere a Ares, el dios de la guerra, con quien tuvo amores. Una vez fueron sorprendidos de madrugada y Hefesto los inmovilizó con una red, para espectáculo y hazmerreír de todos los dioses del Olimpo.

⁸⁰ Sobriedad, templanza personificada.

sa de este mozo? El caso es que aborrezco la conversación con una mujer tan rústica y descuidada; pero si no quiero desdeñar el consuelo de la venganza, tengo que acercarme a ella y a nadie más, porque sólo ella va a conseguir vaciarle el carcaj a ese bribón con los remedios apropiados; será ella la que le quite las flechas, le apague la tea, e incluso le corrija su forma de ser. No daré por expiada mi ofensa hasta que le haya afeitado esa cabellera de brillo de oro —la misma que yo he modelado tantas veces con mis propias manos—, y hasta que no le haya cortado esas alas que he perfumado en mi mismo seno con agua de néctar.

[31] Después de esta andanada de palabras, salió afuera rezumando bilis y cólera. Al poco rato se encontró con Ceres⁸¹ y Juno⁸², que al verla con la cara congestionada, le preguntaron que por qué desfiguraba así la hermosura de sus brillantes ojos con tan ceñudo entrecejo, y ella les respondió:

—Me venís al pelo para conseguir lo que más desea mi apasionado pecho; buscadme con todos vuestros posibles a una tal Psique, que se ha dado a la fuga; porque sin duda no ignoráis los escándalos que se han producido en mi casa, a los que no ha sido ajeno mi hijo.

Ellas, que no desconocían lo que había pasado, intentaron apaciguar la ira desbordada de Venus:

—¿Qué escándalos ha cometido tu hijo como para que te opongas con tal vehemencia a sus gustos, intentando destruir a quien ama? Dinos, a ver, qué crimen comete mirando con buenos ojos a una hermosa muchacha. ¿No sabes que es varón y joven? ¿O has olvidado por casualidad los años que tiene? ¿Es que te parece que, porque lleve los

⁸¹ Ceres es el nombre romano de la diosa Deméter, con quien se identifica plenamente. Hija de Crono y Rea. Es la diosa Maternal de la Tierra. Deidad de la tierra cultivada, es esencialmente la protectora de los campos de trigo. Sus lugares preferidos son los llanos de Eleusis y Sicilia, tierras ambas cerealísticas.

⁸² Juno es la diosa romana asimilada a Hera. Personifica el ciclo lunar; es la diosa protectora de las mujeres, especialmente de las casadas legítimamente. En su honor se celebraba la fiesta de la Matronalia, durante las calendas de marzo (a principios).

años con tal donaire, va a ser siempre una criatura para ti? Tú eres madre, y mujer sensata por demás: ¿es que quieres estar espiando constantemente los juegos de tu hijo? ¿Vas a reprocharle sus deseos? ¿Quieres confundir sus amores? ¿O es que pretendes censurar en esa hermosura de hijo las artes y delicias de tus amores? ¿Qué dios o qué hombre puede entender que, sembrando pasiones, como acostumbras, por todas partes, pretendas reprimir ahora en tu casa los amores del Amor y cerrar el mercado de los vicios de las mujeres?

Así fue como, con su protección, lisonjeaban a Cupido, incluso ausente, por miedo a sus flechas. Pero Venus, encorajinada al ver que tomaban a la ligera sus ofensas, las dejó plantadas, y tomó el camino del mar con paso airoso.

LIBRO VI

[1] **M**IENTRAS tanto Psique, que no paraba de ir de un lado para otro, día y noche, en busca del rastro de su marido, cuanto más desesperada estaba, se empeñaba con mayor ahínco, si cabe, no ya en apaciguarle la cólera con halagos de esposa, sino en atraérselo con súplicas de esclava.

Al descubrir un templo en lo más alto del monte, se dijo:

—¿Y quién me puede decir a mí que allí no habita mi señor?

Y al punto se encaminó allá a buen paso, que, si bien es cierto, desfallecía ya por tan continuados esfuerzos, le seguía alentando la esperanza y la pasión. Cuando coronó la cima, se acercó a los altares y vio montones de haces y coronas de espigas, de trigo y cebada, mezcladas; había también hoces y todo tipo de herramientas para la recolección esparcidas por el suelo en descuidado desorden, tal y como los jornaleros suelen dejarlas cuando hace más calor. Psique las recogió con cuidado, y las ordenó según disponen los ritos, en la creencia de que no se deben descuidar ni las ceremonias del culto ni los templos de ningún dios, porque de todos se ha de recabar benevolente-mente socorro.

[2] Mientras estaba poniéndolo todo en orden con sumo esmero, la vio la fértil Ceres, y exclamó desde lejos:

—¿No eres tú la pobre Psique? Pues Venus está enfurecida y afanosa tras tus huellas; ya debe estar preparándose el peor tormento imaginable, porque no deja de clamar venganza con todas las fuerzas de su deidad; y mien-

tras, tú, aquí, te dedicas a poner en orden mis aperos. ¿No piensas, ni de lejos, en tu salvación?

Psique se postró entonces a sus pies, mojándolos con abundantes lágrimas y arrastrando los cabellos por el suelo, al tiempo que le pedía insistentemente:

—Te ruego por la fertilidad de esa tu mano derecha, por las alegres fiestas de la recolección, por los desconocidos secretos de tus cestas, por las aladas idas y venidas de los dragones que te sirven⁸³, por los surcos de la tierra Sícula, por el carro raptor⁸⁴, por la obstinada tierra, por las bóvedas en tinieblas preparadas para las bodas de Proserpina⁸⁵, por el regreso de los luminosos restos de tu hija⁸⁶ y por las demás cosas que esconde en silencio el santuario de Eleusino⁸⁷ en Ática, apiádate de esta desgraciada Psique que te está suplicando a tus pies: permíteme esconderme bajo esta hacina de trigo unos pocos días, los suficientes como para que la cólera inhumana de tan gran diosa se mitigue con el paso del tiempo, o, para que por lo menos pueda reponer fuerzas con unos días de descanso, que vengo desfallecida.

[3] A lo que le respondió Ceres:

—Me has dejado realmente conmovida con esas tiernas plegarias, y deseo ayudarte, pero no querría enemistarme con mi comadre, que, además de buena mujer, mantengo con ella desde antiguo una estrecha amistad. Márchate cuanto antes del recinto de estos templos, y considérate afortunada por no haberte detenido para resguardarte.

Al verse rechazada —contra lo que esperaba—, se afligió con renovada tristeza, y volvió sobre sus pasos en su largo caminar, hasta que, allá abajo, en un umbroso valle,

⁸³ A Ceres se la suele representar con varios atributos, entre ellos unas serpientes o dragones.

⁸⁴ Se refiere muy posiblemente al rapto de Perséfone, hija de Ceres, efectuado por su tío Hades, que se enamoró de ella.

⁸⁵ Cabe suponer que se refiera al emparentamiento entre Hades (Plutón) y Proserpina.

⁸⁶ Perséfone. Supra nota 84.

⁸⁷ Precisamente fue en Eleusis, ciudad de Ática donde Ceres pretendió hacer inmortal a Triptólemo introduciéndolo en fuego. Eleusino, entonces, viendo la escena, lanzó un grito y Ceres, irritada, lo mató.

vio un templo de atrevida arquitectura; y como no quería dejar de lado ningún camino por inseguro que fuera, sino que procuraba la ayuda de cualquier divinidad, se acercó a sus sagradas puertas, y pudo observar la abundancia en ricas ofrendas de telas bordadas con letras de oro colgando de las ramas de los árboles, y de las jambas de las puertas, en las que además del agradecimiento por algún favor, iba escrito el nombre de la diosa en cuyo honor se habían colocado. Se abrazó de hinojos al tibio altar, y después de enjugarse las lágrimas, la invocó de esta manera:

[4] —Hermana y mujer a la vez del excelso Júpiter: ya te encuentres en tu antiguo santuario de Samos, donde se glorían de tu nacimiento, de tus primeras palabras y de tu crianza; ya frecuentes las moradas dichosas de la altiva Cartago, donde se te adora sobre un león, de camino al cielo; o estés velando las ilustres murallas de los Árgivos junto al río Inacho, donde se te rinde culto como esposa del señor del Trueno y reina de los dioses, a ti en una palabra, que te venera todo el Oriente bajo la advocación de Zigia, y el Occidente todo por la de Lucina, sé ahora la Juno protectora de mis grandes calamidades, y líbrame del miedo en este trance de peligro, que estoy desmadejada de tantos sufrimientos, porque según tengo entendido, sueles acudir en ayuda de las preñadas que están en apuros.

A semejantes súplicas acudió Juno con toda la magnífica dignidad de su divinidad y dijo:

—A fe que querría acomodar mi voluntad a lo que pides, pero la mínima prudencia no me permite contravenir los deseos de Venus, que es mi nuera, y siempre la he querido como a una hija. Además me lo impiden las leyes que prohíben acoger a los esclavos ajenos prófugos⁸⁸ contra la voluntad de sus amos.

[5] Con este nuevo revés de la Fortuna le entró a Psique el temor de no ser capaz de alcanzar a su alado marido:

⁸⁸ Al siervo que huye de su amo, el derecho seguía considerándole en la situación de dependencia «en esclavitud» de su dueño, por mucho que no estuviera bajo su poder inmediato. Por ello estaba prohibido acoger a un esclavo fugado: pertenecía a su señor.

abandonada toda esperanza, deliberaba consigo misma con estas cavilaciones:

—¿Qué otro remedio a mis males voy a encontrar? ¿A quién puedo acudir, cuando ni tan siquiera los dioses, con toda su buena disposición, han podido atenderme? ¿A dónde podré marcharme, atrapada como estoy en semejantes redes? ¿Debajo de qué techo, o en qué tinieblas, me tendré que esconder para sustraerme a la mirada de la poderosa Venus? ¿Por qué no tienes el valor de un hombre, renuncias con dignidad a vanas esperanzas, y te abandonas a la voluntad de tu señora, a ver si logras mitigar con tardía sumisión la crueldad de su acoso? Quién sabe; a lo mejor el que estás buscando está en casa de su madre.

Para prepararse, pues, a tan arriesgado encuentro, o mejor, para desastre tan seguro, se puso a pensar por dónde comenzar la súplica.

[6] Venus, por su parte, renunció a seguir con más indagaciones por la Tierra, y decidió marchar a los cielos, para lo que ordenó que engancharan el carro que Vulcano —el artesano— había fabricado con sutil destreza un trabajo de vaciado a lima sobre oro que había resultado realmente notable, para ofrecérselo de regalo de bodas antes de su consumación en el tálamo. De las innumerables palomas que habitan la morada de la diosa, se acercaron cuatro de entre las más blancas, y de más elegante porte; humillaron los tornasolados cuellos, aceptaron los yugos de gemas y, al subirse la señora, se la llevaron volando con gran alboroto de gorriones que siguieron jugueteando tras el carro. Otras aves, las de dulce canto, anunciaron su llegada con suaves melodías: se retiraron las nubes, se abrió el cielo para la llegada de su hija, y lo más sublime del éter la acogió con alegría, sin que el cortejo canoro de la Gran Venus sintiera el menor temor por el encuentro con águilas u otras rapaces.

[7] Venus se dirigió entonces a las reales estancias de Júpiter, y le exigió con altivez la utilización de las facultades del dios Mercurio⁸⁹ —el de la vibrante voz—, para su ser-

⁸⁹ A Mercurio se le identifica con el Hermes griego. Es protector del

vicio, a lo que el oscuro entrecejo de Júpiter no se opuso. Al punto, pues, la Venus triunfante descendió del cielo en compañía de Mercurio, a quien embolicó con estas palabras:

—Ya sabes, hermano Arcadio, que tu hermana Venus nunca ha hecho nada sin contar con Mercurio, y no quiero ahora dejar de reconocer que no puedo dar con esa muchacha, ni sé dónde se esconde. Así que no me queda otro remedio que pedirte que pregones una recompensa para quien la encuentre. Ándate listo en cumplir con mi encargo, y describe con claridad los indicios que puedan identificarla, para que, quien pretenda arrostrar con el delito de su ilícito ocultamiento, no pueda defenderse con la excusa de su ignorancia; y al decirlo le entregó un libelo con el nombre de Psique y otros detalles, y se marchó a casa.

[8] No dejó de complacer a Mercurio; y en cumplimiento del encargo, fue pasando por todos los pueblos, voceando el siguiente pregón:

—Al que pudiera detener en su fuga, o descubrir dónde se oculta la hija fugitiva de un rey, y a la vez esclava de Venus, que atiende al nombre de Psique, que se reúna con el pregonero Mercurio tras las columnas Murcias, que será recompensado por la información con siete suaves besos de la propia Venus, más otro, dulce como la miel, con la caricia embriagadora de la lengua.

El anuncio de tan extraordinaria recompensa que difundiera Mercurio había levantado celo tal entre los mortales, que disipó cualquier indecisión de Psique. Y al acercarse a las puertas de la señora, le salió al encuentro una criada de Venus llamada Costumbre, que se puso a decir a voces:

—¿Por fin, maldita esclava, te has dado cuenta de que tienes ama? ¿O es que con tu habitual cinismo finges no conocer las fatigas que nos ha costado tu búsqueda? Afortunadamente ya has caído en mis manos, y estás sometida a las mismísimas garras del orco, que pronto te van a adecuar castigo a tan desaforada rebeldía.

comercio y de los viajeros. El mensajero de Júpiter, incluso en sus aventuras amorosas. Sus atributos son el sombrero de ala ancha, el caduceo, y las sandalias aladas.

[9] La cogió entonces brutalmente por los pelos y la arrastró sin que se resistiera. Y cuando Venus vio que se la traían, y se la ofrecían en bandeja, soltó una estruendosa carcajada —como suelen hacer los que están furiosos—, y dijo luego sacudiendo la cabeza, al tiempo que se rascaba una oreja:

—¡Por fin te dignas saludar a tu suegra! ¿O es que has venido a entrevistarte con tu marido, cuya vida está en peligro por tu culpa? Pero estate tranquila, que voy a recibirte como se acostumbra a acoger a una buena nuera. —Y añadió—: ¿Dónde se han metido mis sirvientas Soledad y Tristeza?

Cuando llegaron, se la entregó para que la sometieran a tormento. Ellas, obedeciendo la orden del ama, después de azotar y martirizar con varios tormentos a la pobre Psique, la devolvieron a presencia de su señora. Y entonces le dijo Venus, aguantándose la risa:

—Mira cómo me enternezco con el encanto de tu abultado vientre, a punto de hacerme una abuela feliz con tu esclarecido retoño. ¡Dichosa de mí!, que en la flor de la vida me van a llamar abuela, al tiempo que el hijo de una vil esclava va a hacerse nieto de Venus. Pero lo que es yo, nunca lo tendré por hijo; porque no pueden tomarse como legítimas unas nupcias tan desiguales, contraídas, además, en el campo, sin testigos y sin consentimiento de los padres por lo que no tendrá otro remedio que nacer bastardo, si es que te dejamos llegar al término del parto.

[10] Dicho esto, se le echó encima, le hizo trizas los vestidos, le estiró de los pelos, le sacudió la cabeza, y acabó por echarla al suelo violentamente. A seguido, mezcló profusamente en un mismo montón trigo, cebada, mijo, garbanzos, lentejas y habas, y le aclaró:

—Me resultas tan detestable, que sólo te podrás reconciliar con tus amantes, si acabas con bien un solícito servicio: yo misma voy a probar tu valía: separa este montón desordenado de semillas y distribuye los de cada clase por separado, como es debido, para que pueda darle el visto bueno antes del anochecer.

La dejó allí ante el montón de grano, y se marchó a un banquete nupcial que tenía.

Psique ni siquiera intentó acercarse al intrincado rime-ro: se quedó aturdida y en silencio ante la imposibilidad de cumplir lo que se le ordenaba. Entonces una hormiga campestre, al darse cuenta de la dificultad de trabajo tan arduo, se compadeció de la malmaridada con el gran dios por la indignación que le producía la crueldad de la suegra, y fue de un lado para otro convocando a toda suerte de hormigas de los alrededores, incitándolas:

—Compadezcámonos, diligentes hijas de la tierra —origen de todo lo creado—: compadezcámonos de esa hermosa muchacha, esposa del Amor, y salvémosla a toda prisa del peligro que corre.

Una tras otra, se pusieron en movimiento verdaderas oleadas de hormigas, y separaron en un alarde de actividad el montón de granos uno a uno; y cuando los tuvieron ordenados y clasificados por especies, desaparecieron inmediatamente de escena.

[11] A la caída de la tarde regresó Venus rebosando vino, bien perfumada y envuelta en resplandecientes rosas; pero al ver la rapidez con que había acabado el encargo, le dijo:

—Ni tú, ni tus manos —desgraciada— habéis hecho este trabajo, sino aquel a quien sedujiste para tu desgracia y la suya —y se fue a dormir, no sin antes arrojarle un trozo de pan de salvado.

Mientras tanto Cupido, solo, cerrado bajo llave en el sótano de la casa, continuaba detenido para que no se agravara su estado con la insolencia apasionada de su lujuria, y para impedirle el contacto con su amada. Así, separados, pero bajo el mismo techo, los amantes apuraron aquella negra noche.

En el preciso instante en que la Aurora iniciaba su cabalgada, llamó Venus a Psique para decirle:

—¿Ves aquel bosquecillo, bañado por el río, que se extiende a lo largo de la orilla, y cuyas frondosas ramas se reflejan en las vecinas aguas? Pues por allí andan pastando unas ovejas sin pastor, cuya lana es de color dorado. Quie-

ro que cojas un vellón de esa preciosa lana y que me lo traigas, cuanto antes mejor.

[12] Y allá se encaminó Psique, no con la intención de cumplir con el mandato, sino con la de encontrar en el fondo del río el sosiego final a sus penas. Pero una caña verde, como madre que es de la melodía, inspirada por el suave murmullo de una dulce brisa, le dijo con gran sensatez:

—Por mucho que te persigan, Psique, tantas y tantas desgracias, no manches con tu desventurada muerte la santidad de mis aguas, ni se te ocurra tampoco acercarte a esas terribles ovejas, porque mientras reciben el calor de fuego del sol suelen estar poseídas por una fiera excitación, y atacan a los hombres hasta darles muerte con agudas cornadas, a golpes de testuz, e incluso con sus ponzoñosos mordiscos. Así que, cuando se haya aplacado el calor de mediodía, y el rebaño esté relajándose a la frescura del río, podrás esconderte sin miedo en ese frondosísimo plátano que bebe de las aguas a mi vera. En cuanto las ovejas estén distendidas de su furor, podrás recoger la lana dorada que se suele enganchar en los espinos entre el follaje de aquel monte bajo cercano.

[13] Así fue como una sencilla caña, bondadosa por demás, le mostraba a la pobre Psique el camino de su salvación, porque no tuvo que arrepentirse de seguir punto por punto los consejos que le diera; y, después de seguir todas sus instrucciones, pudo llevarle a Venus un considerable vellón de brillante oro con furtiva facilidad. Pero ni siquiera el peligro de esta segunda acción mereció el reconocimiento de la señora, sino que le dijo con el ceño fruncido y riendo amargamente:

—Tampoco se me oculta quién es el autor adulterino de semejante hazaña, por lo que no tengo otro remedio que probar a conciencia si estás realmente dotada de ánimo fuerte y de singular prudencia. ¿Ves el pico aquel en la parte más elevada de aquella escarpada montaña, de donde fluyen las aguas de la fuente oscura que se recogen en la cuenca de ese valle, para regar luego las lagunas Estigias⁹⁰ y nu-

⁹⁰ Estigia, o Estige es el nombre del río, de un río de los infiernos. Es

trir los torrentes del Cocito?⁹¹. Pues me tienes que traer esta vasija llena de agua del mismo manantial de donde sale el agua helada.

Le dio una jarra de cristal, al tiempo que le conminaba con las peores amenazas, y se marchó luego.

[14] Empezó a subir con paso decidido la ladera de la altísima montaña, en la seguridad de que en lo alto habría de encontrar el fin de su desgraciada vida. Al llegar a los aledaños de la cima se dio cuenta de la insalvable dificultad de la empresa, porque una roca de inconmensurable altura, inaccesible por lo resbaladizo del terreno, era la que vomitaba desde sus entrañas una enorme cascada que, nada más salir, caía por la pendiente, se ocultaba luego en profundos desfiladeros, e iba a parar en torrenciales rápidos hasta un valle cercano. Había unos dragones terribles que, desde cuevas excavadas en la misma roca, serpeaban sus largos cuellos a derecha e izquierda, con los ojos en perpetua vigilancia y las pupilas en constante acecho. Además las aguas también se defendían hablando, porque no paraban de exclamar: ¡Apártate! ¡Qué haces! ¡Fíjate! ¡Ten cuidado! ¿A dónde vas? ¡Huye! ¡Te vas a matar! Psique se quedó petrificada por la propia imposibilidad del encargo, porque, aun sintiéndose con presencia de ánimo, se veía abandonada por los sentidos: bajo la tensión de tal peligro, carecía ya hasta del consuelo de las lágrimas.

[15] Pero la angustia de aquella alma inocente no pasó desapercibida a los ojos de la divina providencia, porque,

asimismo el nombre que recibe una fuente que vomitaba agua de una roca elevada, y luego se perdía bajo tierra. El agua de esa fuente tenía propiedades perniciosas: mortal para los hombres, quebraba el hierro y los metales, la cerámica, etc... pero no el casco de un caballo. Según alguna leyenda el propio Alejandro fue envenenado con esa misma agua. Asimismo, les servía a los dioses para pronunciar sus juramentos, porque en caso de perjuicio, le esperaba un castigo terrible como el de estar un año entero sin respirar, o sin beber, por lo que hasta los dioses tenían pavor de ella.

⁹¹ Cocito es el río de los lamentos de la Tierra, afluente del Aqueronte. Es uno de los ríos infernales, cuya corriente, muy fría, corre paralela al del Estigio. El conjunto de los tres ríos, más el de Periflegetonte, forman las barreras de agua que han de pasar las almas para llegar al reino de Caronte.

de repente, acudió a su lado el ave real del supremo Júpiter —el águila—, con las alas desplegadas en todo su esplendor; y es que, acordándose que gracias a la oportuna ayuda de Cupido había podido raptar a su escanciador Frigio⁹², quería ahora agradecerlo al dios del Amor, ayudando a su mujer en las fatigas que estaba pasando. Dejó entonces los etéreos caminos del cenit, y aleteando a la altura de la muchacha le dijo:

—Eres tan ingenua que te crees que, desprovista de alas, piensas que vas a poder, no ya llevarte, sino tocar siquiera una sola gota de esa sacrosanta y no menos temible fuente. ¿No has oído decir que los dioses, incluido Júpiter, tienen miedo de las aguas Estigias, y que si vosotros juráis por los númenes de los dioses, los dioses solemos hacerlo por la majestad de la Estigia? Anda: dame esa jarra.

La cogió firmemente apretada con las garras, batiendo como remos las cimbreantes alas a derecha e izquierda, para sortear las terribles mandíbulas y las lenguas trífidas de los dragones, y llegó hasta las esquivas aguas a las que, para salir indemne, les dijo que iba de parte de Venus a la que estaba sirviendo, gracias a lo que le fue más fácil llenar la jarra.

[16] Y así fue como Psique consiguió volver con airoso paso hasta Venus, y con la jarra llena de aquella agua.

Pero ni así se apaciguó la despiadada crueldad de la diosa, porque siguió conminándole con mayores y peores castigos, al tiempo que le decía con sorna:

—Ahora sé a ciencia cierta que eres una acabada hechicera, puesto que has podido cumplir al pie de la letra las órdenes que te he dado. Pero aún te falta una por llevar a cabo: coge esta cajita —y se la dio—, y marcha con ella hasta las moradas infernales, hasta los feroces penates⁹³ del Orco. Le entregas la caja a Proserpina y le dices: «Venus

⁹² Sin duda se refiere a Ganimedes, el escanciador de Júpiter, supra nota, 10.

⁹³ Los penates son originariamente las divinidades protectoras del hogar en Roma, que pasaron a ser poderes invisibles, simples abstracciones. En el texto, lo terrible de su aspecto se entiende por serlo del Orco.

te ruega que le pongas en esta caja un poco de tu hermosura, aunque sea sólo la de un día, pues la que tenía ella la ha perdido cuidando a su hijo enfermo, y se le ha marchitado.» Y no se te ocurra volver tarde, porque es preciso que me la ponga para acudir a la asamblea de los dioses.

[17] Entonces fue cuando Psique sintió más de cerca su destino fatal, y es que se le cayó la venda de los ojos al comprobar que se la estaba llevando a enfrentarse a una muerte segura. ¿Por qué se la obligaba, si no, a ir por su propio pie al Tártaro y a los Manes⁹⁴? Sin pensárselo más veces, se fue directamente hacia una torre altísima desde la que pensaba arrojararse para poder llegar hasta los infiernos por la vía más directa, pero la propia torre rompió a hablar y le dijo:

—¡Infeliz! ¿Por qué estás buscando la manera de matarte echándote abajo? Ten en cuenta que si llegase a separarse el alma de tu cuerpo, acabarías yendo, sin duda, a los abismos tártaros, pero no podrías volver de ninguna manera. [18] Hazme caso a mí: Lacedemonia, la ilustre ciudad de Acaya, no está lejos de aquí; busca en sus confines la caverna oculta de Tenaro⁹⁵ por unos andurriales sin caminos, donde está la lucera de Ditis⁹⁶. Desde las puertas entreabiertas se ve un camino no hollado. Cuando hayas atravesado el dintel, por ese mismo sendero irás a parar a la propia morada del Orco. Pero cuida de no ir de vacío por semejantes tinieblas: debes llevar en cada mano una hogaza de harina de cebada y arrope, y dos monedas en la boca. Cuando hayas hecho una buena parte del fúnebre camino, te encontrarás con un burro cojo cargado de leña, y el que lo arrea —también cojo— te pedirá que le vayas recogiendo la leña menuda que se le caiga, pero tú no le ha-

⁹⁴ En las creencias romanas los manes son las almas de los muertos, a las que se rinde culto, ofreciéndoles vino, leche, miel y flores para congraciarse con ellos.

⁹⁵ Se conocía el promontorio de Tenaro porque allí se había construido un templo dedicado a Neptuno, y porque se creía que allí estaba la cueva que comunicaba con la entrada a los infiernos.

⁹⁶ Ditis, o Dis es el dios romano del mundo subterráneo. Se le identificó desde muy antiguo con el Plutón de los griegos.

gas caso y sigue adelante dando oídos sordos. No tardarás en llegar al río de los muertos, a cargo de Caronte⁹⁷, que traslada a los viajeros hasta la otra orilla en una frágil barquita, pero cobrando, porque, como entre los muertos existe también la avaricia, ni Caronte, ni Ditis, con ser el dios que es, hacen nada de balde; y por eso es por lo que, quien vaya a morir pobre, ha de buscarse dinero, que nadie consentiría morirse sin tenerlo en la mano... Conque habrás de darle de flete a ese viejo desaliñado una de las dos monedas que tienes que llevar, cuidando que sea él quien la recoja de tu boca. Cuando estés cruzando el río inerte, un viejo pútrido ya, de tan muerto, que estará flotando en las aguas, te pedirá, levantando los brazos, que lo subas a la barca; pero tú no te dejes llevar por una compasión que te está prohibida. [19] Un poco más allá, después de atravesar el río, verás a unas viejas hilanderas⁹⁸ absortas en su labor de tejer, que habrán de pedirte que les eches una mano, pero no les hagas caso, que esas emboscadas, y otras muchas, están puestas por la propia Venus para que dejes caer una de las hogazas; y no te creas que es pequeña la pérdida de una hogaza sin valor, porque perdiendo una sola, se te denegaría para siempre la luz del sol. Hay un enorme perro de tres desmesuradas y fieras cabezas que está constantemente ladrando con sus cavernosas fauces a todos los muertos, a los que ya ningún mal puede hacer, y que guarda la silenciosa casa de Ditis amenazándolos en vano entre el dintel y los oscuros atrios de Proserpina. Si le echas una de las hogazas para que se entretenga, podrás pasar sin dificultad, y llegarás por fin hasta la misma Proserpina, que te va a acoger como a una amiga, te ofrecerá cortésmente asiento, y te invitará a almorzar opíparamente, pero tú ha-

⁹⁷ Caronte es un genio del mundo infernal. Tiene por misión pasar a los muertos a través de los pantanos del Aqueronte hasta la orilla opuesta de los muertos, a cambio de un óbolo. De ahí la costumbre de introducir una moneda en la boca del cadáver en el momento de enterrarlo.

⁹⁸ Se refiere a las Parcas, que son las divinidades del destino. Se las presenta como hilanderas que limitan a su antojo la vida de los hombres. Son tres hermanas: una controla el nacimiento, otra el matrimonio, y la tercera la muerte.

brás de pedir solamente pan negro, y sentarte en el suelo. Luego, cuando te haya preguntado a qué has ido, y hayas recibido lo que te dé, al salir de vuelta, evita la ferocidad del perro con la otra hogaza. Más tarde le darás al avaro remero la moneda que te habías reservado, para que te vuelva a pasar el río; entonces será cuando puedas volver, por el mismo camino de la ida, hasta esta nuestra multitud de estrellas. Sobre todas las demás cosas, has de tener en cuenta —te lo advierto con la mayor escrupulosidad— sobre todo una: que no debes abrir ni indagar lo que contiene la caja que lleves, por más que te tienta la curiosidad de conocer el arcano tesoro de la hermosura divina.

[20] Con tanta minuciosidad le expuso su previsión aquella servicial torre, que no tardó Psique en llegar a Tenaro, hacerse con las monedas y las hogazas, y ponerse en camino de los Infiernos. Después de pasar en silencio ante el inválido cabestrero; después de darle al barquero la moneda para que le pasara el río; de rehusar la demanda del muerto flotante; de desdeñar los falaces ruegos de las hilanderas, y de sosegar con una hogaza la tremenda fiereza del perro, llegó por fin ante a Proserpina. Renunció luego al delicado asiento y a la exquisita comida que le ofrecía la huésped, se sentó a sus pies y, mientras se conformaba con una sencilla comida, le transmitió el encargo de Venus. Recibida que fue la caja —rellenada y cerrada a escondidas— volvió a entretener las fauces del perro con la otra hogaza; le dio al barquero la otra moneda, y salió de los Infiernos con una gran seguridad en sí misma. Al volver a ver, y venerar otra vez la luz, aunque llevaba prisa en acabar con el encargo, se sintió tentada por una temeraria curiosidad: —Qué boba: llevar como llevo la hermosura divina, y no soy capaz de ponerme una poca para gustarle más a mi amante.

Y diciendo esto, destapó la caja. [21] Pero allí dentro no había ni rastro de hermosura, sino una adormidera realmente infernal, un sueño estigio, que, en cuanto se levantó la tapadera, la invadió, recubriéndole de una tan espesa niebla de sopor todos sus miembros, que la dejó sin sentido sobre el propio camino en la posición de marcha. Se que-

dó tan inmóvil que no parecía otra cosa que un cadáver dormido.

Cupido, que con la herida cicatrizada había recuperado ya las fuerzas, no podía soportar por más tiempo la separación de su Psique, y se escapó por el tragaluz más alto de la habitación donde le habían encerrado —una vez que recobrara el vigor de las alas, después de descanso tan dilatado—, y se marchó volando hasta Psique, recogió la adormidera que se volatilizara por la curiosidad de la muchacha, y la volvió a meter en la caja. A ella la despertó con la inofensiva punzada de sus flechas, y le dijo:

—¡Necia! ¡A poco te echa a perder otra vez tu curiosidad! Venga; date prisa en cumplir lo que te ordenó mi madre, que yo tengo que ir a ver si acabo de resolver otros asuntos.

Y diciendo esto, se marchó volando, mientras Psique le llevaba a Venus el regalo de Proserpina.

[22] Cupido, consumido de amor, con la faz atormentada por miedo a una repentina destemplanza de su madre, volvió a las andadas y subió a lo más alto del cielo con la ligereza de sus alas, le expuso su caso a Júpiter, y le aportó sus razones. Júpiter, entonces, le cogió por los carrillos, y se lo acercó para besarle, al tiempo que decía:

—Hijo ilustre: aunque nunca me has respetado con los honores que me corresponden, según decisión de los dioses, que con harta frecuencia has vulnerado con tus flechas mi corazón, de donde fluyen las leyes de los elementos y del movimiento circular de los astros, y has mancillado mi reputación con amores terrenos, contraviniendo en ocasiones la ley Julia⁹⁹, incluso el orden público, con indecorosos adulterios, y hasta has detraído mi gloria transformando sórdidamente la serenidad de mi aspecto en serpiente, en fuego, en fiera, en ave y en animal de rebaño; no obstante, por mi sabida moderación, y en recuerdo de que te has criado entre mis brazos, voy a ayudarte, siempre que aprendas a protegerte de tus adversarios, y, en compensación del fa-

⁹⁹ Lex «Julia de adulteriis».

vor que ahora te hago yo, te comprometas a proporcionarme alguna muchachita de desbordada hermosura.

[23] Así habló, e inmediatamente mandó a Mercurio que convocara asamblea de los dioses, con la orden expresa de que si alguno fuera a faltar, se le avisará de que incurriría en la pena de diez mil sestercios. La amenaza consiguió que se llenasen los sitios del anfiteatro celestial, presidido por Júpiter desde el sillón más eminente, quien abrió la sesión diciendo:

—Dioses inscritos en el registro de las Musas: ya conocéis a este muchacho que yo mismo he criado con mi afecto. He creído oportuno poner freno a los acalorados ímpetus de su primera juventud, que ya está bien de habladurías de calle sobre sus adulterios y seducciones. Hay que evitar cualquier ocasión a su lujuria juvenil, ligándolo con lazos nupciales. Ha elegido ya a una muchacha a la que ha desflorado: pues que la tenga, que la posea y que disfrute para siempre de sus amores con Psique.

Giró entonces la mirada a Venus y añadió:

—Y tú, hija mía, no te entristezcas, ni temas que tu ilustre linaje se vea afectado por el matrimonio con un mortal, que ya me cuidaré yo de que el matrimonio no sea desparejo, sino legítimo, y conforme con el antiguo derecho civil.

Al punto le ordenó a Mercurio que raptara a Psique y que la llevara al cielo; y ofreciéndole una copa de ambrosía, le dijo:

—Toma, Psique. Sé inmortal, y que Cupido no se aparte nunca de este vínculo que lo une a ti, porque este matrimonio vuestro habrá de ser eterno.

[24] E inmediatamente se sirvió una copiosa cena de bodas. El marido se recostaba abrazado a Psique en el lecho más elevado; lo propio hacía Júpiter con Juno, y, por su orden, cada uno de los dioses. Las copas de néctar, vino de dioses, se las servía a Júpiter aquel rústico muchacho; a los demás Liber¹⁰⁰; el que cocinó fue Vulcano¹⁰¹. Las Horas da-

¹⁰⁰ Liber está identificado con Dionisos y con Baco, dios del vino y de la viña y del delirio místico, supra, nota 23.

¹⁰¹ Vulcano: ver supra, nota 22.

ban color púrpura al ambiente con rosas y otras clases de flores; las Gracias derramaban perfumes; las Musas melodías. Apolo cantó acompañado de una cítara. Venus, hermosísima, danzó al ritmo de una suave melodía, con tan gráciles movimientos, que las Musas le acompañaron con cánticos y flautas, mientras Sátiro¹⁰² y Pan¹⁰³ tocaban el caramillo. Con todos esos ritos, Psique quedó en poder de Cupido, y a su tiempo nació una hija a la que llamamos Voluptuosidad.»

[25] Esto es lo que, delirante y embebida, le contó la anciana aquella a la muchacha secuestrada. Como yo estaba de pie sobre las cuatro patas, y relativamente cerca, me sabía mal, ¡por Hércules!, no tener a mano tablillas ni estilete para escribir ese cuento tan hermoso. De pronto, no sé de qué agudo combate, llegaron los ladrones cargados de botín; algunos de ellos —sin duda los más audaces— venían heridos. Los dejaron en la casa para que se curaran las heridas, y los otros se dispusieron a marcharse, según decían, para recoger el resto de la carga, que estaba escondida en una cueva. Después de engullir literalmente algo de comida, nos sacaron a fustazos a mi caballo y a mí —que íbamos a ser los que la transportáramos— al camino, y fueron arreándonos por cuestas y quebradas hasta que, al anochecer, más que cansados, llegamos a una como cueva donde nos cargaron en poco rato y, sin tiempo para reponernos, nos volvieron a sacar a toda prisa, con tanta precipitación que, con los golpes y empujones, consiguieron que me cayera sobre un pedrusco al lado mismo del camino. Me forzaron a levantarme a puros golpes, pero salí del trance flaqueando penosamente del casco izquierdo y de la pata derecha. [26] Dijo uno de ellos entonces:

¹⁰² Sátiro. Los sátiros son genios de la naturaleza, normalmente en el cortejo de Dionisio. Se les suele representar de cintura para abajo como un macho cabrío, y con figura humana de cintura para arriba. Tienen una larga y poblada cola, y constante erección de sobrehumanas proporciones. Bailan y cantan en el campo, persiguiendo a ménades y ninfas más o menos reacias a sus lubricidades.

¹⁰³ Pan: ver supra, nota 73.

—¿Hasta cuándo vamos a tener que aguantar en vano la derrengación de este asno, cojo por si fuera poco?

A lo que añadió otro:

—Desde que ha llegado a casa este cenizo, no hemos tenido más que heridos y muertos entre nuestros mejores hombres.

Y un tercero:

—Desde luego que, en cuanto llegue con esta carga, aunque sea a la fuerza, lo voy a despeñar, para que tengan comida abundante los buitres.

Para cuando llegamos a casa esos afables personajes continuaban todavía hablando sobre la manera de darme muerte; y es que el miedo me ponía alas en los cascos. Pero después de descargarnos, no se preocuparon de nosotros ni de mi muerte, sino que llamaron a los heridos que se habían quedado en la casa, y tornaron a por lo que quedaba, que, según decían, estaban hartos de nuestra torpeza.

A mí me seguía consumiendo una gran preocupación por lo de la amenaza de muerte, y me dije a mí mismo:

—¡A qué esperas, Lucio! Parece que los bandidos han decidido ya que sufras la peor muerte que se puede tener, para lo que no tienen obstáculo ninguno: ahí mismo tienes el despeñadero, plagado de agudas rocas, que te van a deshacer el cuerpo entero, golpe a golpe, antes de que llegues abajo; porque la clarividente magia te ha dado el aspecto y las miserias de un asno, pero no un cuero resistente, sino una piel tan fina como la de una sanguijuela. ¿Por qué no tomas la determinación de salvarte, como hombre que eres, mientras te sea posible? En ausencia de los ladrones tienes la oportunidad de fugarte. ¿O es que le vas a tener miedo a la vigilancia de una vieja medio muerta, cuando puedes deshacerte de ella hasta con el corvejón de la pata coja? Pero... ¿a qué país te vas a marchar? ¿Quién te va a acoger? Eso es lo que se llama una idea estúpida digna de un borrico: porque, ¿qué caminante iba a dejar de apropiarse de un medio de transporte gratis?

[27] Así que rompí de un tirón las riendas con que estaba sujeto, y me di a una loca carrera de cuatro patas; pero no pude pasar desapercibido a la vista de lince de aquella

vieja, porque cuando se dio cuenta de que me había soltado, agarró las riendas con una audacia superior a la condición de una mujer de su edad, y consiguió reducirme y volverme; pero acordándome yo de las fatales intenciones de los ladrones, le di un par de coces con las patas de atrás sin ningún tipo de piedad, y la tiré al suelo; pero ella, aun postrada, siguió agarrada a las riendas con una gran tenacidad, de manera que tuve que arrastrarla un buen trecho, mientras pedía ella a grandes gritos la ayuda de un brazo más fuerte. En vano levantaba tan inútil escandalera con sus alaridos, porque no había nadie que pudiera socorrerla, excepto la muchacha cautiva, que acudió a las voces y vio, ¡por Hércules!, un espectáculo realmente digno de memoria: el de una vieja Dirce¹⁰⁴ colgando, no de un toro, sino de un burro. La joven, con la osadía de un hombre, le quitó las riendas de la mano, me redujo con caricias melosas, se montó encima, y me espoleó a una nueva carrera. [28] No sólo por el deseo de fugarme y de liberar a la muchacha, sino por la constancia de los golpes con que me fustigaba, me lancé a correr con la velocidad de un caballo, intentando complacer sus delicadas palabras. De vez en cuando volvía la cabeza hacia atrás, simulando rascarme el costillar, y le besaba los pies. Ella suspiró profundamente, dirigió su desasosegado rostro al cielo, y dijo:

—Ayúdame, dioses, en estos postreros peligros. Y tú, Fortuna cruel, deja de ensañarte conmigo, que ya has tenido bastantes satisfacciones con los tormentos que he padecido. En cuanto a ti, compañero de libertad y salvación, si me llevas a casa sin daño, si me devuelves a mis padres y a mi hermoso galán, te estaré eternamente agradecida: ¡qué honores no habré de darte! ¡Qué manjares no te voy a preparar! En primer lugar te cepillaré las crines y te las enjaezaré con mis aderezos de novia; te desengreñaré las de la cara y las de la cola, que las llevas enmarañadas y a falta

¹⁰⁴ Dirce: celosa de la belleza de Antiope. Dirce la tenía esclavizada; y cuando pudo escaparse de sus garras, y llegó hasta donde estaban sus hijos, se vengaron dando muerte al marido de Dirce. A esta última la ataron viva a un toro, que la arrastró y la estrelló contra las rocas.

de un buen baño, y te las dejaré limpias en un momento; te aparejaré con jaeces tan brillantes como las estrellas relucientes, que vas a ser la admiración de todos, porque, además, como pretendo llevarte puñados de almendras en mi delantal de seda, por salvarme, voy a tenerte bien cebado. [29] Entre comida apetitosa, perpetuo reposo y tranquilidad de vida, no te va a faltar timbre de gloria: pretendo testimoniar para el futuro el recuerdo de mi actual fortuna y de la providencia de los dioses, porque voy a colocar en la entrada de mi casa la imagen de esta huida pintada en un cuadro, con lo que todos podrán ver y oír en las fábulas y en los escritos de los sabios que la perpetúen, la historia de «la muchacha de rango real que huyó de la esclavitud sobre un asno». Tú mismo pasarás a ser parte de las antiguas leyendas; y ante la veracidad del hecho, todos creemos que Frixo¹⁰⁵ surcó las aguas en un cordero, que Arión¹⁰⁶ se salvó montado en un delfín, y que Europa cabalgara sobre un toro¹⁰⁷. Porque, si es verdad que Júpiter se transformó en toro, también puede ser cierto que en mi asno se esconda la figura de un hombre, o de alguno de los dioses.

Mientras la muchacha iba repitiendo esas cosas, intercalando profundos suspiros entre las palabras, llegamos a una encrucijada; ella trataba de dirigirme hacia la derecha ti-

¹⁰⁵ Frixo era hijo de Atamante y Nefele. Aconsejado Nefele por su segunda esposa Ino, pretendió sacrificar a sus dos hijos Frixo y Hele, pero Zeus les envió a los niños un carnero alado, con vellocino de oro, el cual los salvó del sacrificio que pretendía su padre.

¹⁰⁶ Arión era un músico de Lesbos, que iba cantando por distintas ciudades. En uno de sus viajes por mar, le atacaron los propios marineros, y él les pidió que le dejaran cantar por última vez. A su voz aparecieron multitud de delfines por mandato de Apolo, y él, confiado, se lanzó al mar. Uno de los delfines lo recogió sobre su lomo y lo llevó hasta el cabo Tenaro.

¹⁰⁷ Europa. Prendado de su belleza, Zeus se metamorfoseó en blanquísimo toro, se acercó a ella. Europa fue tomando confianza hasta que se montó sobre el animal, y entonces Zeus se adentró en el mar, a pesar de las demandas de socorro de la niña, que se aferraba fuertemente a los cuernos. Llegaron así hasta Creta, donde la hizo suya junto a una fuente, bajo la sombra de unos plátanos, que tuvieron el privilegio de no perder jamás las hojas. Europa le dio tres hijos a Zeus.

rando del cabestro, quizás porque sabía que por ese camino iría hasta su casa; pero yo, como sabía que los ladrones habían ido por allí a recoger el resto del botín, me negaba a obedecerle diciéndome para mis adentros: «Qué haces, desgraciada, ¿qué es lo que quieres! ¿Por qué tienes tanta prisa en ir al Orco? ¿Por qué intentas obligarme? Así vas a conseguir mi perdición, si no la de los dos!» Tirábamos cada uno para un sitio, como si estuviéramos conteniendo en un proceso sobre propiedad del suelo, o mejor, disputando sobre el reparto de un camino, cuando aparecieron los ladrones cargados con el botín —que ya nos habían visto de lejos a la luz de la luna—, y nos saludaron con cínica sonrisa. [30] Uno de ellos nos dijo:

—¿A dónde vais a estas horas de la noche y con tanta prisa, sin temor de manes ni fantasmas? ¿Acaso, pobre niña, tienes prisa por volver a ver a tus padres? Pues no te preocupes, que nosotros vamos a proteger tu soledad, y te enseñaremos el camino de tu casa.

Eché mano de las riendas y me dio la vuelta sin ahorrar los habituales fustazos con un garrote de nudos que llevaba. Al verme otra vez camino de la muerte, me acordé de pronto del dolor de la pezuña, y empecé a cojear bamboleando la cabeza, a lo que saltó el que me había obligado a volver:

—¿Conque renqueando y dándole a la cabeza? ¿Cómo puede ser que esas engañosas patas tuyas puedan huir pero no puedan caminar, cuando hace bien poco ibas más deprisa que el alado Pegaso?¹⁰⁸

Mientras ese simpático compañero se reía de mí, sin dejar de blandir la vara, llegamos a la empalizada de la guarida, y vimos que la vieja aquella se había colgado por el cuello de la rama de un enorme ciprés con un nudo corredizo; al punto la descolgaron y la echaron por el precipicio con cuerda y todo. Luego ataron a la muchacha, y se echaron como salvajes sobre la cena que la pobre vieja les había preparado con póstuma diligencia.

¹⁰⁸ Pegaso es un caballo alado que desempeña importantes papeles en varias leyendas, sobre todo en la de Perseo y la de Belerofonte.

[31] Cuando terminaron de engullir todo con ávida voracidad, empezaron a considerar nuestro castigo y venganza y, como en toda asamblea, había opiniones encontradas: si uno pensaba que había que quemar a la muchacha, otro era de la opinión de que había que echarla a las fieras, un tercero decía que la crucificaran en el patíbulo, y otro sugería que le arrancaran las carnes. Pero lo cierto era que todos y cada uno coincidían en que había que condenarla a morir. Cuando se hubo tranquilizado la reunión, uno de ellos habló con estas medidas palabras:

—No concuerda, en realidad, ni con la manera de ser del grupo, ni con lo pacíficos que somos todos nosotros, ni con nuestra conocida moderación, el mostrar una crueldad desproporcionada al delito cometido, con el recurso a las fieras, la cruz, el fuego, el tormento, o cualquier otra forma tenebrosa de darle una muerte rápida. Si queréis seguir mis consejos, dejémosla con vida; pero con la vida que se merece. Espero que no se os haya olvidado lo que hace tiempo determinasteis hacer con ese burro, siempre ocioso, pero más tragón que ningún otro, que, por si fuera poco, finge una inexistente cojera, y que, en fin, es el cómplice de la muchacha en su huida. Degollemos al asno al amanecer, y ya que prefirió irse con él que permanecer con nosotros, metámosle a la muchacha desnuda en el vientre, previamente vaciado de las entrañas, de manera que le quede el cuerpo todo en la cárcel del animal, excepto la cara, y luego ponemos al asno embutido sobre una escarpada roca, expuesto a los ardientes rayos del sol. [32] De esa manera los dos a la vez tendrán que pasar por todos los suplicios que habéis propuesto con tan acertado criterio; porque el asno mereció ya la muerte hace tiempo; y ella padecerá las fauces de las fieras cuando los gusanos corroan su carne; el fuego, cuando el sol con sus llamaradas le recaliente la tripa; y el suplicio del patíbulo, cuando los perros y los buitres le arranquen las entrañas. Repasad, además, los demás sufrimientos y castigos: como continuará viviendo, mientras esté en el vientre de un animal muerto, cuando por el calor tenga que soportar una terrible pestilencia, y se consuma de hambre —que no va a poder comer—, ni siquiera

va a poder darse muerte a sí misma, porque no va a tener las manos libres.

Cuando acabó de hablar, los ladrones se adhirieron unánimemente a la resolución propuesta, sin votación ninguna, y al oírla yo con mis largas orejas, ¿qué otra cosa podía hacer sino llorar mi cadáver de mañana mismo?

1] **E**N el momento mismo que se disipaban las tinieblas y clareaba el día, cuando la fulgurante carrera del sol empezaba a iluminarlo todo, llegó otro ladrón —o así lo daban a entender los saludos que recibía—, que se sentó a la entrada de la cueva; cuando hubo recobrado aliento les dijo a los suyos:

—Podemos ya estar tranquilos y descartar cualquier preocupación por lo de la casa de Milón de Hípata que saqueamos hace poco. Cuando, después del robo que tantos esfuerzos costó, volvíais a casa, me quedé yo entre el gentío simulando cólera e indignación, y me dediqué a observar los caminos que iban a tomar las investigaciones del hecho, para teneros al corriente de todo, por si se decidían a perseguir a los ladrones, tal como me habíais ordenado. Todos estuvieron de acuerdo —y no sin sabrosos argumentos— en que, con toda probabilidad, el autor de la fechoría era un tal Lucio, que pocos días antes se había ganado la confianza de Milón con falsas cartas de recomendación, aparentando ser tan hombre de bien, que lo había recibido en su casa, y lo tenía por miembro de la familia; y después de hospedarse allí unos días requiriendo falsamente de amores a la propia sirvienta de Milón, había examinado a conciencia las cerraduras de las puertas, y se había enterado de los lugares donde solía esconder su fortuna. [2] Se alegaba como el indicio más claro contra ese infame criminal, el que aquella misma noche, después de la hora del robo, no hubiera aparecido por ninguna parte; y es que debió de organizar una fuga rápida para engañar a los que le

persiguieron, y así pudo alejarse. Además se había llevado el caballo blanco que le servía de montura. También es verdad que su siervo, al que se le encontró en la casa al otro día, debía de haber hablado de las intenciones criminales de su amo, sobre todo después de haberse hecho cargo de su custodia el magistrado, y de ser vejado con infinidad de tormentos hasta el mismo linde de la muerte; pero nada confesó; a pesar de todo, han mandado a varias personas a la ciudad de Lucio para que buscaran al acusado y le impusieran la pena correspondiente a su crimen.

Mientras estábalo contando él, iba comparando yo la fortuna de aquel Lucio feliz, con la desgracia y la angustia del asno de ahora. Lloraba en mi interior, y caí en la cuenta de que no en balde los antiguos sabios mantenían y manifestaban que la Fortuna era ciega y hasta sin ojos, porque ayuda siempre a los malvados y a los indignos, pero nunca elige a nadie de buenas intenciones; es más: se detiene con frecuencia ante aquellos que, de verlos, huiría de ellos. Pero el colmo de todo esto es que nos tilde con una reputación contraria a la realidad, porque el malvado llega a envanecerse de ser buena persona, y el más inocente se ve vilipendiado con la fama de criminal. [3] A mí, que me había visto reducido a la condición del animal, de la más vil de las caballerías, por su cruel determinación, y me encontraba en una situación que lamentaría hasta el peor enemigo, y se compadecería de ella, me acusaban ahora de haberle robado a mi queridísimo huésped, por un hecho que, en justicia, habría que calificarse, no ya de robo, sino de parricidio. Pero es que, además, tampoco se me daba ocasión de defenderme ni con una sola palabra. Por último, para que no pareciera que mi conciencia consentía en silencio la acusación de tan deshonroso crimen, llevado de mi rebeldía, quise decir en público «no he sido yo», y a fe que pude decir sin moderación alguna la primera palabra, pero la segunda no pude articularla de ninguna manera; me quedé en el primer grito y repetí a voces: ¡No!, ¡no!, ¡no!, por más que me esforzara en la vocalización con mis labios pendulones. Pero para qué voy a estar dándole vueltas a la crueldad de la Fortuna, cuando no ha tenido reparo en con-

vertirme en compañero de esclavitud del caballo que me servía de cabalgadura, al someterme al mismo yugo.

[4] Ensimismado en tales pensamientos, se me representó de golpe una preocupación mucho más apremiante; y es que me acordé de que por determinación de aquellos bandidos había sido escogido como la víctima destinada a los manes de la muchacha, y al mirarme repetidamente el vientre, me parecía llevarla adentro.

El que había traído aquella notoria falsedad sobre mí sacó mil áureos que llevaba cosidos en la costura interior de la ropa, robados, según dijo, a varios caminantes, para aportarlos al arca común como prueba de su honradez. Luego se interesó por la salud de cada uno de los compañeros. Y al enterarse de que alguno de ellos, en realidad, los mejores, habían sucumbido en diversos trances, por su gran coraje, empezó a exhortarles a que abandonaran por una temporada los caminos, y evitaran cualquier otro combate, y que era mejor dedicarse a la búsqueda de nuevos compañeros, porque solamente con el reclutamiento de otros jóvenes se podría renovar el cuadro de combatientes, hasta alcanzar su primitivo poder. Porque bien podíamos obligar por el terror a los que se resistieran y estimular con recompensas a los predispuestos; habría no pocos que renunciarían de buen grado a una vida de sometimiento y de esclavitud para enrolarse en un grupo de fuerza tan considerable. Él mismo, por su cuenta, había encontrado días atrás un muchacho alto, joven, corpulento y de pulso firme, al que le había aconsejado y convencido de que aplicara las manos entumecidas de no hacer nada a mejor actividad, de que se aprovechara, mientras pudiera, de su buena salud, y de que, en vez de poner la mano para conseguir una limosna, las ejercitara para arrebatárselas a los otros. [5] Todos estuvieron de acuerdo con lo dicho, aceptaron a quien tuvieron por suficientemente probado, y decidieron buscar otros más, para completar el cupo. Se fue entonces un momento, para volver acto seguido en compañía del joven del que había hablado, tan alto, que no sé si alguno de los presentes podría comparársele, pues, sobrepasando a todos, como les sobrepasaba, en corpulencia, no estaba aún sino

insinuándosele todavía la pelusa de la barba: iba a medio vestir de andrajos desparejos y mal cosidos, y se le entreveía la musculatura del pecho y del vientre. Al entrar les dijo:

—Salud a los protegidos de Marte¹⁰⁹, y desde ahora mismo compañeros de armas: recibid benevolentes al que con la mejor disposición de su magnánimo valor, prefiere recibir heridas en sus carnes, incluso la muerte, que coger oro con la mano. Y no penséis de mí que soy un inconsciente, ni un desgraciado; no valoréis mis virtudes por estos harapos, que ya he dirigido una partida de bandoleros con la que devasté la Macedonia entera. Yo soy el famoso salteador Hermeo, hijo de Terón el tracio, ilustre pirata, ante cuyo nombre tiemblan las provincias. Me he criado entre sangre humana, entre bandas de facinerosos, y soy heredero y émulo de mi padre. [6] Pero perdí aquel magnífico grupo de compañeros en muy poco tiempo, porque, en contra de la voluntad de los dioses, se me ocurrió atacar cuando pasaba por allí al procurador del príncipe, cesado ya en el cargo y destituido por su triste suerte; pero mejor será que empiece por el principio, para que os enteréis. Hubo en la corte del César un individuo brillante y distinguido, respetado hasta por el Emperador por los muchos servicios que había prestado. Acusado con gran astucia por algunos, la envidia cruel lo abandonó al exilio. Pero su mujer, Plotina, una mujer de desacostumbrada fidelidad y de singular honestidad, que con el décimo parto había asegurado la descendencia de su marido, despreciando las comodidades de la ciudad, decidió ser su compañera en la huida y participar de su infortunio, conque se cortó el cabello, se vistió como un hombre, ceñida con fajas llenas de piedras preciosas y de monedas de oro, y marchó con gran valentía entre los soldados de la guardia, con las espadas desenvainadas, participando en todos los peligros que se presentaban; velando celosamente por la seguridad de su marido, sufría los continuos reveses de fortuna con auténtico espíritu varonil. Después de sufrir innumerables penalidades en el viaje

¹⁰⁹ Supra, ver nota 53.

por tierra y por mar, trataban de llegar a Zacinto, donde la cruel Fortuna había decidido que residiera una temporada. [7] Cuando llegaron al litoral de Accio, como nosotros, venidos de Macedonia, estábamos asolándolo, asaltamos e invadimos una hostería cerca del litoral donde estaban ellos durmiendo para evitarse la incomodidad del balanceo del mar. Con todo, no dejamos de pasar por grandes peligros al retirarnos, porque en cuanto el ama oyó el primer golpe en la puerta, fue corriendo por todas las habitaciones y despertando a gritos a los soldados y los sirvientes, llamándolos por su nombre; incluso llegó a pedir ayuda a la vecindad; gracias a que cada cual, temiendo por sí, hacía lo posible por esconderse, pudimos retirarnos sin bajas. Pero a seguido, aquella extraordinaria mujer —que todo hay que decirlo—, fiel como ninguna otra, consiguió con sus buenos oficios, y sus peticiones ante la autoridad de César, no sólo la reposición de su marido en el cargo, sino la promesa de una rápida y total venganza por la agresión recibida. Así fue como el propio César se decidió a que desapareciera la banda de Haemeo, y la aplastó: ¡Tanto poder tiene la decisión de un gran príncipe! Al quedar desarticulada y deshecha la facción por el rastreo de destacamentos militares, sólo yo logré escaparme de las fauces del Orco, y con muchas dificultades, de esta manera: [8] Me puse un vestido de mujer de vaporoso vuelo, un pañuelo atado a la cabeza y unos zapatos blancos muy finos, como los de las mujeres; disfrazado, con el equívoco del sexo inferior, me monté en un pollino cargado de mieses: y fue así como pasé por entre los soldados, que me creyeron mujer, y dejaron paso franco al asno, tanto más cuando mis mejillas, lampiño como soy, brillaban con la suavidad de la infancia. Pero no creáis que por esto renuncié al glorioso recuerdo de mi padre ni a mi propio valor, porque cuando me restablecí a medias del miedo que había pasado ante las espadas de los soldados, fui yo solo asolando caseríos y aldeas hasta reunir dinero para el viaje.

Se descubrió entonces la ropa, dejó caer dos mil áureos en medio del corro, y continuó:

—Ahí tenéis mi aportación, o mejor, la dote que entre-

go voluntariamente a la partida. En cuanto a mí, si no tenéis inconveniente, también me ofrezco como vuestro capitán de entera confianza, y os prometo que voy a conseguir que esa casa de piedra se torne de oro en poco tiempo.

[9] Sin vacilación ninguna le otorgaron la jefatura por unanimidad de votos y le trajeron luego ropa decente para que pudiera tirar aquellos ricos andrajos. Después de cambiarse, fue abrazando a todos, uno por uno, se sentó en el sitio más alto, y le homenajearon con gran festín. Allí, en la conversación cruzada entre unos y otros, supo del intento de fuga de la muchacha, de mi colaboración, y de la terrorífica muerte que nos esperaba; y cuando le llevaron a su presencia, después de preguntar dónde se hallaba, al verla cargada de cadenas, retiró la cara con gesto de desaprobación, y dijo frunciendo el ceño:

—No voy a ser tan estúpido ni tan temerario como para oponerme a vuestra decisión, pero tendría remordimientos de conciencia si os ocultara mi opinión sobre este asunto; antes, sin embargo, debéis otorgarme vuestra confianza a mi preocupación por vosotros; de forma que, si no estuvierais de acuerdo conmigo, volváis a lo del asno. Porque sinceramente no creo que los ladrones, los que saben lo que quieren por lo menos, deban anteponer nada al propio lucro, ni siquiera la venganza, por lo común tan perjudicial. En el caso de que muriera esa muchacha, virgen, en el interior del asno, no conseguiríais otra cosa que alentar, sin provecho alguno, vuestra indignación. Por eso creo que sería mejor llevarla a alguna ciudad para venderla, que no espero que de su juventud se pueda sacar escaso precio. Yo mismo conozco unos rufianes que darían buenos talentos por la compra de esa chiquilla de tan alta alcurnia, para llevarla a una casa de lenocinio, de donde no podrá escaparse; por otra parte, trabajando en un lupanar, no dejará de satisfacerse nuestra venganza. Yo he expuesto mi desinteresada opinión; ahora vosotros sois muy dueños de decidir lo que queráis con vuestros asuntos.

[10] Así fue como aquel abogado de la bolsa de los ladrones —egregio salvador de una doncella y un asno— planteó nuestra defensa. Los otros se enzarzaron en una

discusión sin fin que me atormentaba las entrañas y hasta el alma infortunada, pero por fin accedieron a la opinión del nuevo bandido, y liberaron de inmediato las ligaduras a la muchacha. Ella, desde el momento que viera al joven, y sobre todo cuando le oyó referirse a la casa de putas y lo del chulo, empezó a reírse con alegría tal, que se apoderó de mí, con toda razón, la mayor reprobación por las mujeres, al ver a la niña aquella que simulaba estar enamorada de su pretendiente, con la ilusión de unas castas bodas, y que se alegraba ahora al oír el nombre tan sólo de un inmundo y sórdido lupanar. Aunque bien es cierto que en aquellos momentos los principios y las costumbres de las mujeres los estaba juzgando el raciocinio de un asno.

El joven aquel, entonces, retomó la conversación y dijo:

—¿Por qué no iniciamos ahora las súplicas a nuestro camarada Marte para que nos ayude en la venta de la muchacha y en la búsqueda de nuevos compañeros? Pero, por lo que veo, no tenemos ni un triste animal para el sacrificio, ni suficiente vino para las libaciones. Dejadme, pues, diez compañeros pertrechados para atacar el cortijo de aquí al lado, y organizad mientras tanto un banquete digno de sacerdotes salios¹¹⁰.

Y cuando se marchó, los demás prepararon una considerable hoguera, y un altar al dios Marte con hierba verde.

[11] Poco después llegaron los demás con unos pellejos de vino y arreando un rebaño de ovejas, del que eligieron un macho cabrío grande, viejo, de pelos hirsutos, y lo inmolaron a Marte, su protector y guía; en un momento estuvo organizado un opíparo almuerzo. Habló entonces el recién llegado y dijo:

—Debéis tomarme no sólo por vuestro jefe en los asuntos de saqueos y expolios, sino también como maestro de ceremonias en vuestra holganza.

Y con gran desparpajo se puso rápidamente a servirles lo que habían dispuesto: limpiaba, preparaba la mesa, guisaba, disponía las raciones repartiéndolas con soltura... pero, sobre todo, se empeñaba en ir llenando de vino unas

¹¹⁰ Supra, ver nota 54.

enormes copas. Con la excusa de seguir sirviendo, como exigía la buena mesa, iba y venía a donde estaba la muchacha a ofrecerle a escondidas —entre riñas— los mejores bocados, y las bebidas que había probado él antes; ella se los tomaba con ansia, y hasta consentía que alguna que otra vez la abrazara con sonoros besos; eso a mí me descomponía. «¿Es que te has olvidado ya, muchacha, de las bodas con ese pretendiente que te correspondía? ¿O es que te parece ni medio bien que, con desprecio por su cariño, te entregues ahora a tal libertinaje entre estas lanzas y espadas que nos amenazan? ¿Prefieres este advenedizo y sanguinario asesino al marido a que te unieron tus padres, a quien no tengo el gusto de conocer? ¿Qué pasaría si los demás bandidos se enteraran? ¿Vas a recurrir entonces al asno para facilitarme mejor muerte? Estás jugando con la piel ajena, niña.»

[12] Mientras estaba reprochándole para mis adentros su conducta con mi mayor indignación, llegué a saber por ciertas palabras equívocas —pero no tanto para un burro sagaz como yo— que no se llamaba Haemo, sino que se trataba de Tlepólemo, y que era el esposo mismo de la muchacha, pues a medida que avanzaba la conversación iban hablando con mayor claridad, menospreciando mi presencia, como si estuvieran ante un muerto.

—Ten confianza —le decía—, dulce Cárite, que dentro de poco tus enemigos van a ser tus prisioneros.

Y siguió repartiendo vino sin mezcla, un poco recalentado, con una constancia inasequible al desaliento, hasta que, empapados de vino, los tumbó la propia embriaguez; él, sin embargo, seguía sobrio. A fe que me hizo sospechar si no les echaba algo a modo de adormidera en las tinajas. Ahogados en vino, acabaron por echarse en el suelo como si estuvieran muertos. Y entonces, sin apresuramiento ninguno, los ató con nudos tan apretados como pudo, montó a la muchacha a mis lomos, y se puso de camino hacia la ciudad.

[13] Cuando llegábamos, la ciudad entera se echó a la calle para ver el acontecimiento tan esperado. Acudieron los padres y los parientes, los fámulos y los esclavos, todos

ellos con grande alegría en la cara y distendidos de gozo. Había allí una enorme multitud de todas las edades presenciando el espectáculo, ¡por Hércules!, nunca visto, de una doncella en triunfo sobre un burro. Yo mismo, más contento de lo que me correspondía, por no desentonar, como forastero que era, enderecé las orejas, inflé las narices, y solté un sonoro rebuzno; mejor dicho, clamé con un roznido atronador. A ella la llevaron a la cámara nupcial, donde la atendieron los padres solícitamente: yo, en cambio, con Tlepólemo y una enorme masa de acémilas y ciudadanos, volví hacia atrás voluntariamente —pues entre otras cosas soy muy curioso—, pues quería ser testigo de la captura de los ladrones, a los que encontramos todavía más atados por el vino que por las ligaduras. Primero sacaron las cosas almacenadas para elegirlas, y cuando nos hubieron cargado de oro, plata y otros muchos objetos de valor, cogieron a los bandidos atados como estaban, y a unos los llevaron a rastras hasta el roquedal, y los precipitaron, y a otros los decapitaron con sus mismas espadas.

Con tamaña venganza, llegamos a la ciudad contentos y alborozados. Las riquezas aquellas las pusieron bajo custodia pública, y a Tlepólemo le volvieron a entregar a la muchacha de acuerdo con la ley. [14] Desde entonces me cuidaba con esmero, y me proclamaba como su salvador; el mismo día de las bodas mandó que me llenasen el pesebre de cebada y que me pusieran heno suficiente como para un camello de Bactrinia. Pero cuando veía a los perros de la casa hartándose de las sobras, y de lo que robaban de la cena, maldecía con todas mis fuerzas las malas artes de Fotis para transformarme en asno en lugar de en perro.

Después de aquella noche extraordinaria en la que la recién casada se iniciara en los rudimentos del amor, no dejaba de recordar a sus padres y a su marido la gran estima que me tenía, por lo que se comprometieron a que disfrutara de las mejores consideraciones; por ello reunieron a los amigos de más prestigio, para que determinaran entre todos la manera de recompensarme mejor. A uno de la familia le pareció conveniente que me tuvieran en casa sin trabajar durmiendo en un lecho de cebada, y cebándome de

habas y algarrobas. Pero prevaleció la opinión del que velaba de verdad por mi libertad, porque les persuadió a los demás de que debían dejarme suelto por los campos, retozando entre los rebaños de caballos, que con la fecundidad de mis coyundas habría de dar a los dueños de los caballos multitud de crías de mula. [15] Así pues, llamaron al yegüero, y me pusieron bajo su protección entre grandes recomendaciones. Iba yo trotando por delante, derrochando alegría por dejar atrás fardos y otras cargas, y por si, principiando la primavera como estaba, pudiera encontrar alguna rosa por los muelles prados. Se me estaba ocurriendo, además, que si me agradecían y honraban con honores tales siendo acémila, con cuántos otros no habrían de homenajearme cuando recuperara la figura humana. Con todo, cuando el pastor aquel me hubo sacado fuera de la ciudad, no me esperaba, como creía, ni retozo, ni libertad alguna, porque su esposa, una mujer avara y malvada como no hay otra, me sometió inmediatamente al yugo de la noria del molino de manera que, moliéndome a palos con una considerable vara, se procuraban el pan con la molturación de mi pellejo. Y no contenta con derrengarme a mí con lo de la molienda de su trigo, aceptaba también el de los vecinos, porque arrendaba mis idas y venidas; tampoco me pagaban, ¡pobre de mí!, con el pienso estipulado por trabajo tan cansino, porque molturaba también mi cebada con mis propias vueltas, para vendérsela a los colonos de los alrededores: después de todo un día uncido a la pesada máquina, me echaban salvado sin cribar, sucio y lleno de arena por demás.

[16] Sometido a semejantes desgracias, todavía me sometió la Fortuna a nuevos tormentos, no fuera que, según dicen, llegara a envanecerme de mis hazañas en casa y fuera de casa. Así pues, aquel eminente pastor, tardío cumplidor de lo que se le había ordenado, me permitió por una vez juntarme a la recua de caballos; yo, asno libre al fin, alegre y retozón, no hacía más que ir buscando con paso comprometedor las yeguas que tendría por concubinas; pero también esa gozosa esperanza iba a acabar en capital desgracia, porque los sementales, cebados de pasto como es-

taban, excitados en sus ardientes instintos, y evidentemente mucho más fuertes que un asno, empezaron a temer por sí mismos y, en previsión de un adulterio de bastardía, sin atender al pacto de hospitalidad de Júpiter, se lanzaron tras su rival realmente encolerizados: uno de ellos se levantó sobre los cuartos traseros, con la cabeza erguida y el cuello estirado, y empezó a pegarme con las pezuñas delanteras; otro giró la grupa, redonda y musculada, y dio en cocearme con las patas de atrás; un tercero, empezó por amenazarme con su pérfido relincho, agachó las orejas, me enseñó la blancura de los dientes y su filo, para cubrirme luego de mordiscos, tal como había yo leído sobre un rey tracio, que azuzaba a sus caballos salvajes contra los pobres forasteros para que los despedazaran, porque el tirano aquel tenía empeño tal en ahorrar cebada, que calmaba el hambre de sus voraces caballerías con gran abundancia de cuerpos humanos. [17] Tan agobiado me vi con las acometidas de los caballos, que añoré aquellas benditas vueltas al molino.

La Fortuna, no satisfecha aún con mis desgracias, me estaba preparando nuevas calamidades: me destinaron a acarrear leña del monte, para lo que me pusieron a cargo de un zagal, sin duda el peor que haya existido, porque no era ya que me agotara subiendo las cuestas más empinadas, ni que se me astillaran las pezuñas al caminar por rocas afiladas, sino que, sobre todo, me tenía tan doblado a palos que hasta se me resintió la médula de los huesos. Como, además, siempre me sacudía los golpes en el mismo sitio del anca derecha, se me destrozó la piel al principio, y pasó luego a convertirse la herida en una excarnación, mejor dicho, en un agujero, un boquete casi, que no dejaba de azotar. Me cubría, además, con tan pesadas cargas de leña, que más parecía hacina para elefante que para borrico. Y por si fuera poco, cada vez que la parte más pesada de la carga se ladeaba, en vez de quitar del lado más pesado unos cuantos troncos para aliviar la carga o, por lo menos, trasladar unos pocos al otro costado, para equilibrarla, añadía unas piedras para igualar los pesos. [18] Y no contento con el desmesurado peso de las cargas que me colocaba, cuando teníamos que atravesar un río que cruzara el camino, se aco-

modaba a mi grupa para no mojarse las abarcas; aunque en realidad añadía poco peso a la desproporción de la carga. Pero si al resbalar en el barro de la orilla se me ocurría caerme, abrumado por el peso, en vez de echarme una mano, o de sujetarme del cabestro, tirarme de la cola o descargarme una parte para que pudiera levantarme —como era la obligación de aquel palafrenero de burros—, no prestaba ninguna clase de ayuda a mi fatiga, sino que, empezando por la cabeza, desde las mismas orejas, la emprendía a palos con una vara considerable, hasta que me levantaba a puro jarabe de palo. Pero no quedaba todo ahí, porque se le ocurrió un procedimiento todavía peor; el caso es que juntó un haz de espinos acerados y me los ató al rabo como si fueran un collar, de manera que me iba hiriendo con aquellos funestos aguijones a medida que caminaba. [19] De esa manera mi desgracia era doble; porque si apretaba el paso para librarme de la paliza, me pinchaban los espinos con mayor virulencia, y cuando me paraba para aliviar el dolor, me majaba a palos para que no dejara de caminar. Y es que aquel muchacho parecía que no pensaba en otra cosa que no fuera acabar conmigo; así me lo advirtió algunas veces entre juramentos. Acabó al final por ocurrir algo que estimuló la insaciable maldad de sus instintos, porque un día que su maldad había colmado mi paciencia y le di un par de coces, contestó con una verdadera maquinación: me colocó una carga de estopa bien atada con sogas; me sacó al camino; cogió luego un carbón en brasas de una villa cercana, la colocó en medio y la carga prendió con rapidez, alimentada por combustible tan ligero, de modo que me vi envuelto en llamas, abrasándome, sin recurso a la vista contra aquella calamidad, y sin esperanza de salvación, que el fuego no espera, y corre más que el mejor consejo. [20] En esos momentos de desesperación el favor de la Fortuna brilló con benevolencia, no sé si para reservarme otras ocasiones de sufrimientos; pero lo cierto es que me libró de una muerte segura, porque vi un poco más allá un charco de agua sucia de la lluvia del día anterior; me eché en él de un salto, se apagaron las llamas, y quedé libre de la carga y de la muerte. Pero el temerario muchacho me en-

dosó a mí su barrabasada diciéndoles a los pastores que, al pasar junto a unas hogueras con mi paso titubeante, me había dejado caer encima deliberadamente, y se había prendido el fuego. Terminó por decir riéndose:

—¿Hasta cuándo vamos a tener que soportar a este incendiario?

Unos pocos días después se me acercó con intenciones mucho peores: había vendido en una cabaña la leña que yo llevaba, y al volver de vacío se puso a gritar que mi desenfreno no tenía parangón, y que renunciaba a tan desgraciado oficio; y siguió luego quejándose así:

[21] —¿Veis a ese inútil, a ese perezoso, a ese burro por excelencia? Pues no quiero ni hablar de las muchas trastadas que me hace; pero es que no para de angustiarme constantemente con otras nuevas. Últimamente, cuando ve venir por cualquier camino una mujer hermosa, una doncella núbil, o un atractivo muchacho, se desembaraza allí mismo de la carga y hasta de los aparejos, se le acerca en estado de gran excitación y les demanda de amores; los echa al suelo y les propone desconocidas perversidades, aprestándose a desenfrenos de bestialidad, con la incitación a matrimonio contrario a Venus, pues les estrecha con las patas y les mordisquea con esa boca como si estuviera besándolos, lo que nos va a traer no pocos disgustos, querellas y hasta algún que otro proceso criminal. Ahora mismo acaba de ver a una muchacha joven; pues se ha desembarazado de la leña que llevaba, se ha ido arrebatadamente hacia ella y, como un galán cualquiera, después de echarla al sucio suelo, intentaba montarla ante todo el mundo; y si no llega a acudir a los gritos de la muchacha un grupo de transeúntes que la liberaron de sus pezuñas, la pobre, golpeada y maltrecha, hubiera tenido que hacer frente a una espantosa calamidad, y a nosotros nos hubiera arrastrado a la pena capital.

[22] Urdiendo mentiras tales con otros argumentos, que mi modesto silencio potenciaban, logró soliviantar la animosidad de los pastores por mi perdición, y dijo entonces uno de ellos:

—¿Por qué no sacrificamos a ese semental público, me-

jor dicho, a ese corruptor, y lo ofrecemos como víctima adecuada a sus perversidades? —Y añadió—: Degüéllalo cuanto antes, zagal, échales las vísceras a los perros, y guarda la carne para la cena de los jornaleros. Después curtimos la piel espolvoreándola de ceniza, se la llevamos al amo y le decimos que lo ha matado un lobo.

Sin vacilar lo más mínimo, aquel implacable acusica y verdugo de la decisión, riéndose encima de mi situación, y recordando sin duda el par de feroces coces que le di —que siempre he deplorado, por Hércules, que no hubieran sido suficientes— se puso a afilar la espada en una piedra.

[23] Pero uno del grupo aquel de campesinos se acercó y dijo:

—También es lástima matar a un asno tan hermoso, y quedarse sin su servicio, total, por la lujuria de su fogosidad, cuando se pueden eludir esos riesgos capándole para que no vuelva a enervarse de ardores; así, además, se hará más fuerte y robusto. Sé yo, no ya de asnos indolentes, sino de fogosos caballos, que padecen exceso de brío —fieros y rabiosos— y después de castrarles se amansan y derrochan sosiego, se avienen a la carga y se prestan a cualquier otra labor. Si os parece bien, de aquí a unos días —pues tengo que ir ahora al mercado—, puedo volver de casa con las herramientas precisas para, despatarrándolo, emascular a este fogoso e ingrato galán, y dejarlo más manso que un cordero.

[24] Con semejante proposición me vi arrancado de las fuertes garras del Orco, y a salvo de la última pena; pero no hacía más que llorar, como si con la pérdida de la parte más noble de mi cuerpo pereziera yo entero. Buscaba la manera de matarme de hambre, o despeñarme, que, morir por morir, prefería hacerlo en toda mi integridad.

Mientras estaba sopesando la manera de matarme, llegó de mañana mi verdugo particular y me llevó al monte como todos los días. Una vez allí, me dejó atado a la rama de una encina enorme, se fue un poco más allá para cortar con el hacha la leña que yo debía transportar, y mira por

dónde salió de una cueva un oso de cabeza altiva. En cuanto lo vi, aterrado por visión tan repentina, apoyé el peso del cuerpo en las patas de atrás y, estirando el cuello todo lo que pude, logré que se rompiera la correa que me sujetaba, y me di inmediatamente a una fuga precipitada por unas cuestas abajo, no sólo con las patas, sino dando vueltas con todo el cuerpo, hasta que llegué a unos llanos que estaban al fondo, y me puse a correr con el mayor ahínco para huir del oso, y de aquel muchacho peor que el oso.

[25] A poco, al verme un caminante, solo y perdido, se me acercó, se montó, me arreó con una vara que llevaba, y me guió por un intrincado y desconocido sendero. Yo seguía de buen grado aquel viaje, con tal de dejar atrás el atroz rebanamiento de mi virilidad; por otra parte, tampoco me incomodaban tanto los palos, acostumbrado como estaba a que me azotaran con verdaderas estacas.

Pero la obstinación en mis desgracias por parte de la Fortuna —que prescindía con admirable celeridad de la ayuda que me proporcionaba— me preparó nuevas asechanzas, porque mis pastores, como se les había descarriado una ternera, y estaban buscándola por todos lados, toparon con nosotros por casualidad y, al reconocermos, me cogieron del cabestro y trataron de llevarme consigo; aquel hombre se oponía con toda la audacia de sus fuerzas, poniendo a dioses y hombres por testigos:

—¿Por qué queréis robarme? ¿Por qué me atacáis?

—¿Conque por qué te maltratamos, eh? ¡Encima! ¡Después de habernos robado el asno! ¿Por qué no nos cuentas tú dónde has escondido —sin duda muerto— al muchacho que lo llevaba?

Lo obligaron a desmontar y la emprendieron a puñetazos y patadas con él, mientras juraba y perjuraba que no había visto a ningún muchacho, sino sólo, y suelto, al burro, y que se había hecho cargo de él exclusivamente por la recompensa, porque pretendía restituírselo a su dueño. Y aún añadió:

—Ojalá este asno —que no debiera haber visto en mi

vida— tuviera voz humana, para que pudiera dar testimonio de mi inocencia, que os iba a avergonzar de los malos tratos que me estáis dando.

Pero sus protestas de nada le sirvieron, porque aquellos pegajosos pastores le echaron una soga al cuello y le obligaron a volver hasta los intrincados bosques donde el muchacho solía cortar leña, [26] y no pudieron encontrar, sino su cuerpo despedazado y diseminado por el campo, de lo que infería yo que lo había hecho el oso con sus dientes: ¡por Hércules!, que hubiera dicho lo que sabía si hubiera estado provisto de la facultad de hablar; lo único que podía hacer era congratularme de tan tardía venganza.

Cuando al fin consiguieron recoger todos los trozos esparcidos del cadáver, lo enterraron allí mismo, y a mi Belerofonte particular le acusaron de cuatrero y de sicario, y lo llevaron encadenado hasta su humilde choza para que al amanecer del día siguiente compareciera ante los magistrados, y recibiera, según decían todos, el oportuno castigo.

Mientras los padres del muchacho se lamentaban entre sollozos y golpes de pecho de la muerte del hijo, mira por dónde, llegó el campuzo aquel —que no había echado en saco roto su promesa—, con la intención evidente de proceder al rebanamiento acordado de mis atributos, pero le dijo uno de los presentes:

—No viene de ahí ahora nuestra desgracia. Ven mañana, que nos daremos el gustazo de cortarle al pollino ese no solamente sus dotaciones, sino la cabeza entera; y no te creas que te va a faltar la ayuda de todos nosotros. [27] Y así fue como se aplazó hasta el otro día mi troceamiento.

Por mi parte no dejaba de agradecerle al pobre muchacho que, con su muerte, le concediera un día de plazo a mi suplicio. Pero ni aun así tuve un momento de tranquilidad, porque la madre del zagal no dejaba de lamentar la prematura muerte de su hijo, ni dejaba de sollozar inundada en lágrimas, vestida de negro, ni de mesarse la cárdena pelambrera con ambas manos, hasta que acabó por entrar en

el establo donde me encontraba, gritando a voces; sin dejar de golpearse y arañarse el pecho, dijo:

—Y ahora este cínico se pone a comer tan tranquilo en el pesebre hasta hincharse esa insaciable tripaza, haciendo gala de su tragalla, y sin apiadarse de mi desgracia, ni acordarse siquiera de la azarosa muerte de su amo. Está claro que desprecia la debilidad de mi vejez, me desdén, y se está creyendo que tan espantoso crimen va a quedar impune. ¡Se tendrá por inocente, sin duda! No deja de ser frecuente esperar la propia salvación, a despecho de la conciencia criminal, después de haber porfiado con intenciones tan aviesas. ¡Por la fe de los dioses! Ni aunque tuvieras el don de la palabra, maldito cuadrúpedo, ¿cómo ibas a convencernos —ni al más tonto— de que no tienes culpa ninguna en una atrocidad como esta, habiendo podido, como sin duda pudiste, proteger a mi pobre hijo a coces y a bocados? Si es cierto que le coceaste repetidas veces, ¿por qué no fuiste capaz de defenderle con el mismo empeño cuando estaba a punto de morir? Tenías que haberle dejado montarse a tu grupa, y con ello lo hubieras sacado de las manos ensangrentadas de su criminal ladrón, y no huir tú solo, dejando abandonado a tu compañero, tu amo, tu camarada, tu pastor. ¿O es que no sabes que a quienes deniegan ayuda a los que están en peligro de muerte se acostumbra a castigarlos por haber contravenido los buenos usos de la connivencia? Pero no te creas que vas a continuar gozando con mi desgracia por mucho más tiempo, que voy a hacer que te enteres de cómo la naturaleza da fuerzas al que sufre.

[28] Dicho esto, echó mano a la faja, y se puso a liármela a las patas hasta dejármelas bien sujetas, a no dudar, para que no tuviera oportunidad ninguna de defenderme. Cogió luego la tranca con la que solían asegurar las puertas del establo, y no dejó de darme estacazos hasta que la vencieron las fuerzas, y se le cayó el palo de las manos por su propio peso. Quejosa de que se le hubieran cansado los brazos, se acercó al hogar, cogió un tizón ardiendo y me lo colocó en las ingles, hasta que yo, con el único remedio que me quedaba, solté un chorro de mierda líquida, y la puse

perdida la cara y los ojos; con su ceguera, y el olor general, me libré de la muerte, porque en caso contrario, asno al cabo, hubiera muerto a la vez que el tizón de Altea, como otro Meleagro¹¹¹.

¹¹¹ Cuando Meleagro tenía siete días, se le presentaron a su madre las Moiras para vaticinarle que la suerte del niño estaba unida a la del tizón que ardía en el hogar. Si se consumía el héroe moriría. La madre apagó el tizón y lo guardó en un cofre. Mucho tiempo después se enfureció con el hijo porque había dado muerte a sus tíos —sus hermanos—, y fuera de sí, echó el tizón a las llamas, de manera que, cuando se consumió, murió Meleagro. Cuando reaccionó y se dio cuenta de lo que había hecho, ella también se dio muerte.

[1] **A**LA del canto del gallo llegó un joven de la ciudad, que me pareció uno de los criados de Cáríte, la muchacha aquella que había apurado conmigo tantas calamidades entre los ladrones. Se sentó al amor de la lumbré y se puso a darles cuenta al grupo de compañeros de esclavitud de las extrañas y realmente espeluznantes circunstancias que habían entornado la muerte y destrucción de su familia:

—Los que arreáis las mulas de Cáríte, sus pastores y sus boyeros tenéis que saber que ha dejado de existir, la pobre, a causa de un desgraciado accidente, y se ha marchado a los Manes, no sin compañía. Os voy a contar desde el principio lo que sucedió, para que os hagáis una idea precisa del caso, y para que otros más letrados, a los que la Fortuna les ha concedido el don de la narración, puedan plasmar esta historia en los papeles.

«Vivía en la ciudad de aquí al lado un joven de noble cuna, que disponía de dinero sobrado, pero era muy aficionado a las carreras, al puterío de posadas, y a beber a cualquier hora; como suele suceder en estos casos, se asoció a un grupo de maleantes y, naturalmente, llegó a mancharse las manos de sangre. Se llamaba Trasilio: tal era él, y la fama que llevaba. [2] Y cuando Cáríte hubo llegado a edad casadera, se le acercó, con el empeño de obtener sus gracias, pero, aunque aventajaba a los otros pretendientes en alcurnia, por mucho que trató de granjearse el cariño de los padres con costosos regalos, reprobado por sus malas costumbres, se vio ridiculizado con la afrenta del rechazo.

Y cuando se dio cuenta de que entregaban a la muchacha al buen Tlepólemo, se empeñó en mantener viva la llama de aquellos amores confundidos, de forma y manera que, transtornado por la negativa de acceder al tálamo, no hacía más que buscar una excusa de enfrentamiento a duelo. Y al fin se le presentó la ocasión favorable que había deseado por tanto tiempo: porque el día que la muchacha se vio libre de la mano poco amiga de los bandoleros, por la astucia y el valor de su esposo, se mezcló entre la multitud que celebraba el regreso dando tales saltos de gozo que parecía alegrarse en verdad de su salvación y de la felicidad de los desposados. En atención a la nobleza de su ascendencia, se le recibió incluso en familia, entre los huéspedes principales. Él, que escondía criminales intenciones, representaba perfectamente el papel de amigo fiel. Con la frecuencia de las tertulias, y el trato asiduo —que incluso comían y cenaban juntos muchas veces—, cada vez se apreciaban más, pero él iba poniéndose poco a poco, sin darse cuenta, en el disparadero de la pasión. ¡Y cómo podía ser de otra forma, si incluso la pequeña llama de los amores frustrados es placentera al principio! Pero cuando se aviva al calor de la costumbre, su desmedido ardor llega a consumir a cualquiera.

[3] »Lo cierto es que Trasilio se estaba dando cuenta por sí mismo de que de esa manera iba a tener cada vez menos oportunidad de acercarse a la obsesión de sus adúlteros deseos, por la cantidad de sirvientes que la rodeaban, y no iba a poder romper los firmes lazos de un amor en aumento: y aunque ella consintiera —que no podía consentir—, se interpondría entre ellos la inexperiencia de la muchacha en asuntos de adulterio. Con todo, se veía empujado con tozuda obstinación a conseguir lo que no podía, como si pudiera, porque lo difícil le parece fácil a una pasión sometida al paso del tiempo. Os pido ahora que pongáis la más solícita atención, para que os deis cuenta de hasta dónde lleva el arrebató de una pasión desenfrenada.

[4] »Un día Tlepólemo había ido a cazar fieras en compañía de Trasilio —si es que se puede hablar de ferocidad en los ciervos, porque Cáríte no soportaba que su marido

saliera de caza de animales dotados de colmillos o cuernos. Al llegar a un frondoso cerro, cuya densa maleza ocultaba los venados de la vista de los cazadores, se dio la orden de acoso a los animales que hubiera; dispusieron los perros mejor dotados para el rastreo de manera que rodearan las entradas, tal como se les había enseñado, y se pudo apreciar un rumor sordo hasta que, a una señal, llenaron el recinto de fogosos y discordantes ladridos en algarabía; pero no salió ni capra, ni gamo tembloroso, ni el más inofensivo ciervo, sino un jabalí extraordinariamente grande, de fuertes músculos y piel curtida, con el pelaje erizado, hirsutas las cerdas del lomo, los colmillos rechinando entre saliva, los ojos encendidos y amenazadores, y retando a todos con la fortaleza enfurecida de un hocico amenazador. En un momento destrozó de dos embestidas a un lado y otro a los perros que se habían atrevido a cerrarle el paso; luego rompió las redes que le habían retenido la primera acometida, y se marchó. [5] Todos nosotros, acostumbrados a cazar sin peligro, como íbamos desarmados y sin protección, estábamos aterrados, y nos escondimos precavidamente entre la frondosidad de los árboles. Pero Trasilio vio en todo esto la oportunidad esperada de tenderle una trampa, e incitó a Tlepólemo capciosamente:

»—¿Y por qué razón vamos a dejar escapar una pieza como esa? ¿O es que nos vamos a atemorizar como esos villanos? ¡Ni que fuéramos afeminados! ¿Por qué no cogemos los caballos y vamos tras él? Coge tú el venablo este, que yo me quedo con la lanza.

»Montaron a caballo con la decisión de alcanzar la pieza que, consciente de su fuerza, se dio la vuelta. y se engalló en su fiereza, dispuesto a defenderse a dentelladas contra el primero que se decidiera a atacar. Fue Tlepólemo el primero en lanzarle al lomo el venablo que llevaba. Trasilio, sin embargo, se despreocupó de la fiera y dirigió su lanza a los tendones de las patas de atrás del caballo que montaba Tlepólemo. Al caer el caballo a plomo sobre sus patas, ensangrentado, quedó postrado y echó su montura al suelo sin pretenderlo. El jabalí, entonces, se lanzó enfurecido sobre el caído, y le rasgó, primero la ropa, y luego,

mientras intentaba levantarse, las carnes. Aquel buen amigo ni se inmutó con la horrible escena; ni siquiera se dio por satisfecho viendo a la víctima de su crueldad en tan gran peligro, y le clavó la lanza en el muslo derecho a quien, defendiéndose, pedía ayuda patéticamente; confiaba así en que la herida de la lanza se confundiría entre las producidas por las navajas del jabalí. Sólo al final atravesó a la fiera con suma facilidad. [6] Después de morir de aquellas trazas el joven, salimos los sirvientes cada uno de su escondrijo y nos acercamos. El otro, conseguido lo que pretendía, aun alegrándose de la postración de su enemigo, ocultaba su gozo aparentando tristeza y dolor, y, abrazado al cadáver que él mismo había producido, fingía pameas de plañidera: únicamente las lágrimas se le resistieron a brotar. Como todos los demás que lo lamentábamos de veras, achacaba a la fiera la culpa de una muerte que había cometido con sus propias manos.

»Apenas se hubo consumado el crimen, la Fama¹¹² del mismo se difundió, en primer lugar, por la casa de Tlepólemo y golpeó los oídos de la pobre desposada, que, al conocer semejante nueva —la peor que podía llegarle—, arrebatada y fuera de sí, se puso a recorrer en una carrera delirante las concurridas plazas y los campos, lamentando con voz de loca la muerte de su marido. Acudió a todo esto una multitud apenada de ciudadanos que se sumaban al cortejo, para acompañarle en su dolor, de manera tal que la ciudad entera quedó desierta. Al llegar hasta el cadáver del marido le faltó el aliento, y cayó tan desfallecida sobre su cuerpo, que estuvo a punto de rendir el alma que le había ofrecido; pero le reanimaron los suyos y aceptó, contra su voluntad, permanecer entre los vivos: desde allí se organizó el cortejo hasta la sepultura, con el acompañamiento del pueblo entero.

¹¹² La Fama, es decir, la «Voz Pública» esta dotada de muchos ojos y bocas y viaja por los aires a gran velocidad. Habita en un palacio de bronce, plagado de aberturas por donde se infiltra cualquier voz, por leve que sea, y luego las difunde amplificadas, como si de una campana se tratase. No deja de ser la personificación de la fama, de la opinión pública.

[7] »Trasilio, por su parte, no dejaba de sollozar y lamentarse tanto, que sus lágrimas, que antes se le resistían, en su creciente gozo, manaban tan abundantes, entre palabras de cariño, que hubieran engañado a la propia Verdad. No dejaba de gemir y de pronunciar el nombre del difunto con el añadido de compañero, de amigo, e incluso de hermano; le cogía de las manos a Cáríte para que no se golpeará el pecho; la consolaba; intentaba aminorar sus lamentos y calmarle el dolor con palabras cariñosas; le hablaba de las desgracias de otros para consolarla, pero todos esos piadosos oficios eran sólo la excusa para acariciar a la muchacha, y para alimentar su odioso amor con una ruin satisfacción.

Después de oficiar los sacrificios fúnebres, determinó la muchacha acompañar a su marido, para lo que se dejó arrastrar por una profunda dejadez, que es el medio que no necesita arma ninguna, como no sea la del desmadejamiento y la carencia de voluntad: se abandonó al hambre, a la desidia, renunció a la luz del día, y se recluyó entre tinieblas. Pero Trasilio, en ocasiones por sí mismo, otras veces a través de los familiares más íntimos, o valiéndose incluso de los propios padres de la muchacha, conseguía reavivar los miembros casi desfallecidos ya de tanta palidez y suciedad, bañándola y suministrándola algo de comida. Ella, en consideración a sus padres, iba cediendo a la sagrada obligación con desgana, y afrontando los deberes de los vivos tal como le pedían, si no con el rostro alegre, sí más y más serena, aunque en su interior se consumiera de duelo y de tristeza. Empleaba el día entero y sus noches en añoranza luctuosa; y para su propio alivio, se atormentaba rindiendo culto aplicadamente a unas imágenes del difunto que había mandado esculpir bajo la advocación del dios Liber¹¹³. [8] Trasilio, atolondrado y audaz como su propio nombre, no dudó en hablarle de matrimonio cuando todavía seguía llorando a su marido, ni en descubrirle con innoble imprudencia sus callados secretos y sus engaños inefables, sin esperar a que se le secaran aquellas lágrimas de dolor, ni de

¹¹³ Supra. Ver nota 100.

que se sosegara su arrebato, ni de que llegara a cansarse de la duración del luto. Cáríte se estremeció al oírlo: rechazó con horror tan abominables palabras, perdió el sentido y se desplomó, como sobrecogida ante el trueno, la tempestad, o el propio rayo divino. Cuando se recobró poco a poco, gruñendo como una fiera al darse cuenta de la estratagema del malvado Trasilio, dio largas al acoso del pretendiente, para formarse una opinión mejor. Fue entonces, durante la dilación, cuando la sombra de Tlepólemo, tristemente asesinado, ensangrentada y pálida, tomó forma, interrumpiendo el honesto sueño de la mujer, y le dijo:

»—Esposa mía —que nadie más te va a poder llamar así aunque se marchite en tu alma mi recuerdo, por mucho que mi prematura muerte extinguiera nuestro compromiso de amor—: cástate en buena hora con quien quieras, pero en ningún modo caigas en manos del sacrílego Trasilio; no le hables siquiera; no te sientes a su mesa; no aceptes su lecho. Huye de la mano sanguinolenta que me mató. No pongas tus nupcias bajo los auspicios de un parricida. Aquellas heridas cuya sangre humedecieron tus lágrimas, no eran sólo consecuencia de las dentelladas; fue la lanza de Trasilio lo que me separó de ti —y continuó luego aclarándole los detalles de la escena del crimen.

[9] »A ella, abatida y recreándose en el dolor incluso dormida, continuaban humedeciéndosele las mejillas de incabables lágrimas, como si al oírlo le hubieran aplicado un inesperado martirio, y no dejó de rasgarse las vestiduras, ni de arañarse los torneados brazos con sus propias manos.

»Con todo, no dijo nada a nadie sobre sus visiones nocturnas; ocultó el indicio que tenía del crimen, y resolvió en silencio castigar al homicida para sustraerse después a su miserable vida. El detestable pretendiente, por su parte, sin control ya sobre su pasión, volvió a proponer matrimonio a la cerrazón de sus oídos; ella rechazó con delicadeza las palabras de Trasilio y, con admirable astucia, le contestó a sus susurros y adulaciones con adulaciones y susurros:

»—Ten en cuenta que todavía tengo grabada en los ojos la hermosura de tu pariente, a la par marido mío; que todavía llevo en mis sentidos el olor a canela y ambrosía de

su cuerpo; aquel bello Tlepólemo vive aún en mi corazón. Harías santamente si le concedieras a esta mujer el tiempo habitual para completar en unos meses de luto el año prescrito, porque le conviene tanto a mi honestidad como a tu salud, no vaya a ser que con la anticipación de nuestras bodas provoquemos su justa indignación, y te destruya el implacable espíritu de mi marido.

[10] »Pero ni por esas se calmó Trasilio: no se dio por satisfecho con el aplazamiento, y continuó importunándole desvergonzadamente con su lasciva lengua, hasta que, aparentando que se daba por vencida, le contestó:

»—Es preciso, Trasilio, que por lo menos me prometas —y te lo ruego con mucha insistencia— una cosa: y es que, por el momento, rodeemos del más absoluto silencio nuestros encuentros a escondidas, para que ni los sirvientes sospechen nada, mientras no transcurra el tiempo que falta para completar el año.

»Quedó Trasilio convencido con la promesa falaz de la mujer, y sucumbió: consintió en verse furtivamente con ella, de manera que pospuso cualquier otro asunto a la satisfacción de su pasión, y se quedó esperando con impaciencia a que llegara la noche cerrada: "Pon cuidado en tu parte bien", le había dicho Cárite, "y que nadie te acompañe. Cuando llegues a mi puerta durante la primera vigilia, llama una sola vez, y te abrirá mi nodriza que va a estar al pie de la puerta esperándote. Después de abrirte, te llevará hasta mi cámara sin la complicidad de luz ninguna."

[11] »A Trasilio le gustó la puesta en escena de aquellas nupcias fúnebres, aunque, sin sospechar nada malo, y reconcomido de impaciencia, se quejara de tener que esperar todo el día y toda la tarde. Pero cuando el sol cedió su lugar a la noche, después de prepararse como Cárite le ordenara, entró en la habitación realmente ilusionado, sin caer en la trampa de la espera de la nodriza. Entonces la vieja, según le ordenó su señora, le sacó, como de tapadillo, unas copas y una jarra de vino mezclado con una adormidera; y mientras él daba buena cuenta de la bebida, ella iba disculpando la tardanza con la excusa de que la señora estaba atendiendo a su padre enfermo, hasta que quedó su-

mido en un profundo sueño. Cuando estaba ya tendido, a merced de cualquier agravio, llamó a Cáríte, que entró refunfuñando con varonil decisión y terribles intenciones en el pensamiento: se sentó sobre el asesino y dijo:

[12] »—Aquí tenemos al fiel amigo de mi marido, el cazador sin par, mi querido esposo. Este es el brazo que derramó mi sangre, este el pecho que urdió las artimañas de mi perdición, y estos los ojos en los que para mí el mal se complugo, y que están presintiendo su inminente oscuridad, adelantándose a las penas que les esperan. Duerme tranquilo; sueña feliz, que no te voy a matar ni a hierro ni a espada: lejos de mí el igualarte a mi marido con una muerte parecida. Tú vivirás, pero morirán tus ojos: no verás más que en sueños. Voy a hacer que juzgues más dichosa la muerte de tu enemigo, que tu propia vida. No volverás a ver la luz; necesitarás la mano de algún amigo; tampoco poseerás a Cáríte, ni gozarás de sus nupcias, ni te aliviará la quietud de la muerte, ni gozarás de la alegría de la vida: vas a ir constantemente errando del Orco al Sol como alma en pena en pos de la que te partió las pupilas; y lo que es peor: no vas a saber de quién quejarte. Haré libaciones con la sangre de tus ojos ante el sepulcro de mi Tlepólemo, y con esos ojos oficiaré exequias en honor de sus Manes. Pero, ¿es que te vas a aprovechar de la tardanza en darte el tormento que mereces, cuando a lo mejor estás soñando con mis peligrosos abrazos? Abandona la oscuridad del sueño y entra ya en la ceguera de tu castigo. Levanta la mirada vacía; entérate de mi venganza; date cuenta de lo que es el infortunio; calibra lo que es la desgracia: así es como le gustan tus ojos a una mujer honesta; ahí tienes las antorchas que iluminan tu tálamo; vas a tener de madrinas de bodas a las Furias; y por compañía, la ceguera y el eterno aguijón del remordimiento.

[13] »Tras semejantes vaticinios, se sacó una aguja del tocado, le ensartó a Trasilio ambos ojos, y lo dejó con las cuencas vacías. Mientras un dolor desconocido le despabilaba del sopor de la borrachera, tomó ella la espada que Trasilio solía ceñirse, y comenzó una loca carrera por toda la ciudad, tramando, sin duda, no sé qué nueva calamidad, has-

ta que llegó a la tumba de su marido. Nosotros y el pueblo entero salimos de las casas y la seguimos animándonos mutuamente a quitarle la espada de aquellas insensatas manos. Al llegar junto al túmulo de Tlepólemo nos mantuvo a raya a todos con la fulgente espada, y al percatarse de nuestros gemidos y lamentos, nos dijo:

»—Abandonad esas inconstantes lágrimas; dejad el duelo, ajeno a mis virtudes, que me he vengado ya del cruento asesino de mi marido; he castigado al hurtador de mis nupcias, y ha llegado ya el momento de buscar el camino de los infiernos con esta espada, para juntarme con mi Tlepólemo.

[14] »Terminó luego por contar en pocas palabras lo que su marido le había dicho en sueños y con qué astucia había conseguido atraer a Trasilio, y a seguido se desplomó, después de atravesarse el costado derecho con la espada; estuvo aún un rato revolcándose en su propia sangre y balbuciendo sonidos ininteligibles, hasta que exhaló su alma viril. Entonces los familiares limpiaron con todo cuidado el cuerpo de la pobre Cáríte y la colocaron en la misma sepultura en la que el marido alcanzó una esposa para la eternidad.

»Cuando Trasilio se enteró de lo sucedido, como no podía dar una satisfacción adecuada a las desgracias que había ocasionado, en el convencimiento de que la espada no era suficiente castigo para la enormidad de su crimen, se presentó espontáneamente en el propio sepulcro y exclamó:

»—Aquí tenéis, enfurecidos dioses, una víctima que se os entrega voluntariamente —y echó tras sí la lápida, decidido a condenarse con la sentencia de acabar con su vida por inanición.»

[15] Esto es lo que, entre sollozos y lágrimas, les contó el joven aquel a los impresionados campesinos que, temiendo por el cambio de dueño, se aprestaron a marcharse, lamentando el infortunio de la casa de su dueña. El encargado de los caballos, que se había hecho también cargo de mi cuidado, recogió las cosas de más valor que tenía por la cabaña, me los cargó a mí y a las demás caballerías, y abandonó su residencia. Llevábamos encima a los niños, las mu-

jeros, pollos, aves, cabritos y hasta los cachorros de perro; todo lo que podía retardar la huida marchaba sobre nuestras patas, pero a mí no me fatigaba el peso de los fardos, por grande que fuera, porque en aquella gozosa huida iba dejando atrás al odioso cercenador de mi virilidad.

Atravesamos la cresta boscosa de un monte lleno de rocas, y continuamos por la llanura contigua hasta que, al caer la tarde, llegamos a un poblado concurrido y rico, cuyos habitantes querían disuadirnos de que continuáramos camino de noche, incluso muy de mañana, pues, al parecer, aquella región estaba plagada de enormes lobos, feroces como ellos solos, y habituados a atacar, que se apostaban en los caminos, y agredían a los caminantes como si de ladrones se tratara; cuando estaban pasados de hambre, llegaban incluso a atacar a los cortijos de los alrededores. Habían matado a muchos animales domésticos, y eran un peligro real para los hombres. El mismo camino por donde debíamos pasar blanqueaba ya con los huesos descarnados de tantos cuerpos de hombres medio devorados como había, por lo que debíamos tomar precauciones, si queríamos sobrevivir, tendríamos que salir bien entrado el día, con el sol en su plenitud, y evitando los lugares umbrosos, porque la luz aminoraba la ferocidad de esos temibles animales. Además, no debíamos caminar esparcidos, sino apiñados. [16] Pero aquellos fugitivos necios que nos llevaban, con la temeridad de una prisa ciega, por miedo a una improbable persecución, despreciaron una advertencia tan razonable, y sin esperar la amanecida, nos pusieron en camino más o menos a la hora tercia, cargados como estábamos. Yo, por miedo al peligro que nos habían anunciado, iba lo más escondido que podía entre las demás caballerías, dándole vueltas a la forma de proteger mejor mis ancas de los ataques de las fieras, de lo que se admiraban todos de que marchara siempre por delante de los caballos; aquella agilidad, sin embargo, no era indicio de entusiasmo, sino de miedo. Se me iba ocurriendo que si el ínclito Pegaso¹¹⁴ voló, fue por miedo, y sólo por eso se le representa alado:

¹¹⁴ Supra. Ver nota 108.

cuando volaba hasta lo más alto del cielo, era porque estaba aterrado de las dentelladas de fuego de la Quimera¹¹⁵.

Los pastores que nos conducían se habían pertrechado como para una batalla: el uno con lanza, otro con venablo, aquel con dardos, el de más allá con garrotes, sin contar con las piedras que la aspereza del terreno suministraba en abundancia. Había quienes llevaban afiladas estacas, y otros muchos ahuyentaban a las fieras con antorchas encendidas. Lo único que faltaba para que pareciera una sección de ejército eran las trompas. Pero después de haber arrostrado en vano tan inconsistente peligro, caímos en trampas peores. Porque los lobos debieron de quedar aterrados del estrépito que armaba tan compacta formación, o por el resplandor de las llamas, o porque se habían ido por otros derroteros; el caso es que ni nos atacaron, ni se dejaron ver ni de lejos. [17] En cambio, al pasar por un caserío, sus habitantes nos tomaron por ladrones, y, temiendo por sus bienes, con la algarabía habitual en estos casos, se apresuraron a azuzar contra nosotros unos enormes perros, más feroces que los lobos y los osos, que habían sido amaestrados para la defensa; al verse atizados por el griterío de los suyos cayeron sobre nosotros, se abrieron en dos alas de ataque, empezaron a dar dentelladas a diestro y siniestro sin distinguir entre caballerías y personas, y a su paso dejaron a muchos tendidos en el suelo. A cualquiera le hubiera parecido un espectáculo más penoso que digno de memoria, porque aquellos perros que nos azuzaron agarraban a unos de los que huían, otros a los que se quedaban quietos, otros se cebaban en los caídos al suelo, y no paraban de dar dentelladas por aquí y por allá a su antojo. Entre tan grandes peligros, además, vino a continuación otro mayor: los campesinos empezaron a tirarnos piedras desde los tejados y desde una colina cercana, de modo y manera que ya no sa-

¹¹⁵ Quimera es un animal fabuloso, al que se presenta con cabeza de león, cuerpo de cabra, y cola de serpiente. Despide llamas por la boca. El rey de Licia le ordenó a Belerofonte que le diera muerte por los pillajes a que se entregaba. Belerofonte montado sobre Pegaso, logró matarla con una lanza en cuya punta había colocado un poco de plomo, que al derretirse con el fuego de la garganta de la Quimera, la ahogó.

bíamos si dedicar nuestros esfuerzos a defendernos del acoso inmediato de los perros, o de la lluvia de piedras. Precisamente uno de los tejos le dio en toda la cabeza a una mujer que iba a mi grupa, que, aturdida por el golpe, empezó a llamar con clamoroso llanto a su marido, el pastor del que ya he hablado antes. [18] Y mientras le limpiaba la sangre de la cara, se puso a decir a gritos todavía más altos, poniendo a los dioses por testigos:

—¿Por qué atacáis con tal saña a unos pobres hombres cansados de caminar? ¿Es que queréis nuestro botín? ¿O es que os estáis vengando de algún daño que os han hecho? ¡Tampoco es que viváis en cavernas como los animales, ni entre peñas, como los salvajes, como para que gocéis derramando sangre humana!

Apenas acabó de decirlo, cesó la lluvia de piedras, y llamaron a la jauría de perros, conque pasó la tormenta, y uno de ellos nos dijo desde lo alto de un ciprés:

—No os hemos atacado para quitaros vuestras cosas, sino por temor a que nos atacarais vosotros. Ahora ya podéis continuar en paz vuestro camino.

Así se expresó, y nosotros reemprendimos la marcha en variopinta desigualdad: unos molidos y apedreados, otros magullados a dentelladas, y todos nosotros maltrechos.

Después de haber recorrido un buen trecho del camino, llegamos a un lugar plagado de árboles inmensos diseminados en deliciosas praderas, donde nuestros guías tuvieron a bien pararse un poco a descansar y reponerse de los golpes. Echados en el suelo para recuperar las fuerzas, se dedicaron sobre todo a aplicarse remedio a las heridas: uno se limpiaba la sangre en el agua de un riachuelo, otro se ponía compresas de vinagre en los moratones hinchados, aquel otro se vendaba las heridas todavía abiertas... Cada uno se ocupaba de sus heridas.

[19] A todo esto, desde lo alto de una colina nos estaba mirando un anciano —que, a juzgar por las cabrillas que pacían a su alrededor, se podía asegurar que era un pastor—, al que uno de los nuestros le pidió si tenía leche o queso tierno para vender, a lo que contestó moviendo la cabeza de un lado a otro:

—¿Y ahora precisamente se os ocurre a vosotros pensar en comida, bebida, o cualquier otro refrigerio? ¿Es que no sabéis dónde estáis?

Y diciéndolo, reunió a las cabras, dió media vuelta y se marchó. Su voz y su huida metió el miedo en el cuerpo a nuestros pastores, y mientras, empavorecidos, trataban de enterarse de las particularidades del terreno, sin encontrar quien se lo aclarara, apareció otro anciano, alto él, cargado de años, que se acercaba por el camino apoyando todo su cuerpo en un cayado, arrastrando el paso cansino, y llorando a lágrima viva. Al vernos, hincó la rodilla ante uno de los muchachos, y le dirigió estas palabras con redoblado llanto:

[20] —Por vuestra Fortuna y vuestros Genios¹¹⁶ —así lleguéis sanos y alegres a mis años—, socorred a este viejo decrepito, devolviéndoles a mis canas el consuelo de mi pequeño, que me lo han arrebatado los Infiernos: Mi nieto, mi tierno compañero de viaje, cuando intentaba coger un pajarillo jacarero que estaba apostado en un seto, se ha caído a una fosa cubierta de zarzas, y está en grave peligro de muerte. Aunque vivo todavía, porque se le oye llorar y llamar a su abuelo, mis fuerzas, como podéis comprender, no pueden darle la ayuda que necesita. Vosotros en cambio podéis socorrer a este pobre viejo, salvando con vuestro vigor de juventud a mi único descendiente; a mi último heredero.

[21] Como mientras les rogaba con tanta humildad, se mesaba a la vez la blancura de sus cabellos, todos se compadecieron de él, de manera que el más animoso, joven y fuerte, el único que había salido incólume del encuentro pasado, se levantó pronto a preguntarle que dónde se había caído el muchacho, y se dispuso a acompañar con la mayor diligencia al viejo que señalaba con el dedo unos zarzales erizados que había por allí. Cuando hubimos comido nosotros, y se hubieron curado ellos, nos volvieron a cargar a

¹¹⁶ Genios son los seres inmanentes a cada persona, a cada lugar, a cada institución, cuyo espíritu simbolizan. Nacen con la persona a la que están ligados, y tienen la misión de protegerle y conservar su existencia.

cada uno lo nuestro, y decidieron reemprender la marcha, pero antes llamaron a grandes voces y por su nombre al joven aquel. Les preocupaba la tardanza, y determinaron enviar a uno para recordarle que ya era hora de ponerse en camino. Al cabo de un rato regresó precipitadamente, pálido como la cera, y trayendo nuevas extraordinarias sobre su compañero de esclavitud: lo había visto tendido en el suelo y, engullido en su mayor parte por un enorme dragón, pero no aparecía el malvado viejo por ninguna parte. Al saberlo, entendieron las palabras del pastor como una advertencia contra aquel huésped monstruoso, y se marcharon a todo correr de aquel horrible lugar, llevándonos a nosotros por delante a base de darnos nuestros buenos garrotazos. [22] Hicimos una jornada de camino de un tirón, a buen paso, hasta que, para pasar la noche, nos acercamos a una aldea donde había sucedido un hecho memorable que quiero contaros ahora:

Un esclavo cuyo dueño le había encomendado la administración de sus asuntos y la finca a la que nos habíamos dirigido, aun casado con una compañera de esclavitud, se abrasaba de deseo por una mujer libre de otra familia. Espoleada por el resquemor del adulterio, su esposa hizo un montón con los papeles de las cuentas y les dio fuego. No contenta con su venganza por la afrenta al lecho conyugal, decidió castigarlo en lo más íntimo, conque se ató una cuerda al cuello y al del niño que había tenido de su marido hacía un tiempo, y se precipitó a un profundo barranco, arrastrando al hijo con ella. Al enterarse el amo se tomó tan a mal esas muertes, que cogió al esclavo que había sido la causa de la desgracia de la esposa, y lo ató, desnudo y untado de miel, al tronco carcomido de una higuera donde abundaban las hormigas. En cuanto percibieron el olor dulce y meloso del cuerpo, aun siendo pequeñas, le fueron dando tal cantidad de mínimas, pero constantes mordidas, que, atormentándole por largo tiempo, llegaron a corroerle las carnes todas, hasta las vísceras, y le dejaron tan pelados los miembros, que sólo quedaron los huesos, de una blancura deslumbrante, pegados al árbol, y viudos de carne.

[23] Dejamos por fin aldea de tan mal fario, y a sus lu-

gareños sumidos en luctuoso duelo, y continuamos durante todo el día atravesando por caminos de campo llano, hasta que, cansados ya de la jornada, llegamos a una populosa y noble ciudad, en la que nuestros pastores decidieron establecer sus nuevos hogares definitivamente, porque les pareció un escondrijo seguro contra los que les buscaran, y por la celebrada fama de su mercado. Con tan sólo tres días para rehacernos, nos dejaron a las caballerías aptas para una buena venta; nos llevaron al mercado, empezaron a correr la voz del precio de cada uno, y adjudicaron los otros asnos y los caballos a ricos compradores, pero a mí me pasaban por alto con un gesto de desdén. Estaba ya tan hastiado del toqueteo de los que comprobaban mi edad mirándome los dientes —cuyas manos olían que alimentaban— que a uno que hurgó reiteradamente en mis encías con sus desvergonzados dedos, le lancé un mordisco que le trituré la mano, con lo que se les quitó a los circundantes las ganas de comprar un animal tan bravo. El voceador, cansado de destrozarse la garganta, se hacía el gracioso a mi costa con su ronca voz:

—¿Hasta cuándo vamos a tener expuesto a una venta imposible a este anciano, inválido sobre cascos desgastados, tullido, arisco de tan perezoso como es y sin otra utilidad que de cedazo? Démoselo de una vez a quien no le importe gastar heno en balde.

[24] Así provocaba la risa de los mirones aquel pregonero; pero mi cruel Fortuna, de la que, ni poniendo tantas tierras por medio, había podido desprenderme, no contenta con las pasadas desgracias, puso otra vez sus ciegos ojos en mí, y por arte de birlibirloque trajo a mi presencia el comprador más apropiado a mis tremendas desgracias. Sabed de una vez de quién se trataba: un maricón; un maricón viejo y calvo por demás, pero con rizos canosos y pendulones; la hez de la sociedad; uno de los que, obligados a mendigar, celebran a la diosa Siria¹¹⁷ con címbalos y cas-

¹¹⁷ Diosa oriental. Cabe, sin embargo, por el contexto jocoso de que se trata, que esté jugando con las palabras, puesto que «sirus» también significa «escoba».

tañetas por las calles y plazas. Empeñado en adquirirme, le preguntó al vocero que de dónde era, y le respondió que de Capadocia y que era muy resistente. Se interesó luego por mi edad, y le contestó con socarronería:

—Un matemático que ha consultado su carta astral, decidió que tenía cinco años, aunque sólo él conoce sus datos del censo. Pero si puedo venderte un ciudadano romano como si fuera esclavo, aun contraviniendo a sabiendas la Ley Cornelia, ¿por qué no vas a poder adquirir tú la propiedad de algo que te sea útil, y que te puede ayudar en casa y fuera de casa?

A pesar de todo, aquel odioso comprador no paraba de preguntar unas cosas y otras, hasta que se interesó por mi mansedumbre, [25] a lo que le contestó el pregonero:

—Aquí donde lo ves, es un auténtico borrego, no un asno, y manso como él solo para cualquier trabajo; ni muerde, ni cocea; diríase que bajo esta piel de burro se esconde un hombre pacífico; no creas que es difícil comprobarlo: ponle la cara entre los dos culos, y verás lo paciente que es.

Con tanta mordacidad trataba el vocero al cocinilla aquel, que al fin se dio cuenta, y le dijo indignado:

—Y tú, sucia carroña, casqueras sin sentido, babute, ojalá la diosa Siria, origen de todo, y el santo Sabadio¹¹⁸, Belona¹¹⁹ y la Madre Ida¹²⁰, y Venus con su Adonis¹²¹ te dejen ciego por reírte de mí con tus bufonadas, estúpido; ¿o es que piensas que se puede confiar una diosa a un asno

¹¹⁸ Sabacio o Sabadio es un dios frigio, cuyo culto tiene carácter orgiástico. Con frecuencia se le asimila al dios griego Dionisos.

¹¹⁹ Como esposa del dios Marte, Belona es también la diosa de la guerra. Se la representa conduciendo un carro, con rasgos horripilantes y empuñando una antorcha, de manera muy semejante a las Furias.

¹²⁰ Madre Ida; aquí, al parecer, se refiere a la madre Cibeles, madre de los dioses.

¹²¹ Adonis, era hijo de Mirra —que fue convertida en árbol por haber engendrado de su propio padre. Nació pues del árbol de la mirra. Compadecida Venus de la criatura, se la entregó a Perséfone para que lo criara, pero ésta se prendó del niño y se negó a devolvérselo a Venus. La disputa entre las dos la zanjó Zeus adjudicando el niño un tercio del año a cada una, y otro tercio a elección del propio Adonis, quien decidió pasar dos tercios del año junto a Venus y uno junto a Perséfone.

de muchos bríos, para que cuando se espante, se le caiga la imagen, y tenga que ir yo de un lado a otro con estos pelos en busca de un médico que atienda a mi diosa, estrellada contra el suelo?

Al oír tales simplezas, me disponía ya a echarme a correr como un loco para que comprobara mi bravura y desistiera de la compra, pero se me adelantó el comprador pagando por mí un precio de diecisiete denarios que mi amo, harto ya de mí, aceptó contentísimo; entonces me ató con una sogá de esparto, y me entregó a Filebo, que tal debía ser el nombre de mi nuevo dueño. [26] Arrastró al recién adquirido sirviente hasta casa, y ya desde el mismo dintel de la puerta exclamó en alta voz:

—Mirad, niñas, qué esclavo más hermoso os he traído del mercado.

Pero aquel coro de niñas eran en realidad unos maricones que se pusieron a dar saltitos de alegría, y a decir inconveniencias con sus voces quebradas, roncas y afeminadas a la vez, en la creencia de que les habían traído un esclavo para su servicio. Pero al ver, no ya una cierva en lugar de una doncella, sino un burro como sucedáneo de hombre, se pusieron todos a mofarse de su maestro con muecas de enojo, al tiempo que le decían que lo que había traído no era un esclavo, sino su marido, si acaso; y añadieron:

—Ten cuidado, oye, no vayas a atragantarte con la hermosura de ese pimpollo; y a ver si lo compartes alguna vez con tus palomitas.

Entre comadreo y chismorrerías, aquellos cotillas me ataron al pesebre.

Había entre ellos un joven bastante rollizo, buen tañedor de flauta, que lo habían comprado en el mercado con el fondo común; de puertas afuera era el que amenizaba con su música las salidas en procesión de la diosa, pero de puertas adentro se lo repartían como concubino en equitativa promiscuidad. Al verme, me llenó el pesebre de abundante pienso y me dijo pletórico de gozo:

—En buena hora has llegado a ayudarme en este penosísimo trabajo. Ojalá vivas mucho tiempo, y les gustes a mis amos para alivio de mi desfallecida riñonada.

Y al oírlo se me venían a mientes la representación de las nuevas tribulaciones que debería soportar.

[27] Al otro día se vistieron con dudoso colorido, se untaron la cara con un pringue como de ungüento, y se pintaron los ojos. Unos iban con cintas y túnicas azafrán de lino y de seda; otros con túnicas blancas decoradas con listas de color púrpura, ceñidos con un cingulo, y calzados con sandalias amarillas. A mí me cargaron una imagen de la diosa, a la que habían vestido con un velo de seda. Con los brazos y hombros desnudos, y blandiendo unas descomunales espadas y hachas, se pusieron a bailar una frenética danza, acompañados por una insinuante melodía de flauta. Después de recorrer unas cuantas casas, llegaron a la de un rico terrateniente. Ya antes de entrar se anunciaron con gritos y alaridos discordantes, y se pusieron, como locos, a hacerse como reverencias entre lúbricos gestos, haciendo volar las cabelleras con movimientos circulares, y mordiéndose, en ocasiones, sus propias carnes; incluso llegaron a darse pequeños cortes en los brazos con un puñal de doble filo que llevaban. Uno de ellos —que llegó a ponerse en trance, emitiendo constantes gemidos que le salían de las mismas entrañas— simulaba estar poseído por el espíritu divino, como si los hombres, en presencia de los dioses, en lugar de mejorar, tuvieran que enfermar y enloquecer. [28] Observa ahora, lector, cómo le premió la celestial providencia: cuando hubo comprobado los efectos de su fingimiento, empezó a acusarse a voz en grito de profanador de la sagrada religión, por lo que él mismo se iba a imponer el castigo apropiado a su pecado. Y entonces, con el látigo que suelen llevar estos medio hombres —normalmente hecho con unas tiras de lana trenzada que llevan unas cuantas tabas entrelazadas—, se puso a darse de golpes, soportando con evidente estolidez el dolor de los latigazos. Hubieras tenido que ver cómo se ponía el suelo de tanta sangre, como brotaba de los tajos en los brazos y de los latigazos que se daban aquellos afeminados. El ver cómo les brotaba la sangre de las heridas no dejó de producirme seria inquietud, no fuera a ser que a la diosa extranjera se le antojara un poco de sangre de burro, tal como algunos hom-

bres prefieren la leche de asna. Al fin, cuando acabaron con aquella carnicería, fuera por cansancio, o porque estaban ya satisfechos con el tormento que se habían procurado, desplegaron los vestidos, en cuyo vuelo iban recogiendo las monedas de cobre y de plata que les echaban; y no sólo eso, sino jarros de vino, de leche, quesos, algo de trigo, harina, e incluso un poco de cebada que les dieron unos para el porteador de la diosa. Todo lo recogieron rápidamente, y lo metieron en unos sacos que traían preparados para el caso; los ataron, y me los cargaron a mí: así que, con el peso doblado que me echaron, iba yo como si fuera a la vez granero y templo. [29] Así, en su vagabundeo, iban depredando la región entera.

En una aldea, como estaban muy contentos con la cantidad de cosas que habían recogido, decidieron preparar un festín, para lo que le pidieron a un colono que les diera en pago por su fingido vaticinio, el cordero más hermoso que tuviera, con el que saciar el hambre de la diosa Siria. Mientras acababa de prepararse la cena, se marcharon a los baños, y volvieron bien limpios, acompañados de un aldeano fuerte y de proporcionadas hechuras. Sin haber saboreado los primeros manjares todavía, se dejaron arrastrar por la sucia desvergüenza de las pasiones más escandalosas, con que rodearon al pobre muchacho, desnudo y boca arriba, sobre la misma mesa, e intentaron seducirle con sus asquerosas bocas. Como no podía soportar aquel espectáculo en mi presencia, intenté gritar: «¡Ayuda, ciudadanos!», pero me salió sólo una «O» viuda de las demás letras y sílabas, pero clara, eso sí, y fuerte, como digna de un asno; debió ser en el momento menos oportuno, porque como unos muchachos de la aldea vecina estaban buscando un burro que les habían robado la noche anterior, y estaban mirando concienzudamente por todos los rincones, al oír el rebuzno que provenía del edificio donde estábamos, en el convencimiento de que la presa estaba en los bajos de la casa, entraron todos de golpe para echarle el guante a los que les habían robado, y los encontraron a todos ellos en plena práctica de aquellas repugnantes bajezas, y llamaron a los vecinos para que vieran la indecente escena, al tiempo que

alababan la exquisita y escrupulosa castidad de los sacerdotes. [30] Consternados por el escándalo que, convenientemente difundido entre el pueblo, los dejaba como las personas más aborrecidas y aborrecibles de todas, abandonaron la aldea, a escondidas, alrededor de media noche, sin dejarse los donativos recogidos. Después de andar un buen rato antes de que saliera el sol, al llegar a un descampado solitario, cuando clareaba ya, se pusieron a hablar entre ellos para preparar mi muerte; me descargaron luego la diosa, la dejaron en el suelo, me desparejaron, y sujetándome a una encina, empezaron a azotarme con el látigo aquel plagado de huesecillos, hasta que me dejaron a las puertas de la muerte. Hubo quien me amenazó con cortarme los cojones, sin duda por haber puesto al descubierto la candidez de su recato, pero los demás creyeron que era mejor dejarme con vida, no en atención a mí, sino a la imagen que estaba en el suelo. Así pues, me volvieron a cargar con los fardos aquellos entre amenazas de muerte, y no dejaron de golpearme con el ancho de las espadas hasta que llegamos a una ilustre ciudad, en la que vivía un ciudadano muy piadoso, especialmente devoto de aquella diosa, que al oír el sonido de los címbalos, los cánticos de los sacerdotes y las suaves cadencias de las melodías frigias, salió corriendo a nuestro encuentro, y se ofreció a dar voluntario hospedaje a la diosa; a nosotros nos instaló a todos en su magnífica casa, con la intención de atraerse a los dioses, entre serviles reverencias, con las más ricas ofrendas. [31] Por cierto que, de entre todas las ocasiones que recuerdo, allí fue donde estuve más cerca de la muerte. Porque resulta que un colono le había enviado a su señor, como ofrenda, una hermosísima pierna de ciervo, y como la había dejado colgada imprudentemente cerca de la puerta de la cocina, había entrado un perro de caza, y se la había llevado ante sus mismas narices, más contento que otra cosa. Cuando el cocinero se dio cuenta de que por su negligencia había desaparecido, se lamentaba con lágrimas de frustración; y cuando el dueño pidió que se la preparara para la cena, triste y medroso por demás, se despidió de su hijo pequeño, y cogió una cuerda con la disposición de quitarse la vida con

un nudo corredizo. Pero su fiel esposa, que conocía el mal trance de su marido, cogió con ambas manos el siniestro lazo y le dijo:

—¿Tan aterrado estás, que ya has perdido la cabeza, y no te das cuenta del remedio que te está ofreciendo la providencia de los dioses? Si te queda aún presencia de ánimo para analizar el torbellino de la fortuna, despierta y óyeme. Coges a ese burro que acaban de traer, te lo llevas a un lugar solitario, lo matas, coges luego la pata, que se parece bastante a la de un ciervo, la condimentas a conciencia, con abundancia de especias, y se la sirves al dueño como si fuera venado.

Le pareció de perlas a aquel bribón lo de salvarse a costa de mi muerte, con que, se puso a afilar los cuchillos de matarife sin dejar de alabar la sagacidad de su compañera.

LIBRO IX

[1] **M**IENTRAS aquel desalmado carnicero estaba preparándose para matarme con sus impías manos, ante la inminencia del peligro, me vi obligado a tomar una determinación, y sin pensármelo dos veces, me decidí a evitar, huyendo, una muerte segura: rompí, pues, el sogal con el que estaba atado, y me fui por pies, a la carrera, soltando coces para asegurarme la vida; atravesé la puerta más a mano, y me eché sin vacilación ninguna sobre el triclinio en el que el señor de la casa se aprestaba a preparar los manjares del sacrificio, juntamente con los sacerdotes de la diosa; al topar con el servicio ya preparado, incluidas las mesas, con la fuerza que traía, armé un cisco considerable. Irritado el dueño por el estropicio, mandóle a un sirviente que, por intempestivo y enredador, me llevara a otro lugar, y me encerrara para que no pudiera echar a perder el sosiego del banquete con otra salida de tono semejante. Gracias a mi astucia, pues, me vi bonitamente lejos de las manos del verdugo, y gozando de la cárcel de mi salvación.

Pero cuando la Fortuna te da la espalda, a nadie le salen las cosas a derechas; y es que, por mucha prudencia y sagacidad de que hagas gala, nunca puedes cambiar ni un ápice lo establecido por la providencia divina. Y así me pasó a mí, porque la misma astucia que me parecía haberme salvado, me puso en grave peligro, por no decir en las propias puertas de la muerte. [2] Y fue que, mientras los convidados hablaban entre ellos, llegó un mozalbete tembloroso y con la cara desencajada; se acercó al triclinio, y le

dio cuenta a su amo de que hacía bien poco había entrado un perro rabioso por la puerta de atrás, con una furia imparable, y había atacado con gran saña a los perros de caza; luego se había metido en el establo, donde hostilizaba con furia semejante a unos cuantos jumentos; en fin, que no respetaba ni a los mismos hombres, que ya había atacado a Martilio, el mulero, a Hefastio, el cocinero, a Hipateo, el guardián, a Apolonio, el médico, y a otros muchos; estaban intentando ahuyentarlo, pero lo cierto era que algunas caballerías ya habían cogido la rabia por las mordeduras recibidas. La noticia les puso a todos sobre aviso, en la certidumbre de que yo me había comportado violentamente debido a que tenía ya la rabia, conque agarraron toda clase de armas y salieron en mi búsqueda, convencidos —más afectados por la locura que yo mismo— de que debían evitar el holocausto de la comunidad. Yo nunca he dudado de que me hubieran abierto en canal con aquellas lanzas, dardos y hachas de doble filo que los siervos blandían tan alegremente, si, al ver el peligroso barullo de gente que se me venía encima, no me llego a meter en la habitación donde se alojaban mis dueños. Cerraron inmediatamente las puertas tras de mí, las atrancaron, y pusieron sitio al lugar, esperando que, sin peligro ninguno para ellos, me consumiera devorado por la rabia pertinaz. Gracias a todo esto encontré la libertad añorada, y aproveché el don de la soledad para echarme en la cama que estaba preparada; con lo que, ¡después de tanto tiempo!, pude disfrutar de un descanso verdaderamente humano.

[3] Cuando me vi repuesto de la fatiga en la molicie de aquel encierro, me levanté como nuevo, avanzado ya el día, y oí cómo los que se habían quedado la noche entera en vela para vigilarme, estaban hablando entre ellos sobre mi suerte:

—¿Creéis vosotros que ese pobre burro está todavía sometido al peso de la rabia? Debe estar ya extenuado por la virulencia imparable del veneno.

Para acabar con las dudas, se decidieron a mirar a ver cómo estaba, y pudieron observar por una rendija que estaba sano y en mis cabales. Abrieron entonces las puertas

para comprobar si me había amansado ya, y uno de ellos, un verdadero libertador que me enviaba el cielo, les explicó a los demás la manera de comprobar el estado de mi salud, que no era otro que ponerme ante un caldero de agua clara: si me ponía a beber sin miedo, como de costumbre, sabrían que estaba sano y fuera de cuidado, pero si retrocedía asustado a la vista o al contacto del agua, podían tener por seguro que me encontraba todavía bajo el maleficio de la enfermedad. Por lo menos, eso es lo que suelen decir los libros más antiguos. [4] Plugo a todos la prueba, y, con cierto miedo, me pusieron delante una enorme tina de agua clarísima de una fuente cercana, y como estaba sediento, me acerqué con paso pronto y sin vacilación ninguna; metí toda la cabezota en el agua, y bebí de aquellas aguas realmente exquisitas en el mayor de los sosiegos. Tuve luego que aguantar que me dieran palmadas, que me retorcieran las orejas, que me tiraran del cabestro, y otras varias pruebas que, contra su presunción infundada, demostrara a todos mi sensatez. Así fue como evité dos amenazas seguidas a mi vida.

Al día siguiente, entre crótalos y címbalos, y cargado con el ornamento de la diosa, me volvieron a poner en camino, convertido en un vagabundo mendicante. Después de pasar por no pocos cortijos y caseríos, nos desviamos hasta una aldea que, según nos dijeron los vecinos, en otro tiempo había sido una rica ciudad, y ciertamente parecía que la habían levantado entre ruinas. Nos alojamos en la posada más próxima, y allí nos enteramos de la deliciosa historia de adulterio de un pobre hombre, que me gustaría que también vosotros la conocierais.

[5] Se trataba de un pobre trabajador que ganaba unos magros ingresos trabajando de peón para otros. Tenía por esposa una mujeruca, también pobre, conocida por su extremada lascivia. Un día, cuando se había marchado él a un trabajo que le encargaran, se metió de amagadillo en la casa un atrevido amante. Mientras estaban tranquilamente en plena ocupación amorosa, cuerpo a cuerpo, el marido, que ni siquiera sospechaba nada de tan ingenuo como era, volvió a casa sin previo aviso. Al encontrar las puertas cerra-

das y atrancadas, llamó con la aldaba muy satisfecho por la precaución de la mujer, y se anunció con su silbido característico. Aquella ingeniosísima mujer, astuta como ella sola para este tipo de asuntos, se despegó de los estrechos abrazos del hombre, y lo escondió en un tino vacío que tenían apartado en un rincón; abrió luego las puertas y recibió al marido con semejante bronca:

—¿Pero es que te vas a dedicar a holgazanear por ahí, con las manos en los bolsillos, sin preocuparte para nada de los gastos que tenemos, ni de traer siquiera comida a casa? ¡Abandonar el trabajo! ¿Para eso me paso yo la noche y el día entero enderezando ciriales para que por lo menos haya luz en casa? ¡Cuánto mejor lo vive mi vecina Dafne: bien comida y bien bebida desde por la mañana, se dedica sólo al refocileo con sus amantes.

[6] El marido le contestó entonces realmente corrido:

—¿Y por qué te pones así? El amo ha tenido que marcharse a un juicio en el foro, y nos ha dado fiesta; a pesar de todo ya me he preocupado de la cena: ¿Te acuerdas de ese tino que no nos sirve más que de estorbo? Pues se lo he vendido por cinco denarios a uno que viene conmigo para llevárselo cuando pague el precio. Anda, arremángate y échame una mano para arrancarlo de donde está, y que se lo lleve cuanto antes.

El aplomo de aquella sagaz mujer le indujo a soltar grandes carcajadas mientras decía:

—¡Me ha tocado en suerte el más hábil negociante de todos!: resulta que ha vendido por menos lo que yo, mujer, y sin salir de casa, he vendido ya por siete denarios.

El marido, conforme con la diferencia, le preguntó quién ofrecía tan alto precio. Y ella contestó:

—Estúpido: hace ya rato que se ha metido dentro para comprobar su estado.

[7] Al que estaba adentro no se le ocurrió desmentir lo que decía la mujer, sino que se levantó inmediatamente y dijo:

—Si quiere que le diga la verdad, señora, este tino suyo es demasiado viejo, y está lleno de rajas.

Y volviéndose al marido, como si no le conociera, añadió:

—Oye, buen hombre, quien quiera que seas; acércame la lámpara esa a ver si, raspándole por dentro la porquería que tiene, miro a ver si sirve para algo, que yo no robo el dinero.

Sin estarse a nada, y sin la más mínima sospecha, le dijo entonces aquel lince de marido:

—Quítate de ahí, hermano, y espera que lo deje como debe.

Se desnudó, se metió adentro con un candil y se puso a descascarillar las capas de barro acumuladas. Entonces, aquel discreto y joven amante se ciñó por detrás a la mujer que estaba inclinada sobre el tino, y se dedicó a *trabajársela* con toda tranquilidad. Ella, asomada como estaba al interior, trataba de entretener a su marido con la sagacidad de una meretriz, señalándole con el dedo:

—Aquí... ahí... ahí, un poco más allá... aquí, aquí otra vez— le mostraba donde tenía que rascar, hasta que, cuando acabó la tarea, aquel desgraciado tuvo que llevar el tino al hombro hasta la casa del amante para recibir los siete denarios.

[8] Después de quedarnos allí unos días regalados por la pública generosidad y cobrando de más por los vaticinios, aquellos honestísimos sacerdotes descubrieron otra manera de recaudar fondos en óptimas condiciones: para reírse de los que les demandaban augurios sobre los asuntos más diversos, optaron por contestarles a todos de la misma manera: la respuesta era siempre igual:

Henden la tierra los uncidos bueyes,

y al cabo, la sementera retorna brotes fecundos.

De manera que cuando les preguntaban sobre la conveniencia de contraer matrimonio respondían lo mismo, con lo que quedaba claro que debían unirse en matrimonio porque así tendrían muchos hijos; y si les preguntaba alguien que tenía intención adquirir unos campos les venían a decir que precisamente por eso se les hablaba de bueyes, yugo y generosas tierras; cuando alguno, antes de emprender un viaje, quería saber la previsión de los dioses, venían a decirle que los mansos animales estaban ya preparados, y la germinación de la tierra significaba una ganancia segura;

y al que debía entrar en combate o perseguir a una cuadrilla de ladrones, y quería saber si iba a acabar bien o mal, con esa misma respuesta le manifestaban que alcanzaría una gran victoria, porque la testuz del enemigo quedaría sometida al yugo y lograrían un abundante botín con el saqueo. La verdad es que con tan astuto vaticinio habían llegado a ingresar una buena cantidad de dinero. [9] Y cuando las lucubraciones sobre tan diferentes preguntas habían llegado a saturar el ambiente, se marcharon, de noche, por el peor camino posible. ¿Qué por qué era malo? Pues porque estaba lleno de hoyos, unos llenos de agua, y otros de barro resbaladizo. Entre tropezones y trastabilleos pude llegar, por fin, a un sendero llano, pero con las patas magulladas y más cansado de lo que quisiera.

Al cabo de un rato, nos alcanzaron por atrás unos caballeros armados con lanzas, que cuando lograron detener la loca carrera de los caballos, se echaron furiosamente sobre Filebo y los demás, los cogieron del cuello y empezaron con ellos a puñetazos, al tiempo que los trataban de sacrílegos y desvergonzados. Luego, les ataron a todos por las muñecas, y les apremiaron a que mostraran una copa de oro, —la prueba de su crimen—, que habían debido robar del altar mismo de la madre de los dioses, en una pretendida ceremonia celebrada en secreto; y pretendiendo evitar el castigo del desaguizado, habían decidido abandonar la ciudad entre dos luces, sin decir nada. [10] Como tampoco faltó quien me echara mano a los lomos para registrar entre el regazo de la diosa que yo transportaba, dio por fin con la copa de oro y se la mostró a los demás. A pesar de todo, tan sacrílega acción tampoco llegó a desconcertar —ni a sonrojar siquiera— a la desvergüenza de aquellos individuos; por el contrario, entre risas cargadas de cinismo argumentaron:

—Ahí está precisamente la prueba de cómo muchas veces se acusa injustamente a hombres inocentes. Por una simple copita que la madre de los dioses pretende regalar a su hermana la diosa Siria, que tenemos en nuestra hospitalidad, se está acusando a unos pobres sacerdotes de un delito capital.

Mientras soltaban en vano tamañas sandeces y otras por el estilo, los campesinos los volvieron para atrás, los metieron a todos juntos encadenados en el Tuliano¹²² y volvieron a colocar en el lugar de las ofrendas la copa de oro y la imagen que transportaba yo, como objetos sagrados que eran. Al otro día me sacaron de nuevo a pregonar mi venta, y me adquirió el molinero de una aldea cercana por siete monedas más de las que pagara por mí Filebo, e inmediatamente, más cargado de lo que me convenía con trigo recién comprado, me llevó hasta su molino por un camino lleno de piedras y plagado de raíces.

[11] En el molino había una cantidad considerable de asnos que hacían girar toda clase de muelas de diferente paso, y no sólo durante el día; mantenían en constante movimiento las máquinas de la molienda, para seguir fabricando harina a costa de no dormir. Pero a mí el nuevo dueño me trató excelentemente bien al principio, seguramente para no asustarme con la dureza del trabajo. El caso es que el primer día me dio fiesta, y me puso en el pesebre considerable abundancia de comida. Sin embargo, la felicidad de ocio y buena comida pronto se acabó, porque al amanecer del día siguiente me uncieron a una muela, al parecer, la más pesada, y me pusieron a dar vueltas en un círculo sin fin con la cabeza tapada, de manera que al llegar al final, volvía a pisar mis propias huellas, en la seguridad de no equivocarse el rumbo de la marcha. Haciendo caso a mi sagacidad y prudencia, me mostraba torpe en el aprendizaje del oficio: aunque cuando vivía como hombre había visto muchas máquinas de rotación, me quedé parado aparentando desconocer su funcionamiento. Pensaba yo que si me consideraban poco apto, y hasta inútil total para tales menesteres, posiblemente me destinarían a otro trabajo menos pesado, e incluso a comer sin trabajar. Pero de nada me valió mi estratagema, porque me rodearon al punto varios hombres provistos de estacas, y mientras estaba yo tan tranquilo con los ojos tapados, en la seguridad de que la os-

¹²² Calabozo de la prisión de la ciudad de Roma. Por extensión cualquier cárcel de las ciudades.

curidad me envolvía, a una señal, se pusieron todos a gritar a la vez y a darme palos, armando escándalo tal, que me olvidé de mis deliberaciones y empecé a tirar de la soga de esparto, y a dar vueltas a buen paso. [12] El cambio de actitud hizo que se troncharan de risa los de la cuadrilla aquella.

Había ya pasado la mayor parte del día cuando, desfallecido, me desengancharon del collarón, y, libre de la atadura de la máquina, me llevaron al pesebre. Por muy fatigado y necesitado de restablecer fuerzas que estuviera, y muerto de hambre por demás, me dejé llevar de mi habitual curiosidad, posponiendo la comida —que por cierto era abundante— para luego, y me puse a observar con angustia el sistema de vida de aquella fábrica: ¡Por la bondad divina! ¡Qué desechos humanos! Con la piel cruzada de cardenales, la espalda llena de llagas, más que cubiertos, iban sombreados solamente con andrajos rotos. Algunos se cubrían con tan exigua ropa, que sólo atinaban a taparse el vello del pubis como si se hubieran vestido para lucirse a través de los jirones: llevaban la frente marcada, el cabello medio rasurado, y los pies con grilletes; estaban pálidos, y con las pestañas chamuscadas por el humo y la polvareda. Parecía que los habían blanqueado con harina cenizosa, como los luchadores que pelean embadurnados de polvo fino [13]. Y de mi compañía asnal, ¡qué queréis que diga! ¡para qué recordarlo!. ¡Qué recua de mulos viejos y castrones sin fuerzas? ¡Trituraban montañas de paja con la cabeza metida en el pesebre, estirando unos cuellos flacos y llagados, con las delicadas fosas de las narices abiertas por constantes espasmos de tos, los petrales encallecidos por el roce constante del collarón de esparto, y los flancos desho llados hasta los huesos de tanta paliza; tenían los cascos deformados a fuerza de caminar siempre en el mismo sentido, y la piel acartonada por la vejez, la sarna y las penurias que pasaban.

Temiendo que me llegara a mí la funesta postración de esa hermandad, recordaba la fortuna del antiguo Lucio que, reducido ahora a la más baja condición, bajaba la cabeza con tristeza. En lugar alguno encontraba consuelo a mi

atormentada vida, excepto en que mi natural curiosidad se veía satisfecha, porque los demás se comportaban con entera libertad, sin reparar en mi presencia. No sin razón el divino autor de la epopeya griega, cuando presenta al personaje de mayor sabiduría, dice de él que, por haber recorrido muchas ciudades y conocer diversos pueblos, había adquirido las más altas virtudes. Por eso yo mismo recuerdo ahora con gratitud mi propia figura de asno; y es que oculto bajo su piel, pasé por muy variadas situaciones, lo que, si no me tornó sabio, sí me permitió conocer muchísimas cosas.

[14] Me he decidido ahora a contaros una historia más agradable y brillante que las anteriores, y la voy a empezar ahora mismo, así:

Al molinero que me había comprado por dinero —por otra parte, una buena persona, y honesto por lo demás—, le había caído en suerte casarse con la peor y más detestable de las mujeres, de quien tenía que soportar tan extremados vituperios en asuntos de cama y de casa, que, ¡por Hércules!, hasta me acongojaba por él, como si yo mismo fuera. Y es que a aquella mujer ningún vicio le era ajeno; es más, confluían en su persona como en cenagosa cloaca, todos los baldones. Era cruel, siniestra, libertina, borracha, terca, avara en sus rapiñas sin cuento, pródiga en sus desvergonzados dispendios, desleal, y enemiga de la honestidad. Haciendo caso omiso de la verdadera religión con engañosa y sacrílega intención, aseguraba que había un solo dios¹²³ y engañaba a todos los hombres con preceptos inventados y vacuos. Burlaba, en fin, a su pobre marido emborrachándose desde por la mañana, y vendiendo su cuerpo en constante ciénaga. [15]. A mí me tenía puesta la proa con singular empeño. Ya antes del amanecer exigía a voces desde la cama que se unciera al molino al asno recién llegado; y en cuanto se levantaba, ordenaba que se me azotara en su presencia. Cuando soltaban a los otros mulos

¹²³ Aquí hay una posible referencia despectiva a las religiones nuevas que debían estar extendiéndose por Grecia y por otras provincias del Imperio concretamente la religión judaica o la cristiana.

para la comida del mediodía, mandaba que no se me dejara ir al pesebre hasta más tarde. Su crueldad para conmigo había despertado mi curiosidad sobre sus costumbres. Yo sabía que con cierta frecuencia iba a su habitación un joven cuyas facciones me empeñaba en desvelar, pero el trapo con que me cubrían la cabeza no daba pábulo a mis ojos. Con todo, no me faltaba ingenio para descubrir del modo que fuera los tapujos de semejante mujer. La confidente de su corrupción, la alcahueta de sus adulterios, era una vieja que se pasaba el día a su lado. Después del desayuno se echaban entre las dos sus buenos tragos de vino, y planeaban con oscuros subterfugios las intrigas necesarias para engañar a aquella joya de marido que tenía. Aunque yo seguía resentido contra Fotis por la equivocación que tuvo al convertirme en asno, en lugar de pájaro, no dejaba de recrearme ahora en el único consuelo de mi calamitosa deformidad: y es que, dotado como estaba de enormes orejas, me enteraba de las conversaciones, por lejos que se mantuvieran.

[16] Así, un cierto día llegaron hasta mis oídos las palabras de aquella intrépida anciana:

—Hija mía —decía—, tú misma has de caer en la cuenta de que el indolente y medroso amante que te has echado sin mi conseja, se queda temblando ante el gesto adusto de ese insoportable que tienes por marido, que no deja de atormentar la fogosidad de tus abrazos y esa desidia de unos amores medrosos. ¡Cuánto mejor Filesitero!, joven guapo, generoso, activo, y perseverante contra las precauciones inútiles de los maridos. ¡Por Hércules!, que es el único digno de gozar de los encantos de cualquier matrona, y aún de coronarse de oro, aunque sólo fuera por la habilidad que desplegó contra un marido celoso. Escucha ahora, y compara la diferente condición de los dos amantes.

[17] Ya te acordarás de Bárbaro, el decurión¹²⁴ de la ciudad, al que le llaman Araclán por su aspereza de carácter. Pues bien: tenía una mujer de noble estirpe, hermosa si las

¹²⁴ Decurión, aquí, es un senador en las ciudades municipales, o en las colonias.

hay, a la que mantenía recatadamente en casa, protegida con singular vigilancia.

La interrumpió entonces la mujer del molinero y dijo:

—La conozco bien. Te refieres a Areta, mi condiscípula.

—Entonces —continuó la vieja— ya conoces su asunto con Filesitero.

—Un poco —dijo la otra—, pero me muero por conocerlo con más detalle. Mira a ver si retomas el hilo desde el principio.

Entonces comenzó la charlatana aquella sin más demora:

—Como Bárbaro tenía entre manos un viaje ineludible, y quería preservar con sumo cuidado la honestidad de su querida mujer, cogió aparte a su esclavo Myrmex, conocido por su perruna fidelidad, y le encargó la vigilancia de su señora, conminándole con prisión en cadena perpetua, y hasta con la muerte por inanición si algún hombre llegaba a tocarla, aunque sólo fuera de paso, con la punta del dedo, lo que confirmó formalmente jurándolo por todos los dioses. Empezó pues el viaje con la tranquilidad de dejar a su mujer a cargo de tan seguro vigilante como el tal Myrmex, que, intranquilo y muerto de miedo pero con ánimo decidido, no dejaba a la señora ni salir, y la obligaba a estar hilando todo el día, sin separarse de ella para nada. Incluso durante la única salida imprescindible, en el momento de ir al baño, se quedaba él atento, y con el ribete del vestido asido, velando así, con admirable astucia por la misión que le habían encomendado.[18] Pero la noble belleza de la mujer no pudo pasar desapercibida a la ardorosa constancia de Filesitero, que, espoleado e inflamado por la honestidad famosa de la matrona, y por la extremada protección que se le dispensaba, determinó hacer y sufrir lo que fuera necesario para expugnar con todas sus habilidades la compacta formación que rodeaba la casa entera. En el convencimiento de la fragilidad de la humana fidelidad, y de que hasta las puertas diamantinas suelen ceder ante el oro, por muchas dificultades que se interpongan, cogió a solas a Myrmex, le descubrió su pasión, y le rogó humildemente que pusiera remedio a su sufrimiento, porque estaba dispuesto a adelantar su propia muerte en el caso de que no

consiguiera con prontitud el objeto de su deseo; y que no se preocupase por las dificultades que hubiera, toda vez que él podía entrar de noche, a cubierto de la oscuridad, y volver a salir al cabo de un rato. A estos y otros argumentos semejantes añadió una cuña capaz de romper en añicos la más tenaz resistencia del esclavo: extendió la mano para enseñarle unos áureos relucientes recién acuñados, y le dijo que había pensado darle a la señora veinte monedas, de las que le ofrecía ahora diez a él. [19] Myrmex se quedó atemorizado ante la inaudita propuesta, y se marchó a todo correr tapándose los oídos, pero no pudo borrar de sus ojos el brillo del oro, de modo que, al alejarse, cuando llegó a casa a todo correr, llevaba todavía impreso el deslumbrante fulgor de las monedas, como si en su interior tuviera ya el preciado botín. El pobre hombre se dividía en una marea de sentimientos encontrados; a un lado la fidelidad, al otro, el lucro; aquí el sacrificio, ahí el placer... y al final pudo más el oro que el temor a la muerte. El deseo de aquella cantidad de dinero no lo abandonaba ni a sol ni a sombra, y por la noche le inundaban tanto las preocupaciones que suele traer consigo la malsana avaricia, que, por mucho que las advertencias de su señor le mantuviesen en casa, el oro le seguía llamando de puertas afuera. Se tragó, pues la vergüenza, sobreponiéndose a cualquier vacilación, le llevó el recado a su señora. Y no creáis que la mujer desmintió su natural inconstancia, sino que se aprestó a vender su honestidad a cambio del sucio metal; rebosante de felicidad, Myrmex se apresuró entonces a poner punto final a su fidelidad no ya por alcanzar, sino por acariciar tan sólo lo que para su desgracia había llegado a entrever; tal era su pasión por el dinero. Más contento que otra cosa por la nueva de que gracias a sus desvelos, sus anhelos estaban a punto de caramelo, al momento le reclamó la recompensa. Y así fue como Myrmex, que hasta entonces no había tocado siquiera las de cobre, consiguió unas cuantas monedas de oro. [20] Al hacerse de noche, condujo al enamorado a casa con la cabeza cubierta, y lo acercó hasta la habitación de su señora. Aún no habían aplacado al impetuoso Amor con la sorpresa de los primeros abrazos, ni se ha-

bían ganado la primera soldada de amor a cuerpo descubierto cuando contra toda previsión, llegó el marido hasta la puerta de la casa al amparo de la noche: llama, grita, aporreando con una piedra las puertas; empieza a sospechar algo por la tardanza y se pone a amenazar a Myrmex con espantosos tormentos, quien turbado con el súbito contra-tiempo, y sin acertar en su desconcierto qué decisión tomar, lo único que se le ocurrió fue decirle que en la oscuridad no atinaba a encontrar la llave que con tanto cuidado había escondido. Filesitero, por su parte, aprovechando el desconcierto, se echó en un vuelo la túnica por encima, pero con las prisas olvidó de ponerse las sandalias al salir de la habitación. Sólo entonces acertó Myrmex a meter la llave en la cerradura. Y abrió de par en par las puertas para recibir al amo, que estaba todavía jurando por la fe de los dioses. Como subió enseguida directamente a la habitación, Filesitero pudo marcharse silenciosamente. Y cuando llegó al cubículo conyugal, se sintió ya seguro, cerró la puerta y se acostó.

[21] Se disponía a salir de la habitación por la mañana cuando descubrió bajo la cama unas sandalias desconocidas —las mismas que llevaba Filesitero cuando se metiera en la casa—, y empezó a sospechar lo que había sucedido; entonces, sin descubrirle ni a su mujer ni a ningún otro sirviente su desazón, las cogió, se las escondió entre los pliegues de la túnica, y ordenó a los otros criados que encadenaran a Myrmex, para llevarlo al Foro. Tragándose el disgusto, se puso a caminar también a buen paso, en el convencimiento de que con el indicio de las sandalias le sería muy fácil encontrar el rastro del amante. Al pasar por una plaza los dos, Bárbaro, con aspecto preocupado, el ceño fruncido, irritado, seguido de un Myrmex cargado de cadenas, que aunque no se había demostrado su culpabilidad, por su mala conciencia iba mezclando abundantes lágrimas con humillantes lamentos, y provocando una inútil compasión, se cruzaron con Filesitero que andaba tras otros negocios, quien se sintió conmovido —nunca aterrado— de lo que estaba viendo, cayó en la cuenta de su descuido en la huida precipitada y se imaginó inmediatamente el resto.

Hizo entonces uso de su habitual sangre fría: habló antes con sus siervos, y acto seguido se echó sobre Myrmex, y al tiempo que le acusaba a grandes voces, se puso a pegarle —con suavidad— en ambas mejillas: «Míralo: ahí tenéis al peor mala cabeza que podáis conocer. Ojalá tu dueño y los dioses inmortales contra los que tanto has blasfemado en falso te tengan preparada una muerte atroz por haberme robado las sandalias en los baños. ¡Por Hércules!, que eres en verdad digno de llevar esas cadenas. Te tenían que meter en la cárcel.»

El Bárbaro aquel quedó desconcertado por la oportuna falacia de aquel audaz joven; mejor dicho, se lo creyó enteramente; dio media vuelta, y volvió de nuevo a casa. Llamó luego a Myrmex, le devolvió las sandalias, le perdonó la vida y le aconsejó que las devolviera a quien se las hubiera robado.

[22] Sin que acabara de charlatanear la vieja, la interrumpió la molinera y dijo:

—Feliz ella por gozar libremente de un pretendiente con tal presencia de ánimo. Lo que es yo, he ido a caer en uno que se asusta del ruido de la muela, y hasta de ese asno sarnoso.

A lo que le respondió la vieja:

—Ya convenceré yo a ese animoso amante de que venga a verte.

Le aseguró acto seguido que tornaría por la noche, y se marchó.

Aquella honesta mujer empezó por preparar una espléndida cena, escanció los mejores vinos de que disponía, guisó unos exquisitos preparados de buey, y adornó tan ostentosamente la mesa como si esperara a un dios, cuando a quien esperaba era a un amante. Mientras tanto el marido mal cenaba fuera de casa con un amigo batanero.

Al acercarse la noche me desuncieron de la collera y al tornar al pesebre a descansar me congratulaba ¡por Hércules! no tanto por verme libre del trabajo, como porque me quitaran la arpillera de los ojos, para poder observar las artimañas de aquella pérfida mujer.

Había ya caído el sol al océano, e iluminaba ya las re-

giones subterráneas del orbe, cuando dio en regresar la vieja celestina, trayendo consigo al audaz amante —un niño todavía—, al que le delataba la tersura de las mejillas y que muy bien podía todavía gustar a otros hombres.

La molinera lo recibió a besos y abrazos, y les invitó luego a sentarse a la mesa que había preparado. [23] En el preciso momento en que el joven hubo degustado el vino y empezaba a probar la comida, apareció el marido mucho antes de lo que esperaban. Aquella mujer de rompe y rasga, entonces, empezó a conjurarle con las peores calamidades, deseándole que ojalá se rompiera las piernas; escondió al amante —que, por cierto, le temblaban las tabas de miedo— bajo una artesa de madera donde solían limpiar la molienda, que estaba allí por casualidad, y con su natural astucia cambió al punto el gesto, fingiendo una gran serenidad en el rostro, y le preguntó que por qué había dejado la cena con su amigo del alma y regresaba a casa tan pronto; él le contestó suspirando con hondo sentimiento:

—No he podido soportar por más tiempo la maldad de esa mujer perdida, y me he marchado. ¡Dioses! Cómo es posible que una matrona tan fiel como hacendosa haya caído en tal desvergüenza. ¡Juro por la divinidad de Ceres que no puedo creerme lo que han visto mis ojos!

Al impulso de las palabras del marido, aquella audaz mujer pretendía, encima, saber lo que había pasado, por lo que no paró de porfiar que le contara la historia desde el principio, sin que le callara la boca hasta que el marido cedió; así que, sin saber de las propias, se puso a contar las desgracias de casa ajena.

[24] A la esposa de mi amigo el batanero, mujer, al parecer, de reservada honestidad, y que según las habladurías de la gente llevaba la casa de su marido con envidiable virtud, se le desató una oculta pasión por un cierto galán, con el que tenía frecuentes encuentros. En el preciso momento en que llegamos a la casa para cenar, ella estaba entregándose a sus amores con aquel joven, y se quedó tan turbada con lo repentino de nuestra llegada, que tomó la decisión improvisada de esconderlo bajo un a modo de cuévano —una especie de jaula tejida de mimbre, como un arma-

zón en forma de cono acabado en pico, a cuyo alrededor extienden las prendas para blanquearlas con humo de azufre. Cuando le pareció que estaba bien escondido, se puso a cenar tranquilamente con nosotros. Al poco rato el joven se vio invadido por el áspero olor del azufre que salía constantemente, le cubría como si fuera una nube, y le provocaba violentas arcadas, como suele suceder con semejantes emanaciones. [25] Al principio, como el marido había oído que el estornudo provenía de la parte donde estaba su mujer, pensó que era ella la que estornudaba y le deseó salud con la mejor cortesía; pero se repitió y se reiteró más veces, hasta que, mosqueado, cayó en la cuenta de qué se trataba. Retiró entonces la mesa, apartó luego el como cuévano, y apareció un hombre que respiraba a duras penas. Encolerizado con la afrenta, pidió una espada y se dispuso a degollarlo allá mismo. A no dudar lo hubiera hecho si, advirtiéndolo el riesgo que corríamos los dos, no le hubiera sujetado, al tiempo que le aseguraba que en poco rato caería muerto por la propia fuerza del azufre, sin intervención ninguna de nuestra parte. Se fue, pues, calmado, no tanto por mi poder de convicción, sino por las circunstancias del caso, y se lo llevó hasta un callejón sin salida medio muerto ya. Yo, entonces, traté de aconsejar a la esposa —y lo conseguí— que se fuera discretamente a vivir una temporada con alguna amiga lejos del taller, hasta que el tiempo apaciguara los ánimos, porque con tanta cólera como había acumulado, y la rabia que anidaba en su pecho, no cabía duda de que habría de intentar graves desmanes que le afectarían a él y a ella. Luego, he vuelto a casa huyendo de la invitación de mi amigo, y con un disgusto tremendo.

[26] Mientras el molinero contaba la historia, aquella procaz y temeraria dama no hacía más que decir pestes de la mujer del batanero con imprecaciones realmente infamantes: que si era una malvada, una impúdica, y la mayor vergüenza de las mujeres, porque había obviado la estimación de su propia honestidad, pisoteando el pacto matrimonial, había manchado el hogar de su marido con el estigma de un lupanar, y había perdido la dignidad con la

adopción del nombre de prostituta. Dijo además que habría que quemar vivas a semejantes mujeres.

Advertida por su secreto pecado y por su mala conciencia de que era necesario librar cuanto antes a su seductor del tormento de estar bajo aquella cobertera, no paraba de insinuarle al marido de que era hora de irse a dormir; pero como él se había quedado casi sin cenar, insistió en acompañarles, conque le fue sirviendo, contra su voluntad, lo que había preparado para el otro.

La verdad es que a mí se me estaban reconcomiendo las entrañas de pensar en sus intenciones de antes, y en la perseverancia actual de semejante mala mujer; no dejaba de darle vueltas al tema de ver si podía yo poner al descubierto tanta desfachatez, para mostrarle a mi amo que, echado bajo la artesa, se ocultaba el otro amante. [27] En ascuas por lo que le estaban haciendo a mi dueño, vino a echarme una mano la providencia, pues en ese instante llegó el anciano cojo que se cuidaba de nosotros, para llevarnos en manada a beber agua a una charca de allá cerca, lo que me dio la oportunidad de planear una venganza en toda regla. Como había visto que, como consecuencia de las estrecheces, asomaban los dedos del muchacho por debajo de la artesa, al pasar, cambié el tranco sin compasión ninguna y le aplasté los nudillos hasta destrozárselos, de modo que no pudo soportar el dolor y dejó escapar un estruendoso quejido, y le dio la vuelta al como comportillo, con lo que mostró a los ojos de todos la evidencia de la intriga de aquella desvergonzada. Pero el molinero, no tan afectado como cabía suponer por semejante atentado a su honor, se puso a acariciar con gran flema y amorosidad al muchacho —que por cierto estaba pálido de miedo— y le dijo:

—Hijo; no me tengas miedo, que ni soy ningún vándalo, ni un zafio patán; no pretendo sofocarte con el humo de azufre como el bruto del batanero; y tampoco voy a invocar la severidad de las leyes contra el adulterio para pedir la muerte de un muchacho tan hermoso y gentil como tú; lo único que pretendo es compartirte con mi mujer, que no voy a plantear demanda de separación de bienes, sino la utilización conjunta de un bien común, para que nos po-

damos acomodar los tres en una misma cama, sin mayores problemas. De acuerdo con las enseñanzas de los prudentes, he vivido constantemente en armonía con mi mujer, porque siempre nos han gustado las mismas cosas a los dos; y es que ni la propia equidad justifica que la mujer tenga mayores derechos que el marido.

[28] Con el recurso a palabras tan cargadas de ironía iba llevándose al muchacho a la cama, quien no dejaba de seguirle contra su voluntad. Encerrada su honestísima mujer en otro lugar, se acostó él con el muchacho para disfrutar en unas corruptas nupcias de una grata venganza.

En cuanto la rueda del sol parió un nuevo día, les mandó a los esclavos más fuertes que tuvieran al mozo en volandas lo más alto posible, y se puso a darle latigazos en las nalgas al tiempo que decía:

—¿A tu edad, y ya te dedicas a seducir a mujeres casadas? ¿Qué quieres? ¿Defraudar a los que gustan de la flor de tu edad? ¿Pretendes acaso que te den el nombre de conquistador?

Después de muchas amonestaciones y de darle, encima, buenos latigazos, lo dejó marcharse. Por más que salvara la vida, el mejor de los amantes se fue abatido, y con el hermoso culo roto de noche y de madrugada. Pero, no por ello dejó el molinero de mandarle a su mujer recado de que la repudiaba. [29] Aparte su malignidad innata, la mujer aquella se vio tan humillada y exasperada por la afrenta —por justa que fuera—, que volvió a las andadas echando mano de las habituales artes femeninas: se dedicó a buscar con sumo cuidado una bruja digna de toda confianza: la aduló, la cargó de regalos y acabó por pedirle que consiguiera una de dos: que apaciguara al marido para reconciliarse con él, o, si no fuera posible, que le mandara el espectro o una cruel divinidad que lo destruyera violentamente. La bruja aquella, muy influyente entre los dioses, comenzó por desplegar estratégicamente los primeros artificios de sus criminales facultades para doblegar el ánimo ofendido del marido, e inducirle otra vez a enamorarse. Pero como la trama no dio los resultados apetecidos, defraudada de los dioses, pero estimulada con su desprecio —aparte la recom-

pensa estipulada—, inició el acoso de aquel miserable marido instigándole con la sombra de una mujer muerta violentamente para echarlo a perder.

[30] Cabe que el lector quisquilloso empiece a criticar mi relato argumentando más o menos:

—Siendo un asno, y encerrado, además, en el molino, por muy astuto que fueras, ¿cómo podías saber, como estás diciendo, lo que esas mujeres habían acordado?

Pues vas a ver cómo supe —hombre curioso como era, aunque bajo la apariencia de acémila—, las maquinaciones que se desplegaron contra el molinero para destruirlo.

Hacia mediodía apareció por el molino una mujer mal arreglada, con aspecto patibulario a medio cubrir con lamentables harapos, descalza, desfigurada de tan flaca, pálida, con unas greñas canosas, enmarañadas, y llenas de ceniza que le tapaban la cara. Se acercó al molinero, le echó la mano por encima como quien le va a hablar en secreto, y se lo llevó consigo adentro; cerró la puerta y se quedó allí un buen rato. Cuando habían molturado ya todo el trigo que estaba preparado y había que traer más, algunos esclavos se acercaron a la casa para que el amo les diera más trabajo. Al no responder nadie a las voces y gritos que dieron, empezaron a empujar la puerta, pero como estaba muy bien apuntalada, temiéndose lo peor, decidieron abrirla a golpes, aunque fuera rompiendo la tranca, pero no encontraron ni rastro de aquella mujer.

Lo que encontraron fue al amo colgando de una viga, muerto. Le desataron inmediatamente el nudo de la nuca, lo bajaron entre lamentos y congojas, lo lavaron por última vez, celebraron los oficios fúnebres, y lo llevaron a la sepultura con gran acompañamiento.

[31] Al otro día llegó su hija de una aldea vecina, donde había contraído matrimonio poco antes; pero lo curioso es que llegó afligida, mesándose los cabellos y dándose golpes en los pechos, aunque nadie de la casa le había dicho nada del fallecimiento: se le había aparecido en sueños la afligida imagen de su padre con la soga atada al cuello, y le había contado el asunto del adulterio de su madrastra, lo del maleficio y cómo había llegado al Infierno por medio de en-

cantamientos. Estuvo atormentándose mucho rato, hasta que, arropada con la presencia de varios familiares, fue sobreponiéndose al dolor. Ofreció las exequias sobre la tumba durante nueve días, al cabo de los que se hizo cargo de la herencia, y puso en almoneda los bienes raíces, los muebles y las caballerías. De ese modo la unidad de la casa se dividió en partes según el deseo de la caprichosa fortuna. A mí me compró un pobre hortelano por cincuenta sextercios, precio, según decía, ciertamente alto, aunque esperaba salir adelante con el trabajo de los dos.

[32] El mismo relato reclama ahora que aclare mi forma de vida en esa nueva situación.

Por la mañana el amo acostumbraba a cargarme de hortalizas y me llevaba a la ciudad. Cuando cobraba de los asentadores, se montaba a mi grupa y volvíamos al huerto. Mientras estaba cavando, o regando, o cualquiera otra labor que le mantuviera agachado, me reponía yo en ociosa tranquilidad. Pero cuando el año —después de las delicias otoñales de la vendimia, siguiendo el orden de las vueltas y revueltas de los astros— llegó a las heladas invernales del Capricornio con sus lluvias constantes, a su nocturna morada, yo me pasaba de frío en un establo abierto, puesto que la agobiante pobreza de mi amo no le permitía tener ni para él —no digamos ya para mí— ni un lecho de paja, ni un techo, por pequeño que fuere, y debía conformarse con una cabaña cubierta de ramas. Además, por mucho que me empeñase desde la mañana en vagar por el barro frío o sobre agujas de hielo, nunca llegaba a saciarme la panza, pues, tanto él como yo disfrutábamos de cenas semejantes, que, siempre resultaban escasas: unas hojas de lechuga correa y áspera, tan subidas, que parecían escobas viejas y pasadas de rancias.

[33] Una noche de luna nueva, el patriarca de un pago vecino desorientado había resuelto no continuar su camino por la niebla, y calado hasta los huesos, se llegó hasta nuestro huerto extremadamente cansados el caballo y él; se le recibió como a un amigo, si no entre comodidades, sí con lo preciso para que se repusiera; y como quiso corresponder a la generosa hospitalidad, le prometió darle a mi amo

trigo, aceite y dos cántaros de vino de su cosecha. Al punto recogió el hortelano un saco y unos odres vacíos, me montó a pelo, y se dispuso a una caminata de sesenta estadios, al cabo de los cuales llegamos a la finca mencionada, donde el huésped le ofreció un opíparo festín. Cuando estaban ya en los brindis ocurrieron unos hechos portentosos: una de las gallinas se puso a correr de una parte a otra del corral cacareando como cuando va a poner un huevo, y al observarla el amo dijo:

—Bendita gallina; qué fecundidad la tuya: desde hace mucho nos estás ofreciendo una puesta diaria. Ya veo, ya, que pretendes procurarnos otro manjar.

Y añadió luego:

—Oye muchacho, coloca el nidal en el rincón del gallinero.

Mientras el zagal hacía lo que le mandaban, la gallina desdeñó el ponedero habitual, y parió a los mismos pies del amo algo que puso en honda preocupación a todos, porque no puso un huevo tal y como los conocemos, sino un pollo entero, con sus plumas, sus uñas, ojos y pico, que echó a andar inmediatamente al lado de su madre. [34] Pero es que al poco rato sucedió otro caso no menos prodigioso que dejó a todos temblando, y no era para menos: bajo la misma mesa en que estaban todavía los restos del festín se resquebrajó la tierra, y comenzó a manar con profusión una fuente sanguinolenta que salpicó la mesa con grandes gotas, y la dejó totalmente bañada en sangre. Estaban todos aún pasmados y azorados ante presagios tales del cielo, cuando salió corriendo de la bodega un anciano diciendo que todo el vino que hacía ya tiempo habían tragado a los toneles estaba hirviendo, como si les hubieran puesto debajo abundante fuego. También dijo que había visto cómo una comadreja sacaba con los dientes una culebra muerta de su guarida, cómo una rana verde saltaba de la boca del perro pastor, y en fin, que un cordero que estaba al lado de ese mismo perro, le había saltado encima y lo había degollado de una dentellada. Todos estos hechos extraordinarios sumieron los ánimos del señor y de la familia entera en un profundo desasosiego de manera que no

atinaban por dónde empezar, ni por dónde continuar; tampoco daban en qué sería mejor o peor para calmar a los dioses del cielo, ni qué víctimas convendría sacrificar, ni cuántas. [35] Se quedaron todos paralizados a la espera de alguna catástrofe, cuando llegó a todo correr un esclavo joven para darle cuenta al dueño de la finca de las calamidades que se habían producido.

Aquel hombre estaba realmente orgulloso de sus tres hijos, ya mayores, instruidos y prudentes, tenían buena amistad con un señor que vivía en una humilde casucha que lindaba con las enormes propiedades de un vecino poderoso, joven y rico, y que malabusaba de la nobleza de su estirpe: con gran influencia entre las clases pudientes, hacía y deshacía en la ciudad. Solía hostilizar a su vecino pobre metiéndose en sus tierras, matándole las ovejas, ahuyentándole los bueyes, o echándole a perder las cosechas antes de que maduraran. Después de haberle impedido la recolección, se empeñó también en privarle de sus tierras, e inició un pleito para la eliminación de lindes, por el que pretendía la propiedad entera de la tierra. Al verse expoliado el modesto campesino por la avaricia del vecino, confuso como estaba, les había pedido a sus amigos que acudieron al acto de la prueba de la fijación de los lindes, aunque sólo fuera para retener el lugar donde estaba enterrado su padre, entre otros, comparecieron aquellos tres hermanos dispuestos a hacer lo posible y lo imposible para ayudar a su amigo en las penalidades que estaba pasando. [36] Pero el insensato aquel ni siquiera se alteró con la presencia de tal cantidad de ciudadanos, y no quiso allanarse ni en lo referente al saqueo, ni en sus pretensiones; y cuando le pidieron de buenas maneras que procurara calmar el arrebatado de sus palabras, él respondía jurando solemnemente por su vida y la de sus allegados, que le importaba una higa la presencia de tantos mediadores y que, en cualquier caso, sus esclavos habrían de coger de las orejas a su vecino, para echarlo de la casucha lo más lejos posible, lo que no dejó de provocar la indignación de los presentes. Uno de los tres hermanos le contestó de propio impulso que, por mucho que confiara en sus riquezas, estaba amenazando en

vano apoyándose en su prepotencia tiránica, porque también los pobres podían invocar la protección de las leyes contra la insolencia de los ricos. Estas palabras sirvieron para alimentar la violencia de aquel personaje, de la misma manera que el aceite alimenta la llama, el azufre el fuego, y el látigo las Furias, porque fuera de sí, en un como brote de locura, se puso a gritar que iba a mandarlos a todos a la horca, incluidas las leyes, y dio orden de que soltaran unos enormes perros de pastor —feroces como ellos solos, que los tenía acostumbrados a devorar los cadáveres que se quedaban por el campo, y enseñados a echar a dentelladas a los que pasaban cerca—, y los azuzaran contra toda aquella gentuza. A una señal de los pastores, excitados con impetuosa ferocidad y aullando con terribles ladridos, los perros se lanzaron contra los que allí estaban, y los dispersaron a tarascadas sin que les sirviera a nadie la huida, puesto que aún los perseguían con mayor saña. [37] Estando la multitud despavorida en aquella dramática confusión, el más joven de los tres hermanos tropezó en una piedra, se rompió los dedos del pie, y cayó al suelo, ofreciendo a la crueldad de aquellos atroces perros un horrible festín. En efecto; cuando llegaron, despedazaron al pobre muchacho como si fuera una pieza abatida; y cuando los hermanos oyeron sus gritos de dolor, acudieron afligidos en su ayuda, se cubrieron los brazos con varias vueltas de la túnica, y trataron de defender a su hermano ahuyentando a los perros con una lluvia de piedras; pero no lograron vencer su fiereza; sólo pudieron oír como aquel pobre muchacho les pedía antes de morir despedazado allí mismo, que no dejaran de vengar la muerte de su hermano menor en la persona de aquel rico avariento. Los otros hermanos, entonces, y no porque desearan de su propia salvación, ¡por Hércules!, sino precisamente porque la despreciaban, se dirigieron directamente contra aquel ricacho. En su loco empeño, y excitados como estaban, le lanzaron primeramente una andanada de piedras, pero aquel sanguinario, acostumbrado desde siempre a situaciones semejantes, cogió una lanza y alcanzó —atravesándolo por el medio— a uno de los dos. Aun abatido y muerto, el joven aquel no

cayó al suelo, porque cuando la lanza lo atravesó, iba con tal fuerza, que salió por la parte alta de la espalda y se clavó en el suelo con firmeza suficiente como para mantener el cuerpo de pie. En esto, salió en defensa del asesino un esclavo realmente fuerte que lanzó una piedra y le dio en el brazo derecho al hermano que quedaba; pero la piedra, de caída, le dio con poca fuerza, y se deslizó entre los dedos, de manera que contra toda apariencia, cayó al suelo sin hacerle daño, [38] lo que le dio al astuto muchacho la posibilidad de vengarse; y fue que fingiendo que tenía la mano inútil, le retó a su enemigo así:

—Goza con la muerte de toda nuestra familia, y recrea tu insaciable crueldad en la sangre de tres hermanos; triunfa con honor sobre tus amedrentados ciudadanos, por más que sepas, como sabes, que, aunque con la incautación de las propiedades de los pobres ensanches más y más los límites de las tuyas, nunca dejarás de tener a alguien por vecino, que este brazo que te tenía que haber cortado la cabeza, ha caído abatido por la iniquidad de los hados.

Aquellas palabras le sacaron de quicio, conque agarró su espada aquel fogoso ladrón y se abalanzó violentamente sobre el muchacho con la intención de aniquilarlo personalmente. Pero no iba a luchar contra alguien en desigualdad de condiciones, porque contra lo que se pensaba, el muchacho se le enfrentó en bravo combate, le sujetó el brazo, blandió el arma, y en un supremo esfuerzo le asestó tan gran cantidad de estocadas que le arrancó su alma podrida. Luego, para liberarse de los otros siervos que venían hacia él, se segó él mismo la garganta con la espada manchada aún con la sangre de su enemigo.

Todo esto es lo que presagiaban los portentos que habían ocurrido en casa de aquel pobre señor. Entre tantas calamidades el viejo no atinó a articular palabra, ni se le escapó un sollozo; cogió el cuchillo con que había partido el queso y los demás manjares para repartirlos entre los comensales, y siguiendo los pasos de su desgraciado hijo, se lo hundió en la garganta por varios lados hasta que se desplomó sobre la mesa, cubriendo con un río de sangre fresca las manchas de la prodigiosa sangre de un rato antes.

[39] En un momento quedó deshecha toda aquella familia. Mi hortelano no dejó de compadecerse de aquellas desgracias, ni de lamentar las muertes, ni de darse palmadas de dolor —con lo que pagaba él convite— hasta que montó a mi grupa y tomó el camino por donde habíamos venido, que tampoco resultó sosegado, por cierto. Porque nos salió al paso un hombre muy alto —que por la pinta y la vestimenta debía de ser un soldado de la legión—, y preguntó con arrogancia altanera a dónde llevaba el burro de vacío; pero mi amo, entre que tenía miedo y no conocía el latín, continuó camino sin decir nada.

El soldado aquel no tenía facha de tragarse su habitual insolencia, y tomándose el silencio como una ofensa, se enfureció, y me dio en los lomos con un sarmiento que llevaba: cayó al suelo el hortelano, y le respondió desde el suelo con toda humildad que no entendía la lengua en que le hablaba; y entonces el soldado lo dijo en griego:

—¿A dónde llevas ese burro?

Y el hortelano contestó que a la ciudad vecina.

—Pues tienes que saber que lo necesito yo, porque tiene que transportar el equipaje de nuestro capitán a otro sitio.

Y en diciéndolo, me cogió del bocado y comenzó a tirar para llevármeme. El hortelano, al tiempo que se limpiaba la sangre de la herida que se había hecho al caerse, le rogaba por la esperanza de su prosperidad que se comportara con mayor cortesía y menor animosidad con un compañero de armas, y siguió diciéndole:

—Ten en cuenta que es un bruto inútil, que muerde, y además, tiene una enfermedad contagiosa; cuando lo cargo en el huerto con unas pocas brazadas de verdura, acostumbra a llegar a casa con el corazón en la boca; no digo nada si le cargan mayores pesos.

[40] Al ver que el soldado no se avenía a sus ruegos, sino que se revolvía contra él intentando pegarle en la cabeza con la parte más gruesa del sarmiento, acudió entonces a un último recurso; aparentando que iba a abrazarse a sus rodillas para que se compadeciera de él, sumiso y arrodillado en su presencia, le trabó los pies, lo levantó, lo dejó caer a plomo al suelo, y allí mismo empezó a pegarle pu-

ñetazos, mordiscos y codazos, incluso con una piedra del camino, conque le dejó magullados la cara y los costados, sin darle opción a defenderse ni revolverse desde el momento que cayó al suelo; pero a su pesar no dejaba de amenazarle con que, si lograba levantarse, habría de hacerle pedazos con la espada, lo que le sirvió al hortelano de aviso; se la quitó pues, la echó bien lejos, y se puso a golpearle con mayor violencia si cabe. El otro, postrado y desbordado como estaba, acudió al único remedio de conservar la vida que le quedaba, y dio en simular que estaba realmente muerto. Sólo entonces el hortelano recogió la espada, montó a mi grupa y se encaminó a buen paso a la ciudad; sin pararse siquiera en el huerto, se fue directamente a casa de un pariente, le contó lo pasado, y le pidió si podía ayudarle ocultándoles a él y al asno, a ver si, escondidos durante dos o tres días, podía evitar el castigo capital. Teniendo en cuenta su antigua amistad, se puso a su disposición: a mí me subieron por una escalera con las pezuñas atadas hasta la buhardilla; el hortelano se metió en un cesto grande que había en la entrada, y puso buen cuidado de taparlo bien para que pasara desapercibido.

[41] Como supe más tarde, el soldado, al levantar cabeza —vacilante y dolorido como después de una borrachera—, llegó a duras penas a la ciudad apoyándose en una cachava; y como le daba vergüenza que se supiese lo de su afrenta, iba reconcomiéndose la humillación, hasta que se encontró con unos compañeros de armas, a los que les contó su desgracia. Acordaron que se escondiera en su tienda por unos días —pues temía el castigo por haber faltado al juramento militar de no perder nunca el arma—, mientras ellos, que sabían ya nuestros datos, llevaban a cabo una investigación y la venganza consiguiente. Naturalmente, hubo vecino poco leal que le faltó tiempo para decir dónde nos ocultábamos, con lo que pudieron emplazar a los magistrados con la excusa de que se había perdido por la calle una copa de plata de su comandante, y se la había encontrado un hortelano, pero se negaba a devolverla, y se había escondido en casa de un pariente. Después de valorar el perjuicio y la identidad del comandante, los magistrados lle-

garon hasta las puertas de nuestro escondite, y le previnieron en voz alta a nuestro valedor de que, puesto que estaban más que seguros de que nos escondía en la casa, era preferible que nos entregara, antes que poner en peligro su propia cabeza. Pero él no se arredró; procuró por todos los medios hacer lo posible para salvar a quien había acogido bajo su protección, y les respondió que desde muchos días atrás no sabía nada de nosotros y que ni siquiera había visto al hortelano, a lo que replicaban los espadones la certeza de que nos estaba escondiendo en alguna parte. Al cabo les pareció oportuno a los magistrados investigar lo que tan obstinadamente negaba, y mandaron a los lictores y a otros oficiales públicos a que escudriñaran por todos los rincones; pero volvieron en la seguridad de que de puertas adentro no había ni burro ni nada, con lo que se encendió la controversia entre unos y otros con mayor virulencia; [42] los soldados seguían asegurando que tenían comprobada nuestra presencia, y ponían por testigo el propio nombre del César, mientras que el otro, jurándolo por todos los dioses, lo negaba. Al oír la disputa y el tumulto que estaban armando, y siendo como era yo, un burro curioso e indiscreto, me puse a mirar de dónde venía aquel tumulto, y me asomé a la ventana. A esto, uno de los soldados, por casualidad, se le ocurrió levantar los ojos, y puso por testigo mi propia sombra ante la concurrencia. El caso despertó oleadas de admiración, e inmediatamente subieron por la escalera, me echaron mano y me sacaron afuera. Luego, con la más absoluta seguridad, volvieron a registrar escrupulosamente cada rincón; y al destapar el cesto, descubrieron al pobre hortelano de donde, desembanastado, y entregado a los magistrados, se lo llevaron a la cárcel para que pagara el delito, mientras los otros no dejaban de bromear y reírse de mí. De ahí nació precisamente el refrán: «por la sombra de las orejas se conoce al asno».

LIBRO X

[1] **L**O que le pudo ocurrir al otro día a mi amo el hortelano no lo sé. A mí, sin que nadie se opusiera, me sacó de la cuadra el soldado que recibiera tan soberana paliza por insolente. Luego me cargó los bártulos que sacó de la tienda, que compartía con otros —o así me lo pareció— y me sacó al camino aparejado al estilo militar, pues llevaba un casco resplandeciente, y un escudo más brillante que el propio aire; además me había puesto en la parte más alta la ostentación de una lanza de larguísimo regatón —ciertamente no acomodada a las ordenanzas— para atemorizar a los viandantes, sin duda. Estuvimos largo rato atravesando una llanura por buenos caminos, hasta que llegamos a una pequeña ciudad; pero no me llevó al establo, sino a casa de un decurión¹²⁵, y en cuanto me hubo encomendado al cuidado de un esclavo, se fue a presentarse a su comandante¹²⁶ que tenía mando sobre mil soldados.

[2] Recuerdo que al cabo de unos días se empezó a maquinar un crimen abominable; y para que os enteréis, voy a plasmarlo en este libro.

El señor de una casa tenía un hijo, ciertamente culto, y por eso mismo espejo de respeto y de mesura, tal como a todos nosotros nos gustaría que fueran nuestros hijos. Su madre había muerto hacía mucho tiempo, y el padre había

¹²⁵ En el contexto militar a que se refiere este párrafo, decurión es el jefe de una decuria, oficial que mandaba diez jinetes.

¹²⁶ Jefe militar. Etimológicamente el que está puesto delante del mismo. Es decir, el jefe de la sección de un ejército.

vuelto a casarse en segundas nupcias, de las que había nacido otro hijo que tenía ya por entonces doce años de edad. La madrastra, que mandaba en la casa de su marido más por su hermosura que por sus buenas costumbres, fuera por su natural impudicia, fuera por instigación del destino, dio en poner sus ojos en su hijastro. Supongo, querido lector, que estarás dándote cuenta de que se trata de una tragedia, no de un cuento, por lo que habrás de quitarte los boceguíes, y calzarte los coturnos¹²⁷.

Mientras el pequeño Cupido se mantuvo en los primeros escarceos, la mujer, indecisa aún, resistía con facilidad, y ocultaba su ardor en silencio. Pero cuando empezó a arder a fuego vivo el disoluto Amor en sus entrañas, sucumbió a las andanadas del dios, y no tuvo otro remedio que ocultar su herida amorosa como enfermedad y decaimiento aparentes. Por otra parte, todo el mundo sabe que, por lo común, existen grandes semejanzas entre algunas enfermedades y el mal de amores: palidez inconsistente, mirada lánguida, rodillas relajadas, sueño desordenado, y suspiros atormentados, tanto más hondos, cuanto más tiempo pasa. Si no fuera porque se pasaba el día llorando, cualquiera hubiera creído que se consumía sólo de fiebre. ¡Valiente ignorancia la de los médicos! ¿Que qué significaba la alteración de los pulsos, la respiración tarda, el ardiente desmayo, y ese echarse sin parar sobre un costado, luego sobre el otro, en constante mudanza? ¡Dioses! ¡Con lo fácil que le resultada a uno no versado en medicina, a poco que entienda de las pasiones de Venus, cuando estás viendo a alguien que se quema sin calor! [3] En el apasionamiento del más sublime furor, decidió romper su largo silencio, y mandó llamar a su hijo —palabra que, de poder, hubiera borrado a gusto, por no sonrojarse. El muchacho se presentó sin tardanza al llamamiento de la madre enferma, avejentado y triste, y entró en la habitación con el respeto

¹²⁷ Los coturnos son las sandalias de anchísima suela y tacón que llevaban los actores en las tragedias. En contraposición a los boceguíes, que corresponden a las comedias. Con el contexto de la frase el autor pone en antecedentes de que el lector debe estar preparado para la profundidad de tono que se avecina en los párrafos siguientes.

debido a la mujer de su padre, y madre de su hermano. Ella, cansada ya de tan dilatado silencio, en un mar de dudas, no encontraba las palabras adecuadas al caso; sometida a un repentino recato no sabía por dónde empezar. El muchacho, sin sospechar nada, ni de lejos, le preguntó con humilde sumisión por las causas de su postración, y fue entonces cuando, aprovechando un momento que se quedaron solos, se decidió y le dijo con voz trémula, al tiempo que derramaba abundantes lágrimas, y se tapaba la cara con la sábana.

—El motivo único, la única fuente de mi mal y su remedio único eres tú mismo, y es que esos ojos tuyos se me han metido por los míos tan hondo, que me han provocado un fuego de apremiante comezón hasta en los tuétanos. Ten compasión de quien está muriendo por tu causa. Y no te aparte de mí la adoración que sientes por tu padre porque tú solo has de ser quien salve a su esposa: que en caso contrario, moriría. Yo te amo, porque reconozco su viva imagen en la tuya. En nuestra soledad tienen la plena garantía de consumir lo inevitable, porque lo que nadie conoce, apenas ha sucedido.

[4] Desconcertado quedó el muchacho ante la repentina provocación; y aunque le asqueaba, pensó que no había que irritarla con el rigor de una negativa inoportuna, sino calmarla dándole largas con promesas llenas de cautela. Así que le fue dando esperanzas, al tiempo que la exhortaba a que se tranquilizase y se restableciera, hasta que algún viaje del padre les dejara la puerta franca a sus deseos; y al punto se marchó de la maléfica presencia de la madrastra.

En la creencia de que un asunto de familia como ese merecía más profundas consideraciones, fue y se lo dijo a un viejo preceptor suyo de comprobada sensatez, quien no vio otra solución mejor que evitar la tempestad de la cruel fortuna con una rápida huida. Pero la mujer aquella, que no soportaba ya la más pequeña dilación, logró convencer a su marido con fingidas artimañas de la conveniencia de que fuera a ver lo que pasaba en unas fincas lejos de la ciudad. Luego, con la malsana esperanza de aprovechar la ausencia, exigió la comparecencia prometida a su pasión. Pero

el muchacho le iba dando largas ahora por esto, luego por lo otro, o evitando su presencia, hasta que cayó ella en la evidencia de que se negaba a lo acordado, con lo que pasó de un culpable amor, al odio más acérrimo, con una facilidad asombrosa; cogió al punto a un esclavo que lo había aportado al matrimonio en su dote, y que estaba al cabo de cualquier modalidad de crimen, y le comunicó sus pérfidas intenciones, que no eran otras que quitarle la vida al muchacho. Mandó entonces a aquel bribón a que comprara un veneno fulminante que, disuelto en vino, quedara a punto para darle muerte al inocente hijastro. [5] Pero mientras aquellos malvados deliberaban entre sí sobre el momento propicio para ofrecerle la bebida, se produjo un cambio de Fortuna: sucedió que el hijo menor —el de aquella malvada mujer—, se sintió sediento al salir de la lección de después de comer, y al ver la copa en la que se escondía el veneno, en el desconocimiento de lo que se tramaba, la apuró hasta las heces. En el mismo momento en que bebiera la muerte preparada para su hermano, cayó sin vida al suelo; y su maestro, al ver la desgracia del niño, se puso a dar voces de lamento, llamando a su madre y a todos los parientes, que, al conocer el asunto de la pócima mortal, empezaron a acusarse mutuamente como autores de tan angustioso crimen.

Aquella temible mujer, aquel ejemplar de madrastra sin entrañas, no se conmovió por la muerte del hijo, ni por los remordimientos de su parricidio, ni por la calamidad que había caído sobre su casa, ni por la desolación de su marido, ni por el dolor del entierro; todo lo contrario, intentó sacar tajada de venganza de la desgracia familiar por lo que envió a todo correr un mensajero para que le llevara la noticia de la catástrofe a su marido que estaba de viaje, y cuando llegó con un aplomo temerario, hizo la denuncia formal de que su hijastro había matado a su hijo con veneno. Y lo cierto es que tampoco mentía del todo, porque el pequeño era el que se había adelantado a la muerte destinada al mayor; pero lo que ella decía era que el hermano menor había muerto a manos de su hijastro, porque ella no había querido ceder a sus desvergonzadas proposiciones, cuando

intentaba forzarla. Y como aún le parecían pocas, semejantes mentiras, añadió que también a ella la había amenazado con una espada para que no se le ocurriera descubrirle.

El infeliz padre se debatía en un mar de angustias mientras asistía al funeral del pequeño, porque presentía que el otro también sería condenado a la pena capital por incesto y parricidio. Pero es que por si fuera poco, tampoco podía dejar de odiar a su propio hijo a causa de los fingidos lamentos de su querida esposa.

[6] Apenas acabaron las ceremonias fúnebres y la inhumación del hijo, el pobre viejo marchó a toda prisa al foro, sorbiéndose las lágrimas y mesándose las canas llenas de ceniza; y una vez allí, sin darse cuenta de los engaños de su pérfida mujer, se empeñó, abrazado a las rodillas de los decuriones, en la destrucción del hijo que le quedaba, por parricida —por lo de la muerte de su hermano—, incestuoso, por profanar el lecho paterno, y asesino, por amenazar de muerte a su madrastra. Provocaba, ciertamente, a tan profunda piedad y llegó a enardecer con indignación tan exaltada no solamente a la curia, sino al propio pueblo, que decidieron suprimir el enojoso proceso, aceptando como irrefutables las pruebas de la acusación, y como subterfugios amañados las de la defensa, por lo que exigieron todos a una que se le castigara a lapidación pública, como si de una afrenta a la ciudadanía se tratara.

Los magistrados, temiendo que aquella incipiente indignación desembocara en una revuelta sediciosa de la ciudad, requerían, por una parte, a los decuriones, y por otra, procuraban contener al pueblo, para proceder a un juicio de acuerdo con los ritos y las costumbres de los ancestros, de forma que —oídas las alegaciones de las partes—, se hiciera pública una sentencia en la forma establecida, no fuera a ser que se condenara a alguien sin darle audiencia, como ocurre entre la barbarie de los salvajes o en las tiranías, y, sobre todo, para no legar al futuro, desde la época de paz y tranquilidad que disfrutábamos, un ejemplo tan lamentable. [7] A todos plugo esa razonable argumentación y acto seguido, ordenaron al pregonero que convocara a los

senadores a la curia; y cuando estuvieron sentados en sus escaños habituales por orden de dignidad, a la llamada de la audiencia apareció el acusador principal. Se llamó luego al acusado, y desde el principio les advirtió el oficial a los abogados que, de acuerdo con la ley Ática y con el procedimiento marcial, no recurrieran a exordios, ni alentaran la compasión en sus intervenciones.

Llegué a conocer el asunto este gracias a las habladurías que promovió. Naturalmente no puedo reproducir las palabras de que se valió el acusador, ni con qué argumentos le rebatió el acusado, ni los discursos ni los debates, porque me encontraba en la cuadra, pero sí voy a poner en estas páginas lo que pude averiguar.

Nada más acabar la controversia de los oradores, decidieron acudir a las pruebas para ir sobre seguro, sin fiarse de las meras conjeturas de sospecha, para lo que pareció oportuno la comparecencia del siervo aquel que, por lo que se decía, era el único que sabía lo que había pasado. Semejante bigardo, que no se inmutó ni por la solemnidad de proceso tan importante, ni ante la presidencia de la curia, ni por su propia conciencia de culpa, empezó por atestiguar y aseverar como cierto lo que él mismo había amañado: que resentido por el desdén de su madrastra, le había llamado a él, y en venganza, había decidido matar a su hermano; y como no se fiaba de que se utilizara la copa como prueba del crimen, se había decidido por fin a dársela él en persona. Cuando el bribón acabó por decir todo eso con la mayor seguridad, aparentando ser la propia imagen de la verdad, acabó el juicio. [8] Ninguno de los decuriones conservó la presencia de ánimo suficiente como para no pronunciarse en favor de que se le condenara a la insaculación¹²⁸. Como, según la costumbre inmemorial, los votos de la sentencia debían depositarse en una urna de bronce, y, una vez en su interior, se tenía por echada la suerte del acusado, y ya no se permitía conmutarla, sino que se le en-

¹²⁸ Culeus era un saco en el que, después de azotados, eran introducidos y lanzados luego al mar los parricidas. Dentro del saco solían poner con el condenado, un perro, un gato, un mono, un gallo y una víbora.

tregaba al verdugo el poder de matarlo, un anciano de la curia, médico por más señas, de comprobada fidelidad y de gran peso moral sobre los demás, tapó la ranura con la mano para que nadie introdujera su voto, y se dirigió a los de su condición diciéndoles:

—Me enorgullezco de conservar en vida vuestro reconocimiento, por lo que no voy a permitir que se cometa el homicidio evidente de un acusado de crímenes falsos, ni que os veáis conducidos a engaño, estando bajo juramento como estáis, por las perjuradas mentiras de un esclavo. Yo mismo no puedo pronunciarme en falso, sin pisotear el respeto debido a los dioses, y sin actuar contra mi conciencia. Sabed, pues, a través de mis palabras lo que ha pasado aquí: [9] El pícaro ese vino hace poco, realmente excitado, a comprarme un veneno de efectos fulminantes, por el que me ofrecía en pago cien áureos. Me dijo que lo precisaba para un enfermo a cuya dolencia incurable pretendía sustraerse, apartándose de esta vida de dolor. Sospechando que ese charlatán estaba urdiendo alguna mentira con tan burda excusa, y en la seguridad de que estaba fraguándose la comisión de un delito, le di la pócima; sí se la entregué, pero como preveía la posibilidad de una investigación, no tomé el dinero que me ofrecía, y le dije: «Como a lo mejor alguna de las monedas que me das es falsa o de mala ley, mejor será que las metamos en esta bolsa, y que la selles con tu anillo hasta que las contrastemos otro día ante un cambista.». Cayó en el engaño, y selló el dinero. Cuando he visto que ahora se presentaba en el juicio, he mandado a uno de los míos que fuera de una carrera a mi tienda. Ahora ya está aquí y la exhibo ante todos vosotros: que la vea ahora, y que reconozca su sello. ¿Cómo es posible acusar al hermano de lo del veneno cuando era él mismo quien lo había comprado?

[10] Al maquinador de aquella trama le entró de golpe un irresistible temblor, al tiempo que le subía por el cuerpo una palidez de muerte, y transpiraba de sudor frío por todo su ser: había perdido el control de los movimientos de los pies, se rascaba la cabeza por aquí y por allá, y balbuceaba con la boca casi cerrada no se qué historias, con lo

que ya casi nadie creía que estuviera libre de culpa. A pesar de todo recobró la presencia de ánimo y continuó negando con gran seguridad, sin dejar de acusar al médico de mentaz, quien, aparte de su rango de jùez, al ver que se ponía en tela de juicio su integridad, se puso a rebatir al bribón con redoblado ahínco, hasta que consiguió que los oficiales le redujeran a viva fuerza por orden de los magistrados, le arrancaron el anillo de hierro para compararlo con el sello de la bolsa, lo que corroboró las sospechas. Sin embargo, ni aplicándole la rueda del tormento, ni el potro griego, perdió su admirable aplomo; ni siquiera cedió a los azotes, ni al suplicio del fuego.

[11] Fue entonces cuando el médico dijo:

—¡Por Hércules!, que no voy a consentir que contra toda justicia, torturéis a este joven inocente, ni que este otro se burle de este juicio, ni que se escabulla al castigo que su crimen merece: ahora mismo voy a dar prueba evidente de lo que digo: cuando este malvado trataba de comprar el veneno fatídico, como no creo que se ajuste a los principios de mi oficio el provocarle a alguien la muerte, sino que estoy convencido de que la medicina tiene que procurar la salud de los hombres, y como temía que con una negativa rotunda le ponía en el camino del crimen —porque muy bien podría comprar la pócima fatal en otro sitio o matarlo en última instancia con espada o lanza—, le di en realidad una droga adormidera, la mandrágora, conocida por sus propiedades de aletargamiento, y porque provoca un adormecimiento muy parecido a la muerte. No es de extrañar que el bribón este esté tan desesperado —en la seguridad de que le corresponde la condena a la última pena de acuerdo con las costumbres de nuestros antepasados— que haya soportado tormentos mucho más tolerables. Pero si es cierto que el muchacho tomó la pócima que preparé personalmente con mis propias manos, vive todavía, está durmiendo aún, descansa; abandonará muy pronto la inmovilidad del letargo, y regresará a la luz. Y si le asesinaron, o le sobrevino la muerte, habrá que buscar otras causas.

[12] A todos les pareció razonable lo que decía el anciano, y marcharon a buen paso al sepulcro donde yacía el

cuerpo del mozo. En aras de la expectación extraordinaria que se produjo, nadie dejó de acudir, fueran curiales, nobles o plebeyos. El padre destapó la tapa de la caja con sus propias manos, precisamente en el momento en que estaban disipándose los efectos de la adormidera, y le sorprendió cuando regresaba de las propias fronteras de la muerte: se fundieron en un abrazo, y luego lo mostró al pueblo, incapaz de decir palabra por lo emocionado que estaba. Tal cual, cubierto con el sudario que lo envolvía, lo llevaron al juicio, donde quedaron meridianamente claros los crímenes del malvado siervo y de la mujer todavía peor, y con ello se abrió paso la desnuda verdad. Condenaron a la madrastra a un exilio perpetuo, al esclavo a morir en la cruz, y al bueno del médico —por general acuerdo— le permitieron que se quedara con los cien áureos en pago de sueño tan oportuno. Así fue como la famosa y trágica fortuna de aquel padre tuvo un desenlace digno de la providencia de los dioses, pues en poco rato, es más, en un instante, de estar a punto de quedarse sin hijos, pasó a verse padre de dos adolescentes crecidos.

[13] Por entonces el destino me trató a bandazos, en unas condiciones que ahora voy a relatar:

—El soldado, el que me había comprado de nadie, y me había adquirido por sin precio, como por orden de su tribuno tenía que llevar a Roma unas cartas dirigidas al Príncipe, me vendió por once denarios a unos hermanos vecinos suyos, y esclavos por más señas, cuyo dueño era riquísimo. Uno de ellos, panadero de oficio, se dedicaba a la confección de excelentes panes y pasteles de miel; el otro, cocinero, preparaba unos succulentos platos de carnes con exquisitas salsas. Formaban entre los dos un a modo de sociedad. Me habían comprado para que les llevara una gran variedad de cachivaches imprescindibles en los viajes que el dueño solía hacer por diversos lugares. Me aceptaron, pues, como tercero, en aquel contubernio fraternal; en mi opinión nunca había tenido un destino tan placentero; y es que, después de aquellas comidas y aquellos suntuosos festines que organizaban, mis dueños solían retirar a su cubil cantidades considerables de sobras: uno, de carne de cerdo,

de pollo, de peces y de toda clase de comida; el otro, pan, pastelillos, buñuelos, lagartos, anzuelos¹²⁹ y otras muchas golosinas de miel. Y cuando se iban a los baños y dejaban la puerta cerrada, yo me atiborraba de aquellos manjares que se me ofrecían que, aunque burro, no iba a ser tan tonto como para dejar aquellas delicias, y comerme el áspero heno que me echaban. [14] Me salió bien la argucia de mis sisas durante bastante tiempo, porque tenía buen cuidado de probar un poco de cada cosa, y así no sospechaban que la falta se pudiera deber a un asno. Pero al tomar confianza, me dio por elegir las mejores carnes, y por lamer los dulces más sabrosos, y naturalmente, los hermanos empezaron a sospechar: aunque por el momento no me achacaban nada a mí, no dejaron de buscar al causante de aquellas diarias rapiñas.

Al final acabaron por echarse uno a otro la culpa de aquellas sucias menguas, y se decidieron a poner mayor cuidado en la vigilancia, llegando incluso a contar los trozos, hasta que uno acabó por echarle en cara al otro sin ninguna consideración:

—No es ni leal ni humano que levantes cada día los mejores pedazos para venderlos, con el intento de aumentar tu peculio a escondidas, reclamar luego la partición de lo que queda a partes iguales. Si no quieres ir a medias podemos dividir esta comunidad de intereses y no por eso dejar de ser hermanos en lo demás, porque preveo que, de continuar esta desavenencia, se va a alimentar una profunda discordia entre nosotros.

A lo que contestó el otro:

—¡Por Hércules que me he quedado impresionado de tu cinismo! Después de estar robando cada día a escondidas, traes ahora a colación la queja que sufría en mis adentros calladamente para no tener que acusar a mi hermano de tan sórdida rapiña. Con todo estoy contento de que hayamos hablado con claridad para buscar una solución, no fue-

¹²⁹ Estos nombres de animales y otros utensilios denominan diferentes clases de pastelillos, sin duda, por la forma que cada tipo tenía.

ra a ser que, por no decirnos nada, llegáramos a mayores como le pasó a Etéocles ¹³⁰.

[15] Entre parecidas recriminaciones los dos hicieron protestas de que ninguno había engañado al otro, y que no habían robado nada, con que llegaron a la conclusión de que había que descubrir al ladrón de los bienes comunes, y se pusieron de acuerdo en las mañanas a utilizar, porque al asno, el único que se quedaba adentro, no podían gustarle esos manjares, y sin embargo cada día desaparecían las mejores viandas; y las moscas que revoloteaban por la habitación tampoco eran tan grandes como las Harpías ¹³¹, las que tiempo atrás despedazaban los manjares de Fineo ¹³². Cebado como estaba con tal abundancia de comida de hombres, me había puesto bastante más gordo, se me había suavizado la piel con la succulenta capa de grasa que me adornaba y me relucía el pelo esplendorosamente. Pero esa misma honra de cuerpo me acarreó gran deshonor a mi recato, porque cuando advirtieron la rotundidad de mis lomos, y cayeron en la cuenta de que cada día dejaba el heno sin probar, empezaron a vigilarme mejor. Así, a la hora que tenían por costumbre marcharse a los baños, cerraron las puertas como solían, pero se quedaron a escudriñar por las rendijas cómo iba husmeando yo aquellos manjares. Y, sin preocuparse de los perjuicios que les estaba ocasionando, quedaron tan sorprendidos de las preferencias de un burro en asuntos de comida, que estallaron en carcajadas, y fueron llamando uno tras otro a los demás esclavos para mos-

¹³⁰ Etéocles era hermano de Polinice y ambos hijos de Edipo a quien echaron de malas maneras después del incesto con su madre Yocasta. Edipo los maldijo, y les vaticinó que morirían cada uno a manos del otro. Para evitarlo llegaron al acuerdo de repartirse por años sucesivos el poder del reino, pero Etéocles no quiso ceder después de su primer año de mandato. Se enfrentaron en una encarnizada batalla, y se cumplió el vaticinio que pretendían evitar.

¹³¹ Las Harpías son genios alados, representadas con cuerpo de mujer o de ave y cabeza de hembra, y siempre con afiladas garras. Son raptoras de niños y de almas.

¹³² La leyenda sobre Fineo dice que pesaba sobre él la maldición de que todo lo que se colocara en su presencia habrían de arrebatárselo las Harpías, particularmente los alimentos.

trarles tan extraordinario paladar, como nunca se había visto en un rudo asno. Tantas y tan sonoras carcajadas les produjo a todos, que llegaron a oídos del amo que pasaba por allí cerca. [16] Se le ocurrió preguntarles qué es lo que les hacía tanta gracia, y al saberlo, también él se puso a mirar por el agujero, y se lo pasó tan en grande, que de tanto reírse llegó a cogerle un gran dolor de tripas; cuando abrieron el cuarto, se puso a mi vera, y se quedó observándome con mucha atención. Viendo yo que la Fortuna, al fin, me miraba con cierta benevolencia, como me daba confianza la alegría de los que estaban por allí, seguí comiendo sin inmutarme lo más mínimo hasta que, satisfecho con aquel extraordinario espectáculo, mandó el dueño que me llevaran a su casa; es más, me llevó él mismo hasta el triclinio donde tenía ya la mesa preparada, y mandó que me sirvieran toda clase de manjares y fuentes enteras sin tocar. Yo, por más que estuviera atiborrado de comida, en mi afán de complacerle, me eché con ansia sobre los platos que me traían, mientras ellos iban escogiendo deliberadamente los que más hubieran de repugnar a un asno, para comprobar mi grado de civilización: me ponían delante carne adobada con laserpicio¹³³, capones a la pimienta y pescados en exóticas salsas, y tan se partían de risa, que los podían descalzar. Al rato se le ocurrió decir a un gracioso:

—¿Por qué no le dais a ese amigo un poco de vino?

A lo que contestó el dueño:

—Pues no te creas que hayas dicho ninguna tontería, bribón, que es posible que a nuestro convidado le apetezca un buen trago.

Y añadió:

—¡Eh, muchacho!: limpia bien esa copa de oro, llénala de vino dulce, dásela a mi invitado y le recuerdas que ya he bebido yo antes a su salud.

La expectación de los invitados llegó entonces a su más alto grado. Y yo, sin asustarme de nada, con toda tranquilidad y no poca inspiración, acomodé el labio inferior a

¹³³ Laserpicio es una especie de resina aromática que se extrae de la cañaheja. Recibe también el nombre de gomorresina.

modo de lengua a la enorme copa y me la bebí de un trago; entonces me jalearon todos a una, y brindaron a mi salud. [17] El dueño, reventando de satisfacción, llamó a los esclavos que me habían comprado, ordenó que se les restituyera el cuádruplo de lo que les había costado, y me entregó a su liberto preferido —dotado, por cierto, de considerable peculio— abogando por que me diera buen trato.

Este nuevo amo me trataba con mucha consideración y afabilidad para congraciarse más con su patrono, y hacía lo posible para divertirlo con mis bufonadas. En primer lugar, me enseñó a sentarme a la mesa apoyado en un codo, a luchar, a bailar con las patas de delante levantadas —que era lo que provocaba mayor admiración— y a hablar con gestos: tenía que levantar la cabeza hacia atrás si quería decir que no, o hacia delante si quería decir que sí; cuando tenía sed, tenía que pedir agua mirando al aguador, y guiñarle alternativamente los ojos. En realidad era muy fácil para mí acomodarme a todas esas cosas, incluso las hubiera podido hacer sin que nadie me las enseñara, pero temía que, si tomaba actitudes humanas por mí mismo, sin atenerme a las lecciones de mi preparador, podrían tomarlo como de mal agüero y a mí como un monstruo peligroso y acabarían por degollarme para pasto de los buitres.

Empezó pronto a correr el rumor de que con mis maravillosas habilidades había conseguido que mi amo fuera admirado y célebre: «Ahí va el que tiene por compañero un burro que se sienta a su mesa, que sabe pelear, baila, entiende todo lo que se dice e imita el lenguaje de los hombres con movimientos de cabeza», decían.

[18] Antes de pasar adelante quiero que sepáis —ya que no lo he hecho hasta ahora— quién era y de dónde procedía mi nuevo dueño: Tiaso —que así le había llamado mi cuidador—, había nacido en Corinto, capital de la provincia de Acaya. Después de haber pasado por todos los cargos que demandaba su alcurnia y sus merecimientos, fue promovido al de magistrado quinquenal¹³⁴. Se había com-

¹³⁴ Se refiere al censor de los municipios y colonias. El cargo se elige cada cinco años, y le incumbe la obligación de revisar el censo durante

prometido con su habitual generosidad a organizar tres días seguidos de juegos de gladiadores, para ensalzar la toma de posesión de las fasces. Empeñado en el relumbrón de su gloria pública, había marchado a Tesalia a adquirir los más nobles animales y los más aguerridos gladiadores; y cuando pensaba que ya los tenía a todos preparados y dispuestos, se dispuso a volver. En el camino de vuelta desdeñó los lujosos vehículos, dejó de lado los carros con sus cortinas echadas o corridas que iban al final de la comitiva, incluso hizo de menos a los caballos Tesálicos y otras monturas galicanas, tan apreciadas por su pureza de raza, y a mí me llenó de oropeles, gualdrapas decoradas, me puso albarda roja, bocado de plata, cincha repujada y cabezal de cascabeles, e iba montado a mi grupa, halagándome con palabras cariñosas, entre otras las de que era lo que más apreciaba, porque en mí tenía amigo y montura a la vez.

[19] Cuando llegamos a Corinto, después de un largo viaje por tierra y por mar, había una gran multitud de ciudadanos que se habían congregado, más por el deseo de verme —según me pareció— que por aclamar a Tiaso, pues mi fama se había extendido de tal manera, que era ya fuente no pequeña de ingresos para mi amo, que al ver tanta gente impaciente por presenciar mis gracias, cerró las puertas, y dejó que pasaran de uno en uno, con lo que acostumbraba a sacar cada día considerables sumas de dinero. Entre los que pasaron había una dama muy considerada y rica que pagó como los demás para verme, y tan encantada quedó de mis múltiples habilidades, que poco a poco pasó de la admiración a un insensato deseo de mí mismo; y sin intentar siquiera reprimir su loca pasión, cual otra Pasifae¹³⁵ —pero de un asno—, ansiaba ardorosamente mis abrazos.

los dieciocho primeros meses de su mandato. Al cargo se le considera la culminación de una buena carrera política o *cursus honorum*.

¹³⁵ Pasifae es esposa de Minos, a quien, por haber incumplido su palabra, Poseidón castigó, entre otras penas, inspiraron a Pasifae un irresistible amor por un toro. No sabiendo cómo satisfacer su pasión, pidió consejo a Dédalo, quien fabricó una vaca tan perfecta, y tan verdadera en apariencia que el toro se dejó engañar. Pasifae se escondió dentro de la vaca, y así pudo realizarse la monstruosa cópula.

Acabó por proponerle pasar una noche conmigo a cambio de una considerable recompensa, y él, no pensando en el buen rato que podía pasar yo, sino sus ganancias, asintió.

[20] Después de cenar, nos levantamos de la mesa del señor, y encontramos a la matrona en mi habitación, que nos esperaba hacía ya rato. ¡Dioses santos! ¡Qué de preparativos habían organizado! Cuatro eunucos nos habían hecho la cama en el suelo con cojines vaporosos llenos de plumón, que cubrieron con una estera recamada de oro y púrpura de Tiro. En la cabecera colocaron abundantes cojines más pequeños, de esos tan suaves en los que las mujeres suelen recostar la mejilla y la nuca. Luego, para no demorar más con su presencia la pasión de su señora, se marcharon y cerraron las puertas, no sin dejar dentro unos velones de brillante luz que disiparan la oscuridad de la noche.

[21] Entonces ella se desnudó completamente, incluida la franja de tela con que se sujetaba los hermosos pechos, se ungió primeramente con aceites perfumados que sacó de un recipiente de metal, y se entretuvo luego en darme fricciones a mí, con toda parsimonia, hasta en las propias narices.

Luego se puso a besarme, pero no con los besos venales que las meretrices dan en el lupanar a los clientes, sino con una entrega total, al tiempo que me susurraba: «Te amo», y «te deseo», o «sólo a ti te quiero», y «prefiero no vivir si no es contigo», así como otras muchas palabras con las que las mujeres seducen al prójimo poniendo a las claras su disposición. Luego me cogió del cabestro y me atrajo hacia sí, y me recostó con toda facilidad según había aprendido; aquello ni era nuevo para mí, ni difícil, más, cuando, después de tan larga continencia, iba a alcanzar los abrazos apasionados de una mujer tan hermosa como aquella, que, por si fuera poco, me había puesto bueno de un vino sabrosísimo, y por último, la fragancia de aquel perfume, acababa por enervarme los instintos. [22] A pesar de todo, estaba realmente angustiado, imaginándome cómo iba a poder montar con tantas y tan enormes patas a una matrona tan delicada, o de qué manera iba a abrazar con la tosque-
dad de mis cascos aquel cuerpo que parecía hecho de leche

y miel, o cómo habría de besarle esa boquita encarnada como rocío de ambrosía con mi boca y la desproporción de unos dientes como piedras; en fin, por mucho que sintiera la desazón de la lujuria más procaz hasta en la punta de los cascos, cómo iba a recibir una mujer un bálano tan colosal como el mío. ¡Ay de mí! Si llegara a desgarrar a una tan noble dama, habría de verme entre las fieras que tenía preparadas el amo. Pero ella insistía con la dulzura de sus palabras, la constancia de su besos, la suavidad de sus gemidos, la provocación de su mirada, y diciendo: «Ya te tengo»; «Ya eres mío, pichón, gorrión mío»; y mientras decía esas cosas, a mí me parecieron sin sentido mis ocurrencias y estúpidos los temores que abrigaba, conque, me abracé a su abrazo con fuerza, y ella dio buena cuenta de mi totalidad, absolutamente. Cada vez que intentaba salirme para no hacerle daño, ella se apretaba contra mí con encarnizamiento frenético, fuera de sí, y se pegaba en anudamiento tan apretado, abrazándose a mi espalda, que, ¡por Hércules! llegué a pensar que me faltaba algo para satisfacer sus ansias. No me pareció extraño entonces, que a la madre del Minotauro¹³⁶ la sedujera precisamente un amante mugidor. Pasó la laboriosa noche en duermevela total, y se marchó aquella mujer para evitar las complicidades de la claridad del sol, no sin antes haber ajustado la noche siguiente por el mismo precio.

[23] Mi cuidador me dejaba sin reparo alguno a la voluptuosidad de aquella mujer con el convencimiento de que, además de proporcionarle unos saneados ingresos, no dejaba de preparar un nuevo espectáculo para su señor, a quien no tardó en describirle la escena de nuestros amores con todo lujo de detalles. El señor remuneró con largueza a aquel liberto, y decidió que me exhibieran en público. Pero como no pudo conseguir que se prestara al espectáculo ni mi noble esposa, por su alcurnia, ni ninguna otra, se buscó una mujer de baja condición condenada a las fieras por el gobernador, para que intimara conmigo en el tea-

¹³⁶ Ver nota 135, anterior.

tro ante el público. La historia de su condena, según me aseguraron ocurrió así:

Había estado casada con uno, cuyo padre, al salir de viaje por el extranjero, le había ordenado a su esposa —precisamente la madre del marido, a la que dejaba en adelantada preñez— que si el recién nacido fuera del sexo inferior debía matarlo nada más nacer. Como en ausencia del marido nació niña, siguiendo su instinto maternal, no hizo caso de la obediencia debida al esposo, y la entregó a unos vecinos para que la criaran; al regresar el marido le dijo que había sido niña y la había matado.

Cuando la flor de la edad de la doncella reclamaba concertación de matrimonio y no podía dotar a aquella hija sin que se enterara el marido, lo único que pudo hacer fue descubrirle a su hijo el secreto tan celosamente guardado, no fuera a suceder —y eso era lo que la madre más temía— que los ardores juveniles les llevaran a ayuntarse, desconociendo como desconocían, su mutuo parentesco. El joven, que rebosaba afecto filial, asumió, en estricta obediencia a su madre los deberes para con su hermana, y aceptó el secreto de su venerable familia de mantenerlo en silencio: aparentaba sólo de puertas afuera una relación normal con ella y trataba de cumplir con sus obligaciones de parentesco, al punto de recibirla en su propia casa bajo su tutela como a vecina abandonada a la que le faltaba el apoyo de los padres, e incluso la entregó en matrimonio a un íntimo amigo suyo, y la dotó con largueza de su propio patrimonio. [24] Pero asuntos tan bien dispuestos y con arreglo a la probidad, tal como ordenan los dioses, no podían pasar desapercibidos al aciago imperio de la Fortuna, por cuya insinuación se asentaron en casa de aquel joven unos violentos celos. La verdad es que su mujer —la misma que ahora habían condenado a las fieras por todas esas cosas— empezó a sospechar que la muchacha era su sustituta y competidora en el lecho, y pasó a odiarla y de ahí a asediarla con intenciones de matarla. Así fue como tramó su crimen:

Primeramente le quitó el anillo a su marido, se marchó luego al campo y desde allí envió a un esclavo suyo que le era fiel —aunque muy poco digno de la propia fide-

dad¹³⁷— para que le dijera a la muchacha que estaba en un caserío, y le pedía que fuera a su encuentro cuanto antes, sola, sin que nadie la acompañara; y para que no le cupiera ninguna duda, adjuntó el anillo que le había robado al marido, de manera que, el enseñárselo, corroborara sus palabras. La joven atendió la orden de su hermano —que solamente ella por tal le tenía— al ver su sello, y se puso en camino, como se le había insinuado, sola, y sin protección.

Cuando llegó al lugar de las insidias, cayó en la cuenta de la trampa que le habían tendido, porque aquella puntillosa mujer, desbordada por la pasión de unos enfurecidos celos, empezó por desnudarla y darle vergazos; y por mucho que la otra repitiera que se había dejado llevar por la ira en el error de creerla amancebada, y no paraba de asegurarle que era hermano suyo —como si no dijera más que mentiras y fingimientos—, acabó por matarla con una crueldad sin límites, clavándole por entre su misma femineidad un tizón.

[25] Conocida que fue la nueva de tan amarga muerte, acudieron a escape el hermano y marido para dar rendida sepultura a la muchacha entre lamentos y lágrimas. El joven, que no podía hacerse a la idea de que su hermana hubiera tenido tan deplorable muerte, sin merecerlo, quedó aturdido, y le invadió un agudo mal biliar, por lo que empezó a padecer de fiebres tan altas, que se vieron en la obligación de buscarle remedio.

La mujer, que con su infidelidad había perdido también la condición de esposa, fue a ver a un médico conocido por su falta de escrúpulos —que contaba ya con trofeos de muchas palmas de victoria, ganadas por su mano en diversos conflictos— y le ofreció cincuenta sextercios si le vendía un veneno fulminante con el que pudiera comprar ella la muerte de su marido. Concluido el trato, le hizo ver la conveniencia de que le diera a tomar una conocida poción

¹³⁷ Fides es la personificación de «la palabra dada». Se la representa como una anciana de cabello blanco, más vieja incluso que el propio Júpiter. Se le ofrecían sacrificios llevando la mano derecha envuelta en una tela blanca.

—que los entendidos llaman «mano de santo», porque aligera las tripas de bilis—, pero en su lugar le suministró el brebaje a la salud santificada de Proserpina. Reunida la familia, algunos amigos y otros afines, el médico se disponía ya a ofrecerle al enfermo una copa con la mezcla convenientemente preparada por él, [26] cuando aquella audacísima mujer, pensando en quitarse de en medio también al cómplice del crimen, y resarcirse del dinero que le había prometido, dijo al tiempo que le retenía la copa:

—Eminente doctor, de ninguna manera voy a permitir que le des esa medicina a mi querido marido, si antes no te bebes tú una buena parte; ¿cómo voy a saber si no esconde un veneno maléfico? No creo que le ofenda a un hombre tan docto y prudente como tú, que una sumisa mujer como yo, preocupada por la salud de su marido, se valga de la más elemental precaución.

Quedó el médico tan trastornado por el atrevimiento de aquel tormento de mujer, que, sin saber qué hacer, y sin tiempo de pensárselo, antes de dar pie a sospecha por azoramiento o vacilación, se tomó de un trago la medicina. En la confianza de tal garantía, y sólo entonces, el joven apuró la copa que se le ofrecía. Concluido el asunto, el médico no veía el momento de volver a casa para contrarrestar cuanto antes los efectos del veneno con el antídoto adecuado, pero aquella sacrílega mujer, sin abandonar la satánica perseverancia con que había empezado, no permitió que se separara de ella ni una pulgada hasta que, según dijo «se puedan notar los efectos de la pócima, cuando la haya asimilado». Al fin, cansada de ruegos y súplicas, le dejó marchar de mala gana.

Pero por el tiempo transcurrido había ya absorbido un ciego mal hasta lo más profundo de sus entrañas, de modo y manera que cuando llegó a su casa iba tan maltrecho y sumergido en la insondabilidad de un malsano sopor que apenas tuvo tiempo de poner en antecedentes a su mujer de lo que pasaba; y ocurrió que, mientras le ordenaba que por lo menos reclamara el precio prometido por la doble muerte, aquel famosísimo médico rindió el alma entre violentas convulsiones.

[27] Tampoco el joven retuvo la vida mucho más tiempo; ante la falsedad de las lágrimas fingidas de la mujer, murió de igual forma. Después de enterrado, la mujer del médico dejó que transcurrieran los días precisos para los oficios funerarios y se presentó a exigir el pago del doble asesinato, pero la otra, ocultándole sus intenciones con una fidelidad a sí misma digna de elogio, le contestó amistosamente que pensaba cumplir puntualmente con lo prometido, y que quería pagarle sin tardanza lo que habían convenido, siempre que le proporcionara un poco de aquella pócima, para acabar con un asunto que había empezado. ¡Para qué queréis más! La mujer del médico se vio obligada a caer en la trampa de sus manejos pensando que así se granjeaba el afecto de aquella rica mujer, y le llevó entero el frasco de veneno que le había pedido. Al verse con el arma adecuada para tantos crímenes, determinó llegar con sus manos manchadas de sangre hasta donde diera de sí.

[28] Como tenía una hija del marido asesinado tan recientemente, y no llevaba con paciencia que las leyes le concedieran a la niña la herencia paterna, pretendía su muerte, porque codiciaba el entero patrimonio de la hija. En la seguridad de que las madres heredan a los hijos fallecidos, aunque sean sus asesinos, se comportó de madre como lo había hecho de esposa; organizó pues, un banquete de conveniencia, y mató con el mismo veneno a la mujer del médico y a su propia hija. El veneno hizo mella enseguida en las tiernas entrañas de la niña, y murió, pero la mujer del médico sospechó de qué se trataba en cuanto notó una cierta perturbación del ponzoñoso veneno que le corroía los pulmones con fatales consecuencias, y, sintiéndose morir, marchó convencida de lo que pasaba hasta la casa del gobernador, para reclamar ayuda a grandes voces. El pueblo se arremolinó en torno a la escandalera que armaba, y ella les anunció entonces que tenía que denunciar tan grandes crímenes, que consiguió que se le abrieran no sólo las puertas, sino los oídos del gobernador. Cuando hubo explicado desde el principio las atrocidades de aquel pedrisco de mujer, le acometieron de repente sombrías convulsiones, cerró los labios todavía entreabiertos, apretó los dientes en

un largo chirrido helador, y cayó muerta a los pies del mismo gobernador, que, con experiencia en estas lides, no dejó languidecer con negligentes dilaciones tan multiforme crimen como el de aquella vívora venenosa, y detuvo a los sirvientes, a los que les arrancó la verdad a fuerza de tormentos. Aunque bien es cierto que merecía más, no pudo imaginar otra condena más adecuada y la sentenció a que la arrojaran a las fieras.

[29] Precisamente con esa mujer era con la que debía consumir mi matrimonio formal en público. Y mientras esperaba la fecha del espectáculo, me sentía realmente angustiado, y decidido a darme muerte antes de mancharme con el contacto de una mujer tan cruel como aquella y de perder la vergüenza con la infamia de un espectáculo público como el que se preparaba. Pero sin manos, sin dedos, y con cascos redondos y menguados, nunca hubiera podido empuñar una espada. Sólo me consolaba con la leve esperanza de que acabaran pronto mis desgracias, porque la primavera estaba resurgiendo con fuerza: todo se llenaba de brotes y flores, los prados se adornaban con un manto de púrpura, y era de esperar que aparecieran pronto las rosas, que habrían de convertirme de nuevo en Lucio.

Llegó el día de la representación: me llevaron hasta el recinto del teatro, seguido de un entusiasmo espectacular del público, y mientras daban comienzo a la función con grupos de danzantes, yo me quedé junto a la puerta, pasando en la frondosa hierba que crecía en la propia entrada, y recreaba de vez en cuando la vista observando un espectáculo realmente grato a través del portón abierto de par en par: muchachos y muchachas en lo más florido de su edad, elegantes de figura, hermosamente vestidos y de majestuoso porte, avanzaban en graciosos coros, bailando ordenadamente una danza pírrica al estilo griego: tan pronto formaban una rueda en movimiento, como un entrelazamiento de hileras sesgadas, o se agrupaban en cuadro abierto, para separarse luego en grupos desordenados.

Cuando el clamor de las tubas puso fin a las variaciones de los movimientos del baile, retiraron el telón y las cortinas del fondo, y quedó dispuesto el escenario.

[30] Representaba una montaña hecha de madera, muy semejante al famoso monte Ida que cantara el poeta Homero; era una construcción enorme, cubierta de hierba y de árboles transplantados. En lo más alto, de una fuente artificial manaba agua a imitación de una torrentera. Unas pocas cabras pastaban en la hierba, y un muchacho bellamente vestido de pastor frigio, con una túnica oriental, cayéndole de los hombros y tocado con una mitra de oro, simulaba apacentar el ganado. Apareció entonces un luminoso muchacho, desnudo con sólo una clámide de efobo cubriéndole el hombro izquierdo, y que lucía una cabellera rubia digna de admiración, por entre cuyos rizos sobresalían un par de alas doradas de notable factura. El caduceo¹³⁹ que llevaba indicaba claramente que era Mercurio¹⁴⁰. Avanzaba bailando y llevaba en la mano derecha una manzana recamada en oro que se la ofreció al que representaba a Paris¹⁴¹, al tiempo que le daba a entender con gestos el mandato de Júpiter, y salió de escena con un elegante paso de baile. Apareció luego una muchacha de honorable porte que representaba a Juno, pues se ceñía la cabeza con una blanca diadema, y portaba un cetro. Luego irrumpió otra que recordaba a Minerva, tocada con resplandeciente yelmo y con el tocado de una corona de olivo; llevaba además un escudo, y blandía una lanza, tal como la diosa acostumbra cuando va a la guerra. [31] A continuación entró en escena una tercera que atrajo hacia sí todas las miradas, porque no era otra que Venus con una tersura de color tan deliciosa como la que tenía la diosa cuando era virgen. Iba mostrando la hermosa perfección de su cuerpo desnudo, por mucho que un vaporoso tul de seda cubriera de transparencias la evidencia de su vello púbico, porque el indiscreto soplo del amor levantaba a veces, retozón, su túnica, mostrando a las claras la flor de su juventud y la ceñía otras apasionadamente, perfilando a los ojos la rotundidad de sus miembros. Había un ostensible contraste de color en la

¹³⁸ Supra, ver nota 4.

¹³⁹ Supra: en relación con nota 89.

¹⁴⁰ y ¹⁴¹ Supra: en relación con nota 59.

diosa: el cuerpo era blanco, como bajado del cielo, y la túnica, como salida del mar, azul.

Cada una de las vírgenes, que todos tomábamos por diosas, llevaba su séquito: Cástor y Pólux¹⁴² acompañaban a Juno, cubiertos con yelmos ovoides rematados en lo alto por estrellas. Los Dioscuros¹⁴³ eran también actores jóvenes. Avanzó la doncella sin afectación ninguna a los acordes melódicos de una flauta jónica y le prometió al pastor con elegante mímica que, de adjudicarle a ella el premio de la belleza, le concedería el reinado sobre la totalidad de Asia.

Dos muchachos, como si fueran escuderos de guerra, escoltaban a la diosa cuyo atavío de armas había transformado en Minerva —que no eran otros que el Terror y el Miedo¹⁴⁴— sin dejar de blandir desnudas espadas. A sus espaldas, un músico tocaba un canto dorio de guerra, alternando sonidos bajos con tonos altos, como si de una tuba se tratara, con lo que mantenía la animación de una danza trepidante. Ella no dejaba de mover la cabeza y los ojos en ademán de amenaza, y le advertía a Paris, con la decisión de sus rápidos e intrincados movimientos, que si le daba a ella la victoria en aquella batalla de la belleza, le haría ilustre y poderoso con los muchos trofeos de guerra de que disponía.

[32] A todo esto Venus con el calor del público de su parte, y rodeada de una multitud de preciosísimos infantes, se plantó en medio mismo del escenario sonriendo con deliciosa dulzura. Se diría que aquellos rechonchos y blanquísimos niños eran verdaderos Cupidos que habían llegado volando del cielo o del mar. Las alas que llevaban, las saetas que portaban, y el resto del atuendo, se acomodaban per-

¹⁴² Cástor y Pólux, nacieron de los amores de Zeus y Leda, aunque Leda estaba casada con Tindáreo, rey de Lacedemonia. La misma noche en que se unió a Zeus, también lo hizo con su marido; y de esas relaciones nacieron Pólux y Helena, atribuidos a Zeus, y Cástor y Clitemnestra, atribuidos en filiación a Tindáreo. Se les tiene por dos héroes jóvenes y combatientes, que participaron en muchas batallas. Por ejemplo, en la batalla del lago Regilio, junto a los romanos. Ellos fueron los que llevaron a Roma la noticia de la victoria.

¹⁴³ Cástor y Pólux —nota anterior—, se les denomina conjuntamente como los dioscuros.

¹⁴⁴ Son personificaciones de los mismos conceptos que determinan.

fectamente a su papel. Llevaban además, unas antorchas encendidas, como si la diosa se dirigiera a un banquete nupcial en un cortejo de luz. La acompañaba también la hermosura de unas muchachas en flor; primeramente, las elegantes Gracias¹⁴⁵; luego, las bellísimas Horas¹⁴⁶ que iban arrojando flores y pétalos en honor de la diosa y formaban un coro armonioso, que embelesaba a la diosa con las galas de la primavera. Luego empezaron a sonar unas flautas con el dulce canto de Lidia, con cuyas cadencias se recreaban los ánimos de los espectadores, mientras Venus avanzaba con paso despacioso, ondulando el cuerpo, y sin mover apenas la cabeza, para acabar acomodándose al dulce ritmo de las flautas con voluptuosos movimientos, y guiñando los ojos como brasas, tan ardientes, que parecía estar bailando también con ellos. Al llegar a la presencia del juez, le dio a entender con los gestos de sus brazos que, en caso de que fuera la diosa escogida entre las diosas, habría de darle en matrimonio a Paris una mujer tan hermosa como ella misma. Fue entonces cuando el joven frigio le entregó a aquella doncella la manzana dorada, símbolo de victoria en la contienda que se dirimía allí mismo.

[33] ¿De qué os escandalizáis, cabezas huecas, mejor dicho, borregos del foro, o más exactamente, buitres togados, de que ahora los jueces trafiquen con sus pronunciamientos, si desde el principio de los tiempos las influencias degradaron ya los controvertidos juicios entre los dioses y los hombres, cuando un juez campesino designado por decisión del mismo Júpiter, ya se dejó comprar por el precio de las bajas pasiones, desbaratando, además su propia estirpe? Y lo propio pasó, ¡por Hércules!, en el juicio celebrado entre los generales Aqueos, cuando se condenó por traición al sabio y erudito Palamedes¹⁴⁷, basándose en

¹⁴⁵ Supra: ver nota 21.

¹⁴⁶ Supra: ver nota 76.

¹⁴⁷ Palamedes es el prototipo de hombre sagaz, permanentemente enfrentado al también sagaz Ulises. Ulises se fingió loco cuando Menelao y Palamedes fueron a pedirle que cumpliera el compromiso de honor de acudir en defensa del honor perdido por los Aqueos (griegos), contra Troya (rapto de Helena, esposa de Menelao). La locura consistía en labrar con



El juicio de Paris, de Rubens.

falsos cargos, o cuando, antes que a Áyax¹⁴⁸, el guerrero mejor dotado, prefirieron al oscuro Ulises. ¿Y qué pasó en aquel famoso proceso que se desarrolló entre los sutiles legisladores de Atenas, maestros en toda clase de ciencia, ¿acaso no se le condenó a beber una pócima venenosa de hierbas maceradas a aquel conocido anciano de sabiduría divina a quien el oráculo de Delfos proclamó como el más sabio de los mortales, cuando se vio asediado por la envidia y el engaño de una depravada facción, y como corruptor de la juventud? Si la realidad es que la encauzaba con sus enseñanzas —¿no quedó para siempre una mancha de ignominia entre sus conciudadanos, habiendo además como hay, aún hoy, insignes filósofos que han elegido su magisterio como el más insigne, y centran su empeño de felicidad en su nombre? Si alguno ahora quiere echarme en cara este arrebató de indignación pensando para sí: «Mira por donde, tenemos que aguantar ahora a un burro filósofo», volveré ahora mismo sobre mis pasos para llegar a la historia en el punto en que la dejé:

[34] Concluido el juicio de Paris, Juno y Minerva salieron de la escena con semblante entristecido y airado, dando visibles muestras de indignación y desacuerdo, mientras Venus, satisfecha, manifestaba su alegría bailando con todo su séquito.

En ese mismo momento, desde la cima del montículo, por un conducto disimulado, surgió una lluvia de vino mezclado con azafrán, que al caer, iba perfumando con su aro-

un buey uncido a un asno, y sembrar sal; pero Palamedes descubrió el engaño poniendo delante de la reja al hijo de Ulises, con lo que se descubrió su estratagema, y se vio obligado a acudir a lo que sería la guerra de Troya. Ulises no se lo perdonó jamás, y acumuló pruebas falsas contra Palamedes: cartas de un troyano cautivo, dinero bajo el jergón, soborno a esclavos... y consiguió hacer pasar por traidor ante los aqueos a Palamedes, que por fin fue condenado por Menelao, y lapidado por los mismos aqueos.

¹⁴⁸ Áyax. Después de la guerra de Troya, Tetis determinó entregar las armas de Aquiles al más valeroso de los griegos, al que había inspirado mayor terror a los troyanos. Interrogados los troyanos, designaron a Ulises, por despecho contra Áyax, que se volvió loco con la afrenta, aniquiló los rebaños de los griegos, y se suicidó. Precisamente esa fue la causa de que la vuelta a casa de los griegos fuera tan accidentada: Atenea castigó la injusticia que se había cometido con el héroe Áyax.

ma a las cabras que pacían en el entorno. Y como eran blancas, quedaron teñidas de un color como dorado. Cuando la platea estuvo bien perfumada, un a modo de torbellino engulló la montaña de madera en su totalidad.

Inmediatamente, a petición del público, un soldado atravesó las gradas a la carrera para sacar de la cárcel pública a aquella mujer de la que dije antes había sido condenada a las fieras, y a unirse en preclaras nupcias conmigo a causa de sus muchos crímenes... Estaba ya primorosamente preparado el que debía ser nuestro lecho nupcial con su cabezal de esmaltes índicos, abundancia de plumas, y sedas floreadas. Pero a mí, aparte la vergüenza de tener que anicarme en público, y el asco que me producía el contacto con aquella desgraciada y viciosa mujer, lo que más me atormentaba era el miedo a morir, porque pensaba que si, mientras estuviéramos acoplados en amoroso trance, soltaban una fiera para que matara a la mujer, seguro que no iba a ser ni tan hábil ni tan avispada, ni tan sabia, como para devorar a la mujer que estuviera acostada conmigo, y dejarme a mí indemne, sin hacerme daño alguno. [35] Así que, angustiado no tanto por la vergüenza, sino por la propia vida, como mi cuidador estaba preparándome la cama, y la servidumbre por un lado dispuesta a la cacería, y por otro, absorta en el voluptuoso espectáculo, uno por otro me dejaron suelto —sin pensar en que un asno tan manso había que vigilarlo tan de cerca—, conque fui acercándome paso a paso hasta la puerta más a mano, y me lancé a una carrera tan desenfrenada, que cuando paré, había recorrido seis leguas largas; estaba llegando a Cencrea, ciudad de la que se dice es la colonia más notable de Corinto, bañada por los mares Egeo y Salónico. Tiene un puerto muy seguro para los navíos, por lo que la frecuente cantidad de gente. Así es que, evitando cuanto pude las aglomeraciones, escogí una playa apartada, y me tumbé sobre la moli-cie de la arena, muy cerca del rompiente de las olas, para rehacerme del cansancio que arrastraba.

Como el recorrido del sol había llegado al más lejano linde del día, me entregué al sosiego de la tarde, y me dejé vencer por la dulzura del sueño.

[1] **H**ACIA la primera vigilia me desperté sobresaltado, y vi el esplendor de la luna llena saliendo del mar que lucía un rutilante reflejo. Sobrecogido por la apacibilidad misteriosa de aquella noche, en la seguridad de que la excelsa diosa detenta con su soberana majestad un profundo poder, y rige previsoramente los asuntos de los hombres; de que gracias a la luminosidad de su clarividencia y voluntad existen los animales, las fieras y las demás cosas inanimadas; y que, además, todas las cosas del cielo, de la tierra o del mar se desarrollan con sus crecimientos y disminuyen con sus menguas, como creía que el destino debía de estar ya hartado con tantas calamidades como había padecido, y se me ofrecía, aunque tarde, una esperanza de salvación, me decidí a suplicar a la augusta presencia de la diosa que tenía ante mí. Me sacudí, pues, la perezosa soñera, me levanté contento, animoso, y me di un baño en el mar, con intención de purificarme, metiendo la cabeza bajo el agua por siete veces, que es el número más apropiado, tal como proclamó el divino Pitágoras, para los asuntos de religión; y luego comencé a rezar así a la omnipotente diosa:

—[2] Reina del cielo: ya sea bajo la advocación de Ceres, madre, origen y alma de las mieses, que por la alegría de encontrar a tu hija, nos adiestraste en el manejo de tan fecundo manjar, y aprendimos a dejar para el ganado el antiguo alimento de la bellota. A ti, que te dedicas ahora al cultivo de las fértiles tierras de Eleusis¹⁴⁹.

¹⁴⁹ Eleusis, ciudad conocida por los misterios de Ceres. La hija de Ce-

O como Venus celestial que, desde los orígenes, al concebir al Amor, uniste los dos sexos diferentes para perpetuar el género humano con nuevos retoños, y recibes ahora culto por ello en tu retiro de Pafos, junto al mar.

Sea como hermana de Febo¹⁵⁰ que moderando con suaves remedos el nacimiento de los hombres, has alumbrado tantos y tan nobles pueblos como ahora te veneran en los santuarios de Éfeso.

O, en fin, como Proserpina, la de los terribles alaridos nocturnos, que mantienes en calma con la fuerza expresiva de tus tres caras¹⁵¹, la oscura fuerza de los espectros, y proteges las puertas del mundo, recorriendo los bosques sagrados, donde recibes culto en diferentes ritos.

Tú que iluminas con esa luz femenil las murallas todas, nutres los sembrados con la humedad de tu claridad, y difundes tu luz en las ausencias del sol; cualquiera que sea tu nombre, el rito o la imagen que permita tu advocación, ayúdame ahora en estas mis consumadas calamidades, concédeme una pausa de tranquilidad en los duros reveses recibidos,
enjuga mis fatigas,
diluye mis peligros,
vacíame de este espantoso aspecto de acémila,
tórname al de los míos,
devuelve a mi ser el de Lucio;
y si algún dios ofendido me apremia con implacable rigor,
déjame morir,
ya que vivir no se me permite.

res, Perséfone, fue raptada por su tío Hades, con el visto bueno de Zeus. Ceres entonces renuncia a habitar en el Olimpo, en tanto no se le devuelva a su hija, que habita ya en los Infiernos, de donde en principio ya no puede salir. Zeus, por fin, consiente en una transacción: Perséfone pasará la mitad del año en los Infiernos y la otra mitad vivirá en la Tierra. La llegada de Perséfone a la Tierra cada año coincide con la primavera. El invierno corresponde a las épocas de su estancia en los Infiernos. El encuentro de la hija de Ceres representa pues para los humanos la llegada de la fecundidad de la tierra.

¹⁵⁰ Febo es el epíteto brillante de Apolo.

¹⁵¹ Supra: ver nota 39

[3] Después de rogarle con suplicantes palabras, entremezcladas de angustiados lamentos, me inundó un desmayamiento que me sumió en un profundo sueño sobre el mismo cubil que ocupaba. Y apenas cerrados los ojos, surgió de entre las olas un rostro divino con serenidad tal, que hasta los dioses lo hubieran respetado; cuando hubo emergido del mar la luciente figura de su cuerpo, me pareció que se quedaba ante mí.

Voy ahora a tratar de describiros su admirable hermosura, contando con que la poquedad del lenguaje humano posea la facultad de describirla, o con que algún dios me otorgue su expresiva elocuencia.

Tenía abundante y espesa cabellera ondulada en rizos que le caían suave y desordenadamente hasta la espalda. La remataba en todo lo alto una corona de flores diversas, en cuyo centro, sobre la frente, resplandecía un círculo a modo de espejo o mejor, como un símbolo de la luna, que brillaba con luz blanca, custodiado a derecha e izquierda por unas sierpes sinuosas, sobre las que caían espigas de trigo. Cubría la perfección de su cuerpo una túnica¹⁵² multicolor tejida de suave lino —de luminosa blancura— que tornasolaba del dorado del azafrán al inflamado rojo de la rosa. Lo que más me llamó la atención fue el manto negro y brillante como la mica, que desde el brazo derecho, se recogía sobre el hombro izquierdo, cubriéndole el busto a modo de escudo; caía luego en multitud de pliegues, para acabar en orlas de flecos de ondulante elegancia. [4] A lo largo de su textura llevaba estrellas que tintineaban dispersas, y en medio mismo, una luna llena refulgía con encendidos rayos, lo que no impedía que en el vuelo de tan elegante manto resaltara el bordado de una guirnalda tejida con toda clase de flores y frutos.

También los símbolos que la adornaban eran bien diversos: a la derecha llevaba un sistro¹⁵³ de bronce cuya finísi-

¹⁵² En el texto utilizado existe una laguna, resuelta así por Helm: *corpus divinum tegebat vestis*. En la traducción la sigo.

¹⁵³ El sistro es un antiguo instrumento musical de metal, en forma de aro o herradura y atravesado por varillas.

ma lámina envolvía, como un talabarte, algunas púas, que, con el movimiento del brazo, emitían un agudo tintineo en arpeggios de tres tonalidades; de la izquierda pendía una como lámpara con un ansa en la parte superior, de la que salía un áspid con la cabeza levantada y el cuello hinchado. Sus pies de ambrosía calzaban unas sandalias tejidas con hojas de palmera.

A pesar de tan alta divinidad, y de la fragancia de los felices perfumes de Arabia, se dignó decirme:

[5]—Aquí me tienes, Lucio, conmovida por tus súplicas, como madre de la naturaleza que soy, señora de los elementos primeros, origen de las generaciones, reina de los dioses, la más alta de las deidades, la encarnación única entre dioses y diosas que tiene poder sobre la luminosa bóveda del cielo, sobre las olas salobres del mar, y sobre el silencio de los infiernos: la única divinidad venerada en todo el orbe bajo diferentes formas, ritos y nombres: los frigios, que pretenden ser los hombres de más antigua ascendencia, me llaman Pessinuncia, madre de los dioses; los antiguos áticos, Minerva de Creops; los de la isla de Chipre, Venus Pafia; los arqueros cretenses, Diana Dictina; los trilingües sicilianos, Proserpina Estigia; para los de Eleusis soy la antigua diosa Ceres; otros me llaman Juno, o Bellona o Hécata, o Ramnusia; los que reciben los primeros rayos del dios Sol al amanecer, Etíopes y Egipcios —de tan antigua ciencia— son los que me rinden el culto que me es propio y me llaman por mi verdadero nombre de Isis. He venido aquí compadecida de tu situación, y dispuesta a ayudarte: deja ya de llorar y de lamentarte: abandona esa tristeza, que, por mi intercesión, empieza ya a alumbrar el alba de tu ventura, apresta tu ánimo inquieto a lo que voy a ordenarte:

Desde siempre la liturgia me dedica un día —precisamente el que va a nacer de esta misma noche—, durante el cual —calmadas ya las tempestades hibernales y el oleaje del proceloso mar—, mis sacerdotes me ofrecen una barca nueva, como primicia de la navegación marítima. Pues bien: tienes que esperar a esa ceremonia sin inquietudes y con veneración [6] pues yo ya le habré advertido al sacer-

dote de que lleve una guirnalda de rosas en la mano derecha, junto al sistro, durante la procesión. Cuando estés entre la multitud, te mezclas en el tumulto sin vacilación ninguna, confiado en mi voluntad, y te vas acercando lentamente como si fueras a besarle las manos al sacerdote; y, cuando alcances las rosas, podrás desembarazarte de la piel de ese animal vulgar, que lo tengo ya atragantado desde hace tiempo. No se te ocurra retroceder por muy difícil que te parezca lo que te digo, porque en este mismo momento en que estoy contigo, a la vez, pero en otro lugar, también estoy apareciéndome en sueños a mi sacerdote, y le estoy dando instrucciones de lo que hay que hacer. Siguiendo mis instrucciones, la comitiva te irá abriendo paso, y entre la algarabía del ritual y su espectacularidad bullanguera, nadie se va a espantar del horroroso disfraz que llevas, ni nadie te va a denunciar por una malintencionada interpretación de tu metamorfosis repentina. Habrás de tener siempre presente que me tienes empeñado todo lo que te resta de vida —hasta el último aliento— porque no deja de ser justo que le debas lo que te falta de vida a quien te va a permitir que vuelvas a estar entre los hombres. Así, vivirás bienaventurado y feliz bajo mi amparo; y cuando a su debido tiempo bajes a los Infiernos, como ahora me estás viendo, yo seré tu luz entre las tinieblas de Aqueronte¹⁵⁴, tu guía al atravesar la Estigia; y cuando te instales en los campos Elíseos¹⁵⁵ me venerarás como a tu protectora. Si con tu acatamiento, los oficios religiosos y tu castidad a toda prueba, te hicieras digno de mi divinidad, caerás en la cuenta de que sólo yo puedo prolongar tu vida más allá de lo que los hados tengan establecido.

[7] Después de decirme todo esto, la invicta divinidad se desvaneció, y yo me despabilé al punto entre temeroso y alegre, bañado en sudor, admirado de que deidad tan poderosa se me hubiera aparecido con tanta claridad, y me dediqué a chapotear un poco por el mar tratando de recordar sus advertencias y mandatos.

¹⁵⁴ El Aqueronte es el río que han de atravesar las almas para llegar a los Infiernos.

¹⁵⁵ Eliseos es la morada de los héroes y de los hombres virtuosos.

Poco después, cuando surgió el dorado sol y se disipó la espesura tenebrosa de la noche, la muchedumbre empezó a inundar las calles en séquito de romería y en ademán de triunfo: marchaban con tanta alegría, que, unida a la mía propia, me daba la impresión de que los animales, las casas, y hasta el mismo aire destilaban un sereno gozo. Y es que a la desapacibilidad del día anterior, le había seguido un día tan soleado y plácido, que los pájaros, alentados por aquella bonanza primaveral, entonaban suavísimas melodías para regalarle el oído a la madre de los astros, al propio origen de los tiempos, a la señora de la totalidad del orbe. Hasta los árboles —los de abundantes frutos, y los que se conforman con dar sombra—, empezaban a despertar con los vientos australes, lucían renovadas hojas, y susurraban suavemente con el apacible movimiento de las ramas. También se había apaciguado el fragor del temporal, y depuesto la agitación de las olas: el mar moderaba su oleaje, mientras el cielo, diluidas ya las tinieblas, brillaba con la claridad y el esplendor de su propia luz.

[8] Poco a poco se puso en marcha una procesión, precedida por disfraces votivos ingeniosamente dispuestos: uno, ceñido con un talabarte, parecía ir de soldado; el de la clámide recogida, con sandalias y dardos, de cazador; otro, con zapatos dorados, vestido de seda y delicadas joyas, melena sujeta a la cabeza y paso afeminado, iba de mujer. De otro que marchaba algo más apartado, con polainas, escudo, yelmo y espada hubieras dicho que era un famoso gladiador que venía de los juegos. No faltaba quien iba de magistrado, con sus fasces y púrpura, ni quien fingía ser un filósofo con su capa, su cayado, sus sandalias, y su barba de chivo. También iba uno de pajarero, con cañas y liga, y un pescador, con sedales y anzuelos. Pude ver allí una osa amaestrada, vestida como una matrona, que la llevaban en una litera; un mono con gorro de tela, vestido a la usanza frigia, y que, como otro Ganimedes¹⁵⁶ llevaba una copa de oro en la mano; a un asno con unas alas adosadas tras un

¹⁵⁶ Supra: ver nota 10.

viejo achacoso, como si fuera uno Bellerofonte¹⁵⁷ y el otro Pegaso¹⁵⁸; los dos daban mucha risa.

[9] El cortejo propiamente dicho de la diosa protectora caminaba entre esas mascaradas lúdicas de la gente: unas mujeres vestidas de blanco clámide, con gran variedad de alegres símbolos de todas clases, y adornadas con flores primaverales, iban cubriendo el camino por donde tenía que pasar la comitiva con pétalos que sacaban del regazo; otras llevaban sobre la espalda unos brillantes espejos con los que le mostraban a la diosa el séquito que venía por detrás; más allá, otras, portaban unos peines de marfil, y con los movimientos de los brazos y de los dedos fingían atusar y modelar la cabellera de su reina; y por último, otras esparcían perfumes y bálsamos deliciosos por las calles. Había un gran número de personas de ambos sexos que marchaban con antorchas, teas, velones y todo tipo de luces para ganarse el favor del origen de los astros del cielo.

A continuación se podía oír la dulce melodía de flautas y caramillos en dulcísima armonía. Acto seguido, un delicioso grupo de lo más selecto de la juventud, con níveas túnicas de gala, iba cantando el himno compuesto por un inspirado poeta mimado de las musas, cuya letra preludiaba las mayores venturas. Marchaban luego los flautistas adictos al gran Sarapis¹⁵⁹ que repetían la melodía de su dios y de su templo con instrumentos curvos que les llegaban hasta el oído derecho. En fin, otros muchos había que iban dejando paso franco a la comitiva.

[10] Llegó a continuación una multitud de iniciados en los misterios de la divinidad, hombres y mujeres de toda edad y condición, ataviados con deslumbrantes túnicas blancas —ellas con el pelo recogido en una malla, y ellos completamente rapados que relucían como si fueran astros terrenales— tañendo todos ellos sistros de bronce, plata, incluso de oro, con su agudo son característico. Los eminentes próceres de aquellos misterios, que iban con una túnica

¹⁵⁷ y ¹⁵⁸ Belerofonte, hijo de Poseidón, fue el que, montado en el alado Pegaso, destruyó a la Quimera.

¹⁵⁹ Serapis es un dios egipcio, adorado por los griegos y romanos.

blanca hasta los pies, y muy ceñida, llevaban los símbolos insignes de los dioses todopoderosos: el primero llevaba una lámpara de luz brillante, no como la que utilizamos en nuestros festines nocturnos: era como una barquilla de oro, por cuyo centro salía una elevada llama. El segundo iba con el mismo atuendo, y llevaba asido con ambas manos los «alcterios»¹⁶⁰ que toman precisamente ese nombre de la providencia protectora de la diosa. Un tercero llevaba una palma de oro artísticamente trabajada y el caduceo de Mercurio. Como símbolo de la equidad, el cuarto llevaba una palma alargada en la izquierda, mano que por su desmaña y su falta de habilidad, parece que concuerda mejor con la justicia que la derecha; llevaba también una copa en forma de teta en la que iba haciendo libaciones de leche. El quinto llevaba un arnero de oro con multitud de palmas de laurel. Y el último, un ánfora.

[11] A continuación iban los dioses, que se dignaban ir a pie, como los humanos: el horrendo intermediario entre el cielo y los Infiernos, Anubis¹⁶¹, marchaba altivo con media cara negra y la otra media dorada, irguiendo su cerviz de perro; llevaba un caduceo en la izquierda, y con la derecha agitaba una palma verde. Le seguía un buey —símbolo de la fecundidad de la diosa—, también erguido sobre las patas de atrás, aunque apoyando su paso vacilante en los hombros de su sacerdote. Otro llevaba el arca de los secretos, en cuyo interior se guardan los misterios sagrados del culto. Otro asía contra su pecho la efigie venerable del más alto de los dioses, no en forma de animal, ni de ave, ni de ninguna otra fiera, ni de hombre, ni de nada parecido, sino con un diseño tan ingeniosamente nuevo, que la hacía aún más honorable, lo que no deja de ser inefable señal de que conviene que tan alta dignidad esté guardada en la más profunda oscuridad del silencio. La habían hecho de

¹⁶⁰ *Alcteria*; sin traducción. Se refiere a la simbolización del concepto «remedio», «protección», «defensa» u objeto que los simboliza. En realidad es una palabra griega latinizada por el autor.

¹⁶¹ Anubis es un dios de los antiguos egipcios, hijo de Osiris y de Nefris. Frecuentemente se le representa con cuerpo de hombre y cabeza de perro o chacal.

oro brillante, más o menos así: era una urna artísticamente labrada, redondeada por la base, y adornada con bellísimas figuras egipcias. Tenía una abertura a media altura, a modo de aliviadero, del que manaba una pequeña fuente. Por la otra parte sobresalía una amplia asa, a la que se enroscaba un áspid con la cabeza hinchada y el cuello erizado de escamas. [12] Entonces empezaron a suceder los acontecimientos favorables que me había prometido la diosa: se estaba acercando el sacerdote que me traía la salvación, vestido, tal como me anunciara la divina aparición, con el sistro de la diosa, y la guirnalda que me estaba destinada; una guirnalda, por Hércules, que la tenía ciertamente merecida por las zozobras y los peligros padecidos, sobre los que habría de alzarme ahora, superando los crueles golpes de mi Fortuna, por disposición de la suprema. A pesar de la alegría que me inundaba, no me dejé llevar por las prisas, no fuera a suceder que se perturbara el orden de aquella plácida procesión con la irrupción repentina de una acémila. Así es que fui abriéndome paso poco a poco por entre una multitud que, sin duda por divina inspiración, iba retirándose. [13] El sacerdote, advertido ya por el oráculo nocturno —como pude comprobar— estaba maravillado de la exactitud con que se cumplía la predicción, conque se detuvo y extendió el brazo derecho, poniendo al alcance de mi boca la guirnalda. Yo, temblando, y con el corazón que se me salía del pecho, me puse a devorarla ansiosamente, porque, tal como predijera, estaba cubierta de deliciosas rosas. Y no me defraudó, ciertamente, la celestial premonición, porque enseguida comenzó a transformárase aquel deforme aspecto de animal: empezó por caérseme la áspera pelambrera que me cubría; continuó por suavizárase la piel; se me redujo el corpachón; las pezuñas se me convirtieron en dedos; las manos dejaron de ser patas y se adaptaron a la posición erguida; se me redujo el enorme cuello; se me armonizaron la cabeza y la boca; las disparatadas orejas volvieron a su originario tamaño; aquellos dientes como piedras tornaron a la humana proporción, y, lo que más me atormentaba antes, la cola, ¡desapareció!

La gente estaba maravillada; los más piadosos dieron la

bienvenida a aquella clara manifestación del poder de la altísima divinidad, a aquella brillantez ensoñada de una tan fácil transformación y elevaron los brazos al cielo para agradecer todos a una, y en alta voz, el favor recibido por tan excelsa diosa.

[14] Sobrecogido —me había quedado de piedra— y sin poder hacerme cargo de un cambio tan repentino, no sabía qué decir, ni de dónde iba a sacar la voz, ni, en su caso, qué palabras serían las apropiadas para dar gracias a la diosa con el renacido don de un nuevo lenguaje. El sacerdote, adivinando por inspiración divina mi azoramiento —por muy maravillado que estuviera del prodigio— ordenó con un gesto que me dieran una túnica de lino para cubrirme, porque cuando el asno me despojó de su horrible piel, junté yo los muslos, y me procuré con las manos un velo natural para tapar mi desnudez en la medida de lo posible. Uno de los del cortejo se quitó inmediatamente la sobretúnica y me cubrió; el sacerdote, entonces, con plácido semblante, incluso con aspecto sobrenatural, ¡por Hércules!, me dijo, absorto en mi contemplación:

[15] Después de tantas pruebas, Lucio, de tantos reveses de la Fortuna, y de pasar por las mayores calamidades, has llegado, por fin al puerto del Reposo, al altar de la Piedad. No te sirvió de nada ni la alcurnia, ni la dignidad, ni siquiera la prudencia que te adorna; cuando cediste a las bajas pasiones de los caprichos volubles de la juventud, sacaste un triste provecho a tu desaforado deseo de nuevas experiencias. Atormentándote con las peores experiencias, en su imprevisible perversidad, la ceguera de la Fortuna te ha traído hasta esta venturosa felicidad. Ahora ya puede ir buscándose a otro en quien desencadenar su cólera, porque en las vidas de los que la majestad de nuestra diosa ha reclamado para su servicio, no hay lugar para calamidades. ¿De qué le han servido a la Fortuna los ladrones, las alimañas, la esclavitud que has tenido que soportar, y el constante miedo a morir? Ahora la Fortuna te ha acogido ya bajo su patronazgo; pero una Fortuna vidente, que con el resplandor de su luz ilumina incluso a otros dioses. Alegra, pues, esa cara —que no desdiga de la blancura de la túnica

que llevas— y únete con paso de triunfo a la comitiva de la diosa protectora. Que te vean los descreídos; que te vean, y reconozcan su error: mirad a este Lucio exultante, que se ha librado de las pasadas miserias por la intercesión de la Gran Isis¹⁶²; observad su triunfo sobre la adversa Fortuna. Para una más segura protección, inscríbete ahora en esta santa milicia, a cuyo juramento se te reclama desde ha poco, entrégate a la obediencia de nuestro culto; acepta por tu voluntad el yugo de su ministerio, que cuando empieces a servir a la diosa, no dejarás de saborear el privilegio de tu libertad.

[16] Después de hablar con tal autoridad, aún con la respiración entrecortada, calló el sacerdote y yo seguí mezclado entre el sagrado cortejo, atrayendo las miradas de la ciudad entera, que me señalaba con el dedo o con gestos: todos hablaban de mí: «ahí va el que ha recobrado la forma humana por la intercesión de la omnipotente diosa. Bendito, ¡por Hércules!, tres veces, quien haya merecido tan evidente patrocinio del cielo por la inocencia de su vida anterior, y por su fe, porque después de haber nacido de nuevo, ha sido aceptado en el servicio divino».

Avanzábamos poco a poco entre el murmullo de solemnes cánticos hasta que llegamos a la orilla del mar, precisamente al lugar donde había estabulado el asno que había sido, y cuando hubiéronse dispuesto las imágenes según el orden ritual, el sumo sacerdote —después de purificarlas cuidadosamente con una tea encendida, un huevo y azufre, al tiempo que salían de su casta boca solemnes plegarias—, las puso bajo la advocación de la diosa y le consagró una nave decorada con maravillosas y variopintas escenas egipcias. La blanquísima vela de la feliz embarcación llevaba unas letras bordadas en oro que renovaban el deseo de una próspera navegación en la recién estrenada singladura.

¹⁶² En la mitología egipcia, Isis es la esposa de Osiris, y madre del dios sol Horus. Como madre de los dioses que era, y vencedora de las potencias nocturnas, se la identificó en el mundo helénico y en el latino con Deméter. Es el principio universal de lo femenino: reina sobre el mar, sobre los frutos y sobre los muertos. Es además diosa de la magia, y preside las transformaciones de las personas y de los elementos.



Ritos fúnebres egipcios de la tumba de Nebamún e Ipuki.

Aquella proporcionada nave tenía ya el altivo mástil erigido con el cabrestante; la popa, rematada en cuello de ánsar, brillaba recamada en oro, y la nave, toda ella de tuya, brillaba impoluta. Todos los presentes, religiosos y profanos, fueron mezclando los aromas de los arneros, y otras ofrendas, que, como una lechosa papilla, echaron al mar. Luego, cargada que fue la nave con presentes y buenos augurios, soltaron amarras y la hicieron a la mar con un viento suave, particularmente propicio. Cuando por el trayecto recorrido ya, casi no la veíamos, volvieron a coger cada uno los objetos sagrados que habían traído, y se dispusieron con sentido gozo a volver al templo en el mismo orden, e idéntica solemnidad.

[17] Al llegar al templo, el sumo sacerdote, los que llevaban las sagradas imágenes y los iniciados en los misterios sacros entraron en el camarín de la diosa, y ordenaron las imágenes que parecían palpar de vida —con arreglo a los ritos. Uno de ellos, al que todo el mundo conocía como el escribano, de pie ante las puertas, llamó a consejo a los pastóforos¹⁶³ —que es el nombre de la sagrada cofradía—, como si los citara a asamblea, y desde un estrado leyó los votos de prosperidad por el príncipe, el senado, los caballeros y por todo el pueblo romano, por las naves y los navegantes que se atienen al imperio de nuestras leyes, para concluir con la fórmula ritual griega del libramiento¹⁶⁴ del barco, palabras que fueron recibidas con la aclamación de una multitud desbordante de gozo; y pertrechados de ramones de olivo, de laurel y de guirnaldas, volvieron a sus casas, no sin antes besarle los pies a la diosa cincelada en plata que había en las escalinatas. Pero a mí no me apetecía moverme de allí ni una pulgada: absorto en la imagen de la diosa, no dejaba de rememorar mi Fortuna pasada.

¹⁶³ Los pastóforos son los sacerdotes que llevaban en algunas solemnidades las imágenes de los dioses sobre andas.

¹⁶⁴ En griego en el texto utilizado, se refiere a la formalidad que se efectuaba para recabar una buena navegación, o la protección divina en los viajes por barco.

[18] La voluble Fama¹⁶⁵ de lo sucedido voló con su acostumbrada diligencia, llegó sin excesiva tardanza a mi país, y con ella la difusión del privilegio otorgado por la diosa y el sorprendente azar de mi fortuna. Naturalmente, les faltó tiempo a mis allegados, siervos, y a los que se tenían por parientes míos, para dejar el luto que llevaban por la falsa sospecha de mi muerte, y venir a verme, reventando de gozo, y llenos de regalos para quien había vuelto de los infiernos. A mí me reconfortó su presencia —pues había llegado a perder toda esperanza—, y acepté los nobles presentes, tanto más cuanto mis familiares me traían de todo para procurarme una decorosa existencia.

[19] Después de saludados cada uno de ellos con la debida cortesía, y de contarles las calamidades pasadas, y mi presente situación, volví mi agradecida mirada a la diosa, alquilé unas habitaciones en el recinto del templo para instalarme y me convertí en riguroso observante de su sublime culto, asistiendo como uno más a las ceremonias de los sacerdotes, incluso a las más exclusivas. No había ni noche, ni sueño ayunos ni de su visión, ni de las consejas de la diosa, a través de las que me insistía en que estaba destinado a iniciarme en sus sacrosantos arcanos. Pero, por mucha voluntad que yo pusiera, me retenía un escrupuloso temor, porque me había enterado de que había de guardarse una difícil obediencia, estricta castidad y una vida dura y cauta, expuesta a toda clase de caídas, y pensando en esas cosas, y a pesar de mi celo, iba dándole largas.

[20] Una noche me pareció ver al sumo sacerdote que me ofrecía algo que llevaba en su regazo, y al preguntarle de qué se trataba, me respondió que era lo que me habían enviado de Tesalia, y que, además, había llegado un siervo mío llamado Cándido. Al despertarme empecé a darle vueltas y más vueltas a lo que presagiaba el sueño, sobre todo porque estaba más que seguro de que jamás había tenido un esclavo que se llamara así. Cualquiera que fuera su significado, estaba seguro de que con el ofrecimiento se me

¹⁶⁵ Personificación de la «voz pública», ver supra nota 112.

anunciaba, sin duda, algo venturoso. Con la impaciencia y ansiedad que da el anuncio de un acontecimiento provechoso, me puse a esperar a que empezaran los oficios matutinos en el templo. Invocamos la presencia venerable de la diosa —después de descorrer a uno y otro lado las blancas cortinas—, y luego el sacerdote dio vuelta por cada uno de los altares dirigiendo el culto entre solemnes plegarias, para acabar con las libaciones en el vaso sagrado con el agua sacada del santuario.

Al acabar la bienvenida ritual al nuevo día, los fieles estaban anunciando la hora prima con grande alboroto, al tiempo que llegaban de Hípata los siervos que había dejado allí, cuando Fotis me envolviera en sus malas artes. Y es que al tener noticia de mis aventuras, habían venido a traerme el caballo, que, aun habiendo pasado de mano en mano, lo habían podido reconocer por una mancha en el lomo, y habían podido recuperarlo. Yo, entonces, me quedé maravillado de la exactitud del sueño, porque, aparte de la promesa de alguna ganancia, con el indicio del siervo Cándido¹⁶⁶, se me devolvía el caballo que era blanco de capa.

[21] Después de esto, asistía con mayor interés a los servicios de culto, porque mi esperanza en el futuro quedaba garantizada con los favores recibidos, y con ello aumentaba por días mi deseo de recibir la sagrada iniciación.

Yo iba con frecuencia a ver al sacerdote para insistirle en que me iniciara en los arcanos de la sagrada noche, pero él, hombre serio y conocido por su prudencia en los asuntos de religión, le daba largas a mi insistencia con afabilidad —de la misma manera con que los padres acostumbran a moderar las ansias desenfrenadas de los hijos— y calmaba mi impaciencia con promesas de esperanza, puesto que era la propia diosa quien debía señalar el día de mi consagración, elegir el sacerdote que debía llevarla a cabo, así como lo que se tenía que gastar en una ceremonia como

¹⁶⁶ Candidus es a la vez nombre de persona (Cándido), y adjetivo que denota cualidad de algo impregnado de blancura.

esa. Según decía, todos debíamos someternos a sus exigencias. Tenía que andar con mucho tiento con mis deseos y obstinación, para evitar el doble riesgo de retrasarme cuando se me llamara, y de apresurarme sin ser convocado. Por otra parte, debía darme cuenta de que ninguno de los de su rango tenía tan poco seso, o mejor dicho, ninguno estaba tan dispuesto a morir, como para atreverse a sustituir temerariamente su sagrado ministerio ni a suscitar su propia destrucción, porque la garantía de conservación de la vida está en manos de la diosa, toda vez que la propia entrega se tiene por una muerte voluntaria; y siendo cierto, como es, que en el transcurrir de los días de la vida, es el numen de la diosa quien suele elegir a pesar de todo, a los que están ya en el linde mismo del término final de la luz para confiarles los grandes misterios de la religión, suele encaminarlos por la senda de una nueva vida como si por su providencia hubieran nacido de nuevo. Así que también yo debía acatar el celestial designio, por mucho que me viera escogido desde hacía tiempo para su santo servicio por la decisión evidente y clara de la suprema diosa. A semejanza de los iniciados, pues, debía abstenerme de tomar alimentos profanos y prohibidos, para llegar directamente a los secretos misterios de la más sublime de las religiones.

[22] Con lo que me dijo el sacerdote, la impaciencia que sentía dejó de turbar mi sumisión y me esforcé con moderada calma y razonable discreción en asistir cada día a los oficios del culto divino; pero la afectuosa bondad de la diosa no me defraudó, ni me atormentó con largas dilaciones de aplazamiento, sino que, a poco, una noche me expuso con meridiana claridad que había llegado ya el día que tanto ansiaba, en el que se haría realidad mi más acendrada aspiración, y las víctimas que habría de inmolar en acción de gracias. Precisó además que era su sacerdote Mitras quien habría de consagrarme, según dijo, por determinación de una conjunción astral.

Yo me quedé tan satisfecho con las generosas previsiones de la diosa, que, aunque no había amanecido aún, me levanté, fui a la habitación del sacerdote y le cumplimenté cuando se disponía a salir; y es que había decidido exigirle

la iniciación como quien exige el cumplimiento de una obligación, pero en cuanto me vio, se me adelantó y me dijo:

—¡Feliz y bienaventurado Lucio, a quien la augusta deidad ha decidido aceptar con voluntad propicia para tan alto cargo!

Y añadió:

—¿A qué viene ahora esa pasividad de mano sobre mano? ¿A qué esperas? Ha llegado ya el día tan deseado en el que por mandato de la diosa —de tan diversos nombres— vas a ser iniciado en los secretos de los cultos sagrados con la imposición de mis propias manos.

Me echó entonces el brazo por encima del hombro, y me llevó hasta las puertas del gran templo, donde ofició la celebración del rito solemne de la apertura de monumentos; y cuando hubo concluido el sacrificio matutino, trajo de lo más recóndito del templo unos manuscritos escritos con caracteres ininteligibles, que unas veces abreviaban las palabras del texto con animales de toda especie, y otras protegían su lectura de la curiosidad de los profanos con complicados trazos apretados en forma de ruedas y espirales. Allí mismo fue donde me estuvo aleccionando sobre las cosas que debía preparar para el acto de iniciación;[23] e inmediatamente me puse a adquirirlas con mis propios medios sin reparar en gastos, a través de mis amigos.

Llegado que fue el momento oportuno en opinión del sacerdote, me acompañó, rodeado de una escolta de iniciados, hasta unos baños cercanos; pero antes de que me bañara, según tenía por costumbre, imploró la venia de los dioses, y me purificó con aspersiones de agua clara. Al volver al templo, después de mediodía, se quedó ante la imagen de la diosa, me amonestó con palabras que no se pueden reproducir en el lenguaje humano, y acabó por apercibirme de que moderara los placeres de la mesa, sin comer carne, ni beber vino durante diez días.

Yo observé escrupulosamente la abstinencia ritual hasta bien entrada la noche del día señalado y entonces, según un antiquísimo ritual, aparecieron por todas partes multitud de personas cargadas de presentes para ofrecérmelos. Luego, manteniendo a cierta distancia a los profanos, el sa-

cerdote me acompañó, tal como iba yo, vestido con un áspero lienzo, hasta el interior del tabernáculo.

Tal vez, querido lector, pretendas saber lo que se dijo y lo que hicimos allí, y yo te lo diría si pudiera; lo sabrías si pudiera escucharse, pero es que tanto los oídos que lo oyeran como la lengua que lo dijera contraerían la misma pena; pero tampoco quiero mantenerte en vilo con el tormento de prolongar por más tiempo tus inquietudes religiosas: óyelo, pues, y créelo, porque es cierto: llegué hasta los confines de la muerte, y una vez hube pisado el umbral de Proserpina, volví a través de los elementos; a medianoche pude ver el sol deslumbrando de resplandeciente luz; tuve frente a frente a los dioses del Infierno y del Cielo, y los honré de cerca. Aunque lo hayas oído, es inevitable que lo que te he contado no puedas entenderlo nunca, conque voy a narrarte sólo lo que puede contarse a los profanos sin cometer sacrilegio: [24] Acabadas las ceremonias por la mañana, salí revestido con doce túnicas sagradas. Por santa que fuera la indumentaria, no tengo prohibido en absoluto hablar de ella, puesto que fueron muchos los que me vieron en aquellos momentos, ya que, cuando me quedé en medio del templo ante la imagen de la señora, se me ordenó que subiera a un estrado de madera forrado de floreado lino y todos vieron que de mis hombros pendía una preciosa clámide desde la espalda hasta los talones. Se me debía ver desde cualquier sitio porque me distinguía por el colorido de unos animales bordados: aquí unos dragones indios; ahí unos grifos hiperbóreos, todos ellos de las especies aladas que viven en el otro mundo. Los iniciados le dan a esa clámide el nombre de estola olímpica. Llevaba en la mano derecha una enorme antorcha encendida, y la cabeza ceñida con una corona de palma blanca, cuyas hojas sobresalían como si fueran rayos de luz: parecía un sol resplandeciente. Tal aspecto arrastraba, tieso como una estatua, cuando corrieron las cortinas, y empezó a pasar el pueblo para verme. Sólo después pude celebrar mi iniciación con deliciosos convites y banquetes. Durante tres días se repitieron las mismas ceremonias, incluidos los festines rituales para la consumación precisa de mi consagración, y durante

unos días me quedé allí mismo, gozando de la contemplación de la imagen con indescriptible placer, obligado como estaba por un don del que nunca podría desurdirme. Pero por un deseo expreso de la diosa, y después de agradecersele según mis posibilidades, me dispuse a tomar el camino de mi casa, apenas llegué a romper los lazos que me detenían allí. En fin: postrado ante su faz, y enjugando de la mía las abundantes lágrimas con las que empapaba sus pies, dije entre sollozos, con ahogada voz y entrecortadas palabras:

[25] —¡Perpetuo consuelo del género humano! ¡Generoso socorro de los mortales! Tú, que acoges día y noche con calor de madre las aflicciones de los desgraciados, sin que exista momento ajeno a tu protección en el mar o en la tierra, cuando en la vorágine de la vida tiendes a los hombres tu diestra de salvación con la que desenmarañas la urdimbre inextricable de los hados, mitigas la adversidad de la Fortuna y controlas los movimientos adversos de los astros. A ti, que te rinden honor las divinidades Superiores y te respetan las Infernales; Tú, que riges el movimiento del Orbe, iluminas el Sol, riges el mundo, mantienes a raya al Tártaro¹⁶⁷; los astros obedecen a tu voz en la evolución de las estaciones; se complacen en Ti los dioses y eres la señora de los elementos, porque a tu voluntad soplan los vientos, se condensan las nubes, germinan los cereales y brotan los renuevos a tu voluntad. Ante tu majestad tiemblan las aves que surcan los cielos, las fieras de los bosques, las culebras que se arrastran por el suelo y los monstruos del mar: pobre es mi ingenio para cantar tus alabanzas, y magro mi patrimonio para ofrecerte sacrificios. Sé que mi palabra no me bastaría para expresar lo que siento ante tu soberanía, aunque hablara en mil lenguas y sin descanso durante toda la eternidad, pero voy a procurar hacer lo único que debe un iniciado, aunque pobre: reproduciré la divinidad de tu rostro con la ilusión de que voy a guardarla en el fondo de mi corazón, y para siempre.

Al acabar mi oración abracé y besé al sacerdote Mitra

¹⁶⁷ Supra, ver nota 6.

como a otro padre, al tiempo que le pedía que me perdonara por no poder recompensarle los favores recibidos con la dignidad que merecía. [26] Me entretuve más de la cuenta en el agradecimiento que le debía, y por fin partí con el deseo de volver a ver la casa paterna después de tanto tiempo.

A los pocos días, indudablemente por inspiración de la diosa, volví a preparar el equipaje y me embarqué de nuevo para dirigirme a Roma. Con bonanza de vientos favorables arrivamos en poco tiempo al puerto de Augusto; de allí, en carro, me planté de un vuelo en la venerable ciudad, la víspera de los Idus¹⁶⁸ de diciembre. Yo no llevaba otra preocupación que la de rendirle culto cotidiano a la excelsa deidad de la Reina Isis en el templo donde se la venera bajo la advocación de «Diosa Campense»¹⁶⁹ —por haber tomado el nombre del lugar aquel—, y me convertí en su asiduo devoto, de manera que, aunque advenedizo en el templo, me sentía autóctono por el culto.

Cuando el sol hubo completado otra vez la totalidad del ciclo anual, volvió a desvelarme en sueños la diligencia de la diosa benefactora, y volvió a hablarme otra vez de la iniciación y de sus misterios, lo que no dejó de extrañarme, puesto que parecía que me introducía por nuevos caminos, cuando yo tenía la impresión de que estaba ya completamente iniciado. [27] Valorando mi sentimiento religioso a la luz de mis propios medios, y de los consejos de los sacerdotes, llegué a una conclusión asombrosa y totalmente desconocida: y es que estaba tan embebido en los misterios del culto de la diosa, que desconocía casi totalmente los del gran Dios, padre supremo de los demás dioses, el invencible Osiris; porque, aunque bien es cierto que existe una estrecha relación, mejor dicho, un único origen de las dos divinidades, también es verdad que hay una gran diferencia en cuanto a la iniciación. Consecuentemente debía considerarme también siervo del gran dios.

¹⁶⁸ Doce de diciembre.

¹⁶⁹ Isis tenía un templo levantado en el Campus de Marte. Campus es, por excelencia, el de Marte.

No se prolongó por mucho tiempo mi ignorancia, porque a la noche siguiente soñé con un hombre revestido de sagradas túnicas de lino, que llevaba Tirsos¹⁷⁰, yedras y otras cosas que debo callarme, las colocaba en mis lares, y se sentaba luego en mi sitial, para explicarme a continuación los banquetes del noble culto. Tenía el talón del pie izquierdo algo torcido, por lo que al andar, cojeaba, sin duda para darme una pista por la que llegara a reconocerle. Tras una manifestación de la voluntad divina tan claramente expresada, se me disipó cualquier sombra de duda, y empecé a averiguar —ya durante los oficios matutinos de salutación— a ver cuál era el sacerdote que cojeaba como el de la aparición en sueños, y mi confianza no me defraudó, pues entre los pastóforos vi a uno que, además del detalle de la cojera, por su complexión y su manera de vestir recordaba con bastante exactitud al de la visión nocturna, y que, según supe después, se llamaba Asinio Marcelo, nombre, por cierto, en absoluto extraño a la historia de mi mutación. Me dirigí a él sin tardanza; pero él ya sabía de qué se trataba, porque había sido advertido como yo de que tenía que iniciarme en los sagrados ritos, pues la pasada noche, mientras preparaba las coronas para la gran divinidad, le había parecido oír —en la forma que suele predecirse el destino de los hombres—, que se le iba a presentar uno de Madaura, muy pobre, a quien debería iniciarlo en los sagrados misterios, y que por su mediación habría de reportarle a él mismo grandes beneficios, y una amplia fama en escritos. [28] Así fue como quedé propuesto en firme para los sagrados misterios, aunque si es bien cierto que la indigencia no hacía más que retardar el acto de la consagración, porque había fundido ya los recursos de mi patrimonio en lo que costó el viaje, y además, la vida en la ciudad era mucho más cara que en las provincias. Aunque gracias a mi pobreza me veía en la desairada situación de quien se encuentra entre la espada y la pared, como dice

¹⁷⁰ El tirso es una vara enramada, adornada con hojas de hiedra y parras que servía de cetro a Dioniso (Baco) y que se utilizaba en las fiestas báquicas.

el viejo proverbio, no por eso dejaba de apremiarme insistentemente la deidad. Instigado por la frecuencia de la premiosidad, no sin grave turbación por mi parte, por último, ante una orden terminante, vendí malamente hasta la camisa, y aunque poco, reuní la cantidad suficiente. Lo cierto es que había llegado a insinuármelo el dios mismo al decirme:

—¿Cómo? ¿Conque no repararías en deshacerte de tus andrajos para darte un gustazo, y te resistes ahora a confiarte a una pobreza que no habrás de lamentar jamás, por causa y obra de la ceremonia de tu iniciación?

Así que, con todo preparado, me dispuse otra vez a no comer durante doce días otra cosa que lo que no hubiera tenido vida, y hasta me rapé la cabeza. Aleccionado en los misterios arcanos de ese dios tan principal, podía ya acercarme a él con la seguridad de cierta práctica que tenía en un culto hermano, lo que no dejaba de consolarme en mi exilio, y me procuraba mejor sustento, porque en alas del Éxito comenzaba a ganar algo más con el oficio de defender a otros en el Foro con la oratoria de Roma.

[29] Al poco tiempo me vi sorprendido por nuevas órdenes de los dioses, según las cuales debía someterme de nuevo a una tercera iniciación, que, naturalmente, me dejaron en un estado de perplejidad tal, que no dejaba de debatir conmigo mismo con argumentaciones de qué era lo que podían pretender los nuevos e inauditos requerimientos celestiales, o qué era lo que podía faltarle a mi ya repetida iniciación:

—Seguramente hay una equivocación, o uno de los dos sacerdotes no tuvo la diligencia requerida.

¡Por Hércules!, que empezaba ya a desconfiar de ellos. Como estaba en ascuas, al borde ya de la locura, con el mar de dudas en que me tenían, una apacible aparición celestial me dio una noche esta explicación:

—No debe intranquilizarte esta abultada serie de iniciaciones porque se haya omitido en alguna de ellas algún requisito. Debes estar contento por la repetida atención que te dispensan los dioses, y felicitarte de que te la hayan exigido tres veces, cuando a los demás se les ha exigido una,

o todo lo más, dos. Tómate ese número como una premonición de tu eterna felicidad. Piensa que es imprescindible para ti esa tercera ceremonia, si caes en la cuenta de que aquellas vestiduras divinas de la diosa que recibiste en tu provincia están todavía en el templo donde las dejaste, por lo que no vas a poder oficiar con ellas los días de fiesta, como es preceptivo, ni vas a poder lucirte con la nobleza de tu porte. Considérate afortunado si consigues acudir de nuevo a la ceremonia de consagración a los dioses protectores con ánimo gozoso.

[30] Acto seguido, la persuasiva presencia en sueños de la divinidad me enumeró lo que iba a necesitar; y sin más dilaciones, puse en antecedentes de la aparición a mi sacerdote, me sometí de nuevo a la abstinencia de carne durante más de los doce días prescritos, por voluntad propia, mientras iba preparando lo necesario para la iniciación, más llevado por el empeño de mi celo, que por la medida de mis posibilidades, y sin lamentarme, ¡por Hércules!, ni del trabajo que me procuraba, ni de los gastos. ¿Y cómo iba a hacerlo, si, gracias a la generosidad de la providencia, estaba consiguiendo excelentes ingresos en mi dedicación al Foro? Al cabo de unos días, el dios de dioses, el más alto entre los grandes, el más grande de los sublimes, el que reina sobre los de mayor poder, Osiris¹⁷¹, se me apareció en sueños en su auténtica imagen, sin disfraces ajenos, y hasta se dignó decirme con su venerable voz, que no vacilara en seguir dedicándome a la noble defensa en el Foro y que no me intimidara por las calumnias de los envidiosos que la profunda erudición de mis conocimientos había provocado. Y para que no tuviera que atender a su culto confundido entre la multitud de los demás, me admitió en el colegio de pastóforos, más todavía, entre los presidentes de los decuriones¹⁷².

¹⁷¹ Osiris, es, en la mitología egipcia, el dios del bien y juez de las almas. Ver nota 162.

¹⁷² Con el adjetivo quinquenalis se denomina originariamente la magistratura del Censor, aunque después pudo tomar el sentido de la presi-

Desde entonces, sin esconder ni cubrirme la cabeza que llevo, sino mostrándola a los cuatro vientos, me dedico, con toda complacencia por mi parte, a las labores propias de aquel antiguo colegio fundado en los tiempos de Sila.

dencia o jefatura, asimismo por cinco años, de una asociación, un municipio o un «collegium». Por el contexto parece ser este último el sentido.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Época	11
Noticia bibliográfica	13
Producción.....	15
La obra de <i>Las Metamorfosis</i> o <i>El asno de oro</i>	20
Antecedentes	20
Estructura.....	23
Eros y Psique	27
Religión y magia.....	29
El héroe y el antihéroe.....	32
El estilo.....	34
Influencia de la obra de <i>Las Metamorfosis</i> en la literatura española	37
NOTA A LA TRADUCCIÓN.....	43
BIBLIOGRAFÍA.....	49
LAS METAMORFOSIS O EL ASNO DE ORO.....	51
Libro I.....	53
Libro II.....	72
Libro III.....	94
Libro IV	112
Libro V.....	136
Libro VI.....	157
Libro VII.....	179
Libro VIII	197
Libro IX.....	218
Libro X.....	245
Libro XI.....	272

Colección Letras Universales

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 214 *El atestado*, J. M. G. LE CLÉZIO.
Edición de Susana Cantero.
- 215 *El clavel rojo*, ELIO VITTORINI.
Edición de Soledad Cobos.
- 216 *La Cartuja de Parma*, HENRI BEYLE «STENDHAL».
Edición de Anne Marie Reboul (3.^a ed.).
- 217 *La garza*, GIORGIO BASSANI.
Edición de Anna Dolfi.
- 218 *La reina Margot*, ALEJANDRO DUMAS.
Edición de Dolores Jiménez y Elena Real (2.^a ed.).
- 219 *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, R. L. STEVENSON.
Edición de Manuel Garrido (2.^a ed.).
- 220 *La esperanza*, ANDRÉ MALRAUX.
Edición de J. M. Fernández Cardo.
- 221 *Obras completas*, EPICURO.
Edición de José Vara (3.^a ed.).
- 222 *El buen soldado*, FORD MADDOX FORD.
Edición de Luisa Antón.
- 223 *Las preciosas ridículas. Las mujeres sabias*, JEAN-BAPTISTE POQUELIN, «MOLIÈRE».
Edición de Mauro Armiño.
- 224 *Las Nubes. Las Ranas. Pluto*, ARISTÓFANES.
Edición de Francisco Rodríguez Adrados y Juan Rodríguez Somolinos (2.^a ed.).
- 225 *El monje*, MATTHEW GREGORY LEWIS.
Edición de Juan Antonio Molina Foix.
- 226 *El ruido y la furia*, WILLIAM FAULKNER.
Edición de M^a. Eugenia Díaz Sánchez (3.^a ed.).
- 227 *Antología de románticas alemanas*.
Edición de Federico Bermúdez-Cañete y Esther Trancón y Widemann
- 228 *Metamorfosis*, OVIDIO.
Edición de Consuelo Álvarez y Rosa M^a. Iglesias (3.^a ed.).
- 229 *El agente secreto*, JOSEPH CONRAD.
Edición de Dámaso López García.

- 230 *Frankenstein o El moderno Prometeo*, MARY W. SHELLEY.
Edición de Isabel Burdiel (2.^a ed.).
- 231 *Crimen y castigo*, FIÓDOR DOSTOIEVSKI.
Edición de Isabel Vicente (4.^a ed.).
- 232 *Buenos días, tristeza*, FRANÇOISE SAGAN.
Edición de M^a. Luisa Guerrero.
- 233 *Don Carlos, infante de España*, FRIEDRICH VON SCHILLER.
Edición de Luis Acosta.
- 234 *Los desarraigados*, MAURICE BARRÈS.
Edición de Adelaida Porras Medrano.
- 235 *Bucólicas*, VIRGILIO.
Edición bilingüe de Vicente Cristóbal (2.^a ed.).
- 236 *Pasos de carnaval*, HANS SACHS.
Edición de M^a. Teresa Zurdo Ruiz de Ayúcar.
- 237 *De campesino a señor*, MARIVAUX.
Edición de Mercedes Fernández.
- 238 *Cantares completos, II*, EZRA POUND.
Edición bilingüe de Javier Coy.
- 239 *Jane Eyre*, CHARLOTTE BRONTË.
Edición de M^a. José Coperías (2.^a ed.).
- 240 *El haya de los judíos. Ledwina*, ANNETTE VON DROSTE-HÜLSHOFF.
Edición de Ana Isabel Almendral.
- 241 *Sátiras. Epístolas. Arte poética*, HORACIO.
Edición bilingüe de Horacio Silvestre (2.^a ed.).
- 242 *La gente de Seldwyla*, GOTTFRIED KELLER.
Edición de Isabel Hernández.
- 243 *Canciones y sonetos*, JOHN DONNE.
Edición bilingüe de Purificación Ribes.
- 244 *Poesía completa*, ARTHUR RIMBAUD.
Edición bilingüe de Javier de Prado. (2.^a ed.).
- 245 *La ronda. Anatol. Ensayos y aforismos*, ARTHUR SCHNITZLER.
Edición de Miguel Ángel Vega.
- 246 *Cuentos de la Alhambra*, WASHINGTON IRVING.
Edición de José Antonio Gurpegui (2.^a ed.).
- 247 *La guerra de Troya no tendrá lugar. La loca de Chaillot*,
JEAN GIRAUDOUX.
Edición de Francisco Torres Monreal y Guy Teissier.
- 248 *Hadjí Murat*, LEV TOLSTÓI.
Edición de Víctor Andresco.
- 249 *Opiniones del gato Murr*, E. T. A. HOFFMANN.
Edición de Ana Pérez.

- 250 *Tom Jones*, HENRY FIELDING.
Edición de Fernando Galván.
- 251 *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, EDWARD ALBEE.
Edición de Alberto Mira (2.ª ed.).
- 252 *El último mohicano*, JAMES FENIMORE COOPER.
Edición de Urbano Viñuela.
- 253 *Cartas persas*, MONTESQUIEU.
Edición de Francisco Javier Hernández.
- 254 *Nadja*, ANDRÉ BRETON.
Edición de José Ignacio Velázquez (2.ª ed.).
- 255 *Confesiones de un inglés comedor de opio*, THOMAS DE QUINCEY.
Edición de Miguel Teruel.
- 256 *Emma*, JANE AUSTEN.
Edición de Juani Guerra.
- 257 *Ricardo II*, WILLIAM SHAKESPEARE.
Edición bilingüe del Instituto Shakespeare de Valencia,
bajo la dirección de M. A. Conejero.
- 258 *Poemas escogidos*, JOHN KEATS.
Edición bilingüe de Juan V. Martínez Luciano,
Pedro Nicolás Payá y Miguel Teruel.
- 259 *Ubú rey*, ALFRED JARRY.
Edición de Lola Bermúdez Medina.
- 260 *El amor del último magnate (western)*, FRANCIS SCOTT
FITZGERALD.
Edición de María Lozano.
- 261 *Pensamientos*, BLAISE PASCAL.
Edición de Mario Parajón.
- 262 *El castillo*, FRANZ KAFKA.
Edición de Luis Acosta (2.ª ed.).
- 263 *Emilia Galotti*, GOTTHOLD EPHRAIM LESSING.
Edición de Jordi Jané.
- 264 *La cabaña del tío Tom*, HARRIET BEECHER STOWE.
Edición de Carme Manuel.
- 265 *Cantos*, GIACOMO LEOPARDI.
Edición de M.ª de las Nieves Muñiz.
- 266 *Mireya*, FRÉDÉRIC MISTRAL.
Edición de Pilar Blanco.
- 267 *Las aventuras de Huckleberry Finn*, MARK TWAIN.
Edición de Juan José Coy.
- 268 *Las Filípicas. Sobre la corona*, DEMÓSTENES.
Edición de Antonio López Eire.

- 269 *El difunto Matías Pascal*, LUIGI PIRANDELLO.
Edición de Miquel Edo.
- 270 *Chevengur*, Andrei Platónov.
Edición de Vicente Cazcarra y Helena S. Kriúkova.
- 271 *Ancho Mar de los Sargazos*, JEAN RHYS.
Edición de María José Coperías.
- 272 *Gargantúa*, FRANÇOIS RABELAIS.
Edición de Alicia Yllera.
- 273 *Al Faro*, VIRGINIA WOOLF.
Edición de Dámaso López.
- 274 *Historia*, HERÓDOTO.
Edición de Manuel Balasch.
- 275 *Bouvard y Pécuchet*, GUSTAVE FLAUBERT.
Edición de Germán Palacios.
- 276 *Narraciones*, HEINRICH VON KLEIST.
Edición de Ana Pérez.
- 277 *Vidas paralelas (Alejandro-César, Pericles-Fabio Máximo, Alcibíades-Coriolano)*, PLUTARCO.
Edición de Emilio Crespo.
- 278 *Pamela (o la virtud recompensada)*, SAMUEL RICHARDSON.
Edición de Fernando Galván y María del Mar Pérez Gil.
- 279 *Obra poética*, LÉOPOLD SÉDAR SENGHOR.
Edición de Lourdes Carriedo y Javier del Prado.
- 280 *Las afinidades electivas*, JOHANN WOLFGANG VON GOETHE.
Edición de Manuel José González y Marisa Barreno (2.^a ed.
- 281 *Espejos*, NAGUIB MAHFUZ.
Edición de Nuria Nuin y M^a. Luisa Prieto.
- 282 *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, MARK TWAIN.
Edición de Carme Manuel.
- 283 *Tragedias II*, EURÍPIDES.
Edición de Juan Miguel Labiano.
- 284 *Tres cuentos*, GUSTAVE FLAUBERT.
Edición de Germán Palacios.
- 285 *El coleccionista*, JOHN FOWLES.
Edición de Susana Onega.
- 286 *Relatos. Diccionario del Diablo*, AMBROISE BIERCE.
Edición de Aitor Ibarrola.
- 287 *El Palacio de los Sueños*, ISMAÏL KADARÉ.
Edición de Ramón Sánchez Lizarralde.

- 288 *La joven Parca. El cementerio marino*, PAUL VALÉRY.
Edición bilingüe de Monique Allain-Castrillo y Renaud Richard.
- 289 *Anábasis*, JENOFONTE.
Edición de Carlos Varias.
- 291 *Casa de muñecas. El pato salvaje*, HENRIK IBSEN.
Edición de Mario Parajón.
- 292 *El Gran Meaulnes*, ALAIN-FOURNIER.
Edición de Juan Bravo.
- 293 *Glengarry Glen Ross. Casa de juegos*, DAVID MAMET.
Edición de Catalina Buezo.
- 294 *La espuma de los días*, BORIS VIAN.
Edición de Elena Real.
- 295 *Cantares completos III*, EZRA POUND.
Edición bilingüe de Javier Coy.
- 296 *Agnes Grey*, ANNE BRONTË.
Edición de María José Coperías.
- 297 *La muerte llama al arzobispo*, WILLA CATHER.
Edición de Manuel Broncano.
- 298 *Robinson Crusoe*, DANIEL DEFOE.
Edición de Fernando Galván.
- 299 *Eugenio Oneguín*, ALEXANDR S. PUSHKIN.
Edición de Mijaíl Chilikov.
- 300 *Ulises*, JAMES JOYCE.
Edición de Francisco García Tortosa y M^a. Luisa Venegas.
- 301 *Antología de la poesía romántica francesa*.
Edición bilingüe de Rosa de Diego.
- 303 *El desaparecido [América]*, FRANZ KAFKA.
Edición de Luis Acosta.
- 306 *Fanny Hill. Memorias de una mujer de placer*, JOHN CLELAND.
Edición de José Santaemilia y José Pruñonosa.
- 308 *Tragedias, III*, EURÍPIDES.
Edición de Juan Miguel Labiano.
- 309 *Relatos breves*, KATHERINE MANSFIELD.
Edición de Juani Guerra.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Cuento de una barrica, JONATHAN SWIFT.
Edición de Pilar Elena y Emilio Lorenzo.

